

**(PRO)CREACIÓN: LOS NUEVOS DISCURSOS DE LA MATERNIDAD EN TRES
AUTORAS CONTEMPORÁNEAS**

**(PRO)CREATION: NEW DISCOURSES OF MOTHERHOOD IN THREE
CONTEMPORARY WOMEN WRITERS**

by

Olga Albarrán Caselles

B.A., Universidad Complutense de Madrid, 2004

M.A., Universidad Complutense de Madrid, 2009

A THESIS SUBMITTED IN PARTIAL FULFILLMENT OF
THE REQUIREMENTS FOR THE DEGREE OF

DOCTOR OF PHILOSOPHY

in

THE FACULTY OF GRADUATE AND POSTDOCTORAL STUDIES
(Hispanic Studies)

THE UNIVERSITY OF BRITISH COLUMBIA

(Vancouver)

October 2018

© Olga Albarrán Caselles, 2018

The following individuals certify that they have read, and recommend to the Faculty of Graduate and Postdoctoral Studies for acceptance, the dissertation entitled:

“(Pro)creación: nuevos discursos de la maternidad en tres autoras contemporáneas”

submitted by Olga Albarrán Caselles in partial fulfillment of the requirements for

the degree of Doctor of Philosophy

in Hispanic Studies

Examining Committee:

Jon Beasley-Murray

Supervisor

Raúl Álvarez Moreno

Supervisory Committee Member

Anna Casas Aguilar

Supervisory Committee Member

Kim Beauchesne

University Examiner

Miguel Mota

University Examiner

Additional Supervisory Committee Members:

Supervisory Committee Member

Supervisory Committee Member

Abstract

This thesis investigates new discourses about reproduction in contemporary Spanish literature. I consider how procreation is understood in the selected texts as fully creative and not as a mere reproductive activity detached from cultural practice. I analyze the work of three women authors who explore the topic of procreation through novels, memoirs, and diaries; in them, writing about the reproductive experience is thought through the body, which ceases to be only an object and also becomes the subject that is constructed through writing. I show how, even with the liberalization of Spanish society after the dictatorship, reproduction continues to be a key part of social definitions of womanhood. Women writers are now calling for the concept's critical re-evaluation in the light of technological change and a rethinking of some of the basic tenets of feminist thought. I bring to this research an interest in the power of language and literary texts, and the discursive construction of identity.

My purpose is to show how they intend to restore the affect that such a body is capable of and produce an alternative to power. My analysis is thus focused on three works that dismantle the message that motherhood is only a private matter. They attack current hedonistic capitalism that idealizes the role of the mother while isolating women in the tasks of procreation and care, as mothers do not “have” children as another piece of property, but “bring” human beings to the world. With this project I intend to shed light on the ostracism in which procreation has remained within cultural production and, in turn, to better understand the discourses that have contributed, on the one hand, to discrediting motherhood and, on the other, to essentializing a figure that barely represents the reality for women with children. Society has naturalized what is nothing but a mere construction since procreation is not only a private or individual task, but also a political and collective activity.

Lay Summary

This thesis explores new discourses of reproduction in contemporary Spanish literature. I investigate first the discourses that have contributed, on the one hand, to discrediting motherhood and, on the other, to essentializing a figure that barely represents the reality for women with children. In the other chapters I analyse three embodied subjects in relation to procreation: a desiring subject (the woman who wants to become pregnant), a maternal subject (the woman-mother who is gestating her second daughter) and a pregnant subject (the woman who gives birth for the first time). I explain the discursive strategies and mechanisms they use to subvert the normative order associated with the female body and reproductive practice, and I show how they intend to restore the affect that such a body is capable of and produce an alternative to power.

Preface

This dissertation is an original, unpublished, and independent work conducted by Olga Albarrán Caselles.

Table of Contents

Abstract.....	iii
Lay Summary	iv
Preface.....	v
Table of Contents	vi
Agradecimientos.....	viii
Dedicatoria.....	xi
Introducción	1
Capítulo 1. Maternidades: los discursos de la reproducción	18
1.1: Introducción.....	18
1.2: La problemática de la reproducción en la actualidad	23
1.3: El cuerpo reproductivo en la ciencia y la filosofía occidentales.....	33
1.4: La construcción de la maternidad en la cultura hispánica	47
1.5: Las nuevas escrituras de la maternidad en el contexto hispánico.....	57
1.6: Las figuraciones del yo materno: la nueva narrativa autobiográfica de la (pro)creación	68
1.7: Conclusión	77
Capítulo 2. Reproducción y deseo en <i>Quién quiere ser madre</i>	80
2.1: Introducción.....	80
2.2: Infertilidad y deseo	86
2.3: Deseo y reproducción	98
2.4: Amor y duelo.	116
2.5: Deseo y obsesión	124

2.6: Conclusión	131
Capítulo 3. Amor y maternidad en <i>Tiempo de espera</i>	135
3.1: Introducción	135
3.1: La revisión de los discursos reproductivos	141
3.2: La conexión entre narración y embarazo. El diario epistolar	151
3.3: La relación con el cuerpo	166
3.4: La recuperación de la relación madre-hija	177
3.5: Conclusión	191
Capítulo 4. Juego y reproducción en <i>Nueve lunas</i>	194
4.1: Introducción	194
4.2: Juego y escritura. La gestación del texto	199
4.3: Identidad y juego. La gestación de una madre	209
4.4: Espacio y juego. El cuerpo en gestación	219
4.5: Cuestionamiento de la maternidad normativa	236
4.6: Conclusión	250
Conclusión	252
Bibliografía	267

Agradecimientos

Hace muchos años, antes de desear un hijo concreto, tuve que leer *Mortal y rosa* de Francisco Umbral para un curso de literatura. El libro relata en una sugerente prosa poética una historia de amor padre-hijo y el aterrador dolor de su temprana pérdida. Ese amor frágil me sedujo de una manera conmovedora no sólo por su impotencia y afecto declarados sino también por estar tan alejado de lo que había leído siempre acerca del amor (un romance entre un hombre y una mujer con mayor o menor fortuna). De ahí surgió un interés que, a diferencia de muchos otros, encontró la forma de ser explorado, sobre todo, gracias a la orientación, apoyo incondicional y esfuerzo de muchas personas que me han animado a seguir adelante. Quiero agradecer sinceramente a todos los que han formado parte de este proyecto, que me han acompañado y contenido y, si bien soy consciente de que no puedo mencionar a todos quienes en algún momento han encendido una chispa que en cierto modo aparece reflejada en las páginas que aquí presento, me gustaría igualmente mostrar mi profunda gratitud a algunas de esas personas significativas.

En primer lugar, a Jon Beasley-Murray, quien durante todos estos años se ha convertido en un ancla para evitar que las olas (o tsunamis) vitales me llevaran por otros rumbos; gracias por su amistad y confianza en mí desde el principio, además de haber sabido guiarme con precisión y dulzura, por su genuina manera de hacer las cosas y su determinación, y por prestarme a David, quien me mostró la ternura y vulnerabilidad de los hijos antes de ser madre. Sin su comprensión, generosidad y agudas interpretaciones de mi escritura no creo que hoy estuviera redactando estas palabras. A Anna Casas Aguilar, por inyectarme tanta afirmación y seguridad cuando más lo necesitaba, llegando en el momento preciso cargada de ideas que han dado frescura y vitalidad a mis palabras cansadas, además de haberme hecho replantear y afinar

muchos conceptos, gracias. A Raúl Álvarez Moreno, quien me animó a empezar el doctorado un día lluvioso de enero y me empujó al final para que lo terminara con sus certeras apreciaciones que han dado profundidad a mi escritura y me hicieron cuestionar muchas afirmaciones soltadas (a veces) a la ligera, gracias. A María Adelaida Escobar, por ser la compañera y lectora que todos imaginamos y deberíamos tener en un proceso así, gracias. A Irene Sanz, por su mirada atenta a mi escritura y amor constante, gracias. A Rita DeGrandis por ver en mí talento desde el primer día para lo que yo dudaba, por su amabilidad y cariño por tantos años, gracias. Y a todos los que forman el Departamento de FHIS, quienes me han ofrecido un entorno muy sugerente que ha favorecido mi desarrollo intelectual y profesional, gracias. Aquí, además he encontrado en distintas etapas del trayecto a amigos fantásticos que han hecho que todo esto mereciera la pena: a Enrique Manchón, por su sincera amistad y todas las estimulantes conversaciones compartidas, gracias; a María Carbonetti, Kim Beauchesne y a Bri Orr, por mostrarme un lado más amable de la academia, gracias; a Ximena Osegueda (D.E.P.) que se marchó antes de tiempo sin desearlo y siempre iluminaba con su buen humor el tedio de la rutina; y a todos los que, a su modo, me inspiraron y acabaron embarcándose en apasionantes proyectos: Sara, Susa, Pablo, Chiara... También, gracias a mi pana Jorge por tantas palabras, paseos y tragos compartidos, y a Pepe por su imprescindible compañía y todas las mañanas y tardes jugando en el parque, las cuales, con suerte, continuarán por muchos años. A Xana y Pedro, sin quienes no estaría escribiendo ahora pues habría tirado, hace tiempo, la toalla: gracias por cuidar de Lucas y de su madre, por los abrazos y la calidez afectiva que hasta en los días más fríos me han hecho sentir en casa. Gracias también a los que llegaron después y han contribuido a que este proyecto termine: a Karen, Marcos, Upasana, Fabricio, Luca, Ricardo y a Juan por su afecto y lecturas intercambiadas. Y cómo no, gracias a los que desde afuera me han sostenido: a Agata y a Roxana con quienes

vamos de la mano desde la concepción en esta aventura que no se acaba; a María Llopis por animarme a ver que podía juntar los dos aspectos alrededor de los que giraba mi vida y por tantos paseos tonificantes –con el carro– por la playa; a la familia escogida en Vancouver y en Madrid, a estas (Estela, Cris, Mayte y Sandra), mis hermanas, y al Hoyo entero, porque sin ellos no sería quien soy y porque sin estar siguen estando cada día; y gracias infinitas, por supuesto, a mi familia por nunca haber dejado de creer en mí, por acompañarme todo este tiempo con un amor intenso, una comprensión absoluta y una paciencia ilimitada: Mamá, Papá y Marta, y los que me adoptaron Reyna y Luis, Pau y Adam. Y por último, sobre todo, a Luis y a Lucas, quienes han presenciado en las primeras butacas toda esta locura, gracias por vuestro amor salvaje.

A Avelina que marchó.

A Lucas que llegó.

Introducción

No hay nada extraordinario en el hecho de convertirse en madre. Escribir sobre ello es, por el contrario, bastante insólito. Pocos son los textos literarios que plantean dicho tema, tratando de abrirse camino dentro de una tradición encorsetada en unos parámetros demasiado masculinos, pese a que siempre se ha hablado de “gestar” y “parir” obras de arte. Si todos los seres humanos nacemos y morimos, ¿por qué la literatura ha divagado y explorado la muerte hasta el hartazgo sin dejar de agotarla y, sin embargo, no hay casi textos que hablen sobre la gestación y el parto? ¿Por qué la literatura, la filosofía y la cultura en general eluden la maternidad?¹

Como señala Michelle Boulous Walker, las mujeres hemos sido silenciadas debido a que hemos sido alienadas de forma radical de los discursos que han construido el cuerpo (130). Por lo que no es de extrañar que una experiencia corporal considerada únicamente femenina haya permanecido en los márgenes. Durante mi propio embarazo en 2013, tuve un encuentro contradictorio con la literatura referente a la procreación: por una parte, me abrumaba ver la cantidad de libros, blogs, revistas, artículos y demás publicaciones dedicadas a hacernos comprender mejor la reproducción humana y la mutación que el cuerpo atraviesa durante esos nueve meses, empeñándose en “ayudar” a la madre primeriza a ajustarse a su nuevo papel; la ingente suma de teorías y manuales sobre crianza, con opciones dispares (y disparatadas); el laberinto de foros y páginas web en los que fácilmente me perdía buscando cualquier nimiedad y que tenían, para mi asombro, toneladas de opiniones diferentes y a su vez cada una respaldada por estudios científicos... Por otra parte, me dejó sorprendida la enfática escasez de obras literarias que hablasen de dicha experiencia en primera persona. Un desequilibrio incómodo

¹ Según afirma Andrew Parker en *The Theorist's Mother* (2012), “the mother is seldom included among the customary topoi of philosophy, even as philosophers rely heavily in their discourse on the tropes of maternity” (1).

entre la ingente masa de escritos relativos a las “náuseas matutinas” y las contadas creaciones artísticas sobre la gestación o el parto.

How will having a baby disrupt my sense of who I am, of my body, my understanding of life and death, my relation to the world and to my sense of independence, my experience of fear and hope and time, and the structure of my experience altogether? Dr Spock is silent on these topics.

Así interroga Lily Gurton-Wachter el poder transformativo de la experiencia reproductiva –a la cual equipara con la intensidad que viven los soldados en la guerra– y sobre lo cual apenas se encuentra rastro en los manuales al uso sobre maternidad. En el campo hispánico, la escritora y periodista Laura Freixas ha tratado de atenuar este silencio –en sus palabras “escandaloso” (*Libro* 16)– editando varias publicaciones sobre este tema.² Freixas reivindica de este modo una figura que ha permanecido en parte desatendida y excesivamente mistificada tratando de entender, por un lado, las razones de este mutismo y, por otro, las características generales que de ella se desprenden al estudiar los tímidos textos que la representan. Un silencio que, según Freixas, se explica, en parte, por la entrada tardía de las mujeres en el mundo literario, esfera que tuvieron restringida hasta la época moderna: “Sólo cuando su derecho a escribir estuvo bien establecido, empezaron a aventurarse las mujeres a tratar temas que no forman parte de la tradición recibida” (*Silencio* 20). El campo literario ha producido así, por un lado, una extensa cantidad de textos dedicados a la figura de la madre (desde *Medea*) y, sin embargo, limitadas han sido las obras que han abordado la reproducción desde el punto de vista del sujeto: escasas son

² Freixas ha publicado *Madres e hijas* (1996), una antología de cuentos sobre la relación materno-filial exclusiva entre mujeres; *El libro de las madres* (2009), una recopilación de textos e imágenes de diversas épocas y orígenes que tienen como figura central a la madre; y la más reciente *El silencio de las madres* (2015) que reúne todos sus artículos publicados en prensa sobre el papel de las mujeres en la cultura española.

las mujeres que han escrito sobre su cuerpo procreativo o su proceso formativo como madres en la historia de la literatura. No obstante, desde finales del siglo pasado, han empezado a surgir obras que otorgan un lugar central a la procreación y el cuerpo reproductivo: escritoras que colman con su cuerpo con útero un lenguaje con el que luchan por representar lo hasta ahora inusitado en el campo literario.³

En efecto, la literatura sobre la maternidad en primera persona parece haberse convertido hoy en día en una nueva corriente. Y, como sabemos, eso vende. Sin ir más lejos, a lo largo del año 2017 fueron publicadas varias obras sobre dicho tema, entre las que se encuentran el testimonio sobre reproducción asistida y ovodonación *Madre hay más que una* de la periodista catalana Samanta Villar (Planeta); la novela autobiográfica sobre el deseo de tener un hijo *Quién quiere ser madre* de la madrileña Silvia Nanclares (Anagrama); los ensayos críticos con la sociedad actual *Maternidad, igualdad y fraternidad* de la antropóloga Patricia Merino (Clave intelectual) y *Trincheras permanentes. Intersecciones entre política y cuidados* de la periodista y librera Carolina León (Pepitas); la turbadora novela *Precoz* de la argentina Ariana Harwicz (Rata) y el delirante *Diario de quedar embarazada* de la chilena Claudia Apablaza (Ediciones B). Estas son obras que, en su mayoría, pertenecen a grandes grupos editoriales, empresas que han apostado por títulos escritos por mujeres donde aparece la palabra “madre” o “embarazada,” algo que hace relativamente poco resultaba impensable en escritoras noveles dentro de corporaciones que anteponen claramente una lógica monetaria (aunque muchos de estos textos, sin ser su propósito, siguen catalogados dentro de la sección de libros de autoayuda). El mercado

³ Este desplazamiento desde la periferia al centro del discurso de temas relacionados con la maternidad ha sido señalado, por ejemplo, por Elisabeth J. Ordoñez en un artículo sobre la literatura de los años ochenta escrita por mujeres, en consonancia con las teóricas francesas del feminismo de la diferencia (Irigaray, Kristeva y Cixous); por ello, afirma que existe un “desire to displace the reigning hierarchy with the primacy of the feminine” (46).

editorial está adaptándose a esta nueva demanda de lectores que buscan acercarse literariamente más a una experiencia tan endémica como la muerte y el amor: la procreación. No afirmo que no se hablara de maternidades sino que antes, como declaraba la psicoanalista Helen Deutsch, las madres no escribían, estaban escritas (Suleiman 117), o mejor, si bien las madres han escrito no lo han hecho como tales. Sin embargo, ahora encontramos nuevos modos de hablar sobre la reproducción: las mujeres están escribiendo, entre otras cosas, desde su propia experiencia, tomando la voz, “una nueva palabra de mujer, conectada con el propio cuerpo para subvertir leyes, códigos y clasificaciones” –indicaba ya Carme Riera en 1983 (en Ordoñez 46). Algo que no es exclusivo del contexto hispánico sino que, como ha señalado Jessica Garcés Jensen, es un movimiento que también se encuentra, por ejemplo, en la narrativa francesa contemporánea, lo cual conforma lo que ella denomina “hysterographies” o “escrituras del útero” que tienen que ver con una indagación en primera persona sobre la percepción corporal durante la experiencia reproductiva o de infertilidad (la imagen corporal) y la confrontación de este sujeto procreativo con la medicina y la sociedad en la actual era tecnológica (31-32).⁴

Mi investigación indaga, precisamente, qué tipos de textos literarios hablan sobre la reproducción en primera persona y qué “histerografías” se escriben hoy en día en el campo de la literatura hispánica.⁵ Para llevar a cabo mi análisis, he reunido un corpus en que la procreación es entendida como un estadio plenamente creativo y no como una mera actividad reproductora desligada de la ocupación artística. En concreto, estudio tres textos escritos recientemente por tres autoras contemporáneas en los que relatan su experiencia con el proceso de reproducción:

⁴ Igualmente, en el ámbito anglosajón se ha observado un auge de estas “escrituras del útero” (ver por ejemplo Gurton-Wachter o Schwartz).

⁵ Tomo prestado el término que utiliza Garcés por la similitud con los textos de mi corpus pues el vocablo ha sido elegido, en sus palabras, “leaning on both the term’s etymological roots (literally ‘writings of the womb’) and biomedical definition (a radiographic means of visualizing the uterus)” (31).

Quién quiere ser madre de Silvia Nanclares (2017), *Tiempo de espera* de Carme Riera (1998) y *Nueve lunas* de Gabriela Wiener (2009).

Me planteo, entre otras, las siguientes cuestiones: ¿Qué persiguen esos textos que hablan sobre el acontecimiento de ser madre? ¿Cuál es el poder del arte respecto a la procreación corporal? ¿Cómo plantean estas autoras la manera en que la reproducción se ha puesto al servicio de la dominación masculina? ¿Puede ser la procreación subversiva? Según Christine Planté, ya simplemente “el hecho de que una mujer *escriba* cuestiona la distribución de roles, reales y simbólicos, entre los sexos” (en Freixas, *Silencio* 149, énfasis mío). Al escribir sobre la experiencia reproductiva, se está *pensando* la procreación a través del cuerpo, el cual deja de ser sólo objeto y se convierte también en el sujeto que se construye por medio de la narración. Escribir, por tanto, deja de ser un ejercicio meramente mental: es una actividad creativa corporal que desafía los preceptos asumidos. Asimismo, considero que la experiencia reproductiva proporcionaría en determinadas circunstancias –como sugiere bell hooks en *Yearning*– “a privileged critical location from which to speak” (28), por lo que harían falta más relatos y representaciones en primera persona sobre el proceso reproductivo, historias sobre la infertilidad, el aborto, el embarazo y el parto que pluralicen el discurso dominante sobre la reproducción que la ha considerado un proceso pasivo que forma parte de la naturaleza (y el cuerpo femenino) y, por ello, ajeno a la crítica cultural, pese a que esta misma práctica ha sido la encargada de formar dicha visión distante, compartida por los campos de la medicina, la filosofía y la religión (una tradición humanista occidental que ha naturalizado sus propias construcciones).

En esta tesis demuestro que la procreación y el embarazo no son sólo funciones deslindadas del sujeto sino que forman parte de la subjetividad, a la cual no entiendo como

esencia sino como práctica social y cultural: en vez de *ser*, son maneras de *estar* en el mundo.⁶ Por ello, he seleccionado tres obras que dan cuenta de distintas subjetividades relacionadas con el proceso reproductivo y que presento en torno a los conceptos de deseo, amor y juego. De tal modo, analizo tres sujetos encarnados en cuanto a la relación que establecen con la procreación: un sujeto deseante (la mujer que quiere quedarse embarazada), un sujeto maternal (la mujer-madre que está gestando a su segunda hija) y un sujeto embarazado (la mujer que da a luz por primera vez). Tres textos que narran experiencias subjetivas distintas y aportan voces hasta ahora infrecuentes en los discursos reproductivos.

El uso metafórico de la gestación y el parto de “ideas” dentro de la tradición filosófica y literaria occidental ha sido bastante problemático ya que asume que los procesos de la reproducción corporal no contienen en sí mismos ningún valor intelectual –en lo que coincido con la filósofa Amy Mullin– caracterizándolos como experiencias radicalmente opuestas a la creatividad “espiritual” asociada a la producción cultural (Mullin 30). En esta tesis, en cambio, cuestiono ese enfoque del cuerpo procreativo a partir de las visiones alternativas que recogen los textos de estas tres autoras. Sus obras encarnan cuerpos reproductivos de tal manera que desafían la dicotomía creación/procreación que ha dado preeminencia al trabajo intelectual en detrimento de la reproducción corporal. Asimismo, se resisten a aceptar la visión dominante de la gestación –tanto espiritual como corpórea– como proceso que sólo tiene validez en tanto su resultado final, ya sea éste una obra de arte o un ser humano (Mullin 27), puesto que su producto es la narración sobre ese proceso corporal e intelectual, discursos cuyo supuesto resultado remite a sí mismo.

⁶ Mari Luz Esteban propone “ver el género no como lo que ‘somos’ –identidades fijadas culturalmente, masculinas o femeninas–, sino fundamentalmente ‘como lo que hacemos,’ prácticas sociales e individuales donde la corporalidad es una dimensión fundamental. El género, por tanto, sería una forma de ‘Estar’ en el mundo y no de ‘Ser,’ y esta visión nos ayuda a desencarnar la experiencia” (“Identidades” 34).

El cuerpo humano, como se sabe, es problemático. En *Thinking Through the Body* (1988), Jane Gallop nos recuerda cómo el enigma de nuestro organismo se debe a que éste no es una creación de la mente y, sin embargo, la seguimos usando para tratar de comprenderlo; o dicho de otra manera, la mente y la lógica, las palabras y el lenguaje, que no son sino creaciones intelectuales, la filosofía en una palabra, intentan incesantemente explicar el cuerpo; no obstante, nunca se llega a una conclusión unánime, ni definitiva, pues el cuerpo, al ser un misterio por definición, elude ser apresado por la lógica o, al menos, por la lógica creada hasta ahora por los hombres: se necesita otra manera de concebir el cuerpo, pensarlo usando un método distinto (Gallop 13). En esta tesis investigo precisamente ese otro discurso que han empleado las escritoras en los últimos años en el mundo occidental para “pensar” el cuerpo de la (pro)creación del que todos descendemos. Para ello, he puesto a dialogar los textos de mi corpus (*Quién quiere ser madre*, *Tiempo de espera* y *Nueve lunas*) con las teorías que han tratado de desentrañar el cuerpo reproductivo. Pero, como se pregunta Parker, “can mothers ever be philosophers?” (4): la filosofía ha sido el imperio de la razón por lo que ha relegado la maternidad y a la mujer, asociadas a lo corpóreo, a sus márgenes (Parker 8). Mujeres y filósofos, dos aparentes enemigos según Gallop que, no obstante, son el cuerpo de mi estudio: mujeres que escriben desde y sobre su cuerpo y su relación con la reproducción.⁷

Si el cuerpo materno es “the site of women’s radical silence” como asegura M. Walker (1), al presentar y asociar estas tres obras que rompen con ese mutismo expongo los modos en los que se puede ejercer cierta resistencia dentro de las relaciones de poder que han mantenido oculto (y subordinado) al cuerpo reproductivo y pueden darse otros modelos subversivos por su

⁷ “If the intellectual, the cleric, epitomizes the life of the mind, woman epitomizes the life of the body. To be a woman intellectual necessitated an attack on the supposed objectivity and transcendence of the thinker” (Gallop 21).

intención explícita de alterar la noción de maternidad que prevalece en nuestra cultura. En el primer capítulo, por ello, he elaborado una suerte de genealogía de la maternidad entendida más como práctica corporal reproductiva que como el concepto que abarca la praxis educativa y la crianza de las criaturas con el que normalmente aparece asociada; igualmente, investigo la relación que la procreación tiene con el campo literario y, en concreto, con la modalidad autobiográfica, ya que postulo que, al ser una narrativa que quiere desestabilizar el orden patriarcal, usa lo personal como estrategia política y, por ello, la primera persona narrativa – tradicionalmente asociada a la formación de un Yo masculino– se vuelve inevitable. Considero que estos textos crean un nuevo tipo de narrativa autobiográfica que si bien tiene un compromiso con el principio de verdad, usa los modos de la ficción para contar el proceso reproductivo, lo cual permite a las escritoras enunciar críticamente una voz que ha estado por mucho tiempo velada.

¿Qué significa crear y procrear? ¿Cuál es la relación que se establece entre la reproducción y la producción literaria durante el tiempo de gestación? Mullin recuerda que el discurso filosófico occidental predominante –de Platón a Nietzsche– ha decretado que sólo los que son incapaces de parir son aptos para la gestación espiritual (29) lo que ha llevado a desestimar la experiencia reproductiva como algo meramente material y sin relevancia intelectual.⁸ Según la teórica feminista Iris Marion Young, la imagen de la gestación como un “tiempo muerto” donde no pasa nada (pese a ser el período en el que se crea silenciosamente la vida en el interior del cuerpo materno) ha puesto en evidencia cómo el discurso reproductivo

⁸ Alexandra Schwartz recuerda en un reciente artículo la conclusión a la que llegó San Agustín tras analizar el mandato reproductivo del Génesis (“Sed fecundos y multiplicaos” [Gen 1:28]): “‘Fruitful,’ when applied to humanity, doesn’t mean only physical reproduction; it refers ‘to the process of mental conception,’ the power of human beings to learn and reason, and so to create more knowledge.”

excluye la subjetividad femenina. Sin embargo, el embarazo, como sostengo en esta tesis, no es únicamente un fenómeno corporal desligado de toda creación mental. El psicoanalista Daniel Stern, en este sentido, asegura que “a mother has to be born psychologically much as her baby is born physically. What a woman gives birth to in her mind is not a new human being, but a new identity: the sense of being a mother” (3). Y ese nuevo significado, esa (in)esperada manera de relacionarse con el mundo, como analizo en las obras de mi corpus, tendrá implicaciones subjetivas distintas para cada una de las narradoras.

La problemática entre reproducción y producción ha estado presente en la investigación feminista desde los años setenta pero la relación entre sujeto y cuerpo reproductivo ha recibido escasa atención crítica en el campo literario. Así, como ponen de manifiesto las tres obras de mi corpus, se precisa elaborar dentro de los feminismos actuales discursos sobre la reproducción que cuestionen el modelo normativo. La crítica Susan Bordo sugiere que la reticencia dentro de los feminismos a abordar la procreación se ha debido, en parte, a que el embarazo y el parto son “experientially profound events” (94) que corren el peligro de ser esencializados, esto es, que al formar parte de la categoría de “experiencia femenina” se esencialice sólo un tipo (con la consecuente exclusión del resto); por ello, Bordo recomienda tener en cuenta la diversidad histórica, racial y cultural de la experiencia reproductiva para evitar caer en esencialismos: “We [need to] recognize the different social histories whithin which the freedom and economic conditions that permit women to *have* children have been as tenuous as the right *not* to have them” (95). La cercanía que comportan las experiencias reproductivas con la construcción de la maternidad como destino femenino *par excellence* ha contribuido a su censura dentro de los feminismos, a pesar de que tal ideología podría ser mejor cuestionada, en palabras de Bordo, “if we engage in the construction of a public, feminist discourse on pregnancy and birth” (95). Las

obras que analizo, así como este mismo proyecto, participan en la creación de esos nuevos discursos plurales sobre la procreación que considero inexcusable en la actualidad.

La elección de las tres obras del corpus viene determinada, especialmente, por dos motivos: se han publicado en lengua castellana dentro de un mismo contexto histórico (la España posfranquista); y tratan en primera persona sobre la relación entre la narradora y su cuerpo reproductivo.⁹ El contexto peninsular posterior a la larga dictadura de Francisco Franco (1939-1975) es significativo en cuanto a los cambios que se han dado respecto a la figura de la mujer y las subversiones que ha experimentado el modelo franquista de la misma durante la Transición hasta la actualidad. España es hoy uno de los países con las tasas de maternidad más bajas dentro de la Unión Europea¹⁰ mientras que se podría decir que durante el franquismo fue “líder” en cuanto a la procreación: debido a esta transformación radical de la práctica reproductiva, la península puede considerarse un contexto fructífero y central para entender las nuevas narrativas en torno a la procreación en el mundo occidental.

Diversos estudios han puesto de manifiesto la centralidad del discurso reproductivo durante la época franquista.¹¹ Por ejemplo, la socióloga Elixabete Imaz recuerda en *Convertirse en madre: etnografía del tiempo de gestación* (2010) que durante dicho período histórico se censuraba toda “sexualidad con otro fin que no fuera el procreativo” convirtiendo así al

⁹ Cabe señalar que si bien existen diferentes textos y estudios sobre madres en el contexto hispánico, como expongo en el primer capítulo, son obras que se basan en cómo la madre se presenta como objeto, coincidiendo con la crítica psicoanalítica: se habla mucho de figuras maternas pero no de la experiencia del deseo de ser madre ni de la reproducción en sí. (Ver por ejemplo *La madre muerta: el mito matricida en la literatura y el cine españoles* (2016) de María Asunción Gómez).

¹⁰ Las estadísticas de fertilidad de *Eurostat* demuestran que “the lowest total fertility rates in 2015 were recorded in Portugal (1.31 live births per woman), Poland and Cyprus (both 1.32 live births per woman), Greece and Spain (both 1.33 live births per woman)” (“Fertility”).

¹¹ Para más información sobre la maternidad en el franquismo ver *The Seduction of Modern Spain: The Female Body and the Francoist Body Politic* (2010) de Aurora G. Morcillo, *Usos amorosos de la posguerra española* (1987) de Carmen Martín Gaité, o *Mujer, falange y franquismo* (1983) de María Teresa Gallego Méndez.

“matrimonio en el paso previo indispensable para la realización plena de una mujer, que era la maternidad,” la cual, por su parte, estaba “basada en el dolor físico y en el sacrificio, que mantenía para la mujer el carácter redentor de la impureza inherente a la feminidad del que la revisitó el catolicismo:” de tal modo, “la mujer que no era madre era considerada, en definitiva, una anomalía” (70).¹² Gómez, a su vez, afirma que “en la sociedad española, sobre todo durante los años del franquismo, más que una cultura matricida, se exhibe un incuestionable culto a la madre,” el cual, no obstante, ha estado presente durante siglos, pues “ha prevalecido en España una tendencia a considerar la maternidad como un rasgo indispensable de la feminidad, estableciendo una equivalencia entre el hecho de ‘ser mujer’ y ‘ser madre’” (14).

Las visiones de las tres autoras seleccionadas persiguen, por ello, dismantlar esta normativa del campo de la reproducción que ha prevalecido en la cultura hispánica y buscar alternativas femeninas y feministas respecto al sujeto y cuerpo de la procreación.¹³ Las tres son autoras contemporáneas que han decidido dejar atrás el silencio de la maternidad literaria con una voz propia y contundente. Sus obras, por la novedosa materia que tratan, sondan distintas maneras de contarse, conscientes de la innovación que están introduciendo y la transformación que buscan provocar, perturbando tanto los cánones acerca de los temas adecuados para ser literarios como las convenciones sociales anquilosadas en preceptos patriarcales. Por ello, la lectura crítica que realizo de estas obras va dirigida precisamente a exponer las estrategias

¹² Por ejemplo, en la emblemática novela de posguerra de la autora Mercè Rodoreda *La plaça del diamant* (1962) hay una escena sobre el dolor que causa el parto que resulta interesante debido a que la autora no tuvo hijos.

¹³ Desde la perspectiva de los estudios culturales, podría considerarse también cómo el formato (el texto escrito y publicado por ciertas editoriales literarias) es fundamental para delimitar lo que es literatura y lo que se considera, en cambio, cultura popular, pues las narrativas acerca del deseo de ser madre y de la gestación si bien están ausentes de la literatura y la filosofía, la cultura popular está llena de ellas: por ejemplo, como he mencionado antes, todos los manuales que tratan sobre la gestación o las numerosas páginas web y blogs donde se comparten experiencias y gran información. Ver, por ejemplo, *¿Dónde está mi tribu? Maternidad y crianza en una sociedad individualista* (2013) de Carolina del Olmo y *Madres en red: del lavadero a la blogosfera* (2014) de Mariona Visa y Cira Crespo.

textuales y discursivas que buscan cuestionar la equivalencia de maternidad y feminidad, así como contradecir la supuesta inactividad y mutismo asociados al sujeto reproductivo.

A pesar de que son autoras que no pertenecen a la misma generación ni región, considero que estas diferencias, en vez de limitar, enriquecen mi análisis con una serie de matices relacionados con esas mismas divergencias generacionales y de lugar de origen. Las tres autoras se dedican al mundo de las letras, tienen más libros publicados y se reconocen como parte del movimiento feminista contemporáneo. Sin embargo, pertenecen a ámbitos profesionales bastante alejados y, en sus narraciones, estas distintas maneras de ganarse la vida se hacen explícitas y, con ellas, su particular modo de entender la procreación y su escritura.

La escritora mallorquina Carme Riera (Palma, 1948) es madre ya de un niño en el momento en que espera a su segunda hija y redacta *Tiempo de espera*; es profesora de Literatura Española en la Universitat Autònoma de Barcelona desde los años setenta y miembro de la Real Academia de la Lengua desde 2012. Empezó a publicar sus narraciones en los años ochenta en catalán y sus obras, traducidas por ella misma al castellano, han sido reconocidas y premiadas en varias ocasiones. Así, si bien podría ser considerada una autora periférica en cuanto a su origen insular, tiene una fuerte relación con el estatus quo, tanto por su pertenencia a la élite mallorquina como al ámbito académico.

Gabriela Wiener (Lima, 1975) es poeta y cronista residente en España, ha tenido ya varios abortos cuando elabora la crónica sobre el embarazo y nacimiento de su hija *Nueve lunas* y trabajaba como periodista “kamikaze” de artículos sobre sexo y toda la subcultura relacionada con él, los cuales recogió en *Sexografías* (2008). Es una autora significativa para entender la realidad social de la España actual donde los inmigrantes son un grupo social central para la economía y la demografía y que no siempre se ven reflejados en la literatura; además, por su

origen peruano, es una escritora que apunta a los vínculos poscoloniales entre España y América Latina.¹⁴ Actualmente, es una de las voces más activas y provocadoras en el campo hispánico con varias obras ya publicadas y cuyos artículos aparecen regularmente en importantes medios a los dos lados del Atlántico como *El País*, *Eldiario.es*, *La República* o *The New York Times*, entre otros.¹⁵

Por último, Silvia Nanclares (Madrid, 1975) además de escritora es activista cultural; también colabora asiduamente en distintos medios como redactora y locutora de radio, si bien realizó estudios de Dramaturgia y Ciencias Teatrales.¹⁶ Al igual que Wiener, es una voz muy activa en los medios donde va dando cuenta de su actual cruzada reproductiva: tras la publicación de la novela autobiográfica *Quién quiere ser madre* donde expone su deseo de quedar embarazada, Nanclares se ha sometido a varios tratamientos de inseminación artificial y ovodonación como ella misma ha hecho público desde su sección en *Eldiario.es* y en su página personal de Facebook.¹⁷

El corpus que he elegido es, por tanto, productivo en cuanto a que incluye a tres autoras representativas del variado contexto hispánico actual: una escritora mallorquina con una afianzada trayectoria literaria, una inmigrante que representa una de las figuras del periodismo

¹⁴ El Instituto Nacional de Estadística (INE) observa que “los indicadores de crecimiento de la población sugieren que el saldo vegetativo sigue reduciéndose mientras que el saldo migratorio ha frenado los pronunciados descensos de años previos” (“España” 10).

¹⁵ Tiene también publicados *Kit de supervivencia para el fin del mundo* (2012), *Llamada perdida* (2014), el poemario *Ejercicios para el endurecimiento del espíritu* (2014) y la reciente *Dicen de mí* (2017).

¹⁶ Tiene también publicados los libros *La siesta* (2006), *Al final* (2010) y *El Sur: Instrucciones de Uso* (2011), así como varias colaboraciones en volúmenes colectivos y revistas culturales.

¹⁷ El 17 de mayo de 2018 anunciaba en su cuenta que estaba embarazada de seis meses así: “Venga, que salgo ya del armario, que estoy de 26 semanas (sexto mes en el klingon de las embarazadas). Que José y yo, si todo va bien, tendremos un hijo (sí, varonsito, como dijo la ecógrafa de la Fundación Jiménez Díaz) a finales de agosto. Después de muchas ganas, una novela, esfuerzos y desvelos varios (por no hablar del pastizal), lo logramos. ¡Viva la vida, ¿no?! #muyfelices.” Y el 5 de junio, su particular visión del tiempo de gestación era compartida en *Eldiario.es* (“Sacar”).

narrativo latinoamericano más reconocidas y una madrileña con un itinerario muy vinculado a los movimientos políticos y culturales contemporáneos (como el 15M). Riera es de una generación anterior a Wiener y Nanclares y su diario, escrito en la mitad de la década de los ochenta, hace eco de una problemática feminista referente al tema de la reproducción que no se agota en las novelas de las otras autoras pero adquiere otras direcciones y tonalidades. En este sentido, Riera es una figura que oscila entre valores tradicionales y modernos, una de las madres de “las hijas de la transición” a quienes inculcaron que “la maternidad precoz, que de golpe se situaba por debajo de los veinticinco, pese a que nuestras madres nos habían tenido a casi todas con menos edad, era un signo de clase” (Nanclares, *Quién* 190). Si un estudio cronológico de estos textos, como vemos, no puede ser ignorado (y que, por ello, realizo sumariamente en las conclusiones), presento el análisis crítico de manera estratégica, como he indicado antes, en relación a los conceptos que me interesa explorar en cada uno de ellos: deseo, amor y juego.

El deseo de tener hijos o hijas es anterior al embarazo, el motivador de la reproducción y un tema que, no obstante, ha sido exigüamente investigado en el campo literario: *Yerma* (1934) de Federico García Lorca y *Quién quiere ser madre* son, acaso, dos de las pocas obras en lengua española que se organizan en función de tal deseo. Por ello, la novela autobiográfica de Nanclares será la primera que examino con el propósito de comprender qué significa *querer ser madre*, un deseo subjetivo pero también social que actúa como motor de la procreación y la relación que establece con el cuerpo reproductivo.

En el siguiente capítulo, estudio otra noción igualmente muy vinculada a la maternidad: el amor. El diario epistolar que Riera escribe durante el embarazo de su segunda hija reelabora literariamente el tema del afecto materno, abriendo la reproducción a un ángulo nuevo: la agencia, una posición alejada de la tradicional concepción pasiva de la mujer embarazada

durante ese “tiempo de espera.” Asimismo, recrea una relación materno-filial que se ha mantenido fuera de los círculos culturales: la de una madre con su hija. Según Luce Irigaray, esta relación es un núcleo explosivo ya que solo pensar en ella, transformarla, es equivalente a sacudir las bases del orden patriarcal (“Women” 50). Riera, de manera similar al planteamiento de la crítica francesa, presenta una relación madre-hija hasta ahora apenas conocida en lengua española: un diálogo (inverosímil) entre la mujer embarazada enamorada de su embrión durante los nueve meses de gestación. *Tiempo de espera* reflexiona sobre la nueva temporalidad que implica un embarazo y cómo ese tiempo, tradicionalmente considerado hueco, se llena, literalmente, de sentido. Así, lo que es en sí un acontecimiento que no tiene nada de sorprendente para la sociedad en que vivimos –y por ello, especula Riera, no ha dado casi lugar a diarios (ni ficciones) que lo relaten (*Tiempo* 14)– es un parte aguas en la vida de la mujer que lo experimenta, cambiando no sólo su cuerpo sino también su propia subjetividad, disolviendo la distinción mente/cuerpo que ha sido naturalizada en el pensamiento occidental.

Por último, analizo la crónica autobiográfica de Gabriela Wiener, donde a partir del concepto de juego procuro demostrar que la narración sobre y del sujeto gestante pretende desestabilizar ciertas ideas normativas asociadas a la reproducción y al cuerpo embarazado. El juego que desde el inicio nos plantea Wiener sitúa el foco narrativo en un cuerpo abyecto en plena metamorfosis, siendo éste el espacio de lucha entre fuerzas antagónicas que quieren mantener y transformar una serie de relaciones de poder en el campo cultural de la reproducción.

De tal modo, a partir del estudio crítico del deseo, el amor y el juego expongo las estrategias y mecanismos que emplean los tres textos para tratar de subvertir el orden vinculado al cuerpo femenino y a la práctica reproductiva. Mi propósito es restituir potencia al afecto del que tal cuerpo es capaz, romper con esa inhabilidad naturalizada de provocar cambio y producir

una alternativa al poder. “El afecto es –en palabras de Jon Beasley-Murray– un índice no meramente de poder sino también de la transformación del poder o poderes cuando los cuerpos se encuentran, colisionan, se unen, son desplazados o, incluso, escapan a lo largo de una línea de fuga que puede llevar a una completa reorganización de todo un orden de cuerpos”

(“Biopolítica” 385). Y son esas trayectorias que trazan los tres textos de mi corpus lo que precisamente examino en este trabajo puesto que van dirigidas a incitar un cambio dentro del orden establecido en el campo cultural respecto a la reproducción de los cuerpos humanos.

Con esta tesis, en primer lugar, quiero contribuir a dar visibilidad al tema de la procreación dentro de los estudios culturales. Asimismo, considero que en la actualidad se está formando una corriente literaria sobre la experiencia de la maternidad que está adoptando ángulos distintos a las versiones tradicionales sobre la figura de la madre que predominaban en la literatura hispánica: son visiones feministas que legitiman maternidades políticas llenas de agencia desautorizando y oponiéndose a la posición dominante del campo según la cual las madres habían ejercido un poder relativo, a pesar de ser las encargadas de crear y educar a los futuros agentes sociales, siempre bajo la mirada de los “expertos” que dictan lo que debe ser su rol; de ahí, esa inmensa suma de publicaciones relativas a la maternidad referentes a cómo debe ser y qué *debe hacer* una (buena) madre.¹⁸ En cambio, son insuficientes las obras que tratan críticamente sobre lo que supone *ser* madre: los textos que he escogido precisamente son voces que toman agencia y hablan en primera persona sobre la cuestión política de la reproducción.¹⁹

Como afirma Andrea O’Reilly en *Feminist Mothering* (2008), al definir la maternidad como un

¹⁸ Todas estas publicaciones a las que me refiero, centradas en su mayoría en aspectos médicos, bien infantilizan a la embarazada, bien la presionan para convertirla en esa “mujer 10” que ha creado la sociedad occidental: trabajadora, esposa y madre perfecta que refuerzan el ideal de maternidad intensiva propuesto por Sharon Hays en *The Cultural Contradictions of Motherhood* (1996).

¹⁹ Entiendo agencia como el potencial que posee un sujeto de actuar en un mundo.

asunto privado y apolítico se restringe la manera en que las madres pueden realizar (y afectan) el cambio social a través de la práctica de una crianza feminista y un activismo maternal (12).

Por ello, mi intención es analizar obras que desmantelan el mensaje de que la maternidad es únicamente un asunto privado y arremeten contra el actual capitalismo hedonista que idealiza el rol de madre al tiempo que nos aísla en las tareas de la procreación y los cuidados, pues las madres (y padres) no “tenemos” hijos como otra propiedad más, sino que “traemos” seres humanos al mundo. Con este proyecto pretendo arrojar algo de luz al ostracismo en que ha permanecido la reproducción dentro de la producción cultural²⁰ y, a su vez, comprender mejor los mecanismos que han contribuido, por un lado, a desprestigiar la maternidad como labor no remunerada –siendo a su vez el sostén del sistema capitalista– y, por otro, a esencializar la figura de la madre donde difícilmente encajamos las mujeres con hijos. La sociedad ha naturalizado lo que no es sino una mera construcción, ya que la maternidad no es una tarea privada ni individual sino una actividad política y colectiva.

²⁰ El psicoanálisis, especialmente posterior a Freud y Lacan, ha trabajado extensamente el tema de la maternidad, entre las que destacan feministas como Kristeva, Irigaray y Cixous; pero en ocasiones, por culpa de esos “padres” del psicoanálisis, se estudia la madre como figura en el sujeto en lugar de cómo sujeto en sí. En este sentido, son importantes los estudios de Elizabeth Grosz, *Jacques Lacan. A Feminist Introduction* (1990); Luce Irigaray, *Sexes and Genealogies* (1993) y “The Bodily Encounter with the Mother” (1981); y Julia Kristeva, *Historias de amor* (1987).

Capítulo 1. Maternidades: los discursos de la reproducción

Pregnancy does not belong to woman herself

Iris Marion Young

1.1: Introducción

La maternidad se ha puesto de moda: tanto en Norteamérica como en el contexto hispánico donde se enmarca este trabajo se aprecia un aumento de interés por los discursos maternos. La mayoría de los periódicos españoles, por ejemplo, incluyen en sus versiones digitales una sección dedicada a temas de “madres” o “crianza” en los que abarcan asuntos tan distantes como enfrentarse a las rabietas de los niños, la (soñada) conciliación o la búsqueda activa de la fecundación por medio de diversas tecnologías de vanguardia.²¹ Paralelamente, en los últimos años se ha visto un incremento en el campo editorial de publicaciones sobre maternidad: nuevos discursos de la procreación que no llegan solo de la medicina y diversas ramas como la psicología clínica o la pedagogía, los únicos discursos que parecían autorizados para hablar del cuerpo reproductor y los modos de ejercer la crianza hasta hoy en día; son voces que, esta vez, reflexionan en primera persona sobre cuerpos que no solo pueden engendrar sino que también escriben sobre ello. Finalmente parece que se ha logrado el codiciado sueño del feminismo clásico de poder *elegir* ser madre, pues, en el mundo occidental al menos y en determinados sectores sociales (las clases medias y altas), tener descendencia es algo que se desea y (no siempre) se cumple en el momento querido con (presumida) libertad.²²

²¹ Ver, por ejemplo, “Nidos” de *Eldiario.es* o “De mamás y de papás” de *El País*. No obstante, hay que recordar que no cuentan con una sección análoga en sus ediciones en papel.

²² “Hoy una mujer se embaraza porque la idea no le da asco. Aunque sí un poquito de náuseas” –comenta Gabriela Wiener en *Nueve lunas* (26).

En este capítulo examino (1) la problemática actual de la reproducción, (2) el cuerpo del proceso procreativo configurado históricamente por los discursos filosóficos y científicos, (3) la cultura de la maternidad del ámbito hispánico, (4) los textos contemporáneos en que las escritoras han empezado a hablar en primera persona sobre la procreación y (5) la relación que establecen con el género literario en que se incluye. Mi objetivo es establecer un contexto específico para la narrativa que trazo en los demás capítulos de mi investigación que permita apreciar las tensiones que participan en el campo reproductivo dentro de los feminismos actuales y que considero imprescindibles para comprender los modelos de mujer existentes, los cuales son cuestionados y subvertidos por las tres escritoras de mi corpus. Estas proponen otras variantes relacionadas con las dificultades procreativas del momento presente (Nanclares), de la transición tras la dictadura de Franco (Riera) y de la población inmigrante del siglo XXI (Wiener) en España. Mi propósito es demostrar que la reproducción continúa siendo una noción fundamental para entender la sociedad española y su relación con las nuevas formas literarias, así como los tipos de mujer que hay en la actualidad pese a la liberalización después del franquismo y, por ello, interesa que sea reevaluada críticamente, sobre todo, dados los manifiestos y rápidos cambios que está atravesando en nuestra era tecnológica.

La maternidad ha sido constituida históricamente por discursos religiosos y científicos sin haber generado una respuesta filosófica ni literaria análoga. Como han puesto en evidencia varias investigaciones académicas, entre ellas *Family Values* (1997) de Kelly Oliver, *Philosophy and the Maternal Body* (1998) de Michelle Boulous Walker y *The Theorist's Mother* de Andrew Parker (2012), este silenciamiento ha operado en un doble sentido: por un lado, la omisión sistemática de la maternidad del análisis filosófico por no ser considerada parte de la cultura sino

de la naturaleza y del cuerpo²³ y, por otro lado, acallando las voces de mujeres que sí tratan sobre ella. Según M. Walker, “philosophy excludes women by silencing them, either by refusing them entry, or by refusing to listen to those who have, through whatever means, managed to gain access to its privileged domain” (9). Asimismo, el discurso científico ha contribuido a tal elipsis por su complicidad en la construcción “natural” de las mujeres como recipientes *pasivos* y la progresiva individualización que han sobrellevado los embriones: “Representations of pregnant women as passive environments for the developing *individual* are used to discipline pregnant women and monitor and control their behaviour” (Oliver, *Family* 33, énfasis mío). Pasivas y sumisas, calladas e invisibles, así han sido creadas las mujeres por los discursos encargados de instruir en la tarea reproductiva: de ahí a la intervención y vigilancia en cuanto al comportamiento en los cuidados y la crianza de las criaturas ha sido una consecuencia insalvable.

Alicia H. Puleo nos recuerda que en la historia de la filosofía occidental el discurso displicente hacia las madres ha coexistido con su alabanza ocultando el mismo tipo de mensaje misógino que infantiliza y justifica la ocupación que deben cumplir en la sociedad (28). Figuras como Jean-Jacques Rousseau en la Ilustración o Donald Winnicott²⁴ durante el siglo pasado han centrado su atención en la importancia y responsabilidad de las madres en el (correcto) desarrollo de las criaturas, algo que sigue en auge con el “attachment parenting” promocionado, entre otros, por el doctor William Sears²⁵ en el ámbito anglosajón y el pediatra Carlos González en España, pues, como recuerda Oliver, “if mothers did indeed have as much control over the development

²³ La filosofía crea lo que excluye, según Michèle Le Doeuff, “a formal idea that discourse must involve exclusion or discipline, that inadmissible modes of thought cannot be undefined” (7).

²⁴ Ahora bien, Winnicott propuso el famoso concepto de la madre “good enough,” en vez de “perfecta” (10).

²⁵ Para Sears, “the idea behind attachment parenting is that you get to intimately understand your child to appropriately encourage and discipline them as they grow up.”

of children as Winnicott proposed, then mothers must be watched, instructed, and chastised” (*Family* 58). Las madres –y padres–, así, si bien tenemos *agencia* hemos de estar sujetas por ello a las pautas de los expertos.²⁶ Igualmente, cuando las voces se han alzado contra esa imposición al mutismo demandando ser escuchadas –pues como señala Pierre Bourdieu en todo campo siempre hay cierta resistencia (*Invitación* 128)– han sido desvalorizadas y aplacadas por la misma maquinaria silenciadora. Esas voces son, no obstante, de las que me he servido para el análisis que realizo sobre el cuerpo procreativo en cuanto organismo construido por una serie de discursos que han tratado de naturalizarlo y en los que, por primera vez, también participa desafiando la norma y proponiendo alternativas orientadas a combatir su silenciamiento.

Sin embargo, estos nuevos discursos sobre reproducción corren el peligro de fomentar la maternidad esencialista o una visión que naturaliza la maternidad como *esencia* de la feminidad y fuente inagotable de felicidad: tal ideología –o “institución” en palabras de Adrienne Rich²⁷– entiende la reproducción como la función ingénita e inevitable de toda mujer por el hecho de serlo y haber nacido capacitada biológicamente para ello, por lo que demanda su dedicación exclusiva a las tareas maternas (gestar, parir, amamantar y cuidar) debido a sus supuestas cualidades innatas como la empatía y abnegación, facultades que, además, dirigen su deseo, incluido el sexual, precisamente a ser madres y dedicarse al cuidado de los hijos.²⁸ Tal visión fue exaltada por la cultura española promovida durante la dictadura como veremos en la tercera sección y que, pese a las transformaciones históricas acaecidas en las últimas décadas, sigue activa (como una vuelta a “lo natural”) en la era del consumo actual.

²⁶ Para más información sobre un análisis de los mandatos contradictorios que se encuentran en los manuales y libros de ayuda a los progenitores actuales ver Olmo, *Dónde*.

²⁷ Así diferencia Rich la maternidad esencialista de la experiencia histórica que tienen las madres en *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution* (1986).

²⁸ Cfr. *The Impossibility of Motherhood* (1999) de Patrice DiQuinzio (xiii).

No resulta muy axiomático tampoco declarar que en el campo literario se ha escamoteado la maternidad. No sostengo que no haya una literatura sobre la maternidad sino que, al igual que ha pasado con el cuerpo materno que ha debido ser construido y negado para afirmar el masculino,²⁹ los discursos que hablan en primera persona sobre ese cuerpo eminentemente femenino han sido arrinconados por un canon literario que hizo universal lo masculino protegiendo así su capital simbólico.³⁰ Laura Freixas recuerda los pocos textos de la tradición occidental donde aparece la voz “de las madres pensantes” pues, a diferencia de la gran cantidad de publicaciones sobre maternidad en la cultura popular (como revistas y libros de autoayuda), no había hasta finales del siglo XX casi obras que abordaran la maternidad en primera persona “con espíritu crítico” (*Silencio* 160). En la sección siguiente, realizo un breve recorrido por las (ya no tan) escasas publicaciones en lengua española que son parte de ese movimiento que desde finales del siglo veinte han engrosado los discursos de la maternidad contra la idealización de la que ha sido objeto en la cultura popular y mediática, teniendo en cuenta el contexto histórico-social donde surgen: la España posfranquista.

Por último, hay que señalar que ese cuestionamiento parcial de los discursos reproductivos dentro del campo literario que mencionaba antes ha favorecido, a su vez, que estos se hayan mantenido al margen de las formas tradicionalmente asociadas con el análisis crítico más profundo (el ensayo o la novela, por ejemplo) y se hayan “filtrado,” en cambio, en géneros

²⁹ “The feminine against which man defines himself is his own creation; it is everything with which he doesn’t want to identify, and calling it feminine, he protects his masculinity” (Oliver, *Family* 50). También hay toda una tradición de negar el cuerpo masculino pues de lo que se ha renegado, en general, ha sido del cuerpo y, dentro de esto, particularmente, el femenino y, dentro del cual, el materno.

³⁰ Como expone Bourdieu, la protección y perpetuación del capital simbólico tiene que ver con salvaguardar la virilidad de la amenaza de ser confundida o acusada de femenina (*Dominación* 68). De ahí que los hombres también estén contruidos por discursos que les dictan cómo ha de ser su masculinidad y a los que, no obstante, también están retando.

que antes se consideran más ligeros: entrevistas en revistas, crónicas y artículos periodísticos, poemas, cartas, diarios y testimonios (formas donde el examen profundo, no obstante, ha empezado a irrumpir en una escala mayor).³¹ Así, las nuevas voces que tratan críticamente sobre la maternidad y sus aledaños (fecundación, embarazo, parto y temas de crianza y paternidad) han continuado, en parte, usando esas formas marginales y tradicionalmente asociadas a la construcción de la subjetividad, como es la autobiografía. Aunque, en este caso, no va a aparecer un yo que negocia con el padre su identidad (Smith 39) sino en compromiso con el cuerpo materno; las formas narrativas donde se configura el yo reproductivo será el último apartado de este capítulo dedicado a explorar así un género autobiográfico nuevo, las denominadas “histerografías” que he señalado en la introducción, y del que forman parte las tres obras que examino en los otros capítulos de esta tesis.

1.2: La problemática de la reproducción en la actualidad

La historiadora Cira Crespo recuerda en *Maternalias* (2013) que la palabra “maternidad” no se empezó a usar con la acepción que hoy le damos hasta bien entrada la modernidad: “El capitalismo inicia la llamada «cultura de las dos esferas»: la mujer en casa, y el hombre en la fábrica. Fue entonces cuando los contornos y significados de la palabra ‘maternidad’ empiezan a perfilarse, cuando los límites y espacios se clarifican” (14).³² Según esta autora, si bien se conocía la palabra “maternitas” en la Edad Media, sólo se usaba en relación a la Madre Iglesia o

³¹ Freixas asegura que la maternidad ha estado presente en la subcultura ya que “la jerarquía de sexos no se refleja sólo en el poder político, o en la economía, sino también en la cultura” (*Silencio* 147).

³² Cabe matizar que antes incluso del comienzo del capitalismo que indica Crespo, ya se había recluido a las mujeres pues la monogamia era necesaria para ellas, como apunta Federico Engels, puesto que “nació de la concentración de las riquezas en las mismas manos, las de un hombre; y el deseo de transmitir esas riquezas por herencia a los hijos de este hombre, excluyendo a los de cualquier otro” (95), de lo cual poco sabemos pues “se remonta a tiempos prehistóricos” (73).

la Virgen María, modelo de la buena madre (13). Pero la madre, como sostiene Victoria Sau, no existe sino como “función del padre” (21): “Hijas e hijos creen tener una madre e interiorizan un cierto estereotipo de maternidad acorde con el tiempo y el lugar que les ha tocado vivir, pero lo cierto es que esas palabras son mera apariencia, sin existencia real” (22). Así, vemos que el significante “madre” –contingente– sirve de soporte a una serie de sentidos muy arraigados y conformes a una ideología patriarcal.³³

Si bien hay diferencias evidentes entre lo que se ha venido denominando “maternidad” (gestar y parir) de su ejercicio (crianza y socialización de las criaturas), ambas se suelen confundir dando como resultado una ambivalencia consustancial a la propia maternidad que abarca un imaginario idealizado, el cual supone en sí mismo una imposibilidad al exigir funciones contrarias a la ideología del individualismo predominante hoy en el mundo occidental, como la colaboración, la solidaridad y el apego. Por ello, como asegura DiQuinzio, los textos actuales que teorizan sobre la maternidad se enfrentan a la paradoja de poder cuestionar y subvertir el individualismo y, a la vez, corren el riesgo de reforzarla como esencia, lo cual constituye “a paradoxical politics of mothering” (xvi). Mi interés está dirigido precisamente a la investigación de los nuevos discursos de la maternidad que se centran en el cuerpo de la (pro)creación (y no tanto en la praxis social de la crianza de las criaturas), concretamente, en las voces con que se expresa ese cuerpo en la época contemporánea.

Asimismo, si la intención de esos discursos es atacar la ideología individualista de la que han sido expulsados, en ocasiones, acaban afirmándola pues al defender la procreación como un asunto *personal* –como advierte Bettaglio– se puede caer en una trampa (“Maternal” 230): por

³³ Bajo el vocablo “madre” se engloba una serie de sentidos que van más allá de lo meramente biológico como propone el *Diccionario de la lengua española*: “1. Mujer o animal hembra que ha parido a otro ser de su misma especie. 2. Mujer o animal hembra que ha concebido.”

una parte, se libera a las mujeres de la imposición de ser madres pero, por otra, les hace garantes de sus consecuencias (esto es, de la crianza de los hijos) eximiendo, en parte, a la sociedad y al Estado de su participación y responsabilidades políticas para con todo lo que implica la reproducción (desde la fertilidad a la socialización de las criaturas). Prueba de ello es, por ejemplo, la falta de ayudas económicas y de políticas de cuidados, los numerosos recortes en sanidad y educación públicas o las restrictivas legislaciones que tienen los tratamientos de fertilidad y reproducción asistida en la sociedad española, las cuales se han visto como algunas de las causas de que las tasas de natalidad en España sean de las más bajas en Europa y la edad a la que se tiene el primer hijo se haya retrasado considerablemente, como veremos en el segundo capítulo.³⁴ El discurso científico, indica Josune Aguinaga, refuerza la visión de que la mujer es “la única responsable de la reproducción de la sociedad” lo cual “transmite en el fondo que la decisión, el cuidado, la educación, etc., de un niño son de la mujer, es decir, se convierte en una responsabilidad no compartida por otros miembros del entorno, incluido el padre” (125). Las autoras de mi corpus, por ello, tratan de renunciar a tal mensaje que refuerza el papel tradicional de la mujer en la reproducción dentro del modelo más normativo –la pareja heterosexual monogámica– relatando experiencias que buscan el cambio en ese mismo molde tan rígido que reitera que la procreación pertenece solo a las mujeres.

Hay que recordar también que, si bien hay discursos individualistas partidarios de extender la reproducción a cualquier persona que quiera tener hijos (y pueda pagarlos) desvinculándose de sus implicaciones políticas al promoverla como opción únicamente personal, muchos son, en cambio, reacios a la cuestión del aborto. O dicho de otro modo: si por un lado se

³⁴ Desde la crisis económica de 2008, España ha recortado el gasto sanitario y educativo de manera considerable (ver, por ejemplo, Sara Mateos, “Caída”).

despolitiza la procreación individualizándola y no se crean políticas de cuidados para con los vulnerables, por otro lado está muy politizado el asunto de la inseminación y la interrupción de los embarazos. Así tenemos la doble cara de estos discursos: el Estado se desvincula de su compromiso para con la maternidad en cuanto a su ejercicio se refiere al ser considerada una opción soberana, mientras que al mismo tiempo decreta leyes para ese cuerpo procreativo, ya sea sobre el aborto o las nuevas técnicas reproductivas (dictando quién y cómo puede procrear). Estas leyes son parte de las estrategias de control que se usan para disciplinar al cuerpo social: el uso de la ciencia –recuerda Aguinaga– esconde “intereses ideológicos que apuestan por la desigualdad entre géneros” (125) y, cabe añadir, entre clases y razas. La reproducción, así, ha devenido en sectores medios y altos de la sociedad del mundo occidental (eminentemente blanco) un producto controlado que se puede comprar en el momento deseado, lo cual conlleva una depreciación de su alcance como acto físico innovador (Ruddick 49). Sin embargo, pese a las incoherencias y contradicciones, es necesario pluralizar las teorías sobre la maternidad tanto para enriquecer su comprensión como para afianzar su alcance político pues, en palabras de DiQuinzio, los distintos ángulos multifocales “make possible multiple and overlapping positions of resistance to individualism and essential motherhood” (248).

Una mujer se convierte en madre cuando reconoce a su primer hijo o hija como propio, haya sido o no gestado en su cuerpo, como puntualiza Imaz (176). Si sólo tiene que ver con la biología, ¿por qué las mujeres que han abortado o parido hijos muertos no son consideradas madres en la sociedad? Asimismo, las que no alumbran pero adoptan son legalmente madres y las que, por el contrario, dan a sus hijos en adopción no son sino catalogadas como “madres biológicas.” Al respecto, Imaz advierte que “dar por hecho que el parto convierte en madre, que dar a luz un hijo es también dar a luz una madre, es naturalizar la maternidad y considerar que un

proceso biológico en sí puede dar cuenta de las categorías sociales” (230).³⁵ Lo cual es, precisamente, lo que se ha venido haciendo en nuestro mundo occidental. Por su parte, Ruddick afirma que la maternidad va más allá de lo privado puesto que se trata de proteger, nutrir e integrar a un nuevo ser humano en el espacio social (17). Si la maternidad, entonces, supone una tarea que, en principio, podría realizar cualquiera, es un discurso que, a pesar de sus intenciones de liberar el binomio mujer/madre, entraña el riesgo de seguir desvalorizando a las mujeres que cuidan de las criaturas que han dado a luz, para las cuales existen un fuerte vínculo de parentesco tanto genético como social, así como restar alcance subjetivo al proceso de creación que supone el embarazo y parto.³⁶ Lo que quiero resaltar aquí es la tensión que se da entre lo biológico y lo social en las mujeres que gestan y alumbran, la cual está lejos de resolverse y es el centro de mi interés. Se habla más de la crianza y los cuidados de las criaturas, minimizando incluso la gestación y el parto pues, como también recuerda Ruddick, al fin y al cabo, suponen un lapso breve en comparación a los largos años de relación que se establece con los hijos e hijas. Sin embargo, devaluar el embarazo y el parto implica no sólo restar la potencia de la que el cuerpo reproductivo es capaz sino además, debido al auge de las nuevas técnicas de reproducción, corre el riesgo de usar y explotar ese cuerpo de maneras hasta ahora insospechadas, geste o no vida, pues seguiremos necesitando los gametos para la reproducción –que en el caso de los óvulos no son tan sencillos de obtener (Ruddick 48-49).

³⁵ Por ello, de las autoras de mi corpus, sólo Riera puede considerarse madre puesto que ya lleva criando trece años cuando escribe *Tiempo de espera*; ni Nanclares ni Wiener son todavía madres a pesar de componer discursos sobre la maternidad: son sujetos en transición a la maternidad cuyos cuerpos reproductivos les están dificultando o facilitando la conversión.

³⁶ La antropóloga feminista Patricia Merino advierte que “hay toda una serie de líneas ideológicas interesadas en minimizar la importancia de la maternidad biológica e igualar el rol de hombres y mujeres en la producción de los hijos. No es casual que esto ocurra en una época en que la producción de bebés ha devenido una actividad mercantil” (32-33).

Por otra parte, la crianza no siempre ha sido responsabilidad de las madres biológicas: las mujeres de clases medias y altas antes del siglo XVIII encomendaban tales funciones a otras personas e, incluso, enviaban a sus hijos al campo durante los primeros años de vida después de dar a luz (Imaz 31), y hoy en día disponemos de guarderías y colegios que se encargan de cuidar y educar a los niños y niñas. Hasta la lactancia, supuesta condición biológica, ha sido susceptible de manipulación: si bien en el pasado histórico fue la manera predominante de alimentar a las criaturas, era una actividad compartida entre varias personas, hecho que posteriormente pasó a ser delegado a terceros en las clases medias y altas: lactancia mercenaria, amas de cría o nodrizas (Imaz 39). Hoy en día, como recuerda Crespo, la imagen de un bebé comiendo que predomina en el imaginario occidental es tomando biberón: “Todo el engranaje capitalista puso los cinco sentidos en convencer a las mamás que sus pechos no eran suficientes, que, como tantas otras cosas, era mejor utilizar un artefacto que los sustituyera” (78). Sin embargo, un reflejo de la recuperación de la práctica de amamantar son las cada vez más numerosas representaciones de mujeres dando el pecho y de la lactancia prorrogada que aparecen en los medios, como la controvertida foto de Martin Schoeller para la portada de la revista *Time* de mayo de 2012 donde aparece una madre joven dando el pecho a un niño de tres años subido a una silla, lo cual evidencia un debate en la actualidad que, según las posiciones contrarias, “se somete a una presión brutal a las madres para que den de mamar, sí o sí” (Gimeno, “Estoy”).

Al poder externalizarse, la crianza necesita de mucho más control: de ahí que sea, por ello, el asunto que más atención sigue recibiendo. En este sentido, hay que tener en cuenta que en el momento histórico vigente ha rebrotado un naturalismo en la cultura occidental que opera subrepticamente dotando de nuevo de un aura distinguida a la maternidad de manera que vuelve a vincular a las mujeres con hijos e hijas al hogar y a los cuidados; un neonaturalismo que está

avalado por investigaciones científicas que demuestran cómo el desarrollo infantil se conecta directamente con el tipo de crianza que se practica, promueve la exclusividad de la madre biológica como figura insustituible debido a una serie de funciones que consideran clave como la lactancia a demanda, el colecho y una praxis que solicita la disponibilidad de las madres a tiempo completo. De esta forma, las mujeres que se convierten en madres se enfrentan otra vez a la disyuntiva que parecía superada gracias al movimiento feminista del siglo pasado: producción o reproducción.

Elisabeth Badinter ha estudiado en *The Conflict* (2011) los mecanismos de este nuevo naturalismo que supedita a las mujeres a los cuidados y a la maternidad intensiva y exclusiva, una manera de maternizar que expuso Sharon Hays en su análisis *The Cultural Contradictions of Motherhood* (1996). Según Gimeno y Badinter, entre otras, La Liga de la Leche Internacional y las nuevas teorías de la crianza con apego responsabilizan a las madres (no a los padres) del correcto crecimiento de sus hijas e hijos: amamantar y la respuesta inmediata (si no previa) a las necesidades y llantos del bebé exigen que las madres se dediquen únicamente al cuidado de sus hijos, con un fuerte sentimiento de culpa por no llegar al alto estándar que dicha normativa les exige.³⁷ La reproducción, si bien tiene lugar en el cuerpo de la mujer, da a luz a un ser humano en un mundo social, no obstante, como recuerda Carolina del Olmo,

la idea de que está en nuestras manos hacer de nuestros hijos personas emocionalmente sanas y completas, constituye una fantasía de control apaciguadora en un mundo que se nos escapa por completo. Son ilusiones que nos permiten vivir con serenidad una

³⁷ La escritora colombiana Margarita García Robayo ha escrito una crónica sobre las dificultades del amamantamiento y los mandatos incuestionables de La Liga de la Leche, los cuales culpabilizan a las madres que no quieren, o pueden, dar el pecho a sus criaturas (“Cruzada”).

situación que, de otro modo, nos resultaría intolerable: no podemos controlar el tipo de mundo en el que crecerán nuestros hijos. (213)

La falta de revisión crítica referente a todos los libros de crianza y los supuestos estudios científicos sobre psicología y desarrollo infantil –como también acentúa Olmo– han contribuido a la exigencia de esa vuelta a lo “natural” que puede esconder una profunda ideología patriarcal y que confina a las mujeres que tienen hijos de nuevo al espacio doméstico y al ejercicio individual de la maternidad.

Por ello, dentro de los feminismos se han buscado alternativas a esa visión de la maternidad como impedimento para realizar otras labores productivas y creativas. En este aspecto, Rich fue la primera en diferenciar la experiencia maternal de su institucionalización; por ejemplo, asegura que, a diferencia de la gran cantidad de textos que hay para explicar el drama del niño o niña que sucede durante el proceso de individuación, “nothing could have prepared me for the realization that I *was* a mother, one of those givens, when I knew I was still in a state of uncreation myself” (Rich 35). Riera entiende asimismo la maternidad como un acontecimiento liberador para determinadas mujeres (de clase acomodada) que, como ella misma, tienen la opción de convertirse en madres de manera autónoma, deseada y compatible con la actividad artística y, en consecuencia, declara que “es necesario buscar fórmulas para que nuestra condición de dadoras de vida llegue a ser un estímulo, un aliciente” (Riera, *Tiempo* 178). Nanclares y Wiener, en cambio, pertenecientes a una generación posterior, advierten de la trampa que contienen las ideas sobre la (ilusión de la) conciliación para muchas mujeres pues, en la práctica, las que no pueden externalizar los cuidados de las criaturas y del hogar, se topan con lo que se ha denominado “la doble jornada” (laboral y doméstica), debido a las escasas políticas de cuidados que existen en la actualidad y la persistente desigualdad en el reparto de tareas en el

hogar.³⁸ Autoras como Olmo o Merino proponen dirigir la mirada no tanto a las características individuales de la maternidad sino al contexto actual: “Imaginar cómo debería ser nuestro entorno para que a todos nos sea posible ser buenas madres;” una comunidad –o tribu– que facilite no sólo la elección sino también el compromiso: “No una sociedad que nos fuerce a decantarnos por opciones igualmente defectuosas y a dar la espalda a lo que son los ingredientes irrenunciables de nuestra constitución como personas” (Olmo 220). Y para llegar a imaginar este tipo de sociedad, uno de los primeros pasos que se han estado dando en esta dirección tiene que ver con la desacralización de ciertos discursos científicos, religiosos, literarios y filosóficos, esto es, mostrar las contradicciones e inconsistencias en la producción de los regímenes de verdad a través de una crítica a la ideología por medio de la construcción de genealogías, las cuales, refuerzan la asociación de determinados conocimientos (DiQuinzio xii-xiii).

Si convertirse en madre significa reconocer y adoptar a un hijo o hija como propios (Ruddick 51), es una identidad al fin y al cabo construida en relación a un *otro* y, por tanto, la maternidad no sería una *esencia* específica de la mujer que tiene que llegar a asumir en algún momento de su vida para poder estar completa –como dicta la visión normativa–, sino *relacional*, es decir, una categoría social a la que se llega en función de la interacción con otros. Mi proyecto investiga precisamente los nuevos discursos de la procreación en primera persona con la intención de analizar mejor un sujeto reproductivo que había permanecido poco explorado, en parte debido a la creciente atención que han recibido los fetos, algo que, sin embargo, no deja de ser incongruente en una sociedad que después de nacer no se responsabiliza

³⁸ Las estadísticas apuntan a que todavía en los hogares españoles existe disparidad en cuanto a las horas invertidas en el trabajo doméstico, algo que es común en toda la Unión Europea: “En todos los Estados miembros, hay una proporción mucho mayor de mujeres que de hombres que realiza las tareas relacionadas con el cuidado de los niños, las tareas domésticas y la cocina. En la UE en 2016, el 92 % de las mujeres de 25 a 49 años (con hijos menores de 18 años) cuidaba a sus hijos diariamente, en comparación con el 68 % de los hombres” (Eurostat, “Vida” 24).

de igual manera con ellos, con políticas de cuidados insuficientes. De igual modo, me interesa el análisis crítico de estos discursos porque la gestación, al hacerse perceptible por medio del aumento de volumen del organismo, expone que somos, ante todo y de inicio a fin, cuerpo, cuestionando las supuestas certezas sobre qué es un individuo, la sutil línea que divide lo interior de lo exterior, así como patentiza nuestra interconexión y dependencia con otros cuerpos. Igualmente, se ha tratado de negar la maternidad como destino único femenino, por una parte, y recuperar el prestigio y poder creativo que le corresponde, por otra, de modo que “feminist theory is faced not only with the paradox of how to theorize mothering while recognizing the impossibility of motherhood, but also the paradox of how to theorize subjectivity while recognizing the impossibility of being a subject” (DiQuinzio 247): contradicciones que forman parte, como análisis, de estos nuevos discursos de la procreación.

Si los primeros movimientos feministas del siglo XX tuvieron que ver con la inclusión de las mujeres en el espacio público (las sufragistas), los feminismos posteriores han estado relacionados con recuperar el control del cuerpo y las prácticas reproductivas. Una primera incursión ha tenido que ver con la antiprocreación y la ocupación de espacios no maternos de los que las mujeres no habían formado parte, pero también se trata, por un lado, de *liberar* al cuerpo de la exclusividad de la función reproductiva y, por otro, de *repolitizar* los discursos procreativos. A continuación, exploro ese cuerpo reproductor esbozando para ello una breve genealogía que permita descifrar algunas de las estrategias políticas que lo han formado y, a la vez, ocultado.

1.3: El cuerpo reproductivo en la ciencia y la filosofía occidentales

La filosofía occidental desde Platón se ha construido sobre la oposición mente/cuerpo privilegiando al primer término (asociándolo a lo masculino): una suerte de “somatophobia” en palabras de Elizabeth Grosz en *Volatile Bodies* (1994) que ha influido negativamente en la concepción dualista del cuerpo como una cárcel del alma, la razón o la mente (5), aunque éste ha sido normalmente un cuerpo abstracto sin órganos sexuales definidos o, a lo sumo, masculinos.³⁹ El cuerpo con útero, por su parte, ha sido descartado de la reflexión intelectual como un cuerpo menor, pasivo, secundario y, no obstante, necesario para la reproducción. De tal manera, esa función esencial para la conservación de la especie se asimiló al cuerpo femenino, el cual quedó, por ello, limitado y sentenciado a una única actividad vital: la maternidad, en su acepción más amplia –de la concepción a la crianza. Un dualismo que también lo comparten algunas visiones feministas en las que “the (women’s) body is typically regarded as passive and reproductive but largely unproductive, an object over which struggles between its ‘inhabitant’ and others/exploiters may be possible” (Grosz, *Volatile* 9).

Tradicionalmente, el cuerpo de la mujer ha sido definido por su fertilidad y capacidad reproductora no sólo desde el discurso científico⁴⁰ (y religioso) sino también desde el feminista – lo cual es un tanto contradictorio puesto que el mismo feminismo trata de liberar a la mujer de la exigencia de ser madre.⁴¹ Es decir, si por una parte se asume que el destino de la mujer no es tener hijos y cuidarlos, en cambio, se piensa que biológicamente su cuerpo está sentenciado para

³⁹ Esteban indica en *Re-producción del cuerpo femenino* (2001) que desde el siglo XIX el discurso biológico construyó los cuerpos en relación al cerebro (hombre) y al útero (mujer) lo cual permitía justificar los roles que había de desempeñar cada uno socialmente (25).

⁴⁰ “The body has thus far remained colonized through the discursive practices of the natural sciences, particularly the discourses of biology and medicine” (Grosz, *Volatile* x).

⁴¹ “In contrast to philosophy proper, which typically consigns maternity to its margins, feminist theory has understood this tension between woman and mother to be central and irreducible” (Parker 9).

ello, prueba de ello es que el ciclo menstrual se sigue explicando en función a su competencia procreativa. En lengua castellana, además, se empieza a “ser mujer” con la primera regla: “A los once años me convertí en mujer –relata Nanclares–. O así me lo dijeron. Convertirme en mujer significaba poder tener hijos. De pronto, mi vida se relacionaba con el fenómeno de la fertilidad y la capacidad reproductiva. A los once años” (*Quien* 95).⁴² Así, como analiza Emily Martin en *The Woman in the Body* (1987) sigue vigente la metáfora mecanicista para explicar el cuerpo humano –una fábrica industrial (37) que en el caso de las mujeres puede ser vista como “fábrica de bebés.” Por ello, cabe destacar que existe una gran tensión entre la emancipación femenina y la supuesta esencia biológica de su reproductibilidad.⁴³ los discursos científicos, recuerda Esteban, siempre han buscado explicaciones fisiológicas para respaldar la diferencia sexual y de las funciones que cada cuerpo ha de cumplir en la sociedad (*Re-producción* 26). La intervención de estos discursos, por tanto, ha convertido a las mujeres en seres incapacitados para el control sobre su propio cuerpo, percibido por una serie de emociones imposibles de tener bajo control debido a las hormonas, lo cual adquiere todavía mayor fuerza durante el proceso procreativo ya que “en este periodo parecería que lo emocional se biologiza totalmente, y se deja de recurrir a

⁴² Por ejemplo, en *Women's Health* informan que “the menstrual cycle provides important body chemicals, called hormones, to keep you healthy. It also prepares your body for pregnancy each month.” O en Wikipedia en español podemos leer que “el ciclo menstrual comprende una serie de cambios regulares que de forma natural ocurren en el sistema reproductor femenino (especialmente en el útero y los ovarios) los cuales hacen posible el embarazo o la menstruación, en caso de que el primero no tenga lugar.” Martin propone cambiar estas explicaciones del ciclo como “producto fallido” o “desperdicio” por otras relacionadas con la producción del flujo menstrual en cuando a reabastecimiento y renovación, similiar a lo que ocurre, por ejemplo, en las definiciones del sistema gástrico (51-52).

⁴³ Cabe recordar que, en castellano, “mujer” no sólo denota a la persona del sexo femenino de edad adulta (es decir, menstruante), sino también “esposa” –ligando desde la misma nomenclatura que designa ese cuerpo femenino a la reproducción y al matrimonio.

elementos externos o a las circunstancias de la vida personal para explicar los estados anímicos” (Imaz 250).⁴⁴

Asimismo, el relativo ocultamiento que ha padecido la gestación en los discursos filosóficos es sintomático de esa visión naturalista de la maternidad pese a ser, como he indicado, una posición social. Es un oficio denostado y considerado a la vez trascendental: sin la producción de mano de obra no se podría sostener el sistema actual (ni la vida humana sobre el planeta tierra) y, sin embargo, el trabajo materno no recibe compensación económica (aunque irónicamente gestar y cuidar hijos *ajenos* sí, a pesar de estar también devaluado), no es estimado como un asunto colectivo sino una decisión privada que acaba convirtiéndose en mera actividad gratuita.⁴⁵ Distintas teorías tratan de explicar cómo se llevó a cabo tal equiparación natural restrictiva entre mujer y madre con la intención de subrayar que al ser algo construido por el hombre puede, por tanto, ser cambiado en favor de una práctica menos taxativa. Las mujeres fueron alejadas de manera gradual de la práctica, del saber y del poder del propio cuerpo, exilio que, como explica Silvia Federici en *Calibán y la bruja* (2004), se forjó en la Edad Media por medio de la caza de brujas, la instauración de las universidades y la medicina como estrategias para controlar el capital simbólico de la reproducción, así como las cualificaciones y el negocio. El cuerpo de la mujer durante el embarazo, parto y lactancia fue históricamente (auto)gestionado por el colectivo femenino pero desde los inicios del capitalismo se fue restringiendo este poder y

⁴⁴ Martin ha puesto en evidencia que durante los períodos de crisis económica o de posguerra cuando se quiere que las mujeres se mantengan en el hogar alejadas del mercado laboral se saca a relucir la supuesta incapacidad que la menstruación causa en las mujeres: en Italia actualmente se está debatiendo en el congreso una ley que permite tomar días libres durante la menstruación a las mujeres que sufren de dolores y que se dice las incapacita para realizar cualquier tipo de actividad laboral, curiosamente en un momento de fuerte crisis económica y de escasa natalidad (ver Bernabé, “Italia”).

⁴⁵ Entre otras, Nancy Folbre señaló en *The Invisible Heart* (2001) que las instituciones y el gobierno, así como el sistema financiero actual, se aprovechan del trabajo gratuito que realizan las madres y las mujeres que se dedican a los cuidados.

finalmente desatendiendo el saber corporal de las mujeres por no ser parte del conocimiento establecido como científico.⁴⁶ De tal manera, dicha práctica pasó a estar dominada hasta el día de hoy por el campo de la religión y de la medicina: los hombres pudieron así controlar la reproducción y la sexualidad de las mujeres y, en consecuencia, su estirpe. Como indica Crespo, el problema de la sangre y la continuidad del linaje era demasiado importante para que lo gestionaran las mujeres: “En una sociedad patriarcal, el nacimiento no sólo es fundamental para la continuidad social sino también crucial para poder determinar herencias y dinastías; durante muchos siglos (demasiados) se había dejado en manos de las mujeres quién era hijo de quién” (22) –hecho que, en España durante la Edad Media, era particularmente importante debido a la institución del mayorazgo puesto que acumulaba la herencia en el hijo mayor haciendo más “necesario” saber la filiación paterna.

Los médicos asumieron la autoridad que hasta entonces habían ocupado ciertas mujeres, y como consecuencia el cuerpo reproductivo quedó tutelado por el discurso clínico (el cual estaba íntimamente ligado a la religión y a la política). Los nacimientos se trasladaron a los hospitales como parte de las prácticas disciplinarias que llevaron a cabo los Estados modernos (Foucault, *Nacimiento* 128) y, consecuentemente, se desprestigió el conocimiento de las parteras y curanderas, a las que en numerosas ocasiones se quemó en la hoguera acusadas de brujería.⁴⁷ El lenguaje médico ha sido, en consecuencia, considerado el mejor capacitado para leer el cuerpo humano (hasta el día de hoy), lo que ha conllevado a ocultar y desvalorizar las opiniones y visiones que la mujer tiene sobre su propio cuerpo en un momento específico como puede ser el

⁴⁶ Además de Rich, Barbara Ehrenreich y Deirdre English examinaron este progresivo destierro de las mujeres de la obstetricia en *Witches, Midwives, and Nurses. A History of Women Healers* (1973).

⁴⁷ En la literatura española, *La Celestina* (1499) quizá es el ejemplo más destacado de cómo ese saber corporal referente a la reproducción era una práctica gestionada por determinadas mujeres que fueron condenadas por brujas (ver el artículo de la matrona Carolina Beltrán, “Saber” o Forbes, *Midwife*).

proceso de reproducción (Imaz 245).⁴⁸ Los avances tecnológicos han puesto incluso mayor silencio a las voces de las mujeres gestantes con las ecografías y demás estudios que sustituyen así sus estimaciones del proceso:⁴⁹ si antes con sus juicios e interpretaciones de lo que sentía y experimentaba la mujer era quien tenía la palabra y una lectura privilegiada de su estado, con el desarrollo técnico su voz ha sido relegada a un segundo plano pues es el especialista como mediador e intérprete de esa tecnología quien dictamina lo que sucede en el cuerpo; el médico es quien está capacitado para leer el cuerpo-texto de la mujer embarazada impregnándolo todo con su terminología científica, como comento en el análisis de las obras de mi corpus, las cuales no escapan tampoco a esa progresiva medicalización que ha atravesado el proceso reproductivo y que ha sido paralela a la implantación de los Estados modernos en el mundo occidental (Crespo 36).

No sólo el científico, sino que virtualmente todos los discursos sobre la figura de la madre han encubierto una profunda misoginia al tratar de mantenerla alejada del capital simbólico, prueba de ello es que todavía no hemos conseguido desasirnos completamente de tal asimilación de maternidad y feminidad. Y es que el cuerpo de la mujer sigue viéndose, ante todo, como cuerpo materno, esto es, un organismo susceptible de engendrar vida, una visión que, si bien ha iluminado una buena parte del conocimiento corporal (y hemos avanzado bastante en prevenir embarazos no deseados y maternidades forzadas), ha dejado otra en la oscuridad; como explica Foucault en *El nacimiento de la clínica* (1966),

⁴⁸ La feminista italiana Giordana Masotto recuerda que “la medicalización actual del embarazo y del parto no contradice sino que confirma el paradigma de la pasividad: la mujer madre es portadora de un cuerpo controlado por la ciencia” (94).

⁴⁹ Las ecografías, desde la publicación de una fotografía en la revista *Life* en los años sesenta que hace visible un feto en el vientre materno (el cual aparece cortado y desvinculado de la cabeza de la mujer que gesta), han contribuido a la valoración de la mujer como entidad secundaria en la práctica reproductiva (Donapetry 374).

lo que era fundamentalmente invisible se ofrece de repente a la claridad de la mirada, en un movimiento en apariencia tan simple, tan inmediato que parece la recompensa natural de una experiencia mejor hecha [...] Pero es menester volver al análisis: son las formas de visibilidad las que han cambiado. (274)

La manera en que vemos el cuerpo con útero ha normalizado la invisibilidad y, por ello, la reproducción se ha asociado únicamente a la mujer, a pesar de que es un proceso que nos concierne a todos.⁵⁰ Como recuerda el filósofo Paul B. Preciado, “cada órgano es un ámbito de acción política” (“Cuerpo”), de ahí que se esté reclamando otra manera de entender la reproducción después de un período en que, debido a su medicalización, les ha sido, en cierta manera, arrebatada a las mujeres; no obstante, existen evidentes tensiones puesto que, como veremos en la lectura de los textos que realizo en los siguientes capítulos, muchas mujeres (entre las que están las protagonistas de los mismos) siguen bajo una intensiva medicalización del proceso.⁵¹

La medicina, la filosofía y la religión se han mantenido entrelazadas en sus estrategias y prácticas discursivas para promover y legitimar la reproducción de la dominación masculina. La maternidad consecuentemente supuso por centurias un espacio disciplinado para las mujeres – deseen o no tener hijos–, algo que, desde las últimas décadas del siglo pasado, gracias a la lucha feminista, está siendo modificado: en el mundo occidental, como he mencionado arriba, las mujeres, especialmente de clases medias y altas, ya pueden elegir en buena medida si quieren

⁵⁰ En palabras de la pedagoga menstrual Erika Irusta, “no hay mayor invisibilización que la de la normalización. Con 20, con 25, con 30, con 45 años seguimos creyendo que el ciclo menstrual sólo se refiere a la fertilidad” (“Cuento”). De igual manera, Martin indica que vemos la menstruación dirigida a un solo fin: producir un embarazo (52).

⁵¹ Hay, no obstante, posiciones más radicales que están tomando fuerza dentro y fuera del contexto hispánico: movimientos como el parto respetado (ver Olza, *Parir*) o la partería tradicional que apuestan por la mínima medicalización (salvo absoluta necesidad) del proceso reproductivo (ver Llopis, *Maternidades* o Gaskin, *Spiritual*).

gestar, en qué momento y de qué manera. Hoy ni siquiera en España se necesita una pareja heterosexual para ello pues por fin la reproducción humana ha salido del enclaustrado modelo matrimonial en que se hallaba desde el franquismo, para lo cual ha tenido que ver, en parte, la casi absoluta medicalización que ha sufrido el proceso reproductivo en la sociedad de consumo;⁵² como Tiffany Trotman recuerda en *The Changing Spanish Family* (2011), España se ha convertido en uno de los países más progresistas gracias a las leyes que han suprimido las diferencias que antes existían entre las uniones homosexuales y heterosexuales (3).

Si bien las nuevas legislaciones y las técnicas de reproducción asistida han permitido nuevos modelos familiares, todavía no se ha conseguido desvincular completamente la procreación del cuerpo humano.⁵³ Por ello cabe recordar que todos los seres humanos establecemos nuestra primera relación con el cuerpo gestante, la base de nuestra historia y subjetividad como siempre se encarga de señalar el psicoanálisis pese a que –según éste– ha de trascenderse y desechar para devenir individuos: “La negación de haber nacido de mujer libera al ego masculino del vínculo de dependencia más natural y más básico” (Amorós 64). Y, en consecuencia, es la relación de la que menos sabemos: la vida intrauterina ha sido escasamente

⁵² Si hoy en España se puede optar a diversas técnicas de reproducción asistida dentro del sistema público de sanidad (aunque de manera bastante restringida), dar a luz en casa, en cambio, no está cubierto por la Seguridad Social, a diferencia de lo que sucede en Canadá, Holanda o Reino Unido, por ejemplo, países donde, además, se recomienda este tipo de partos caseros para embarazos de bajo riesgo (ver Fominaya, “Así”). Si una mujer española quiere parir en su hogar puede hacerlo, no obstante, de manera privada, al igual que acceder a tratamientos de fertilidad y reproducción asistida cuando la vía pública, de por sí limitada, se cierra. Este estado actual de las cosas es reflejo de la ideología de consumo con que también se ve la reproducción: es una condición médica que el Estado contempla (y financia) dentro de lo que ha configurado como “normal” dejando fuera (en manos del mercado privado) todo lo demás (lo cual suele ser más numeroso).

⁵³ Las tecnologías reproductivas están explorando otras vías alternativas al cuerpo de la madre como la ectogénesis con resultados positivos: por ejemplo, el útero artificial creado en la Universidad de Philadelphia que ha mantenido con vida un cordero prematuro (ver Partridge et al.).

contada puesto que los fetos no escriben y el otro término de la relación, como indiqué antes, habían sido escritas.⁵⁴

El cuerpo embarazado provoca extrañeza y cierta fascinación tanto por su representación (como algo monstruoso) como por sus capacidades generativas, el cual por ello “ha sido a lo largo de mucho tiempo un misterio sin resolver” (Crespo 16). La mujer embarazada, “like the monster, thus destabilizes the concept of the singular self, threatening to spill over the boundaries of the unified subject” (Betterton 85): es un cuerpo que desafía nuestras nociones aprehendidas de lo que es un sujeto y no encaja del todo en un entorno que es hostil para todo lo que se aparta de la norma. O como explica Julia Kristeva en “Women’s Time,” “pregnancy seems to be experienced as the radical ordeal of the splitting of the subject: redoubling up of the body, separation and coexistence of the self and another, of nature and consciousness, of physiology and speech” (31); una experiencia subjetiva contradictoria de simbiosis y escisión que, quizá debido a la dificultad que implica tal paradoja, se ha mantenido velada.

No obstante, la gestación fue uno de los primeros asuntos sobre los que se especuló simbólicamente —prueba de ello son las Venus Paleolíticas—⁵⁵ a pesar de que fue paulatinamente confinada a unos márgenes en los que todavía transita pues, como advierte Crespo “en nuestra cultura el embarazo ha sido considerado un momento impuro, y ha sido excluido de la normalidad artística” (18). La maternidad de la Virgen, figura compleja dentro del cristianismo que aglutinó los cultos a deidades previas borrando todo rastro de la oscuridad que aquellas

⁵⁴ Las teorías feministas de Nancy Chodorow y Dorothy Dinnerstein fueron de las primeras en señalar la importancia del rol materno en la formación de la psique reparando la misoginia del pensamiento psicoanalítico tradicional. Asimismo, Melanie Klein examinó lo fundamental que es para la formación de la subjetividad ese complejo vínculo con el cuerpo de la madre y, en concreto, con el pecho, durante los primeros meses de vida.

⁵⁵ En muchas culturas antiguas, los cultos de la fecundidad fueron centrales en muchas celebraciones, los ciclos de las cosechas, etc.

contenían (Molina 46), fue eliminando de sus representaciones la carnalidad y, como resultado, todo lo relativo a momentos tan voluptuosos como el embarazo y el parto.⁵⁶ Dentro de tal contexto, las mujeres gestantes fueron percibidas contradictoriamente: si bien eran las portadoras de la descendencia (algo de suma importancia para la herencia del linaje paterno), también se encontraban en un estado “embarazoso” que había que ocultar, concepción que no sigue muy alejada de la que hoy tenemos pues, en palabras de Masotto, “la mujer que pare un hijo es encerrada en un paréntesis de pasiva naturalidad” (94), el cual abarca no sólo la gestación y el parto, sino que se extiende a la lactancia y posparto.⁵⁷ La mujer embarazada, hasta las últimas décadas del siglo XX, había sido celebrada y escondida en la cultura occidental (y quizá por ello no hay apenas textos literarios al respecto), lo cual cambió tras los años setenta cuando la gestación entró en los medios con una representación que resaltaba, sobre todo, su sensualidad: las actrices de cine y televisión empezaron a exhibir sus embarazos en imágenes que las mostraban bajo la misma mirada sexualizada con que estaban contruidos sus cuerpos. Asimismo, como señalan Visa y Crespo en *Madres en red* (2014), “actualmente se celebra más que nunca el embarazo” con infinidad de fotografías, blogs y sitios web informativos así como verdaderas comunidades donde “las mujeres pueden hablar de sus embarazos con todo detalle, mucho más de lo que pueden hacerlo en la sociedad” (100-101), algo que está presente en los textos de Nanclares y Wiener. Sin embargo, tal sobreexposición y saturación de información sobre el proceso de gestación refuerzan, a su vez, una excesiva medicalización que, en muchos

⁵⁶ Crespo recuerda que el tabú del embarazo comenzó “en un momento muy concreto: la celebración del Concilio de Trento” (20). Antes de la Contrarreforma, en cambio, eran frecuentes las imágenes de Madonnas del parto y Virgo lactans (las cuales, tras Trento, se hicieron cubrir).

⁵⁷ Hay un movimiento muy visible en las redes sociales a favor de exhibir aspectos de la maternidad por mucho tiempo ocultos en relación no solo con el cuerpo gestante sino también del puerperio (ver Visa y Crespo), así como un activismo pro lactancia materna o lactivismo (ver Massó y Llopis, *Maternidades* [183-191]).

casos, no es imperativa, llegando a obsesionar a la mujer embarazada con el cumplimiento y el resultado de los numerosos controles a los que cree deber someterse (Visa y Crespo 101). En este sentido, la concepción del embarazo como una condición médica parecida a una enfermedad todavía está vigente en un amplio sector social.⁵⁸

Ante tal mirada normativa del embarazo y parto como procesos pasivos que la ciencia ha de controlar, han emergido proyectos artísticos que subvierten y contradicen tal visión medicalizada de la reproducción, como el autorretrato que realizó la artista argentina Ana Álvarez Errecalde del nacimiento de su hija en Barcelona. En él, muestra un parto sin mediadores: en una imagen aparece tras una sábana blanca solamente ella de pie con su hija recién nacida en brazos, unidas todavía por el cordón umbilical y salpicadas de sangre; en la otra, se encuentran sentadas, esta vez con la placenta en primer plano. La crudeza de la fotografía viene, como ella misma indica, por la lucidez que transmite opuesta a la pasividad y medicalización salvaje a la que habitualmente se reduce tal proceso, siendo ella, además, la autora (agente) tanto del retrato como del parto. Frente a la habitual imagen adulterada de un nacimiento que llega por la televisión, el cine y la cultura popular,⁵⁹ estas fotografías presentan a una mujer que no está fuera de control sino que sonríe mirando al espectador con conciencia y autonomía. Y es que si bien cada vez hay más representaciones mediáticas del nacimiento, suelen ofrecer una visión infantilizada de las embarazadas que no saben cómo afrontar una

⁵⁸ Me parece que fuera de la subcultura ecofeminista, en países como España, optar por un proceso de gestación no medicalizado queda fuera de sistema y a un elevado coste económico que no todas las mujeres embarazadas pueden afrontar.

⁵⁹ Oliver ha analizado las imágenes que la industria cinematográfica muestra de las mujeres embarazadas y cómo han contribuido a crear un imaginario que ha cambiado pese a que, si la gestación ha salido de la sombra, “many of the emotions and stigmas attached to it still exist, sometimes in more subterranean forms” (“Kock” 252). Asimismo, Luce *et al.* concluyen en su estudio en línea sobre la representación mediática del embarazo y parto que “the dramatic television portrayal of birth may perpetuate the medicalisation of childbirth, and last, but not least, portrayals of normal birth are often missing in the popular media.”

situación de peligro –el parto– en la que los médicos son necesarios para heroicamente salvar la situación (Luce *et al.* 5), lo cual contribuye a perpetuar un sentido negativo del proceso ya que, en palabras de Rich, “rarely has [the childbirth] been viewed as one way of knowing and coming to terms with our bodies, of discovering our physical and psychic resources” (157): *Nueve lunas*, como veremos, ofrece un relato de ese momento de una forma hasta ahora inédita asimilándolo a una experiencia extática de la que se sale –forzosamente– transformado. El dolor del alumbramiento, sentenciado bíblicamente,⁶⁰ ha estado afianzado a los discursos reproductivos – igual que el amor materno– y ha evadido el examen crítico. Sin embargo, la gestación y parto suponen estadios sexuales de la vida de la mujer, partes del proceso de su experiencia vital, como recuerda Rich (182).⁶¹

El poder del cuerpo embarazado, en definitiva, ha ido suprimiéndose al conformarse como recipiente pasivo que aloja al que, en cambio, ha ido apareciendo como el verdadero sujeto de la procreación: el feto. Como advierte Oliver, entre otras, a la mejor apreciación que ha ido ganando el feto ha correspondido una menor visibilidad del cuerpo que lo gesta: así, la mirada de los expertos que han estudiado y definido tal cuerpo ha sufrido un desplazamiento acorde al avance científico de manera que, “although technology has changed over the last 2000 years, and our views on reproduction have changed dramatically, the role attributed to the maternal body in reproduction has changed very little” (*Family* 13). Una asimetría que, en definitiva, merece ser analizada. La relación entre el feto y su madre ha sido bastante contradictoria: es la relación

⁶⁰ Aunque, según indica Crespo, Dios no sentenció a Eva a parir con dolor sino con esfuerzo: “Según de Luca, los antiguos traductores bíblicos se dejaron llevar por su misoginia y denigraron el trabajo de Eva en el parto. En cambio, el texto original no quería condenar a la mujer, sino constatar en el esfuerzo que ejerce la humanidad para adaptarse al medio, utilizando como símbolo el parto femenino” (28).

⁶¹ Llopis afirma que “la maternidad es un estadio sexual de los cuerpos [...]. Somos seres salvajes, sexuales y brutales. Desde que nacemos. Y esa animalidad es sagrada. Nuestra sexualidad salvaje es divina. Y la maternidad es una forma de vivir nuestra sexualidad salvaje para así conectarnos con lo sagrado, con lo divino” (*Maternidades* 18).

primordial pero se presenta en continuo enfrentamiento (*Family* 25). Como veremos con más detalle en los siguientes capítulos, las tres obras que analizo retoman para controvertir dicha representación. Nanclares, en consonancia con el cuestionamiento de la visión del cuerpo reproductivo como materia maleable por el mercado reproductivo coetáneo, expone la cantidad de controles y medicalización a la que se someten las mujeres en los tratamientos de fertilidad que preparan el mejor “hogar” posible para el futuro (e incierto) inquilino en menoscabo de su propia salud (y dignidad): cuando comunica a su médica que quiere intentar quedarse embarazada, ésta le receta ácido fólico “para prevenir malformaciones” y la narradora remata: “Empezamos bien. Aún ni existe la posibilidad de que haya un bebé y ya tienes que preocuparte” (*Quién* 63). Por su parte, Riera se aparta en *Tiempo de espera* voluntariamente de la mirada encontrada de la relación materno-fetal y decide callar todas las molestias e incomodidades que debe soportar en favor del correcto desarrollo del embrión: “Qué remedio, obedeceré” –sentencia (28); su propósito es representar una relación de fusión, “la “simbiosis más perfecta,” “de sintonía absoluta” (48), la cual avala con los descubrimientos científicos coetáneos referentes a la percepción fetal (50). Wiener, en cambio, retomará la imagen del embrión como rival –un parásito que va creciendo en detrimento de la salud de la madre, fagocitándola– para cuestionar y exponer esa supuesta complacencia y pasividad del cuerpo materno respecto al fenómeno de la procreación:

Yo era su desayuno, su comida y su cena. Su menú de diez euros cada día y el banquete de fin de semana. Tomaba pastillas de hierro y ácido fólico para reforzar los niveles de hemoglobina. Pero el bebé seguía comiéndose todos mis glóbulos rojos. Con mis nutrientes se había formado la placenta, una bolsa que lo protegía, *incluso de mí*. (*Nueve* 29, énfasis mío)

Y es que, como Bordo puntualiza, el feto ha sido, sin lugar a dudas, quien ha ganado esa supuesta batalla subjetiva, adquiriendo incluso más derechos en la sociedad sin todavía llegar a ser “persona” (88). Pero esa visión de rivalidad entre el cuerpo de la madre y el feto contiene una serie de implicaciones no sólo políticas, sino también simbólicas, según plantea Oliver, pues, ¿cómo podremos los seres humanos desarrollar posteriormente relaciones estables y sanas si el primer modelo que tenemos es de hostilidad, a partir del rechazo y la negación, el miedo a desaparecer, a ser engullidos o castrados y la ansiedad que causa el temor al abandono? ¿No será que estamos entendiendo erróneamente esa relación con la madre al haber sido explicada generalmente por hijos y padres? Desde el mismo psicoanálisis, Oliver ha insinuado otras posibilidades del funcionamiento de tal relación básica rechazando esa idea de negar a la madre para afianzar la identidad propia y ha propuesto, entre otras posibilidades, la cooperación entre lo que Kristeva llama “sujetos en proceso,” los cuales no son contruidos por supuestas esencias sino a partir de las relaciones que establecen: uno como sujeto embarazado en relación con el feto y el otro como futura persona por medio del cuerpo materno (*Family* 34). En definitiva, se trata de recuperar el afecto como práctica política radical dentro de la comunidad en general, como han sugerido también Rich, Kristeva, Irigaray o Ruddick. Oliver propone para ello una estrategia dirigida tanto a la maternidad como a su otra cara, la paternidad, que consistiría tanto en dejar atrás las concepciones pasivas y antisociales del cuerpo materno –el cual está, por el contrario, unido al intercambio social y sus regulaciones– como en superar la visión incorpórea que tenemos de la autoridad paterna y su vinculación a la cultura para comprender mejor qué es el amor:

Neither merely bodily nor merely linguistic, love is flesh and word. The rhythms of dynamic bodies and bodies interacting, the rhythms of affects circulating between bodies

at the heart of sociality, becomes language and culture. Love is the support that makes identification and separation possible and gives birth to the subject. (*Family* 232)

Y es que la reproducción, en conclusión, pese a haber sido estudiada desde los discursos médicos, no ha sido considerada en igual medida desde el punto de vista del sujeto (Young 46), es decir, desde la perspectiva de la propia mujer que la transita. Como toda experiencia extrema, la procreación es también contradictoria y conflictiva, una acción irreversible de la que se sale transformado pero no ha dado lugar a extensos debates filosóficos e intelectuales al respecto.

Según Gurton-Wachter,

Whereas philosophy *should* look to pregnancy, childbirth, and parenting as an opportunity to think deeply about the distinction between self and other, the relation between body and mind, the meaning of being or of life itself, most philosophers have approached the topic in tangential sides in which they try to control women's bodies rather than understand them.

Si bien el movimiento feminista puso de manifiesto que la biología no es destino y que la maternidad se trata de *una* opción más y no la única que pueden asumir las mujeres, el mercado reproductivo ha extendido tal elección a todas las personas que antes quedaban fuera del mandato materno (homosexuales, trans*, infértiles, etc.), lo cual genera una nueva problemática pues puede apuntalar la idea de que toda mujer es en esencia madre por muy separada que esté de los axiomas heteronormativos. En la siguiente sección analizo la tensión que se observa en la construcción cultural de la maternidad en el contexto hispánico, donde se naturalizó de tal modo la función reproductiva en el cuerpo de las mujeres que la *opción* de ser madre puede llegar a confundirse todavía en la actualidad con una *obligación* social; una construcción asimismo

necesaria para comprender los nuevos discursos sobre procreación que han surgido como respuesta (y que examino más adelante).

1.4: La construcción de la maternidad en la cultura hispánica

Si bien no hay una formación específica para ser madre (o padre), la cultura nos predispone desde que nacemos para ejercer tal ocupación dentro de la sociedad histórica a la que pertenecemos. En este sentido, la maternidad, al igual que la paternidad, es una construcción social aprendida, un hábito, pero también un ideal que dista mucho de la experiencia de gestar y parir un ser humano que va moldeando la cultura de la sociedad en que emerge. De hecho, la maternidad, como he señalado, se entiende que empieza socialmente cuando acaba esa experiencia: el embarazo y parto son por ello comprendidos como “rito de paso” a la función materna, la antesala biológica del oficio de ser madre.⁶² Debido a esa propiedad biofisiológica, al ser considerados parte del cuerpo y la naturaleza, han generado menos reflexión que la parte visiblemente social que implica la crianza de los seres humanos. En consecuencia, la madre biológica se ha mitificado de tal manera que su pertenencia histórica se ha visto olvidada. Como apunta Roland Barthes, tal es, precisamente, la función del mito, transformar la historia en naturaleza:

El mito está constituido por la pérdida de la cualidad histórica de las cosas: las cosas pierden en él el recuerdo de su construcción. El mundo entra al lenguaje como una relación dialéctica de actividades, de actos humanos; sale del mito como un cuadro armonioso de esencias. Se ha operado una prestidigitación que trastoca lo real, lo vacía de

⁶² Para Arnold Van Gennep, el embarazo y parto son ritos de paso ya que comprenden tiempos de exclusión social que “tienen por objeto reintegrar a la mujer a las sociedades a que anteriormente pertenecía, o asegurarle en la sociedad general una situación nueva, en tanto que madre” (67).

historia y lo llena de naturaleza [...]. La función del mito es eliminar lo real; es, estrictamente, un derrame incesante, una hemorragia o si, se prefiere, una evaporación, en síntesis, una ausencia sensible. (129)

De este modo, la maternidad se conformó como *esencialmente* femenina, una función *natural* a la que están destinadas las mujeres desde el momento en que nacen por el simple hecho de tener útero, algo que, como veremos a continuación, fue realizado por la ideología nacional católica de la España franquista y que, pese a la transformación que ha atravesado, ha pervivido en cierto modo en la sociedad de consumo contemporánea. En relación a este punto, Gimeno sostiene que la decisión de ser madre se hace en la actualidad dentro de un “contexto coercitivo” incluso dentro de los propios feminismos, dando como resultado una ausencia de discursos críticos o puntos de vista negativos: “Casi todas las posiciones feministas acerca de la maternidad parten, en todo caso, de la posición que da por hecho y no cuestiona, ni política ni vitalmente, que la mayoría de las mujeres del planeta quieren ser madres y que, en todo caso, ser madre es algo bueno” (“Construyendo”). Si partimos del presupuesto de que la identidad que la maternidad conforma es relacional, temporal y accesoria, contrariamente a la naturalización que la función materna ha comportado a lo largo de la historia, se ha impuesto, no obstante, un modelo de *madre* en nuestra cultura que sigue disciplinando el cuerpo de las mujeres a pesar de los significativos cambios que nuestra sociedad ha experimentado.

El discurso ambivalente sobre la maternidad, “a la que ensalza y, sin embargo, subrepticamente degrada” (Concha y Osborne 17), le debe mucho al catolicismo y las figuras bíblicas de Eva y, sobre todo, de la Virgen María. La religión católica es esencialmente patriarcal y fundamental en la construcción de la sociedad española moldeada por el franquismo (y todavía culturalmente presente), con un dios todopoderoso dividido en tres polos masculinos (Padre, Hijo

y Espíritu Santo) que ha extirpado lo femenino propio del triángulo primario de las religiones anteriores.⁶³ en el principio no era el Verbo después de todo. Eva, la primera mujer de los relatos bíblicos, es desvalorizada y expulsada del paraíso por ser desobediente –y reelaboraba además el mito de Pandora, como receptora de la culpa.⁶⁴ Su rebeldía es, no obstante, inmediatamente difamada “porque siendo Eva la que quiso «ser como Dios», sería admitir que el pecado de la mujer tiene la misma categoría que el de los ángeles; y ello es darle demasiada dignidad a las evas” (Molina 49). Sin pundonor, Eva se mantuvo, no obstante, como el modelo de pecadora opuesto al verdadero ideal de mujer. María, por su parte, es una figura controvertida pues, siendo humana, se libra de la impureza del sexo al concebir por *gracia* de Dios a su hijo. Es, por ello, superior a todas las mujeres y un ejemplo a seguir completamente inverosímil. Al no ser diosa, se la despojó de los atributos destructores propios de los principios femeninos de otras religiones, convirtiéndola en “un modelo de lo femenino imposible donde se destierra la ira, la contradicción y el desamor. Las mujeres serían las llamadas, al ejemplo de María, a ser siempre las madres buenas, misericordiosas, las pacificadoras, sin asomo de iras ni de egoísmos” (Molina 46). De tal modo, la religión esquematizó el sexo femenino en “vírgenes” y “pecadoras” aglutinando en cada polo arquetipos de larga tradición.⁶⁵

⁶³ Como advierte Shari Thurer en *The Myths of Motherhood* (1994), la apropiación de las habilidades generativas de la mujer por parte del hombre en la sociedad occidental estaba ya presente en las metáforas reproductivas que se han venido usando para describir la creatividad masculina: por eso siempre se hablado de gestar y parir obras de arte. El colmo de la usurpación fue la revisión de los mitos de creación en los cuales el hombre no nace de mujer sino que ésta proviene del hombre: por ejemplo, Zeus crea a Atenea al extirparse un tumor de su cabeza, o Dios a Eva a partir de una costilla de Adán... (37).

⁶⁴ No es exactamente la primera mujer, pero los relatos de las mujeres previas a Eva se consideran apócrifos (ver Posadas y Courgeron).

⁶⁵ Como Morcillo advierte, “this polarization of femininity in the Spanish imagination has its roots in the long history of Spain. The archetypal fallen women are a mix of the exotic invaders, the other ‘queer Spain’ (Greek and Romans, Carthaginians, Arabs and Jews, and of course the Gypsies or Roma) that make up Spain’s pagan past. The archetype ‘Catholic’ women represent the purity and enlightenment of the Christian reconquest of the Iberian Peninsula and the expulsion of the darker forces that had inhabited Spain for most of its history” (20).

Según recuerda Carmen Martín Gaité en su clásico ensayo *Usos amorosos de la postguerra española* (1987), tales paradigmas fueron a su vez revitalizados y perfectamente distinguidos por la ideología franquista: “La diferencia entre señoritas y mujeres de la vida estaba clarísima en todas las conciencias desde edad temprana. A las primeras, si se quería uno decidir por ellas, había que hacerles el amor; a las otras no” (106). En la tradición hispánica, el peso del catolicismo después de la Contrarreforma (1545) –donde la virginidad de María se hace dogma– permeó en los aspectos sociales dictando el comportamiento y la función que debían cumplir los fieles y castigando a todo aquel que se apartaba de la norma, es decir, construyó una identidad cultural específica para los hombres y para las mujeres, las cuales quedaron circunscritas a tres virtudes esenciales (piedad, pureza y domesticidad) necesarias para la maternidad. Morcillo afirma que tal identidad femenina forjada en los Siglos de Oro fue recuperada por Franco tras la Guerra Civil para así controlar el cuerpo de las mujeres de acuerdo a sus fines políticos (16): el nacionalcatolicismo “did not invent women’s inferiority; it simply perfected it by updating it and modernizing it in the name of God and Country” (Morcillo 139).⁶⁶

El miedo al cuerpo femenino y la vergüenza al nacimiento –*pudenda origo*– explicaría en parte el silencio del proceso reproductivo en nuestra cultura. Así, para purificarse y salvarse, las mujeres se debían masculinizar, puesto que el ideal de perfección era el hombre. Pureza que consiguen, sobre todo, al hacerse invisibles: “Si ellas se ocultan pudorosamente, si no se muestran ni se ofrecen ni se ven como mujeres; o más sencillamente si no están” (Molina 52).

⁶⁶ La supuesta inferioridad femenina quedó registrada en las Sagradas Escrituras: el cuerpo de la mujer proviene de la costilla de Adán lo cual subvierte la reproducción humana en función de una ideología misógina: “Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada” (Gen 2: 21-23).

Sin embargo, este ideal es incompatible con el sexo, lo cual suponía una traba para la reproducción de la especie por lo que la maternidad devino el ideal femenino por antonomasia y la Madre de Dios su modelo ejemplar, como se encargaba de recordar la propaganda franquista de la Sección Femenina durante los largos años que duró la dictadura. El cuerpo femenino cumplía un papel político clave durante los años de la posguerra mediante la maternidad obligatoria: como preservadora de la especie y ángel del hogar, la mujer (esposa-madre) tenía un claro objetivo nacional, “they would have to devote themselves to their natural task, procreate for the patria, in body and soul” (Morcillo 69). El paradigma católico presenta al hombre como “cabeza” de la familia mientras que la mujer es “el cuerpo,” un paradigma que fue exaltado por el régimen de Franco, el cual se situó a sí mismo como “cabeza” (y, por tanto, padre) de la nación –entendida como “democracia orgánica” recuperando el modelo corporal de los Siglos de Oro. La actividad reproductiva, por tanto, normativizó ese cuerpo femenino al tiempo que naturalizó el servicio que las mujeres habían de desempeñar en la sociedad: “The *vessels* needed in national reconstruction” (Morcillo 24). Y como apunta Martín Gaité, esa función se circunscribía a un espacio y prácticas delimitadas:

Desde el punto de vista político, se trataba además de incluir la restitución de la mujer al hogar dentro de los deberes de justicia emprendido por la cruzada liberadora del marxismo. A la mujer no se la había recluido, sino que se la había rescatado de las garras del capitalismo industrialista, que intentó alejarla de sus labores. (52)

De tal manera se creó toda una mística alrededor de la esfera doméstica, ámbito al que supuestamente pertenecen las madres-esposas desde el Renacimiento. Un texto como *De*

Institutione Feminae Christianae (1523) de Juan Luis Vives –de gran resonancia en Europa– o *La perfecta casada* (1583) de Fray Luis de León son un claro ejemplo de ello.⁶⁷

Igualmente, hay que tener en cuenta que ese fenómeno de “maternalización de la mujer” no se produjo exclusivamente en el contexto peninsular, sino que fue un movimiento que afectó a todo el mundo occidental. En este sentido, la publicación de *Émile* (1762) de Rousseau señala un momento clave que trajo como resultado la consolidación de

un modelo de maternidad en Occidente basado en la *naturalización* de la función materna (Mathieu, 1991a), la *individualización* de las labores de cuidado antes compartidas (Stolcke, 1984), la *exclusividad* en la dedicación femenina a las labores maternas (Badinter, 1991), la *moralización* respecto a las prácticas de crianza (Hays, 1998) y todo ello en el contexto de la *exclusión* femenina de la vida pública (Tahon, 1995). (Imaz 34)

Se instauró así un campo específico en el que recluir a las mujeres, el cual se configuró a partir de una serie de preceptos para controlar el (relativo) poder que podían ejercer en él. Y es que, como advierte Rich, el primer poder real que una mujer prueba queda circunscrito al ejercicio de la maternidad (67). Así la maternidad es donde experimenta poder al tiempo que es el campo que la mantiene alejada de él, una contradicción que está en sintonía con la percepción social: se alaba a la madre por encima de todo al tiempo que se desconfía de ella (de ahí tantas prescripciones de cómo serlo).⁶⁸ Tal construcción, no obstante, se vio comprometida en el

⁶⁷ Betty Friedan desenmascaró la regresión a tal ideal que sufrió la sociedad norteamericana tras la Segunda Guerra Mundial en su clásico *The Feminine Mystique* (1963): con el objetivo de mantener a las mujeres en el hogar, se creó un ideal en torno a la figura del ama de casa, madre y esposa perfectas, lo cual no dista mucho del “ángel del hogar” promocionado por esos mismos años en el contexto peninsular por la política nacional-católica de la dictadura franquista.

⁶⁸ La apreciación de la madre de manera contradictoria es otra de sus tensiones pues, según Gallop, “universal ambivalence toward the mother is made up of a univesal primary attachment to the mother as nurturer and universal disappointment in the mother” (60).

contexto hispánico con la llegada de la modernidad y la sociedad de consumo al dar lugar a nuevas representaciones del sexo femenino, que no siempre significaron una libertad real para las mujeres sino la adaptación a nuevos mandatos culturales (Morcillo 23).

No fue hasta la muerte del Caudillo en 1975 y la Transición cuando el cuerpo de las mujeres supuestamente “se liberó,” lo cual fue patente en el “destape” que inundó los medios: la desnudez femenina fue la metáfora corporal que adoptó España en esos años para desasirse de las imposiciones puritanas que la habían asolado por casi cuarenta años de dictadura:

Women’s bodies represent the symbolic site of the political and social tension that Spain endured in the three years that lapsed between the death of the dictator and the proclamation of a new democratic constitution in December 1978. A number of actresses would pose naked in front of the camera in film or the print media. The bodies of these “public” women became the allegorical incarnations of the nation in the given political juncture. (Morcillo 269)

En palabras de Justa Montero Corominas, se dio “una transición sexual al pasar de una situación caracterizada por la represión y la negación absoluta de la sexualidad de las mujeres, a otra en la que se respira una mayor libertad y se inicia el despertar sexual de muchas mujeres” (282). Sin embargo, tal rebeldía sexual de los años ochenta ignoró la posible subversión de actividades más tradicionales como la reproducción, las cuales, todavía seguían efectivas en la sociedad española (Gould 65). La despenalización del adulterio, del uso de anticonceptivos y del aborto, la legalización del divorcio, así como la adquisición de derechos legales para las mujeres,⁶⁹ supuso

⁶⁹ El artículo 14 de la Constitución recoge la igualdad jurídica: “Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social” (art. 14 CE). En cambio, las mujeres durante la dictadura eran siempre dependientes

una transformación que afectó a todos los campos, incluido el de la maternidad: la propensión fue, como recoge Aguinaga, “un brusco descenso (de la natalidad) en un período de tiempo muy reducido” (117). Las causas de tal tendencia decreciente se explican, sobre todo, por la emancipación femenina y el ingreso a un mayor nivel educativo, y a la vez sintomático en una sociedad en la que incluso la procreación es entendida bajo una lógica consumista, la cual no ha ido sino extendiéndose a lo largo de los últimos años dentro de la ideología neoliberal con los rápidos avances de las nuevas tecnologías reproductivas. Pero como Pilar Folguera indica, la crisis económica y el alto costo que implica la crianza de los hijos e hijas no deben desestimarse como causas para entender tal declive en los nacimientos que se observa en aquellos años (114) y que, cabe recordar, ha seguido decayendo: en la actualidad, el Instituto Nacional de Estadística ofrece datos negativos en cuanto al crecimiento demográfico y el número de hijos que se tienen por mujer, si bien hubo un ligero repunte por la inmigración y el denominado “cheque bebé” durante unos años.⁷⁰

La situación económica de la mujer se vio favorecida con su entrada en el mercado laboral asalariado y leyes que defendían sus derechos, una independencia que trajo consigo un cambio en la mentalidad dando prioridad a la realización personal (también la afectiva) y profesional distanciándose paulatinamente de la maternidad: así, cuanto más nivel educativo se alcanza, menos hijos se tienen (Aguinaga 124). Sin embargo, cabe recordar que tal emancipación

de una figura masculina para cualquier asunto legal o financiero, ya fuera recibir una herencia o abrir una cuenta en el banco.

⁷⁰ “Según datos provisionales, en el primer semestre del año se registraron 187.703 nacimientos, un 6,3% menos que en el mismo periodo del año anterior. Continúa así la tendencia decreciente en el número de nacimientos desde 2008, interrumpida por el leve incremento experimentado en el año 2014” (INE “España”). Asimismo, el número de hijos se sitúa en 1,33 por mujer y la edad media para tenerlos sigue en aumento hasta los 31,9 años. También hay disparidades en la edad para tener hijos relacionada con el origen puesto que las prácticas reproductivas de las clases bajas y los inmigrantes difieren de las medias y altas.

no desbancó la centralidad de la familia a pesar de que modificó su significado: las nuevas generaciones accedían a un modelo familiar que era resaltado como núcleo privado en que se reconocían y satisfacían los deseos personales de cada esposo y que si no cumplía su objetivo podía, ahora ya sí, terminarse por medio del divorcio (Morcillo 180). Como recuerda Victoria Sendón, el capitalismo

aprovecha la atomización de la población en familias para que las necesidades se multipliquen y aumente el consumo de multitud de servicios y objetos que podrían ser comunes. También esta estructura nos encierra en el callejón sin salida de una afectividad que ha de resolverse en los estrechos cauces de la soledad o de la pareja. Una limitación a todas luces enfermiza. (145)

La sociedad presente, por tanto, se ha servido de la estructura familiar preexistente a pesar de haberse producido cambios radicales en su definición (Trotman 3). Si bien, como estado familiarista España alberga una fuerte tensión en la actualidad pues si, por un lado, la familia privada sigue siendo la médula social y el estado la respalda como institución, por otro, no hay políticas públicas orientadas a sostener dicho eje: “Se trata de un sistema en el que se da por supuesto que los problemas derivados de la conciliación laboral y de los riesgos del mercado han de resolverse en el ámbito privado de la familia” la cual no se restringe necesariamente a los progenitores sino que, en muchos casos, se extiende a varias generaciones (Merino 236). Asimismo, hay que destacar el hecho de que ciertos grupos son los que han mantenido el crecimiento demográfico español y cómo esto se relaciona con aspectos de clase social y tipos de trabajos: en concreto, los inmigrantes que han favorecido un aumento en la tasa de natalidad (y de número de abortos) y un descenso en la edad para tener hijos.

Las luchas feministas en el contexto peninsular fueron fundamentales durante el proceso democrático y la redefinición de los roles de género que la sociedad española ha experimentado en las últimas décadas: el cambio de mentalidad impulsado por un grupo como el Movimiento Democrático de Mujeres, a pesar de las diferencias y disputas internas, abarcó a un amplio sector social que dio como resultado una mejora evidente en las condiciones históricas de las mujeres respecto a sus predecesoras durante el franquismo (Pardo 134). Si bien no se ha producido todavía una paridad real entre hombres y mujeres, las diferencias que existían en las actividades que desempeñaban en la esfera pública y privada se han disminuido visiblemente en todo el contexto occidental, lo cual precipitó a una “reacción negativa contra el feminismo y la percepción errónea de que las mujeres han logrado la igualdad” (Gould 68), visión de la que España no se ha mantenido insensible y de la que parece que estamos empezando a salir. El actual movimiento feminista ha hecho manifiesto que siguen existiendo disparidades (la brecha salarial, el techo de cristal, la distribución desigual de trabajo doméstico y de cuidados, etc.) que se amplían según la raza o clase social, al igual que la violencia estructural contra las mujeres, lo cual no es exclusivo del contexto peninsular sino de escala mundial.⁷¹

Dentro de estos feminismos contemporáneos, los debates sobre la maternidad ocupan un lugar incómodo pues todavía sigue vigente una gran tensión acerca de cómo contemplarla sin caer en la polarización entre discursos promaternales y antimaternales.⁷² Según Gimeno, “el tabú

⁷¹ La primera huelga feminista en España y en otros países (Argentina, Perú, México...) el pasado 8 de marzo de 2018 con una concurrencia multitudinaria es un claro ejemplo tanto de las desigualdades estructurales de la sociedad contemporánea como del vitalismo y vigencia del movimiento, un fuerte motor de cambio social, lo cual también se observa con la respuesta colectiva al mediático movimiento #metoo que ha puesto en el punto de mira los casos de abusos contra las mujeres.

⁷² El controvertido estudio de la socióloga israelí Orna Donath, *Madres arrepentidas* (2016), es de las primeras publicaciones que exploran las maternidades admitidas como un error, ayudando así a abrir el debate social sobre la idealización que tiene y discernir mejor la falacia neoliberal de la “elección” de los hijos y la falta de responsabilidad social para con las consecuencias cuando se elige ser madre.

que se cierne sobre cualquier discurso antimaternal dentro del feminismo no hace sino evidenciar el carácter conflictivo de una cuestión que no sólo afecta a la configuración de la identidad de las mujeres sino al mantenimiento mismo del orden social en su conjunto” (“Construyendo”). Desde los años setenta, el movimiento feminista se ha encargado de desmontar todos los mitos encargados de naturalizar la maternidad como único destino femenino, centrando por ello su atención en la figura materna. Como sugieren Concha y Osborne,

a medida que las mujeres cobran conciencia del carácter socialmente construido de su naturaleza y, por consiguiente, del entramado de intereses que ha confluído históricamente en su representación y subsiguiente función social, recuperan la figura materna en el origen de las simbolizaciones responsables de su destino. (14)

Tal figura, de hecho, es uno de los focos de interés en las nuevas publicaciones dentro de la narrativa hispánica autobiográfica, un tipo de escritura multiforme ya que, como explican Smith y Watson en *Reading Autobiography* (2001), “the historically situated practices of self-representation may take many guises as narrators selectively engage their lived experience and situate their social identities through personal storytelling” (18). Estas nuevas escrituras que representan al yo serán, por tanto, fundamentales para comprender los nuevos modelos de mujer que existen en la época contemporánea, como analizo a continuación.

1.5: Las nuevas escrituras de la maternidad en el contexto hispánico

La maternidad que ha sido sondeada dentro de la tradición literaria occidental previa ha esencializado, por un lado, la labor reproductiva y ha descalificado, por otro, a todas aquellas que se alejan de este ideal. Como señala Gimeno, no hay nada más terrorífico en el imaginario cultural que la categoría de mala madre:

(Las mujeres buenas van al cielo, pero las malas van a todas partes), pero... ¿mala madre? Que la idea nos resulte tan personalmente devastadora es síntoma de lo absolutamente férreo que es el control sobre la maternidad y, por ende, sobre las mujeres. Ser mala madre es casi lo peor que una mujer puede ser. (“Construyendo”)

Las prostitutas, así como las madres castradoras, crueles y vengativas, como Bernarda Alba o Medea, y las que no tienen hijos propios son proscritas –las solteronas, las madrastras, brujas y Celestinas o las que como Yerma son llevadas a la alienación por una vida estéril fuera de los patrones sociales establecidos.⁷³ Según la escritora Jenn Díaz, “si la maternidad ha sido excluida de la literatura, al menos la maternidad vista por autoras y personajes femeninos en su ambivalencia, la madrastranidad –como madrastra que ejerce de madre, sin abusar de su poder o su posición– ha sido directamente eliminada” (“Madrastra” 99). Sin embargo, todas estas representaciones son ideales mistificados que operan sobre el imaginario colectivo naturalizando unos modelos específicos de maternidad y no maternidad que en realidad son inexistentes, además de ser, cabe recordar, creaciones históricas mayoritariamente masculinas provenientes de la tradición semítico-cristiana que han sido exaltadas durante siglos en la cultura hispánica.⁷⁴

La maternidad ha sido un asunto literario más que, sin embargo, había permanecido en los márgenes, como si fuera demasiado “sagrado” para ser tocado, o como si no fuera, por el contrario, digno de entrar en la “alta” cultura por su relación tan cercana con lo más corporal,

⁷³ El amor lésbico, hasta muy recientemente también, era quizá el mayor tabú de todos, donde todavía parece funcionar el patrón del “crimen nefando” que categorizaba todo lo no destinado a la reproducción.

⁷⁴ “The women of Spain were to fit the schizophrenic polarity of virgin/whore” (Morcillo 83). Sin embargo, en la literatura hispánica han aparecido personajes subversivos que daban cuenta de la falsedad de tal bipolaridad: la pastora Marcela –Miguel de Cervantes (1605)– o la serrana de la Vera de Luis Vélez de Guevara (1613)–, por ejemplo. La serrana responde al modelo de la mujer varonil, mientras que Marcela es una reelaboración de la mujer esquivada (pues decide no estar con nadie como posibilidad de realizarse como mujer, siendo la primera vez en que el no matrimonio y la no maternidad se contemplan como una opción legítima, y la caballería (don Quijote) se pone de su lado –de la razón– y la protege con sus armas.

“bajo” y monótono. No hay más que ver la desbordante producción de manuales y guías de crianza que ayudan a formar y moldear esa imagen de la maternidad que impera en la sociedad que nos ofrece un retrato inalcanzable y lleno de mensajes contradictorios para las madres, como ya he señalado. En el siglo XXI, de tal modo, se ha impuesto un ideal de madre “perfecta” que, a diferencia de la figura creada durante el franquismo, trabaja dentro y fuera de casa, es decir, se encarga de los cuidados de su familia y de su carrera profesional simultáneamente, sin desatender su estilizada imagen corporal ni su vida sexual (sea cual sea su opción), una representación igualmente ficticia creada por la cultura neoliberal contemporánea. Sin embargo, la maternidad es proteica y siempre encuentra un resquicio por el que escapar, resistir e, incluso, subvertir la normativa: la reproducción como campo contiene diversas tensiones dirigidas a provocar movimientos que desafíen la rigidez y arbitrariedad de esa normativa. En esta sección, analizo los discursos procreativos que han surgido en el campo literario hispánico recientemente *vis a vis* la construcción popular que forma la cultura donde han surgido: la de la España contemporánea.

En España, las rápidas transformaciones sociales de los últimos treinta años, así como la activa participación de mujeres en la vida política, ha conllevado una “*creciente conciencia feminista* entre las mujeres no vinculadas a movimiento femenino alguno que les lleva a luchar por un cambio social en los diversos espacios de la vida privada” (Folguera 129), el cual ha tenido claras repercusiones en la concepción de la maternidad.⁷⁵ Como resultado, en la época actual, si la no maternidad está empezando a contemplarse por primera vez como *una* opción

⁷⁵ En este sentido, Nanclares recuerda que “nuestros padres se encargaron de protegernos e inculcarnos esa idea de que el embarazo y la crianza joven serían estorbos para esa carrera que se daba por hecho que estudiarías, para ese curro que te estaría esperando a la salida” (*Quién* 190).

legítima,⁷⁶ la maternidad, pese a haberse aplazado y modificado sustancialmente, sigue presentándose como *la* opción preferible para las mujeres: la escritora chilena Lina Meruane recuerda en *Contra los hijos* (2014) que “a medida que el cuerpo-sin-hijos de una mujer avanza imperturbable a los treinta y cinco, los comentarios se vuelven sin duda impertinentes” (19), pues se da por hecho una “imperiosa necesidad de hijos” (27). Belén García Abia igualmente señala en *El cielo oblicuo* (2015) esa constante presión hacia la reproducción en la actualidad: “¿Oyes el eco? ¿Oyes las voces? Proceden de tus ovarios. Palabras que te metieron por la vulva” (28). Una situación que ha favorecido el ocultamiento del discurso antimaterno, el cual, en palabras de Gimeno,

merece la pena llevar a la luz; en este caso entender por qué no se (re)presenta la no maternidad como una alternativa igual de enriquecedora que la otra. Por eso creo que debemos reflexionar más sobre una institución maternal inscrita ahora en el consumo de masas y en el esencialismo naturalista. (“Construyendo”)

Dentro de tal tensión, los feminismos actuales que contemplan la maternidad como opción corren el riesgo –ya señalado– de caer en tal ideología.

Desde la deconstrucción cultural que realizara Sau en 1995 de lo femenino en su investigación *El vacío de la maternidad* al reciente poemario de Luna Miguel, *El arrecife de las sirenas* (2017), que explora el papel de la madre (y la hija) han aparecido diversas obras en lengua española que abordan la procreación desde ángulos muy variados. Entrevistas, análisis, testimonios pero también novelas y cómics, las publicaciones sobre maternidad no se han limitado a un sólo género y estilo a pesar de que hay una preferencia por la primera persona

⁷⁶ El movimiento “sin hijos por elección” o, en inglés, “childless” o “child-free,” así como los movimientos ecologistas extincionistas promueven nuevas representaciones positivas de la vida adulta sin necesidad ni deseo de reproducción.

narrativa con independencia del formato textual elegido. Bettaglio habla por ello de “maternal chronicles –a heterogenous set of *autobiographical* texts centering on the experience of mothering– as symptomatic of the postfeminist turn in Spanish society” (“(Post)Feminist” 228, énfasis mío). Tal giro surgió a raíz del fin de la dictadura y el mayor papel que las mujeres desempeñaron en el devenir de la nación. Tras el desencanto político de los años ochenta se interrogaron los pretendidos “logros feministas” que dio como resultado una “decadencia lenta pero irreversible” del feminismo (Gould 62).⁷⁷ El posfeminismo se trata, ante todo, de una posición política que confronta el esencialismo, el colonialismo, el racismo y el neoconservadurismo, según indica Fien Adriaens. Es un movimiento elástico y plural, a veces contradictorio, conectado con la postmodernidad y los estudios culturales que tratan de dismantelar el pensamiento binario, situado en el contexto actual de la cultura de consumo de las sociedades neoliberales:

Post feminism is a new form of empowerment and independence, individual choice, (sexual) pleasure, consumer culture, fashion, hybridism, humour, and the renewed focus on the female body can be considered fundamental for this contemporary feminism. It is a new, critical way of understanding the changed relations between feminism, popular culture and femininity (Adriaens).

Dentro de tal conjunto híbrido y pluralista de textos sobre maternidad que nos atañen, pueden observarse, no obstante, algunas direcciones generales. Por un lado, al tratar de desafiar la visión uniformadora y fija de la identidad materna, han surgido obras en forma de entrevistas destinadas a mostrar la diversidad de experiencias políticas en relación a la procreación como las que

⁷⁷ Asimismo, tal cuestionamiento de los postulados de los feminismos anteriores acerca de ciertas visiones sobre la maternidad y el cuerpo reproductivo han puesto de manifiesto la tensión todavía no resuelta, como he indicado antes, entre lo biosocial y lo cultural.

recogió Virginia Mataix en *Maternidades* (1996) o la activista y artista posporno María Llopis en la más reciente y ya citada *Maternidades subversivas* (2016).

Por otro lado, dentro de esta misma corriente que se inclina por exponer la multiplicidad de posiciones, estarían la compilación de discursos críticos sobre la procreación y la figura materna *Las mujeres y los niños primero* (2004) de Ángeles de la Concha y Raquel Osborne; la serie de relatos *Madres e hijas* (2006), la compilación sobre las representaciones de la figura materna *El libro de las madres* (2009) y la suma de ensayos periodísticos *El silencio de las madres* (2015), todos ellos de Laura Freixas, ya mencionados anteriormente; la recopilación de relatos tradicionales sobre la imagen de las mujeres *Todo sobre las mujeres* de la argentina Ana María Shua (2012); el conjunto de análisis feministas sobre el legado generacional de Anna Freixas Farré *Abuelas, madres, hijas* (2015); o el volumen *(H)amor de madre* (2016) donde artículos de varios autores examinan la maternidad romántica, la paternidad *queer*, la decisión de tener descendencia o la figura de la madrastra.

Los análisis críticos sobre la experiencia materna también han ido sumando nuevas voces de mujeres que, sin abandonar en muchos casos el tono autobiográfico, proponen alternativas personales al estilo normalmente desabrido de la investigación teórica continuando la dirección que abrieron las feministas francesas de los ochenta (Irigaray, Cixous y Kristeva) o el estudio sumamente citado de Rich *Of Women Born* (1986). Entre ellos, destacan el éxito de ventas *La maternidad y el encuentro con la propia sombra* de la terapeuta argentina Laura Gutman (2003); la guía *¿Quiero ser madre?* de Esther García Tierno (2005); *La represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente* (2007) de Casilda Rodríguez Bustos; el estudio etnográfico *Convertirse en madre* de Elixabete Imaz (2010); la investigación *El oficio de ser madre. La construcción de la maternidad* (2010) de la psicoanalista Gemma Cánovas Sau; el

estudio crítico sobre el individualismo de la maternidad contemporánea *¿Dónde está mi tribu?* de Carolina del Olmo (2013); la diatriba *Contra los hijos* de la mexicana Lina Meruane (2014); el breve recuento histórico de Cira Crespo *Maternalias* (2013), y su posterior estudio con Mariona Visa sobre el papel de las nuevas tecnologías en los discursos maternos actuales *Madres en red: del lavadero a la blogosfera* (2014); o los últimos ensayos sociológicos *Maternidad, Igualdad y Fraternidad* (2017) de Patricia Merino y *Trincheras permanentes* (2017) de Carolina León.

Otro tipo de publicaciones que han ido en aumento recientemente son las escrituras del yo materno donde se pone como núcleo narrativo el testimonio personal sobre la experiencia vital de la práctica materna relativa a los cuidados. Tal experiencia, como recuerda Joan W. Scott, ha de ser examinada lejos de la romantización de la voz “auténtica” de la mujer y puesta en relación con su historicidad y, por ello, leer la identidad que otorga tal experiencia como algo “contextual, contested and contingent” ya que “experience is at once always already an interpretation *and* is in need of interpretation” (68-69). Entre estas obras, están desde los testimonios de la escritora catalana Rosa Regás sobre sus vivencias como madre de cinco hijos en *Sangre de mi sangre* (1998) y como abuela en *Diario de una abuela de verano* (2004), a la reciente *Madre hay más que una* (2017) de Samanta Villar donde da cuenta de su particular batalla dentro de los nuevos tratamientos privados de fertilidad y reproducción asistida. En este terreno, encontramos numerosas obras que ponen énfasis en las circunstancias específicas y variadas de la actividad materna, lo que da como resultado que tales experiencias sean representadas de maneras distintas y discordantes pues dependen del contexto sociocultural concreto en que están insertas. Entre estas voces testimoniales en las que destaca un tono más confidencial que muestra el universo íntimo, concurre un gran número de textos, los cuales, no

obstante, son normalmente clasificados en la sección de libros de autoayuda y que, en muchos casos, aparecieron primero como blogs muy visitados en la Red. A continuación, enumero parcialmente algunos títulos que ejemplifican cierta preferencia por desmitificar la maternidad y ofrecer una mirada propia sobre su ejercicio en clave de humor: *La madre imperfecta* (2001) de Yolanda Villaluenga; el texto divulgativo *El club de las malas madres* (2009) de Lucía Etxebarria junto al educador Goyo Bustos; *Todas las tribulaciones de una madre sufridora* (2006) de Alejandra Vallejo-Nágera; *Supermami. Mil maneras de ser una mamá feliz* (2009) de Care Santos; *Equilibristas. Entre la maternidad y la profesión* (2009) de Inmaculada Gilaberte; *Lo que no te contarán sobre la maternidad* (2009) de Carmen Amoraga; *Diario de una madre imperfecta* (2010) de Isabel García-Zarza; *Errores y horrores de una mamá primeriza* (2012) de Yolanda Sáenz de Tejada; *El libro de blog de madre* (2013) de Eva Quevedo; *Y de repente soy madre* (2013) de la actriz y cantante Bimba Bosé; *Cosas que le pasan a... Una madre sin superpoderes* (2013) de Ana Ribera (Molinos); *Vida de madre* (2013) de Gemma Sesar; *Mamás perfectamente imperfectas* (2013) de Diana Guelar y Andrea Jáuregui; *Cosas que nadie te contó antes de tener hijos* (2014) de Cecilia Jan; o el volumen de Laura Baena *Soy buena malamadre: el libro del Club de Malasmadres* (2015) que junto al conocido blog *Club de malasmadres* desafían en clave de humor los preceptos asumidos de lo que ha de ser una buena madre y donde se dan cita mujeres con hijos e hijas que se definen a sí mismas como un lobby de presión “con mucho sueño, poco tiempo libre, alergia a la ñoñería y ganas de cambiar el mundo o, al menos, de morir en el intento.”⁷⁸

⁷⁸ En relación con este grupo, se puede añadir que Hollywood ha tomado nota de ello con películas que siguen esta línea como *Bad Moms* (2016), las cuales usan el humor para presentar los problemas de las nuevas “súpermadres,” aunque de forma amable y edulcorada.

En cuanto a novelas gráficas, la maternidad ha sido representada, en especial, con tratamiento humorístico, el cual adquiere un tono más realista en las obras de la autora Gloria Vives sobre su embarazo *40 semanas* (2012) y su vida con hijos en *Mamá* (2015); y en el popular personaje de la Volátil creado por la argentina Agustina Guerrero durante su gestación en *La Volátil, mamma mía* (2015); o un acento más ácido en *Hardcore Maternity* de Marga Castaño y Esther de la Rosa que relata los eventos cotidianos de un grupo de madres inmigrantes, solteras y separadas, en la ciudad de Nueva York.⁷⁹

En el área de la novela, también ha habido una preferencia por explorar la maternidad en primera persona en los años recientes, a pesar de que, en algunos casos, son textos que rehúsan ser catalogados como autobiográficos:⁸⁰ por ejemplo, *Secreta Penélope* (2003) de Alicia Giménez Bartlett; la novela epistolar de Lucía Etxebarría *Un milagro en equilibrio* (2004) donde la narradora y protagonista relata su vida como hija y su nuevo rol de madre; la obra sobre una madre divorciada durante el Madrid de los años ochenta *Lo que me queda por vivir* (2010) de la escritora Elvira Lindo; *Daniela Astor y la caja negra* (2013) de Marta Sanz; *Mujer sin hijo* (2013) y *Madre e hija* (2016) de Jenn Díaz; el breve texto poético sobre la no maternidad *El cielo oblicuo* (2015) de Belén García Abia; *Precoz* (2017) de la argentina Ariana Harwicz o *Diario de quedar embarazada* (2017) de la chilena Claudia Apablaza. Lo particular de estas narraciones es que usan la primera persona y tienden a confundir a los lectores sobre la veracidad de lo contado a pesar de que, como las mismas autoras reiteran en numerosas ocasiones, son

⁷⁹ Cabe notar que muchas autoras aquí mencionadas no son españolas o no residen en el territorio nacional evidenciando el carácter transnacional del movimiento.

⁸⁰ Por ejemplo, Elvira Lindo se trató de desmarcar de la lectura autobiográfica que se pudiera hacer de *Lo que me queda por vivir* pues, como refiere Alberca “por una parte, lo biográfico es un buen cebo promocional para un libro, pero, por otra, resulta un material sospechoso de infraliteratura: no vaya a ser que la gente –se dicen algunos autores– piense que hacen autobiografía o simple confesión, y no una construcción literaria de la vida” (“Autoficción” 154).

personajes que han elaborado literariamente, lo cual puede ser una ventaja para las que no quieran exponer su intimidad: pueden crear un yo textual bajo la protección que les ofrece la máscara que construye la misma narración. Por ello, estas obras pueden incluirse dentro del “boom de obras autoficcionales” que caracteriza precisamente este período de la historia literaria en España (Casas 16).

Por último, como parte de las nuevas narrativas del yo han surgido textos que no tratan de encubrir como los anteriores lo biográfico, a la vez que se proponen componer un discurso más crítico con un estilo depurado y ciertos tintes poéticos, sin alejarse de la historicidad de la experiencia de la reproducción. Dentro de estas obras se encuentran los tres textos de mi corpus, así como, por ejemplo, *Una vida subterránea: diario 1991-1994* (2013) de Freixas o la crónica sobre lactancia materna “La cruzada de la leche” (2014) de la autora colombiana Margarita García Robayo.

Las estrategias que las escritoras, en general, usan en el campo literario para hablar de la maternidad son, como hemos visto, diversas si bien se notan algunas invariantes como el protagonismo del cuerpo y la intertextualidad con otras autoras que han combatido la ideología dóxica del campo. A su vez, pretenden dar visibilidad a lo que había permanecido oculto, existencia a lo que parecía no existir, o mejor, nombrar y cuestionar el silencio. Y al hacerlo, representan de manera colectiva una historia personal y transforman lo individual en algo compartido pues, al fin y al cabo, todos nacemos de otro cuerpo. En su mayoría, son obras que participan de lo que se puede considerar “la moda de desmitificar la maternidad” (Bailén), puesto que utilizan discursos intimistas que buscan contar la experiencia materna de manera cruda y sincera, a pesar de que, como puntualiza Bettaglio, pueden acabar reforzando la misma idea que quieren atacar:

Given the complexities and implications of articulating a maternal subject position, the unmasking of motherhood at times camouflages a dangerous re-masking (to borrow Susan Maushart's famous definition), one that aims to maintain the status quo or even to undo the advances in gender equality achieved in the last forty years. (232)

De tal manera, la crítica a los discursos procreativos normativos que llevan a cabo algunas autoras del giro posfeminista actual corren el riesgo de disculpar lo que están criticando y acabar haciendo una suerte de apología de la maternidad.

Los textos que están creando un nuevo género literario sobre la maternidad son, por tanto, ambivalentes pues, por un lado, procuran dismantelar aspectos de una institución que está en el centro del sistema de dominación masculina en que vivimos y, por otro, en cambio, pueden acabar reforzándola. Tal situación se debe a que, como advierte Bourdieu, es muy difícil escapar a las estructuras cognitivas y simbólicas para cuestionar tal sistema sino que se hace necesariamente dentro de ellas; de ahí la trampa: hace visible invisibilizando, desarma rearmando, transforma el campo –que por definición es de cambio ilimitado– pero no las nociones que lo mantienen: “Corremos el peligro, por tanto, de recurrir para concebir la dominación masculina, a unos modos de pensamiento que son el producto de la dominación” (*Dominación* 17). Estos nuevos discursos que tratan de desnaturalizar y pluralizar la reproducción, sin embargo, pueden apuntalar algunas de las mismas nociones que denuncian, en concreto, la idea de la procreación como el “ultimate goal” en la vida de toda mujer y cúspide de la felicidad, o que solo se conoce el significado del amor cuando se tiene hijos y sin los cuales la vida quedaría incompleta, insatisfecha e infeliz. Si bien exhiben contradicciones que existen entre la idealización que realiza la cultura popular y la propia experiencia concreta de las madres, los nuevos textos sobre maternidad pueden contribuir a mantener parte del mismo capital

simbólico del campo. El tono habitual será por tanto la diferencia que hay entre *lo que se espera* de *lo que es* ser madre; por eso, estas obras quieren hablar de la experiencia histórica concreta y transformar el imaginario maternal al uso: qué esperar cuando se está (o no) esperando con crudeza y sin falseamientos. El descontento y disociación entre la “expectativa” y la “realidad” será una constante en estas nuevas narrativas que tienen como propósito precisamente construir *otras* realidades históricas de lo que supone ser (o no) madre en la España del siglo XXI: relatos más cercanos de la experiencia concreta contemporánea para así poder transformar aspectos del imaginario cultural relativo a la procreación, un paso previo necesario si se quiere lograr un cambio duradero en el universo social. Como indica Toni Negri, necesitamos relatos que nos ofrezcan nuevas posibilidades, imaginar primero una sociedad mejor para así poder crearla (70).

Estas obras toman la primera persona narrativa incluso en los análisis más especulativos ya que, como planteaba en la introducción, la experiencia vivida puede otorgar a los discursos procreativos un lugar aventajado desde el que hablar y que había sido, no obstante, una posición literaria marginalmente explorada. A continuación, realizo un análisis sobre esta toma de conciencia narrativa desde el sujeto que observo en las nuevas “escrituras del útero” (Garcés 21) en castellano de las que me ocupó en esta tesis.

1.6: Las figuraciones del yo materno: la nueva narrativa autobiográfica de la (pro)creación

Todo trabajo artístico nuevo se incluye en una práctica ya establecida y mantiene un diálogo con otros textos (o con todos los textos), pero ¿cómo se escribe para lo que no hay una tradición propia? A falta de una literatura relativa a la procreación desde el sujeto, las mujeres que escriben sobre ello han tanteado diversos estilos y formas que históricamente se han asociado con lo femenino: diarios, cartas, crónicas y testimonios, textos autobiográficos que, como

señalan Smith y Watson en *Women, Autobiography, Theory: A Reader* (1998), se han mantenido en los márgenes y conforman una historia propia (6).⁸¹ De tal forma, la ficción narrativa ha mantenido una relación jerárquica con los modos autobiográficos a pesar de que, como apunta Alberca, los haya usado indiscriminadamente como estrategias textuales, sobre todo, en las autoficciones (“Autoficción” 150). Si bien la novela ha sido a veces confundida con una autobiografía o una crónica (por ejemplo en *El Victorial* del siglo XV), todavía la primera goza de más prestigio. Sin embargo, desde una perspectiva de género, la autobiografía no mantendría una relación desigual con la novela, sino que, por el contrario, siempre se han dado una serie de intercambios y negociaciones entre ambas en los textos escritos por mujeres. Para Smith y Watson, precisamente éstas han empleado el género autobiográfico “to ‘talk back,’ to embody subjectivity, and to inhabit and inflect a range of subjective ‘I’s’” (*Women* 16). En esta sección, examino las tensiones y características de lo que considero un nuevo género autobiográfico sobre la (pro)creación o “histerografías” en el cual se incluyen las tres obras que analizo en los capítulos siguientes.

En el campo literario hispánico, Alberca afirma que ha habido una explosión de textos autobiográficos desde los años setenta, coincidiendo con el fin de la dictadura y un deseo de revisar la memoria histórica tanto personal como colectiva (“Autoficción” 151).⁸² Dentro de esta corriente, no obstante, se dio a principios del nuevo siglo una variante conocida como *autoficción* que, según Alberca, acabó por agotarse a sí misma con la crisis económica de 2008,

⁸¹ La primera autobiografía escrita en castellano es precisamente de una mujer, Leonor López de Córdoba (1362-1430): en sus *Memorias* habla de su vida en la corte pero también de su familia, sus hijos, etc.

⁸² Sobre las nuevas formas autobiográficas en la península, Alberca publicó *El pacto ambiguo* (2007), y Ana Casas compiló *La autoficción* (2012) y *El yo fabulado. Nuevas aproximaciones críticas a la autoficción* (2014). Sin embargo, una lectura desde los estudios de género sobre la modalidad autobiográfica española está pendiente de hacerse en este tipo de narraciones del yo.

si bien ha sido el paso necesario para que la autobiografía adquiriera tanto prestigio como la ficción “pero sin ser confundida con ella” (“Autoficción” 152, 157). En consecuencia, este crítico considera que las obras autobiográficas más recientes en español son una suerte de *antificciones* pues sin desestimar los modos de la ficción no buscan la confusión premeditada o la indeterminación que postulaba la autoficción sino, por el contrario, quieren, ante todo, ser tomadas como relatos verdaderos o reales, a pesar del oxímoron que tal declaración pueda insinuar. Pero si, una vez más, tenemos en cuenta una postura de género, los textos autobiográficos sobre reproducción y maternidad llevan este axioma todavía más allá puesto que no sólo quieren ser tomados por auténticos, sino que en su verdad precisamente radica su misma existencia: no sólo ha de ser verosímil lo que se lee sino que el lector ha de considerar cierto todo lo contado.

El pacto de verdad con el lector que establece esta categoría literaria viene reforzado por el nombre propio que es uno de los elementos que hace de un texto ser autobiográfico. James Fernández asegura que “ya que el autobiógrafo es un individuo (auto) con una vida (bio) narrable, resulta imprescindible una descripción de la adquisición de un nombre propio, de una vida propia” y de cómo se convierte en escritor (55). Esta explicación de la trayectoria vital, no obstante, va a estar de manera fragmentaria y discontinua en las obras sobre procreación que investigo en los capítulos que siguen, pese a que la negociación con la procedencia es inevitable. Además, no hay que olvidar que el nombre, tradicionalmente, ha venido del lado paterno: por ello, advierten Smith y Watson, el texto autobiográfico es el lugar donde el autor tiene que demostrar su propia autoridad y negociar con esa figura masculina (*Women* 23). De tal modo, las escrituras del yo femenino participan del género autobiográfico de maneras distintas pues, si bien el padre no desaparece del todo, hay una búsqueda, en cambio, de una genealogía materna y de la

propia sexualidad en esa exploración subjetiva que se lleva a cabo en la misma narración. En los textos que analizo, al estar (re)creando un yo materno como sujeto y no sólo objeto dentro de esa búsqueda narrativa, las autoras negocian con una subjetividad materna representada tanto en la figura de la madre como en un yo en proceso de serlo.

La autobiografía clásica, como advierte Fernández, crea, por tanto, una tensión entre la filiación (el linaje, la familia) y la afiliación (la tradición literaria a la que quiere pertenecer), ambas claramente masculinas pues las dos vienen dadas por la figura del padre: el autor se crea a sí mismo en el texto autobiográfico mostrando una “ruptura y [una] sustitución: el paso de la filiación a la afiliación se registra, de una forma y otra, en casi todos los textos del género” (55).⁸³ Esta quiebra con el linaje, pareja a la búsqueda de una propia genealogía es también una de las características de las obras de mi corpus: por medio de citas explícitas o implícitas, Nanclares, Riera y Wiener van creando su propia tradición cultural relativa a la reproducción, distanciándose de ciertos modelos previos existentes como veremos en los capítulos siguientes. Sin embargo, estos relatos autobiográficos no tienen la aspiración de dar sentido a la totalidad de una vida, sino que, como he mencionado, cuentan sólo un fragmento de la misma, peculiaridad que, no obstante, como indica Alberca, se ha convertido en uno de los rasgos más notorios del género en la actualidad: “En las últimas décadas, la autobiografía ha cambiado de orientación, pues no aspira ni pretende ya contar la vida de una vez por todas, sino de ir produciendo en sucesivos relatos el derrotero de la vida sin ponerle punto final;” episodios vitales como la enfermedad, el dolor, la muerte y el duelo son los temas que entran en las nuevas escrituras del

⁸³ Esta ruptura con la propia estirpe puede estar relacionada con la libertad y el intento de escapar del determinismo narrativo o social. Por eso, Cervantes creó a don Quijote sin linaje (no sabemos su nombre verdadero, ni da apenas datos familiares, etc.) pues parodiaba pero no rompía del todo con la novela caballerescas, ofreciendo así al primer personaje en libertad.

yo en el campo hispánico, los cuales, “difícilmente admitirían un tratamiento lúdico o ambiguo” (“Autoficción” 166), en contraposición a las experiencias con la reproducción que requieren de un acercamiento crítico diferente.

Postulo que se está creando una nueva variante autobiográfica sobre la procreación o “escrituras del útero” con plena conciencia de su postura genérica que utiliza estrategias pertenecientes a modalidades como la *autoficción* y la *antificción* que plantea Alberca, dando como resultado una forma que no deja de lado ni el juego ni la supuesta frivolidad de la primera, ni el afán de veracidad de la segunda. La cercanía con los hechos narrados en estas obras, a veces (casi) simultáneos a la narración de los mismos, hace que las autoras no se tengan que enfrentar al tiempo pasado escurridizo como la autobiografía clásica, sino que pueden rellenar los inevitables lapsos que surjan en la narración con su propia imaginación (como en la autoficción), recurriendo a la gran variedad de estrategias con las que cuenta todo texto literario y que en las obras más recientes acuden a las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías de la información: mensajería móvil, correos electrónicos, videollamadas, entradas de blogs, etcétera. El realismo es la tendencia predominante en estos discursos reproductivos en primera persona, a los cuales considero herederos de la tradición literaria española que, desde la posguerra, se ha decantado por un estilo crudo, directo y, en ocasiones, hasta revulsivo; no obstante, estas narraciones se inclinan por un tono confidencial que no excluye lo lírico al hablar de la experiencia propia en claro contraste con el estilo objetivista que asumen para presentar toda la información que también contienen respecto al proceso procreativo (y que en el caso de Nanclares tiene un claro propósito divulgativo acerca de las nuevas tecnologías de reproducción asistida). Así, crean una tensión entre lo informativo y lo personal, lo general y lo particular, al hablar de una experiencia ampliamente compartida y al mismo tiempo única: encontrar el

equilibrio es, precisamente, uno de los desafíos con los que se encuentra esta escritura híbrida sobre la procreación en la actualidad, evitando caer tanto, por un lado, en el esencialismo materno como, por el otro, en la individualización consumista.

Si, como asegura Alberca, podemos situar el nacimiento de la autobiografía moderna con Rousseau “cuando descubrió que ningún hombre era superior a otro, que el relato de la vida de cualquier persona o de un «donnadie» podría tener tanto o más interés que la de un noble, un santo o un rey” (161), estaríamos hablando solamente de un tipo de textos pues, en el caso de los escritos por mujeres, Smith y Watson señalan la existencia de una tradición autobiográfica que ha existido por siglos, “especially if one turned to supposedly ‘marginal’ genres memoir, journal, diary, the many modes of private autobiographical writing” (*Women* 6).⁸⁴ Ahora bien, también fue Rousseau el artífice de la figura de la “buena madre” que pervive en cierto modo hasta hoy (Imaz 52), por lo que no es de extrañar que las autoras que construyen relatos sobre su relación con esa figura –ahora desde el punto de vista del sujeto–, hayan recurrido al género supuestamente iniciado por Rousseau, es decir, seguir usando las formas autobiográficas que dan cuenta de las vicisitudes de sus vidas, apropiándose de los discursos que las habían construido para (re)crearse (y cuestionarlos).

Los tres libros que he seleccionado dan prueba de ello: *Quién quiere ser madre* es una novela autobiográfica, *Tiempo de espera* un diario epistolar y *Nueve lunas* una crónica testimonial. De tal manera, la firme preferencia por el tono autobiográfico en los textos sobre reproducción hace preguntarnos por la naturaleza de su relación: ¿podría hablarse de la narrativa de la procreación sin la autobiografía? y ¿hasta qué punto la figuración del cuerpo reproductivo

⁸⁴ Cabe recordar de nuevo que en el caso hispánico, la primera autobiografía considerada como tal fue escrita por una mujer, Leonor López de Córdoba.

en la escritura autobiográfica le otorga autoridad como sujeto a la mujer que escribe? Si bien las autoras no usan las mismas estrategias textuales para (re)crear el yo, como expongo en los capítulos siguientes, podemos encontrar una constante construcción de la subjetividad materna que se puede explicar con la noción de *relacionalidad* y que tiene que ver con la identidad de las mujeres en relación a otros: amigos, amigas, parejas, padres, madres, familiares, compañeros de trabajo, vecinos, conocidos..., y, en última instancia, sus futuros hijos e hijas, sean estos de carne y hueso o puramente imaginarios; es decir, en palabras de Susan Stanford Friedman, “[a woman’s] autobiographical self often does not oppose herself to all others, does not feel herself to exist outside of others, and still less against others, but very much with others in an interdependent existence that asserts its rhythms everywhere in the community” (79). Una comunidad tanto textual como virtual pues, sobre todo, en el caso de Wiener y Nanclares, los foros y la comunidad cibernética será de tal alcance para la formación de su nuevo yo respecto a la procreación que en determinados casos reemplaza (e, incluso, supera) sus relaciones físicas, de modo que evidencian cómo las nuevas tecnologías afectan a la configuración del yo.

Como indica Sieburth, todavía no hay suficientes estudios sobre los intercambios entre los diferentes tipos de producciones culturales que no emulen las categorías de alto/bajo (9). En los textos de Nanclares, Riera y Wiener hay una clara interacción con las otras producciones culturales referentes a la procreación y la pertenencia de la mayoría de ellos a lo que se ha catalogado como “bajo,” reflexionando sobre sus hallazgos al encontrar un discurso saturado de mitos y palabras profilácticas: adoctrinamiento, paternalismo, asunción de felicidad en la gestación y dolor en el parto. Si la “alta” cultura, dominio de la razón, la cabeza y el hombre, se opone a la “baja,” supeditada al cuerpo, las pasiones y la mujer –una dicotomía que, no obstante, según Sieburth, no puede ser sostenida lógicamente (ni, cabe añadir, en la época actual)– una

literatura sobre la procreación, claramente corporal y femenina, ¿cómo podría ser parte de esa supuesta “alta” cultura? Las tres autoras que estudio en esta tesis son la respuesta que ofrezco a tal cuestión. Conscientes de que sus obras pueden ser catalogadas como de segunda categoría, saben que con su escritura y pretensión de ser cultura están amenazando esa misma división: ahí radica –en mi opinión– parte de su subversión. Tal división cultural esconde una ideología fundamentalmente conservadora y patriarcal, la cual no pretende sino mantener la escisión social en géneros, razas y clases que esa misma mentalidad ha establecido (Sieburth 10): estas obras pretenden diluir tal dicotomía con la intención de desvanecer también el pensamiento binario que la subyace. La práctica de una forma autobiográfica es una estrategia esencial que estos textos utilizan para llevar a cabo tal propósito: mi hipótesis es que la figuración del yo materno no sólo tiene como reto la búsqueda de su verdad por medio de la narración, sino también de una nueva escritura del yo que disuelva los binarismos de nuestra ideología y se aleje del narcisismo propio de la autobiografía clásica. O dicho de otro modo, el simple hecho de centrar sus textos en su experiencia reproductiva con la intención de contar su verdad y buscarla a través de la escritura hace que entren en la cultura amenazando la idea que tenemos de esta. Y ahí radicaría el poder del arte respecto a la reproducción: por medio de esta variante autobiográfica dentro de la Literatura (en mayúscula), un discurso que goza de prestigio, están construyendo (como en la reproducción biológica) una nueva forma de vida (real): el poder de estos textos tiene que ver tanto con la creación como con la procreación ya que están forjando nuevas subjetividades. La mujer que ha escrito este tipo de texto no es el mismo sujeto de antes, al igual que la mujer que da a luz tampoco es exactamente la misma que era. No considero que el relato de tal experiencia haya de ser necesariamente serio y dejar de lado el juego con el lector propio de la autoficción, como sugiere Alberca que sucede en las nuevas escrituras autobiográficas para ser así

catalogadas, sino que, en numerosas ocasiones –sobre todo, Wiener–, adoptan ese juego para postular una verdad que, de lo contrario, no sería tomada en serio.

Como recuerdan Smith y Watson, las cuestiones sobre la agencia devienen centrales en el análisis de la autobiografía escrita por mujeres (*Women* 23), por lo que cabe preguntar, ¿hay agencia en estos textos sobre la reproducción? Como todo proceso corporal se lleva a cabo sin la voluntad propia, no se puede intervenir en su curso pero sí se puede ejercer cierta influencia: las autoras se apropian, por ello, del discurso puesto que no pueden controlar la reproducción en sí misma. Paulatinamente se va sabiendo mejor cómo la subjetividad afecta al proceso procreativo a pesar de que este conocimiento se ha usado para someter al cuerpo reproductivo al control médico en vez de ser un conocimiento que posean las propias implicadas en él para recuperar la agencia y dejar de ser el objeto pasivo de la reproducción. Las obras que analizo muestran por ello una paradoja respecto a la procreación pues es una realidad que está y no está a su alcance, en la que son y no son agentes. Y como tal paradoja desde el inicio del proceso, todo lo que implica la escritura sobre la reproducción estará lleno de contradicciones.

Por ejemplo, si una mujer asegura que para ella la procreación “es la experiencia sexual más placentera y potente” (Llopis, “Respuesta”) se le puede achacar de hacer resurgir una ideología heredera del franquismo más rancio (Bettaglio, “(Post)Feminist” 241). Ante esta situación, ¿qué posibilidades tienen las autoras que hablan sobre la procreación? Si usan el afecto como práctica política radical pueden ser acusadas de resucitar concepciones retrógradas provenientes de una ideología profundamente misógina y arbitraria, ¿cuál sería entonces la alternativa? Y ya sabemos lo que supone el desamor: el tipo de sociedad injusta en que vivimos donde el individualismo hedonista incapacita para tener empatía o crear vínculos duraderos, mucho menos una comunidad. Por ello, considero importante este tipo de debates sobre la

procreación porque nos dan la posibilidad de empezar a *imaginar* una sociedad en que los hijos e hijas, como sugiere Olmo, no lleguen sólo a trastocar –si acaso– la vida de su madre (y su padre), sino que “su llegada pueda cambiar el mundo” (221).

1.7: Conclusión

Como he tratado de demostrar en este capítulo, no hay una sola manera de acercarse a algo tan amplio y complejo como la reproducción y, por tanto, no podríamos intentar su comprensión aislada a partir de un marco teórico único. Este proyecto propone un acercamiento crítico que podría resumirse como la intersección entre feminismo y maternidad, discursos que engloban en sí distintas parcelas teóricas, muchas de las cuales, se hallan incluidas a lo largo de este trabajo. Mi intención es ofrecer *una* lectura posible de una cuestión que considero inaplazable dentro de los feminismos actuales,⁸⁵ así como perfilar *una* hipótesis y cierta clasificación dentro de la pluralidad de interpretaciones que poseen los textos, cuyo dinamismo y riqueza no se agota con mi análisis sino que, por el contrario, seguirán estimulando investigaciones que vendrán a completar o superar la que aquí he propuesto.

La tensión entre el cuerpo que gesta y su representación por medio de la primera persona narrativa ha sido poco explorada: al sacar la experiencia procreativa del mutismo y presentarla como un asunto público, estas narraciones desarticulan el tópico de experiencia inefable, personal y absoluta. La reflexión y análisis a que es sometida en la escritura autobiográfica pone de manifiesto que es una cuestión política que nos incumbe a todos.⁸⁶ Esta escritura de la

⁸⁵ “Es el momento de que el feminismo empiece a razonar sobre esta realidad a partir de las madres reales de hoy, desmarcándose del reduccionismo al que lleva adoptar como únicos discursos el aborto o la reproducción asistida” (Marotto 95).

⁸⁶ Por medio de la narración en primera persona, “se convierte en este caso en una vía de acceso original a la estructura social que puede en gran medida superar el encorsetamiento y la estereotipación en los que se encuentra

maternidad, en consecuencia, pasa por una reestructuración que no sólo atañe a cuestiones de género sino también de escala biosocial, económica y cultural.⁸⁷ Las tres escritoras que investigo en esta tesis están lidiando con un cuerpo tanto físico como textual novedoso pues las nuevas tecnologías han incursionado en los dos de manera radical. De tal modo, sus creaciones tratan de reescribir un género de una nueva manera que da respuesta a los problemas planteados por esas tecnologías: una forma autobiográfica que se extiende más allá del cuerpo del relato y de la autora, una forma que persigue una verdad que ayude a descubrir nuevos modelos de mujer en relación al proceso reproductivo, que nos indique otras maneras de entender al sujeto histórico en relación con el deseo de ser madre (Nanclares), con el amor materno (Riera) y formas alternativas dentro del juego del campo procreativo (Wiener). En los siguientes capítulos, analizo críticamente cada una de estas propuestas narrativas a partir de una metodología interdisciplinaria: ha sido la lectura detenida de cada una de las obras o *close readings* lo que ha guiado las diferentes aproximaciones teóricas que llevo a cabo.

Los tres textos autobiográficos, como veremos, nos relatan una búsqueda de la subjetividad a partir del proceso reproductivo de sus protagonistas, dando relieve a la parte biosocial del asunto y cuestionan la procreación como una práctica corporal que ha sido leída y construida culturalmente de un modo determinado. Sus autoras llaman precisamente a reconsiderar el concepto a la luz de las transformaciones que ha atravesado en los últimos años y a replantear algunos de los principios básicos del pensamiento feminista, como el deseo de tener

encerrado el discurso sobre la maternidad, y que permite acceder a niveles de discurso más profundos a través de la narración de la vivencia de las mujeres individuales” (Imaz 20).

⁸⁷ Se podría concluir que el término “maternidad” está pasando a ser un significante vacío lo que abre la posibilidad de adopción de nuevos significados más acordes a un proyecto emancipador.

hijos que analizo primero, una realidad que parece escapar a la lógica y que merece ser reevaluada críticamente.

Capítulo 2. Reproducción y deseo en *Quién quiere ser madre*

No hay en el mundo fuerza como la del deseo

Federico García Lorca, *Yerma*

2.1: Introducción

Las mujeres han sido definidas tradicionalmente como sujetos deseantes a partir de la maternidad: debido a su sexo cóncavo –afirmaba Freud⁸⁸– anhelan un embarazo para completar la carencia fálica esencial que las determina biológicamente. Sin embargo, el deseo de ser madre, contrario a la creencia de ser innato o esencial, es una construcción cultural, histórica y contingente⁸⁹ que ha sido naturalizada como el anhelo primario de toda mujer, llegando a confundir frecuentemente con el deseo sexual. Como señala la psicoanalista Silvia Tubert en *Figuras de la madre* (1996), “la definición de la identidad femenina en función del ideal maternal es mistificadora por cuanto adelanta una respuesta que impide la formulación de la pregunta y ofrece la ilusión de ser que aliena al sujeto encubriendo las carencias que harían posible el desear” (11).⁹⁰

La procreación ha sido considerada un hecho *natural* por nuestra sociedad y por ello ha podido escapar de la explicación teórica. No obstante, lo que se aparta de la norma reproductiva sí ha sido objeto de estudio; así, el porqué de los hijos no se cuestiona mientras su ausencia ha dado lugar a numerosas publicaciones (*Contra los hijos* de Lina Meruane, por ejemplo).

Aceptamos el deseo de tener descendencia como algo “normal” pese a ser –como indica Sally

⁸⁸ Por ejemplo, ver “33ª conferencia. La feminidad.”

⁸⁹ Para Deleuze, hay que tener en cuenta manifiestamente la construcción cultural del deseo como estrategia política, esto es, oponerse al deseo natural como ideal normativo (ver Butler, *Sujetos* 299).

⁹⁰ O en otro lado, Tubert indica también que “la inscripción simbólica de la maternidad como esencial permite dejar de lado la cuestión de la sexualidad femenina” (“Maternidad” 118).

Macintyre— “una de las *construcciones* sociales que actúan como motivador de la reproducción” (en Imaz 124, énfasis mío), y sin la cual nuestra especie podría enfrentarse a su propio desvanecimiento.⁹¹ El deseo de ser madre se ha mitificado de este modo como algo *instintivo* y que escapa a la lógica, contribuyendo a la trampa de la maternidad como el destino legítimo de las mujeres debido a su propia condición biológica.⁹² Por ello, considero que no se han analizado suficientemente los motivos socioculturales ni las consecuencias políticas del deseo de reproducirse.

Sin embargo, como Imaz recuerda, querer y tener hijos está vinculado a lo social y por tanto requiere de una justificación también de orden social: al hablar comúnmente del deseo materno como instinto no se está haciendo referencia sino a “comportamientos y tendencias que no son fácilmente racionalizables” (Imaz 124) y que, desde mi punto de vista, puede comprenderse por lo que Bourdieu denomina *habitus* —la sociedad escrita en el cuerpo, esto es, categorías de percepción, apreciación y actuación social históricamente constituidas (*Sentido* 86). Un sistema de disposiciones y esquemas de discernimiento perdurables que, en palabras de Beasley-Murray, “ayuda a vincular y reproducir un orden político o social determinado. Es reflejo y relé [regulador], producto y productor, que asegura la continuidad social al encarnar de manera literal los principios del orden social” (“Biopolítica” 386). Mi intención es explorar cómo la idea de lo natural se ha utilizado para no cuestionar el estado pre-materialización del hijo —el

⁹¹ Algunos autores, como Georges Bataille en *Erotism: Death and Sensuality* (1986), lo han visto —junto al sexo— como un anhelo de trascender la muerte: una conexión entre erotismo y muerte que, como veremos en *Yerma*, retoma también Nancjares al querer descendencia al morir su padre.

⁹² En este sentido, algunas feministas han denunciado la justificación que se da a las nuevas técnicas de reproducción asistida de existir, en palabras de Tubert, “en función del «deseo» de las mujeres,” ya que “están marcadas por la exigencia de garantizar que ninguna quede al margen de su función reproductora que supuestamente definiría su esencia” (“Maternidad” 118).

movimiento hacia la maternidad– y, en consecuencia, cómo lo social y arbitrario se ha presentado como natural para legitimar el poder masculino.

Si bien no todas las mujeres quieren ser madres ni todas las que lo son sienten el mismo deseo, la pulsión materna se ha configurado como uno de los hábitos básicos que define y homogeniza a todas desde la infancia, un ideal que, según Tubert, “no da lugar a las posibles diferencias individuales con respecto a lo que se puede ser y desear” (“Introducción” 11). Los juegos de niñas se han caracterizado tanto por la imitación a ser como la propia madre como por el deseo de tener hijos propios y cuidarlos: gestar y cuidar se han convertido así en las dos actividades habituales a las que, desde pequeñas, se preparan todas las mujeres (si bien se dan notables distinciones dependiendo del país, la clase social o el color de piel con el que hemos nacido).⁹³ La experiencia propia respecto al modelo parental que se haya tenido en la infancia será determinante a la hora de decidir si se quiere tener descendencia: es decir, si la propia madre y padre estuvieron cómodos en su maternidad y paternidad transmitirán el mensaje de que tener hijos es algo positivo –o no (Cánovas 25).⁹⁴ Pero, ¿qué significa para una mujer desear ser madre? ¿Cómo se construye el sujeto femenino en relación a ese deseo concreto? ¿Qué fuerza ejerce tal deseo en el campo social y político? ¿Y en el cultural? ¿Cuál es el poder del arte respecto al deseo de tener descendencia?

⁹³ Chodorow, respecto a este punto, indicó que las niñas no pasan por fase de rechazo de la figura materna como proponía la teoría freudiana del complejo de Edipo sino que, por el contrario, la relación que se establece entre madre e hija es de continuidad: esta identificación con la figura de la madre fue sostenida por la segunda ola del feminismo occidental. Por ejemplo, en la película *Cría cuervos* (1975), de Carlos Saura, hay varias escenas que apuntan directamente a este aprendizaje de lo femenino y de ser madre como dos aprendizajes que en realidad van de la mano y no pueden desvincularse el uno del otro.

⁹⁴ En este sentido, el anhelo de reproducción podría entenderse con el concepto del “carácter mimético del deseo” que postuló René Girard en *Deceit, Desire and the Novel* (1961) que hace referencia a los deseos tomados prestados o copiados de otro (de la propia madre en este caso). Asimismo, no se puede descartar lo lacanianiano, un “self-postponement” o retraso de la satisfacción final merecida que se puede ver en la idea de que con las nuevas tecnologías la maternidad puede diferirse.

Silvia Nanclares plantea estas cuestiones en *Quién quiere ser madre*, una novela autobiográfica que aborda el asunto del deseo de reproducción como núcleo narrativo. El texto relata la historia de Silvia, una escritora madrileña que, al cumplir los cuarenta años y vivir la enfermedad y muerte de su padre de manera casi simultánea al comienzo de una relación amorosa, se enfrenta al fuerte anhelo de tener hijos componiendo un relato que da cuenta del movimiento de su deseo dentro del campo sociocultural. “Estoy rodeada de historias sin nombre o de nombres sin historia final. En el limbo de la concepción y la no concepción se halla otra Historia del embarazo y la reproducción” (*Quién* 124), afirma la narradora: y esta *otra* historia es, precisamente, la que cuenta en su novela, sacando de la clandestinidad esa narrativa concerniente al deseo de ser madre en la actualidad y que, en este capítulo, propongo investigar.

Con el objetivo de procrear, la protagonista y narradora se ve sumergida en un mundo reproductivo que desconocía, el cual explora tanto en su vertiente virtual (en foros de Internet y sitios web dedicados en exclusividad al afán procreativo), como en su presencia clínica. Silvia va relatando esa búsqueda activa de la fecundación que acaba por convertirse en blog del periódico en el que trabaja –“crónicas en primera persona” (132) le pide la jefa de redacción– y, finalmente, en el libro que tenemos en las manos. La infertilidad y su relación con el deseo de reproducción salen así del ostracismo literario al que desde *Yerma* de García Lorca⁹⁵ habían sido confinados en un relato que exhibe las connotaciones subjetivas del sueño de ser madre, al tiempo que analiza el sistema político-social y cultural en que tiene lugar y arremete contra el

⁹⁵ Además del personaje de Yerma, cabe recordar el anhelo de tener hijos de Jacinta en la novela de Galdós *Fortunata y Jacinta* (1887) como centro del drama del matrimonio burgués –como una alegoría política de su tiempo (la Restauración). Al final, tras la muerte de Fortunata, Jacinta adopta al niño y le sirve para realizar su papel social pero también, al dejar de lado al padre, es un acto de rechazo radical de desamor y, por tanto, de liberación: Jacinta así evita desvanecerse en la nada y, por el contrario, es su marido, Juanito Santa Cruz, quien acabará por evaporarse.

ideal materno que se identifica con feminidad, proporcionando pistas para entender el deseo de procreación dentro de otros parámetros, cuestionando el imaginario patriarcal normativo.

Mi propósito en este capítulo es, por tanto, entender cómo se inserta ese deseo de maternidad en lo sociocultural y el movimiento que impulsa a partir del análisis de la novela de Nanclares. Partiendo de la premisa de que el deseo de reproducción forma parte del *habitus*, examino las relaciones que establece con el campo sociocultural. Asimismo, siguiendo la tesis de Deleuze y Guattari en *El anti Edipo* (1973) de que “ninguna sociedad puede soportar una posición de deseo verdadero sin que sus estructuras de explotación, avasallamiento y jerarquía no se vean comprometidas” (122), investigo la manera en que tal deseo de maternidad amenazaría el orden social donde tiene lugar. En otras palabras, si “para una sociedad tiene pues una importancia vital la represión del deseo, y aún algo mejor que la represión, lograr que la represión, la jerarquía, la explotación, el avasallamiento mismos sean deseados” (*Anti Edipo* 122), cabe preguntar si querer ser madre ¿(1) formaría parte de esos deseos dirigidos a reproducir y legitimar estructuras de dominación o, (2) por el contrario, podría ser una práctica interna desestabilizadora, esto es, en palabras de Judith Butler, una de las “posibilidades de redistribuir la circulación de poder” (en Lázaro 183)?

De tal modo, investigo las implicaciones del anhelo de ser madre en el contexto cultural actual donde surge esta novela y las posturas políticas que se esconden bajo la asunción de que, hoy en día, es una decisión personal, así como las carencias que supuestamente involucra tal deseo. Como recuerda Tubert respecto al tratamiento que nuestra sociedad da a la infertilidad, “la mujer que no es madre perturba, en cierto modo, el orden establecido, pone en cuestión aquello que regula las relaciones entre hombres y mujeres y atenta contra el sistema de exclusiones que rige el orden jerárquico establecido entre ellos” (“Maternidad” 118). Mi lectura del texto de

Nanclares, por tanto, va dirigida a exponer cómo opera el oscuro deseo de maternidad y la infertilidad en una época donde las tecnologías de reproducción asistida lo extienden a nuevas posibilidades pues, como sugiere Geraldine Nichols, “poner de relieve el tratamiento de la procreación puede iluminar constelaciones de significados hasta ahora ocultos, a la vez que ofrecer una radiografía de los tiempos que corren” (192).

A diferencia de los textos que examino en los siguientes capítulos –*Tiempo de espera* donde el sueño de parir una hija consigue cumplirse y *Nueve lunas* donde el embarazo se materializa antes de desearlo–, en la novela de Nanclares la imposibilidad de concebir será lo que guíe la narración, exhibiendo el movimiento que va del deseo a la obsesión. *Quién quiere ser madre* apuesta por hablar desde un territorio hasta ahora poco fecundo (ese limbo narrativo entre el deseo y la gestación) adoptando, a su vez, un ángulo distinto que pretende fusionar los dos discursos antagonistas de la agenda feminista en la España contemporánea: promaternales y antimaternales.⁹⁶ Polarizados de tal modo que enfrentan en bandos opuestos a defensores y detractores de la procreación, el texto señala la ausencia de voces en el campo cultural que, sin idealizar a los hijos e hijas como complemento necesario y esencial en la vida de la mujer ni fuente inagotable de amor puro e incondicional, desafíen críticamente la institución de la maternidad para que ésta pueda convertirse en un espacio creativo de libertad igualitaria. Si bien el deseo de ser madre forma parte del *habitus*, *Quién quiere ser madre* ofrece una nueva narrativa de tal deseo que procura, como veremos, provocar un efecto agitador, ya que si bien constituye “emociones relativamente estables y (que) no varían mucho con el tiempo,” en el

⁹⁶ A pesar de que han empezado a surgir voces contra la maternidad, el discurso promaternal sigue siendo dominante en el panorama hispánico; en este sentido, Beatriz Gimeno asegura que “el discurso promaternal es totalitario” (“Nuevo” 17) y pretende, por ello, construir un “discurso antimaternal” (“Construyendo”).

hábito “el potencial de cambio y novedad no se suprime por completo” (Beasley-Murray, “Biopolítica” 386-7).⁹⁷

El deseo de reproducción es, por tanto, el que articula el relato y, a su vez, el concepto que organiza este capítulo: es previo a la procreación y, también, está tan íntimamente ligado a ella que llegan a confundirse pero, ¿de qué manera se relacionan la maternidad y su deseo?, ¿cómo querer ser madre define la subjetividad femenina? Tomando como eje de la discusión el concepto de *habitus*, reflexiono sobre las incompatibilidades que tiene tal deseo en la actualidad y comprender mejor ese “estado intermedio” (Nanclares, *Quién* 80) antes de concretarse la maternidad que ha recibido escasa atención crítica. Investigo así las relaciones que establece con el cuerpo reproductivo y la sexualidad, con la escritura, el tiempo y la subjetividad femenina para examinar cómo ese deseo se inserta en lo sociocultural y cómo puede amenazar un orden.

2.2: Infertilidad y deseo

En la tradición literaria hispánica, la figura de la mujer estéril ha aparecido incorporando su deseo de tener hijos a un orden sociocultural siempre cambiante pero con una misma melodía de fondo: la misoginia y el papel dominado de las mujeres en la sociedad, limitando su sexualidad a la función reproductiva. La relación entre la infertilidad y el deseo de tener hijos es una cuestión que a partir del Génesis ha permeado nuestra cultura, moldeando la concepción que tenemos sobre la mujer sin hijos.⁹⁸ En concreto, el relato de Sarah –la mujer de Abraham que dio a luz a su hijo Isaac a la supuesta edad de noventa años por intervención divina después de toda una

⁹⁷ En este sentido, Beasley-Murray recuerda que “también hay hábitos de protesta y resistencia, por medio de los que las tendencias conservadoras del comportamiento habitual pueden transformarse en un recurso desde el cual crear otras formas de orden y, de este modo, el hábito en sí mismo puede convertirse en la chispa de algo así como la revolución” (“Biopolítica” 387).

⁹⁸ Para Tubert, “la esterilidad da cuenta de una resistencia muda a una función simbólica concebida como natural, a una definición ideológica del goce, el deseo y los ideales de la feminidad y la felicidad” (“Maternidad” 118).

vida esperando— asienta las bases literarias de un tema que exploro en esta primera sección: infertilidad y procreación, sexualidad y deseo, términos que establecen una relación ambigua y llena de tensiones no solo en la subjetividad femenina sino también en el campo cultural.⁹⁹

Entre los textos que abordan esta temática, destaca la creación de *Yerma* por Federico García Lorca, estrenada en 1934 en Madrid y de la que me ocupo en este apartado por la clara vinculación literaria que establece con *Quién quiere ser madre*. La obra del poeta granadino muestra la tensión que ejercía la maternidad en la subjetividad femenina debido a la todavía omnipresente moralidad católica en los años en que fue publicada, la cual centraba la sexualidad dentro del matrimonio a fines únicamente instrumentales, un hábito que ayudaba a mantener un determinado orden cultural que Lorca presenta con el propósito de no sólo denunciarlo sino para contribuir a provocar una reorganización del mismo que fuera total y duradera: el teatro tenía para él una función educativa y su objetivo era “poner en evidencia morales viejas o equivocadas y explicar con ejemplos vivos normas eternas del corazón y el sentimiento del hombre” (Lorca, *Obras* 255). Si bien cuando salió la obra era un periodo de auténticas libertades políticas para las mujeres con las nuevas legislaciones igualitarias del gobierno republicano,¹⁰⁰ Lorca exhibe los hilos invisibles todavía existentes movidos por la ideología conservadora proveniente del catolicismo. En palabras de José Badenes,

⁹⁹ El relato bíblico sobre la figura de Sarah conformó un nuevo modelo de mujer sometida a la ley del padre a quien se le niega la voz y se responde con silencio. Obediente y resignada es al final recompensada con un hijo, evidenciando así el control divino sobre la reproducción humana: “Sara quedó embarazada y le dio un hijo a Abraham en su vejez. Esto sucedió en el tiempo anunciado por Dios” (Gén 21:2).

¹⁰⁰ “El Gobierno Provisional de la República y después las Cortes Constituyentes tomaron inmediatamente medidas destinadas a mejorar la situación de las mujeres mediante la proclamación de leyes y decretos. Las primeras reformas tendían a reequilibrar la presencia de ambos sexos en la vida pública e implicar a las mujeres en el funcionamiento de las instituciones” (Yusta 108). Entre estas medidas, destacó el derecho “a participar en el sufragio y, por tanto, en el gobierno de la nación” Asimismo, se reformó el matrimonio, el divorcio y aumentó el número de mujeres en el sector laboral, cuya participación en el sindicalismo de clase creció notablemente, “tomando parte en huelgas y movilizaciones” (Yusta 109).

though generally speaking Spaniards were not practicing Catholics, their social values revealed how deeply the Church's stance on sexual morality had penetrated, particularly in rural areas. Foremost among these values was the honor code, originally understood as public reputation mirroring personal integrity. (53)

Si, como propone Belle Boggs en *The Art Of Waiting: On Fertility, Medicine, And Motherhood* (2016) en cuanto a la representación de la casada estéril que desea ser madre en la cultura occidental, el relato bíblico de Sarah “infects our literature and our thinking” (43), *Yerma* nos ofrecería una versión moderna del mismo (la mujer infértil que busca desesperada el embarazo, sin calcular los riesgos) y que Nanclares reactualizaría en su relato. *Yerma*, por tanto, viene a ser el hipotexto de la novela de Nanclares, es decir, la creación literaria subyacente: “A veces pienso que hasta que no acabe de sacar lo del duelo no me voy a quedar. Es como si la sangre fuera la pena que tengo dentro. Como si la muerte saliera...” (*Quién* 184) –confiesa Silvia y añade que está releendo a Lorca. Sin embargo, la clara vinculación de los dos personajes (Silvia y Yerma) por su deseo insatisfecho de tener hijos es, como veremos, subvertida por Nanclares, evitando finalmente convertirse en otra Yerma: “¿Y si es cuestión de reformular los sueños? ¿Quién sueña mi maternidad?” –afirma al final del relato (211). En consecuencia, acaba asumiendo el deseo como propio y lo neutraliza –con otro guiño a *The Handmaid's Tale* (1985) la novela distópica de Margaret Atwood– y, así, la incertidumbre se impone como base de la vida frente a la supuesta seguridad vital que traería la maternidad, como analizo más adelante.

La tragedia de *Yerma* tiene, por su parte, una trama simple: la historia de un matrimonio joven de campesinos que no puede tener hijos, motivo que lleva a la protagonista a buscar todo tipo de medios para vencer la esterilidad y termina con el asesinato de su (infértil) marido. Dividida en seis escenas condensadas y sin apenas referencias espacio-temporales, Lorca retoma

el drama doméstico del Génesis donde su protagonista, al igual que Sarah, se enfrenta no sólo a la infertilidad sino también al silencio.¹⁰¹ El paralelismo entre los dos personajes es evidente, encerradas ambas “en un mundo estrecho y limitado centrado plenamente en la potencialidad de su matriz para ser fecundada por la simiente masculina” (Goldman-Amirav 49), sin embargo, la tragedia de Yerma tiene un final subversivo: en vez de crear vida como la avejentada esposa de Abraham, la destruye.

Desde el día de su estreno, toda la crítica se hizo eco del tema que consideraba central de la obra de Lorca: *la obsesión*.¹⁰² No obstante, este poema trágico representa no tanto la insistencia por ser madre de la protagonista como el movimiento que va de lo que se considera natural –un sentimiento estereotipado– a lo patológico, provocado por un ambiente cultural asfixiante. Así, Lorca ofrece en tres actos la evolución gradual del deseo de ser madre de una mujer que no consigue serlo: va dejando que la idea de tener hijos se convierta en el eje que estructura su vida hasta que la maternidad se vuelve una pretensión perturbadora.¹⁰³

Alienada de la vida social por no pertenecer a la comunidad –cuyo acceso venía determinado por el hecho de tener hijos–, Yerma termina estrangulando con sus manos a Juan, su

¹⁰¹ Sarah recela de la promesa del hijo que Jehová le había hecho a Abraham “puesto que no le habla a ella, sólo a su marido” (Goldman-Amirav 45).

¹⁰² Como recoge Luis Fernández-Cifuentes: “En torno a *Yerma* ha cundido desde el día mismo de su estreno la palabra ‘obsesión.’ En las olvidadas reseñas que aparecieron en la prensa de Madrid el 30 y el 31 de diciembre de 1934 se definía al personaje central como: ‘Un caso patológico de idea fija, de obsesión, de locura’ (*La Época*); ‘Una idea fija, una obsesión, un caso patológico’ (*Informaciones*); ‘Es víctima de una obsesión [...], una verdadera obsesión’ (*Diario de Madrid*); ‘La totalidad de la obra gira alrededor del deseo frustrado de la obsesa’ (*La Nación*); ‘Una obsesa en que la pasión llega a los límites de lo patológico’ (*Diario Universal*). Y en Barcelona, a partir del 18 de septiembre de 1935, escribieron: ‘Su obsesión por el hijo soñado no deja de ser una manifestación evidente de paranoia’ (*El Correo Catalán*); ‘Alucinante obsesión’ (*Diario de Barcelona*); ‘Puramente obsesión de maternidad insatisfecha’ (*La Vanguardia*)” (288).

¹⁰³ Cabe recordar que Yerma no es un nombre propio en la cultura hispánica sino, más bien, parece un apodo (algo común, sobre todo, en el ámbito rural, tomando para ello algo circunstancial, un aspecto o rasgo de la persona: la molinera, la panadera, el bizco, el cojo, etc.).

marido, eligiendo no ser madre, esta vez, por determinación propia.¹⁰⁴ Lorca de esta manera pone de manifiesto la situación cultural de las mujeres de su época: obligadas a obedecer la ley de la maternidad y confinadas por ello al hogar, debían también servir a sus cónyuges sometiéndose a su voluntad sin ofrecer resistencia dirigiendo su sexualidad a la labor reproductiva. Según Pilar Nieva, “totalmente influida por la ideología imperante sobre la reproducción, Yerma entiende que el sexo marital no debe buscar el placer, sino la procreación” (165). Pero Yerma, al no cumplir con el mandato de género, se ve arrastrada a quebrantar ciertas normas sociales: habla en vez de estar callada, sale en vez de estar guardada, ansía en vez de estar resignada. Y al no poder reproducirse, al final, mata.¹⁰⁵

Y es que el conflicto de *Yerma* se encuentra precisamente ahí, como señala Fernández-Cifuentes, entre la “palabra mágica que hace, fertiliza, engendra, y el encuentro con el silencio que la niega” (298). Por ello, Yerma se masculiniza¹⁰⁶ y lucha contra ese mutismo social impuesto, contra una norma sexual restrictiva, contra la esterilidad, contra lo que ella misma representa. Y con ironía trágica, acaba con la posibilidad de ser madre matando al único hombre autorizado para fecundarla, concretando esa inversión de los roles de género que presenta la obra, los cuales, en palabras de Nieva, pueden entenderse como “un eficaz mecanismo político que permite al autor patentizar su mensaje: en la España de su tiempo, mujeres y hombres sucumben sometidos a la férrea moral sexual y a unos códigos de género igualmente inmutables” (168).

¹⁰⁴ “Yerma acaba matando a su marido, lo que equivale al eclipse simbólico del hombre en su función paterna” (Tubert “Maternidad” 136).

¹⁰⁵ Cumple así con lo que se espera de la tragedia: su rebeldía contra la norma es a la vez una convención del género literario al que pertenece.

¹⁰⁶ Yerma se va apropiando de actividades propias de hombres y es acusada de “machorra” por las lavanderas en el segundo acto: “Estas machorras son así. Cuando podían estar haciendo encajes o confituras de manzanas, les gusta subirse al tejado y andar descalzas por esos ríos” (García Lorca, *Yerma* 105).

El poder del cuerpo de Yerma estaba confinado a la procreación pues “a pesar de que el hombre sea el «responsable» de la infertilidad es la mujer la que «pone el cuerpo»” (Tubert “Maternidad” 136) y, al no convertirse en madre, asesina a su pareja en un intento desesperado de producir otro cuerpo, aunque fuera inerte. Esta es la línea de fuga que ofrece Lorca al problema de la sexualidad femenina limitada únicamente a fines reproductivos: la transgresión. Por ello, la desdicha de Yerma no reside tanto en su infertilidad como en la disconformidad con el deseo (al igual que Nanclares, como veremos): al estar atrapada en una realidad que controla su sexualidad, es obligada a vivir en un espacio cerrado, doméstico, del que ella trata de escapar. Su voluntad de participar en el campo de la maternidad, único espacio social al que las mujeres tenían acceso, y no poder cumplirlo, le conduce a infringir las normas, buscar métodos conceptivos alternativos sin salir de la legalidad matrimonial: y es precisamente por mantener esa honra de larga tradición hispánica y ser fiel a su marido lo que la conmina a seguir siendo yerma.¹⁰⁷

Con la llegada de la II República, la participación de las mujeres en el espacio público se abrió a nuevas posibilidades desvaneciendo así el poder de la Iglesia católica pese a que ésta lo seguía manteniendo en un plano imperceptible, insertado en el cuerpo, por medio de hábitos regularizados que mantenían el orden social. *Yerma* viene a ser una crítica a ese poder invisible que la institución del matrimonio y la normativa sobre la sexualidad ejercía en las mujeres, un poder no tanto represivo sino un biopoder disciplinario, el cual, según Foucault, es una forma de biopoder que crea deseos y apega a los individuos a identidades concretas, ya que es un saber y

¹⁰⁷ En palabras de Badenes, “in a patriarchal society such as Spain’s, honor meant proper decorum for women, including domestic enclosure, virginity before marriage, marriage fidelity, house chores, and child bearing and rearing. For men, honor depended on the wife or daughter’s domestic reputation as well as success in labor or military enterprises” (53).

un poder sobre el cuerpo (sus capacidades, gestos, movimientos y comportamientos) que tiene el propósito de controlarlo para que sea más efectivo y dócil. La Iglesia, así como las escuelas y los hospitales ejercen este tipo de poder, también localizado en las actividades cotidianas y hábitos personales (*Historia* 170).

Si bien el deseo es normalmente entendido como un impulso sexual éste deviene en *Yerma*, como he indicado, una patología: la obsesión por ser madre. La protagonista no puede concebir pues, como sabemos, sin unión no hay concepción. Y la maternidad, así, se ve subvertida en la obra de Lorca ya que para su protagonista no significa un espacio de reclusión sino la única ventana posible en la opresiva vida matrimonial y de sexualidad limitada en el entorno rural en que se halla. Y es que *Yerma* se encuentra en un *impasse* vital: sujeta a un matrimonio infértil, su vida se le vuelve insoportable y el subterfugio que encontrará para huir será todavía más radical: el homicidio. De tal modo pasa de ser consorte a criminal: del anhelo ardoroso de crear vida¹⁰⁸ a la pulsión violenta de dar muerte, este es el movimiento que nos ofrece Lorca, del deseo a la obsesión, de la mujer joven a la enferma, de la casada a la proscrita.¹⁰⁹

Para Foucault, uno de los mecanismos efectivos de los órdenes del poder y del saber fue la *histerización del cuerpo de la mujer* que tuvo lugar de manera coherente y sistemática a partir del siglo XVIII:

¹⁰⁸ *Yerma*: “Lo tendré porque lo tengo que tener. O no entiendo el mundo. A veces, cuando ya estoy segura de que jamás, jamás..., me sube como una oleada de fuego por los pies y se me quedan vacías todas las cosas, y los hombres que andan por la calle y los toros y las piedras me parecen como cosas de algodón” (García Lorca 126).

¹⁰⁹ “La causa del trastorno, neurosis o psicosis, radica siempre en la producción deseante, en su relación con la producción social, su diferencia o su conflicto de régimen con ésta, y los modos de catexis que en ella operan” (Deleuze y Guattari 134).

Triple proceso según el cual el cuerpo de la mujer fue analizado –calificado y descalificado– como cuerpo integralmente saturado de sexualidad; según el cual ese cuerpo fue integrado, bajo el efecto de una patología que le sería intrínseca, al campo de las prácticas médicas; según el cual, por último, fue puesto en comunicación orgánica con el cuerpo social (cuya fecundidad regulada debe asegurar), el espacio familiar (del que debe ser un elemento sustancial y funcional) y la vida de los niños (que produce y debe garantizar, por una responsabilidad biológico-moral que dura todo el tiempo de la educación): la Madre, con su imagen negativa que es la “mujer nerviosa,” constituye la forma más visible de esta histerización. (*Historia* 128)

De tal manera, el cuerpo de la mujer quedó vinculado a un espacio y una actividad determinados, orientado “por entero a las funciones de reproducción y perturbándolo sin cesar en virtud de los efectos de esas mismas funciones” (Foucault *Historia* 185). Por tanto, la obsesión patológica de Yerma habla de las implicaciones políticas de la mujer en la época de Lorca y cómo el poeta granadino quería sacar a la luz la falta de opciones que tenía al margen de la maternidad y del matrimonio. Al no poder procrear, Yerma se siente fuera de lugar, una *outsider*, y no pertenecer es sin duda el mayor castigo que siente en su vida.¹¹⁰ Está atrapada en una situación imposible de cambiar puesto que las coordenadas espacio-temporales en las que se encuentra son inalterables y sagradas: su cuerpo, su matrimonio. Su infertilidad y su honra no pueden franquearse y al no

¹¹⁰ En cuanto a la sanción de la esterilidad, “el texto bíblico explicita perfectamente que se percibe la infertilidad como castigo” (Goldman-Amirav 49). Así, no pertenece al cuerpo político, lo que también puede extenderse a la vieja metáfora del *corpus misticum*.

poder vivir el duelo por carecer de un cuerpo al que velar (pues su deseado hijo está en un plano inmaterial), esto será, finalmente, lo único que consiga obtener.¹¹¹

Ya en el relato bíblico la fecundidad femenina es utilizada como mecanismo de dominación por parte de un dios-hombre que tenía que imponer su poder absoluto y para ello modifica las narrativas sobre la abundancia reproductiva en las culturas previas, donde la fertilidad era valorada positivamente frente a la esterilidad y tenía sus divinidades. De tal modo, la mujer dejó de ser fértil por naturaleza y empezó a tener hijos como respuesta a un mandato bíblico, lo cual convirtió la infertilidad en castigo (y a las mujeres que sí conseguían finalmente procrear como “elegidas”) dando lugar a una figura nueva: la casada estéril.¹¹² Hoy en día, la ciencia con las nuevas técnicas de reproducción asistida ha sustituido a ese dios que concedía –o no– el don de la concepción. Pero sin Dios a cargo de su maternidad tardía, Yerma –y, como veremos, Silvia– no puede dejar en sus manos su deseo de reproducción.¹¹³

Nanclares, por tanto, retoma el asunto principal de *Yerma* en su narración: el movimiento que va del deseo a la obsesión por ser madre, presentando también el contexto sociocultural que lo motiva y las implicaciones subjetivas que tiene para el personaje. La sexualidad femenina hoy, en cambio, se considera un fin en sí mismo por lo que *Quién quiere ser madre* refleja unos significados diferentes a los de la época de Lorca, los cuales examino a continuación: ¿qué tipo de problemas culturales está mostrando al exponer el concreto deseo de ser madre? y ¿qué

¹¹¹ “Pues el deseo *también* desea esto, es decir, la muerte, ya que el cuerpo lleno de la muerte es su motor inmóvil, del mismo modo como desea la vida, ya que los órganos de la vida son la *working machine*” (Deleuze y Guattari 17). Para las conexiones entre deseo, vida y muerte ver también Bataille, *Erotism*.

¹¹² En el caso medieval, cabe recordar la “Cantiga XXI” de Alfonso X (siglo XII) donde una mujer estéril concibe un niño por mediación de María, éste se muere y la Virgen lo resucita: un ejemplo relevante que servía no sólo para mostrar el poder de María –como instrumento de Dios– sino también para favorecer su devoción y apuntalar la maternidad como destino.

¹¹³ La ciencia, será, como expone la escritora madrileña, el nuevo dios que pueda conceder el ansiado regalo de la reproducción a las mujeres infértiles.

contexto y alcance político-culturales tiene tal deseo? Frente a la incomunicación y repliegue de Yerma, Silvia, en cambio, comunica las causas y despliega los efectos de la voluntad de ser madre y su relación con la infertilidad, no ya en un ambiente rural enrarecido, sino “en la segunda década del siglo XXI, en la ciudad de Madrid, y estoy a punto de cumplir cuarenta años. Aun así, me lo merezco” (*Quién* 17). El hecho de ser escritora, a diferencia de Yerma, en 2017 facilita a Nanclares exponer simultáneamente los recorridos que traza su deseo y las dificultades que encuentra para saciarlo. Pero al no conseguir quedarse embarazada, la novela se enfrenta a la visión lorquiana (y bíblica) de la infertilidad como un castigo.¹¹⁴ La procreación, al final, vendría a ser percibida, en este caso, como una distinción (de clase) que coronaría su ya completa vida pues, como señala Tubert, “si históricamente el hijo ha sido un capital económico, actualmente es un capital afectivo y narcisista, y en estos casos se lo sobrevalora aun como patrimonio genético y genealógico” (“Maternidad” 134). Asimismo, la confusión en *Yerma* entre deseo sexual y maternal –infiltrándose de tal modo que acaban siendo asimilados– y los peligros que dicha absorción implica son retomados por Nanclares; sin embargo, la desmitificación del deseo materno que lleva a cabo el poeta granadino a favor de una visión antipatriarcal de la sexualidad femenina, tiene connotaciones distintas en *Quién quiere ser madre*:

Un domingo cualquiera, por la mañana, toca inseminación casera, que es casi como podríamos llamar a nuestro nuevo tipo de sexo. El aire de nuestra habitación resulta cada vez más irrespirable. Al final de nuestros encuentros ya no olemos a sexo, sino a reproducción. (91)

¹¹⁴ Hoy en día, recuerda Tubert, las mujeres que no consiguen quedarse embarazadas se plantean la misma pregunta: “¿Se tratará de un castigo? ¿De una prohibición? Si se pudiera hallar una significación a la infecundidad, ¿se lograría aceptarla de otro modo?” (“Maternidad” 134). No obstante, la idea bíblica se mantiene irónicamente con el nuevo dios (La Ciencia) pues solo los elegidos –con cierto poder adquisitivo– podrán conseguirlo, lo cual niega de manera parcial lo azaroso del acto.

Por ello, al experimentar por sí misma que “sexual desire can be eclipsed by maternal drive” (Zecchi 154), la protagonista de la novela toma una postura más crítica acerca de esa pulsión y, consecuentemente, decide detener esa búsqueda imperiosa del embarazo y distanciar su deseo sexual del materno: “Hasta me apetece volver a hacerlo con condón, fijate” –le confiesa a su pareja al final de la narración cuando decide renovar los acuerdos establecidos referentes a su anhelo de ser padres y la mecanización sexual a la que habían llegado– “ahora me da morbo” (208).¹¹⁵ Y reconoce, con gozo, que “quizá, quién sabe, no sea madre. Pero ser[á] otra cosa. Ser[á] alguien que aprendió que el miedo no prepara para nada. Porque no sabemos lo que vendrá después” (212). La incertidumbre es consustancial a la vida a pesar de que la maternidad se ha postulado para las mujeres como la única y verdadera certeza y, quizá por ello, sugiere el texto de Nanclares, se sigue buscando con tanto ahínco en una vida cada vez más llena de inseguridades en todos los niveles. La protagonista de *Quién quiere ser madre*, tras acudir a un grupo de apoyo para mujeres que por distintas circunstancias no han logrado, pese a querer, tener hijos propios –“las maminfértiles” (195)–, deshecha esa seguridad que la maternidad parecía garantizar y, con ello, aleja el fantasma de Yerma.

Entonces, ¿qué significa para una mujer del siglo XXI desear ser madre y no poder serlo? Si para Lorca, como hemos visto, conducía a un acto de transgresión, Nanclares sigue esa línea trazada por el poeta granadino al tomar conciencia de la maternidad como acto político, algo que, en mi opinión, todavía permanece poco estudiado. Tubert recuerda en relación a las mujeres que se someten a tratamientos de fertilidad que “el objetivo ya no es tener un hijo, sino ser madre,” lo

¹¹⁵ Como señala Zecchi, entre los peligros de asimilar dichos deseos está la identificación de madre y mujer: “The undifferentiation between the two desires could be strengthened by using the concepts of womanhood and of motherhood as synonyms, thus erasing the possibility of freeing female identity from maternal connotations” (154), riesgos que también advierte Nanclares.

cual “suscita una idealización de la capacidad maternal” que por su cercanía al “fantasma de la partenogénesis produce un efecto de transgresión y desafío al orden «biológico» existente” (“Maternidad” 135). El deseo de reproducción es, por lo general, ambivalente y opaco,¹¹⁶ a pesar de haber sido idealizado como el más puro y absoluto que posee una mujer, por una parte, y descartado por el feminismo clásico, por otra, lo cual, debido a esa polarización y oscuridad, sigue escapando a un análisis crítico que dé cuenta de la relación que establece entre la subjetividad femenina y el campo cultural. Como Daphne de Marneffe advierte, “women’s desire to have children has survived the vagaries of feminist suspicion and is now fully respectable and in public view” (xi). Sin embargo, *Quién quiere ser madre* nos recuerda que, si bien es un deseo aceptado socialmente, hasta que no logra su materialización sigue permaneciendo en una zona velada y marginal que recibe poca atención crítica:

Te das cuenta entonces de la cantidad de historias ocultas que hay en torno al deseo de ser madre o de ser padres, de lo silenciosamente que se vive este estado intermedio, este umbral entre el «vamos a ello» y «aún no estamos». ¿Es por el tabú y superstición, por la falta de vocabulario o de antecedentes en la tradición de las conversaciones? No lo sé, pero en cuanto abres la espita, la cuestión imanta. (80)

Y es, precisamente, el movimiento que impulsa esa atracción hacia la reproducción, lo que investigo en las siguientes secciones. Si, como indican Deleuze y Guattari, “no hay máquina deseante que pueda establecerse sin hacer saltar sectores sociales enteros” (122), ahora exploro de qué manera podría poner en cuestión el orden establecido un deseo de gestación: hasta qué punto puede ser subversivo querer tener descendencia en una sociedad con la tasa mundial más

¹¹⁶ Por ejemplo, Rebecca Walker, reconocida escritora y teórica de lo que se conoce como *Third Wave feminism*, habla de tal sentimiento ambiguo hacia la maternidad en su memoria *Baby Love: Choosing Motherhood After a Lifetime of Ambivalence* (2008).

baja de natalidad y campañas públicas orientadas a promover discursos pronatalistas (Zecchi 148).

2.3: Deseo y reproducción

El anhelo de concebir lleva a Nanclares a plasmar un texto novedoso para las letras hispánicas. Organizado en cuarenta y cinco capítulos breves (un guiño quizá al final de la edad fértil), una narradora y protagonista que coincide nominalmente con la autora de la novela nos va relatando el proceso de su deseo de reproducción que abarca un año de su vida dedicado a cumplirlo: “He aprendido muchas cosas en estos doce meses” –asegura al final de la novela a modo de recapitulación (211). Configurado en torno a la búsqueda del embarazo, *Quién quiere ser madre* fue escrita, en cambio, en nueve meses,¹¹⁷ en los cuales la protagonista lucha por comprender cómo funciona su propio cuerpo al cumplir cuarenta años para lograr la ansiada concepción junto a su nueva pareja sentimental, al tiempo que vive el duelo por la muerte de su padre, dos sucesos que, según ella misma sugiere, desencadenan el apremio por quedarse embarazada.¹¹⁸

Desde la primera página del libro –influida por el género diarístico y la confesión– introduce al lector en las historias de maternidad que frecuentemente son contadas en un ambiente familiar, pero raramente en un texto literario, historias de partos complicados y sencillos, de experiencias ampliamente compartidas (pues todos hemos pasado por el trance de un nacimiento, siquiera el propio) y, sin embargo, descartadas del campo literario. Nanclares, consciente de esta falta, configura un relato que viene en cierto modo a suplir dicha escasez,

¹¹⁷ En una “Nota de la autora” al final del relato, se especifica que “esta novela tardó treinta y ocho semanas en gestarse, desde mediados de noviembre de 2015 hasta principios de septiembre de 2016” (213). El tiempo de creación literaria en esta novela no coincide como en *Tiempo de espera* y *Nueve lunas* con el embarazo, pero será de igual modo el motor de ella.

¹¹⁸ Para Bourdieu los agentes sociales estamos sujetos al tiempo y por ello producimos la práctica social en urgencia temporal (*Sentido* 122).

tratando de consumir su deseo de reproducción en un doble sentido: pariendo tanto un hijo o una hija como un texto que hable precisamente de la (im)posibilidad de tenerlos.¹¹⁹ Por ello, hace acopio de referencias y va contando resumidamente los nacimientos de sus amigas como madres y no madres: “Sonia, por ejemplo, casi no se enteró, y de golpe estaba tocando la cabeza de Simón” (11); “Paula dice que ni de coña, que ella es extincionista” (12). A su vez, se da a la tarea de buscar relatos de mujeres que fueron madres después de los cuarenta cuestionando así la edad supuestamente idónea para serlo: “Mi posible parto se inserta indefectiblemente en ese hilo previo de las historias de fertilidad y descendencia que me rodean” (14) –asegura, componiendo su relato a partir de las otras, las cuales a su vez se constituyen en el tejido intertextual de la novela. Sin embargo, los rígidos límites espacio-temporales que comprenden la fertilidad confinan su deseo de tal modo que su propio cuerpo se convierte en impedimento para su consecución. Así, a diferencia de los textos de Riera y Wiener que veremos en los siguientes capítulos, el cuerpo femenino no será aquí el espacio donde la maternidad habita sino el que problematiza su surgimiento. Como puntualiza Tubert, en el discurso de las mujeres que buscan el embarazo y no lo consiguen, el cuerpo adquiere un lugar central y

aparece para el sujeto como obstáculo, como aquello que se resiste a incluirse en la cadena signifiante en la que se desliza el deseo. Hablan una y otra vez de los diferentes tratamientos y de la respuesta de sus cuerpos a aquéllos, como si buscaran descifrar un enigma. (“Maternidad” 128)

Para la protagonista de *Quién quiere ser madre*, esta incógnita de su cuerpo respecto a la gestación nunca llegará a resolverse, ni siquiera por la ciencia. Y es que la protagonista ve su

¹¹⁹ Aunque con otro sentido, la novela retoma la metáfora de libro como hijo de larga tradición literaria: “Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento...” (Cervantes, “Prólogo” al *Quijote*).

deseo limitado por su propio organismo antes de materializarlo en un cuerpo concreto: como máquina deseante y productora no funciona con la precisión y prontitud que ella quiere, lo cual lleva a profundizar en el tratamiento sociocultural que se da en la actualidad a la infertilidad. Para Tubert, “es el cuerpo de la mujer el que se convierte en «laboratorio viviente» de la biotecnología” que transforma a los cuerpos en órganos “despojados de sus referentes subjetivos e infinitamente fragmentados” (“Maternidad” 124).

La edad para tener hijos se ha retrasado en las clases medias y altas de la sociedad occidental (mayoritariamente blanca) hasta un momento delimitante donde la procreación ya no depende tanto del azar como de la ciencia: el texto recoge cómo la superstición y cierto aura de divinidad que envolvía el acto de engendrar vida humana ha sido sustituido actualmente por la confianza en las nuevas técnicas de reproducción asistida. La ciencia así es capaz de controlar la fecundación como antes lo hiciera el poderoso dios bíblico, prometiendo a las Saras del siglo XXI un hijo pasada la edad fértil.¹²⁰ Y en lugar de sólo sometimiento, ahora también les pide un cheque, lleno de ceros. Nanclares, en cambio, se muestra renuente en su texto ante la capitulación que exigen los tratamientos de fertilidad y el sometimiento absoluto esperado de las mujeres que los llevan a cabo a cambio de precios elevados sin garantía de éxito.¹²¹ Además, son procedimientos que exigen tal cantidad de sacrificios para la mujer que, según Tubert, la convertirían en una especie de “supermujer,” la cual sería “digna de admiración porque puede tener finalmente un hijo contra viento y marea, o porque no hay quien pueda con ella” (“Maternidad” 134). De tal manera, esta supuesta lucha y sacrificio que conllevaría la infertilidad

¹²⁰ Con las nuevas tecnologías reproductivas, recuerda Tubert, “se repite la operación realizada por el dios patriarcal de la Biblia que asumió el control y la gestación de la fecundidad de las mujeres, tal como se puede apreciar en la historia de Sara” (“Maternidad” 125).

¹²¹ No obstante, como la misma autora relata en *Eldiario.es*, concibe a un niño tras someterse a largos tratamientos de reproducción asistida y, finalmente, de ovodonación (“Sacar”).

tratada por la ciencia, la convierten en la antesala idónea para esa imagen de la maternidad como lugar de abnegación y entrega absoluta al (proyecto de) hijo: las mujeres infértiles de esa manera ya son madres, redimiendo así tal vez esa supuesta “culpa.”

La infertilidad, debido al desplazamiento temporal que ha sufrido la maternidad en la vida urbana más sedentaria de los últimos años, ha devenido una nueva enfermedad en ciertos sectores sociales, esta vez con promesa de cura si se dispone de los medios para costearla. Aunque, como recuerda Imaz, “a pesar del conocimiento de los procesos reproductivos y del desarrollo de las tecnologías reproductivas, la producción de la gestación está muy lejos de ser controlada” (193). Y esta falta de control del proceso es lo que Nanclares pone en evidencia: tener *fe* (en dios o en la ciencia) no asegura la reproducción, pues seguimos sin poder determinar con exactitud, como advertía Spinoza, lo que puede un cuerpo (127). En este sentido, llevando al extremo la desubjetivación, estas nuevas tecnologías reproductivas pueden conllevar una “reificación de lo humano:”

Se pueden programar los nacimientos, controlar los cuerpos y su funcionamiento a favor de una mayor eficacia, pero todo esto conduce necesariamente a la pérdida de la posición de sujeto, a la alienación, a la ilusión de satisfacer los deseos a escala industrial, a la abolición de la palabra, del símbolo, de la temporalidad, es decir, de todo aquello que nos define como especie. (Tubert, “Maternidad” 127)

Y este dilema que supone la pérdida de agencia así como el enigma del propio cuerpo respecto de la posibilidad de reproducirse será precisamente lo que haga a Silvia cuestionarse acerca de la viabilidad de su deseo: ¿podrá ser madre? Las referencias que hay en el campo literario hispánico son rotundas en su respuesta: *Yerma*. Por ello, busca testimonios positivos confirmando con ello el proceso de construcción del deseo de maternidad: “Estoy dentro de una

historia hecha de historias y necesito referentes” (Nanclares 13) –afirma al inicio del relato que empieza recordando “los hijos de las demás” (11), y que vendría a configurar lo que Tubert denomina “imaginario compartido,” el cual consiste en “las relaciones de carácter especular que se establecen” entre las mujeres que buscan tener hijos (“Maternidad” 132-133). En *Quién quiere ser madre*, además, no sólo se hace hincapié en sus otras amigas o el grupo de ayuda a personas con problemas de fertilidad al que asiste al final del relato, como veremos, sino también el papel fundamental de apoyo que tienen los foros y comunidades de Internet donde Silvia busca con ahínco información, evidenciando la importancia de las nuevas tecnologías en el proceso. La narradora hace un recuento de todas sus amigas madres y algunas que no lo son, expresando su *no* pertenencia a la categoría “madre” al tiempo que reitera cierta necesidad de explicación en nuestra sociedad del hecho de no tener hijos, denotando la naturalización que hay detrás del fenómeno de la reproducción: “Dicen que detrás de toda mujer sin hijos hay una historia. ¿También detrás de las que los tienen la hay?” (Nanclares 14).¹²²

Al igual que veremos en *Nueve lunas*, Nanclares se plantea convertirse en madre dentro de una relación de pareja heterosexual ante la perspectiva de la muerte de su padre (tras una larga enfermedad degenerativa) y la proximidad del cambio de dígito, aunque –publicada casi diez años después– *Quién quiere ser madre* no sitúa el conflicto de la procreación a los treinta como veremos en la peruana Gabriela Wiener, sino a los cuarenta. La edad, en este punto, es determinante: el hecho de retrasar la gestación hasta el límite del período fértil nos hace entender la maternidad desde un ángulo que no había sido apenas explorado pues ésta no es vista como el

¹²² Esta pregunta retórica (sin ocultar la ironía) hace referencia a lo que se ha venido sosteniendo en esta tesis: el notorio silencio cultural hacia la reproducción.

destino forzoso al que atenerse como mujer y del que no puede escapar indemne (como Yerma), pero tampoco como el orden natural de las cosas.

En su caso, llega a la maternidad tras un deliberado proceso de selección vital: primero, persigue su propia realización personal y profesional; después, *decide* que ha llegado el momento de ser madre, pero cabe preguntar en qué medida esta es una decisión libre.¹²³ Nanclares se encuentra en una línea fronteriza puesto que si bien todavía no ha aparecido la menopausia, su fertilidad es incierta, y es desde esa tierra de nadie entre el ser y el no ser desde el que narra: “«Necesito saber.» Esa es exactamente la pulsión que lleva casi un año atenazándome, la de saber: saber si podré, si no podré, si sabré. Es difícil aceptar que el proceso no está bajo nuestro control” (199). De tal modo, es en ese lugar ambiguo donde se aloja el deseo de embarazo y el miedo a no poder cumplirlo donde surge el relato, transformando el espectro de la esterilidad en narración.

Por ello, a partir del *plan* de quedarse embarazada,¹²⁴ la narradora refiere cómo la relación que mantenía con su propio cuerpo y su ciclo menstrual cambia de tal modo que la manera en que vive el tiempo se transforma, imponiéndose una nueva temporalidad marcada por su cadencia ovulatoria, la cual, a su vez, marca el ritmo del relato:

Desde que nos pusimos «manos a la obra», los meses se van jalonando en dos mitades claras: la previa a la ovulación, que normalmente es tranquila y en la que consigo olvidarme de que quiero quedarme embarazada, y la segunda mitad, después de la ovulación y «los deberes», en la que me convierto en un animal ansioso en busca de

¹²³ Para el feminismo clásico, según recuerda Sawicki, “the new choices that these technologies offer to women are illusory” (73). De igual modo, se podría cuestionar que la realización personal y profesional también sea ilusoria (y no se considere completa sin el niño).

¹²⁴ Imaz señala que debido a la conciencia individualista moderna, “las estrategias de cálculo y control irrumpen también en el ámbito privado” de modo que hasta “la maternidad sólo puede ser buena si es planificada” (178).

síntomas. En el papel higiénico, en las bragas, en mis malestares, en mis tetas hinchadas, en mi desesperación. (72)

El tiempo así se experimenta como una marcha que no es posible frenar y que contribuye al envejecimiento corporal, frustrando repetidamente su esperanza de embarazo (“la capacidad de tiempo para mantenerse impasible ante los acontecimientos es notable” (64) –recuerda).¹²⁵ El cuerpo no ve interrumpido su ritmo habitual y la puntualidad de la menstruación impone un tempo apremiante (pues el paso de los meses supone también la caducidad de los ovocitos): “Es la octava regla que me viene, rompiendo con su evidencia la posibilidad de «habernos quedado». En este período ya podría haber construido un hijo ahí dentro, donde hoy solo chilla mi útero inflamado y tenso como una pelota de balonmano” (134).

Como el texto pone de manifiesto, muchas mujeres al llegar al final de los treinta optan por ser madres y su percepción temporal cambia. Ven el tiempo en su contra, como un adversario, responsable de su marchitamiento físico y, en consecuencia, del descenso de su fertilidad: “En esta historia –recuerda Silvia– el tiempo apremia y los cuerpos decaen” (18). Lo cual ocurre no solo durante el tiempo narrativo sino también durante el de escritura: la opresión temporal afecta, por tanto, a la redacción en sí de la novela y posiblemente a su ficcionalización novelesca (de tal modo, encontramos tres dimensiones distintas que interactúan temporalmente). En consecuencia, la búsqueda de embarazo se vuelve una lucha temporal contra las fronteras corporales de la fertilidad que el texto de Nanclares pone en entredicho: “Después de casi treinta años teniendo la regla, me estoy acostumbrando a contar el ciclo desde el primer día de sangrado. Sangrado, ovulación, hormona, test, síntomas. Términos técnicos que abultan mi nuevo cuaderno

¹²⁵ Si bien, los avances científicos han logrado contenerlo: la crionización, por ejemplo, permite “ganar tiempo” a las mujeres con suficientes recursos económicos al congelar los óvulos fértiles para ser implantados posteriormente en el cuerpo ya envejecido que por sí mismo no sería capaz de reproducirse.

vital de «Quedarme embarazada»” (72). Así, la relación entre tiempo y deseo es, por lo pronto, recíproca: a mayor edad, aumentan las ganas de ser madre. Al punto que el deseo de gestación mantiene una relación hostil con el tiempo, al cual empieza a percibir como su auténtico rival y según pasan los meses, la duda le acecha: “Y nos entra miedo. Mucho miedo. ¿Y si no lo conseguimos?” (127).

Si bien el tiempo tiene una realidad cíclica, es percibido mentalmente como una línea que avanza de manera ineludible hacia la vejez y la muerte, la cual se concibe como el final absoluto de la vida. En el cuerpo con útero, las sucesivas menstruaciones desde la adolescencia a la menopausia marcan un ritmo peculiar¹²⁶ que, no obstante, se mantiene al margen de la marcha cotidiana y es, en numerosos casos, ignorado: “Más allá de la subcultura feminista –relata Nanclares–, el ciclo permanece oculto, envuelto en nieblas de oscurantismo o disfrazado por anuncios *cool* con regla inodora de color azul y señoras de color rojo que vienen a visitarte;” en este sentido, la protagonista confiesa que ha vivido “la regla como una maldición, por sus incómodos síntomas y efectos. Hasta que he querido quedarme embarazada” (96). De tal forma, esa desconexión con el propio ciclo se vuelve patente con el ansia de gestación: “Una serie de intentos fallidos, achacados en principio a mi edad, me llevaron a admitir el absoluto desconocimiento hacia *mi* sistema reproductor y el fenómeno de la concepción” (96, énfasis mío). Y esa falta de (auto)conocimiento del propio cuerpo menstruante –el cual es, no obstante, puesto en manos de profesionales, educadores o médicos– ha mantenido subordinadas a las

¹²⁶ Kristeva en “Women’s Time” configura el tiempo de la mujer como algo distinto al tiempo del reloj, como ciclos repetitivos, marcados por momentos claves como la aparición de la menstruación, el parto y la menopausia: “As for time, female subjectivity would seem to provide a specific measure that essentially retains *repetition* and *eternity* from among the multiple modalities of time known through the history of civilizations” (191).

mujeres. La historia del cuerpo de las mujeres es, como recuerda Foucault, clave en la historia del biopoder (*Historia* 169).¹²⁷

La incapacidad procreativa del cuerpo constituye, como la novela de Nanclares pone en evidencia, no solo una elipsis cultural, sino también política puesto que si bien hay bastante educación en cuanto a la anticoncepción (lo cual implica la admisión a priori de fertilidad impercedera en todos los cuerpos), los conocimientos que se tienen sobre cómo se crea la vida humana en el cuerpo femenino y qué factores son determinantes para que eso suceda siguen siendo limitados. Para Deleuze, “siempre se tienen los órganos y las funciones que corresponde a los afectos de los que un cuerpo es capaz” (*Diálogos* 70) y, sin embargo, los procesos históricos de desautorización femenina respecto al conocimiento y poder reproductivos, así como la medicalización salvaje han dado como resultado anular la capacidad afectiva acorde a esos órganos y funciones femeninos: el proceso reproductivo (a pesar de que el feminismo clásico creyó poder controlar por medio de la ciencia anticonceptiva) sigue estando en manos de los poderes establecidos y se sirve de afectos tristes, en palabras de Deleuze, para disminuir “nuestra potencia de obrar” y “convertirnos en esclavos” (71). Las mujeres han estado distanciadas del propio cuerpo de tal modo que muchas desconocen la duración media de su ciclo, qué contiene la sangre menstrual o en qué día ovulan y, en no pocas ocasiones, debido a tal oscurantismo, se atribuye al azar o al prodigio el fenómeno de la concepción:

¹²⁷ Cabe recordar que la menstruación ha sido entendida como mancha dentro del discurso misógino tradicional y de ahí en parte su elipsis y oscurantismo cultural. Un ejemplo ilustrativo de lo primero puede verse en la *Legatio Babilónica*, libro de viajes de Pedro Mártir de *Anglería* de 1501: “Por otra parte, quienes sospechan haber intervenido la mala fe refieren que una mujer, la esposa del propio guarda del jardín, sumergió deliberadamente en la fuente su ropa interior fina, untada con el periodo; y que era tan atroz la fuerza del veneno menstrual que, tras infectar el agua, quemó todas las raíces de los arbustos cuando pasaban por ellas los arroyuelos” (180). Otra razón histórica para esta falta de información y representación negativa puede hallarse en el hecho de que estuvo en manos de hombres, muchos de los cuales eran clérigos y no tuvieron apenas contacto físico con mujeres.

Sí, sabemos mucho más sobre cómo no quedarnos embarazadas que sobre cómo quedarnos. La sabiduría acerca de la anticoncepción es el valioso fruto de la lucha histórica del feminismo. Pero para la otra batalla, la del conocimiento de nuestro cuerpo, la de la salud reproductiva, nos hemos quedado con las fuerzas mermadas. (Nanclares, *Quién* 97)

Asimismo, la decisión de procrear al final de la edad fértil, esto es, elegir una maternidad tardía, hace que ésta no se vea ya como una limitación sino como una apertura. Como recuerda Pridemore-Brown en su estudio con madres (blancas de clase media-alta) estadounidenses mayores de treinta y cinco, “they saw having children as ‘no longer restrictive,’ but, on the contrary, as ‘enriching their lives’” (33), lo cual viene a desafiar la noción de la maternidad como un cierre y el final de la etapa joven al hacerse desde una aparente posición de poder y autonomía.¹²⁸

La mentalidad hedonista coetánea ha llevado a creer en el mito de la juventud cuasi imperecedera pero la reproducción está confinada a un cuerpo que tiene una vida fértil determinada, unos límites temporales y corporales que, no obstante, han sido en varias ocasiones franqueados.¹²⁹ Según Delgado *et al.*, este retraso en la edad reproductiva es una consecuencia directa del proceso iniciado en el siglo XIX caracterizado por “a sense of individualism, and a mixture of hedonism and desire for greater self-realization” (83). Nanclares, en cambio,

¹²⁸ Como recoge un reciente artículo, además hoy en día el deseo de ser madre parece cuestionar el nuevo mandato sociocultural: “Si hasta hace poco, lo inconformista era que una mujer declarara su deseo de no tener hijos, su inexistente instinto maternal y su despreocupación por lo que marcara su reloj biológico; es muy probable que en un futuro muy próximo lo revolucionario, al menos en España, empiece a ser el polo opuesto: la que reivindica su opción a la maternidad deseada en un país en el que las mujeres, y como consecuencia inevitable también los hombres, retrasan cada vez más la intrépida decisión de reproducirse, cuando no la abortan en aras de la proyección profesional” (Abundancia).

¹²⁹ La retirada de la menstruación ha sido hasta ahora el punto final en la capacidad reproductiva del cuerpo femenino; sin embargo, las nuevas técnicas han hecho posible la gestación pasada la menopausia (ver el documental *Las madres más viejas del mundo* de Amanda Blue).

desmonta esa visión de la etapa joven con precisión y cierto humor ácido: el cuerpo de la mujer tiene un término para concebir pese a haber podido ser extendido por medio de las nuevas tecnologías de reproducción, las cuales han modificado las barreras biofísicas de manera que amplifican la posibilidad de ser madre, sin embargo, cabe recordar, el proceso escapa al control:

Ser madre añosa o añeja podría llegar a considerarse una especie de medalla, un trofeo con muescas de otras batallas, pero también una medalla engañosa o con doble fondo: la edad de nuestros ovarios no atiende a las supuestas conquistas feministas ni a las transformaciones sociales. (191)

Una afirmación que nos lleva a reconsiderar que no todo en el deseo maternal es construido, cultural y contingente, lo cual está en consonancia con la reflexión de Olmo sobre la existencia de ciertas “realidades humanas duraderas, por emplear una expresión del historiador Karl Polanyi” que eluden ser precisadas: “Estas realidades se mueven en un terreno que nos constituye materialmente como animales humanos, y anteceden a nociones característicamente políticas, como la de la libertad” (92-93).

No obstante, hoy en día la decisión de tener hijos supone cumplir con ciertos prerequisites asociados asimismo con la entrada simbólica a la vida adulta: edad social adecuada, estabilidad económica y emocional.¹³⁰ Si la etapa joven se vincula “a lo que es pasajero y efímero,” la adulta, en cambio, es percibida como el tiempo en que se toman opciones permanentes y de gran responsabilidad, entre las que destaca la decisión de ser madre: “El tránsito a la maternidad constituye, en el caso de las mujeres, la incorporación más patente y clara a la mayoría de edad social” (Imaz 148). Nanclares es consciente de que la prolongación de

¹³⁰ Delgado *et al.*, indican que “the age on completion of studies, referred to as ‘social age,’ plays a more significant role in the timing of the formation of a family than the actual age of the person” (82).

la etapa joven donde parecen disolverse temporalmente las desigualdades entre los sexos¹³¹ y el consecuente retraso de la maternidad se debe a estrategias de las relaciones de poder que han ocultado la todavía profunda disparidad en la cultura de cuidados: “¿Y si toda esa inversión para la investigación y el testeo se hubiera puesto al servicio de crear políticas, condiciones e incentivos para promover la maternidad y la crianza compatible con el trabajo? Por no decir con la vida” (*Quién* 192). En este sentido, como vimos en el primer capítulo, la maternidad ha caído en una suerte de trampa al enfatizarla *únicamente* como opción personal pues la ha esencializado alejándola de sus implicaciones políticas.

Nanclares, consciente de la despolitización que implica entender sólo la maternidad como elección privada, pone en evidencia cómo el deseo de ser madre a una edad avanzada no surge únicamente de la subjetividad individual sino que está condicionado por una serie de mandatos sociales que siguen equiparando la juventud con la libertad (de ahí su estiramiento) y la maternidad con su contrario (de ahí su retraso): “Los hijos eran un pasaporte seguro al fin de la libre disposición del tiempo y sus usos” (*Quién* 192).¹³² Sin embargo, la opción de no tenerlos, tampoco implica necesariamente ser más libres pues si, como advierte Olmo, “pasáramos a ser una especie incapaz de tener descendencia, eso no nos convertiría automáticamente en seres emancipados: sencillamente tendríamos que vivir nuestra libertad –o falta de ella– a través de la ausencia de progenie” (93). Ahora bien, para O’Reilly, la decisión de reproducirse para una mujer madura “involves an extension of the self rather than its contraction” (12), una expansión

¹³¹ Para más sobre esto ver Amparo Lasén, *A contratiempo. Un estudio de las temporalidades juveniles* (2000).

¹³² Cabré y Alberdi señalaron en el año 2000 que las mujeres de la generación actual posponen sus planes relativos a la maternidad en función de los profesionales, restando con ello importancia al alarmante descenso de la natalidad en España. Incluso Cabré afirma en una entrevista que “el número de nacimientos tiene que subir a la fuerza porque las generaciones más numerosas de nuestra historia, que nacieron entre 1965 y 1976, están en edad de plena reproducción, aunque llevan un retraso” (en Zecchi 162).

que vendría a controvertir las nociones tradicionales y pasivas de la maternidad, la cual se ha visto asociada dentro del feminismo clásico a una función profundamente negativa. Simone de Beauvoir, por ejemplo, argumenta en *El segundo sexo* (1949) que la procreación no es una actividad creativa sino meramente corporal y “sigue siendo una de las taras de la feminidad” (473). De esta manera, el deseo de reproducción podría llegar a entenderse como un modo de poner en cuestión el orden establecido por ese feminismo.

Sin embargo, Sawicki señala que las nuevas técnicas reproductivas fueron vistas en un primer momento de manera crítica dentro del feminismo por reducir el cuerpo de la mujer a un objeto médico: “The new technologies fragment and commodify women’s procreative bodies in a process analogous to the one perpetrated on their sexual bodies” (72). Asimismo, esta autora apunta que la tendencia a tratar la infertilidad como un problema *individual* conllevaba la consecuente despolitización del asunto y el desvío de la atención de posibles causas sistémicas como la contaminación, la alimentación o el estrés de la vida contemporánea, entre otras, y que también recoge el libro de Nanclares. No obstante, hay que tomar en consideración que las mujeres que tienen acceso a este tipo de técnicas reproductivas pertenecen a un ámbito socioeconómico determinado lo cual implica una serie de tensiones y contradicciones que cuestionan los modelos de maternidad abriéndolos a nuevas posibilidades dentro de los feminismos. En palabras de Sawicki, “as these technologies destabilize current conceptions of motherhood, opportunities for identifying and legitimating alternative forms of motherhood are presented” (89). La maternidad postergada debe ser entendida por ello en términos culturales y políticos: la posibilidad de ser madre a los cuarenta, o incluso después, es un privilegio de clase en el mundo occidental que engrosa las diferencias económicas de los distintos grupos sociales,

si bien también suaviza (hasta cierto punto) las disparidades entre los sexos y desarticula las nociones previamente asumidas de la maternidad.

El deseo de maternidad, por tanto, sigue presente en la mentalidad progresista y posmaterialista actual alejada de la moralidad católica pues, como aseguran Delgado *et al.*, las mujeres que han realizado estudios universitarios superiores y aspiran a trabajos estables acordes a su nivel educativo posponen, si bien no todas desechan, la maternidad; igualmente todavía tener una pareja estable permanece como uno de los factores determinantes para tener hijos (83). En este sentido, Pridmore-Brown entiende la maternidad tardía como “a profoundly conservative act insofar as it represents investment in the future, in children, in the family, however defined.” Si bien se consigue “via culturally destabilizing means, older motherhood destabilizes, indeed loosens, all those inequalities that have heretofore been theoretically and practically grounded in ‘nature’ (in essentialized sex differences such as differing reproductive life spans” (40). Nanclares, no obstante, se muestra crítica con este último punto ya que la merma de la fertilidad en el cuerpo femenino es una realidad evidente que se está enmascarando desde el nuevo mercado reproductivo y que apunta hacia la misma idea de desconocimiento del cuerpo propio, de no poder controlarlo si no es por medio de la ciencia y la medicina –parte del proceso del poder disciplinario que indica Foucault y del que todavía no hemos logrado desasirnos.¹³³ Así, lo que puede juzgarse en apariencia como una conquista más en aras de la liberación femenina y un acortamiento de las desigualdades entre los sexos por cuanto influyen en nuevos modelos de maternidad y crianza y, por tanto, en cuanto a organizaciones y construcciones más allá de la familia nuclear heteronormativa, también esconde una parte que no hay que ignorar: la

¹³³ Como recuerda Tubert, “aunque la procreación, en el ser humano, es indisociable del deseo inconsciente, de la sexualidad y del cuerpo, las técnicas proceden como si solo fuera cuestión de órganos y gametos” (“Maternidad” 125).

desposesión del propio cuerpo; y lo que esto implica: estrategias de las relaciones de poder orientadas al control y subordinación.

Asimismo, las nuevas tecnologías reproductivas están creando una nueva relación con el deseo de ser madre en el campo social puesto que, al permitir un aplazamiento, traen consigo también nuevas maternidades, asumidas desde una posición de autonomía que había sido raramente contemplada en momentos históricos previos y que no pasan desapercibidas para Nanclares. No obstante, aun así, el deseo queda igualmente confinado a unos parámetros específicos marcados por esas mismas tecnologías que, según Bordo, supone el sometimiento absoluto a un procedimiento muy invasivo sobre el cuerpo de la mujer en detrimento de su subjetividad –paralela a la subjetivación superlativa que están recibiendo los fetos en nuestra sociedad (88). De ahí la contradicción en la que la protagonista de la novela se ve inmersa: ¿hasta dónde está dispuesta a llegar para satisfacer su deseo? En este sentido, Tubert también advierte del peligro que conlleva tal medicalización del cuerpo para el sujeto pues, este “se borra y deja lugar al cuerpo anatómico, a un cuerpo sin referencias subjetivas, sexuales, que será abordado como ajeno a toda estructura práctica o el discurso que no sea el discurso médico o el discurso social de la maternidad” (“Maternidad” 129).

Como el título indica, la novela de Nanclares quiere elucidar la construcción de la subjetividad materna y por qué las mujeres desean ser madres en la época contemporánea: “¿Sabes que casi nadie te pregunta por qué quieres ser madre? ¿A ti te han preguntado alguna vez por qué fuiste madre?” (84) –interroga a su propia madre. Al tratar de explicarse su propio deseo, acude a la memoria, a su infancia, al mandato de género, a la cadena humana que no quiere interrumpir, “pues la persona que no se convierte en padre o madre –recuerda Imaz– rompe el pacto intergeneracional establecido con la comunidad, con los progenitores y consigo

misma” (136). También pone en evidencia cómo la maternidad atraviesa la vida de todas las mujeres, madres o no, puesto que la decisión de tener o no tener hijos es lo que parece definir nuestra identidad: madres y no madres: “A los once años me convertí en mujer. O así me lo dijeron. Convertirme en mujer significaba poder tener hijos. De pronto, mi vida se relacionaba con el fenómeno de la fertilidad y la capacidad reproductiva” (95). Parece como si la reproducción sólo afectara a las mujeres, como si la cuestión de tener hijos fuera únicamente algo femenino, como si no fuera un asunto cultural y político que, no obstante, se minimiza como “algo privado.” La decisión de los hijos no es tan libre como se presenta, ni tan personal.

En este contexto, la pregunta del porqué de los hijos se vuelve pertinente: la narradora lo resuelve al principio del texto en una conversación “fundacional” sobre su deseo con su propia madre. Silvia recuerda que gracias a los hijos de sus hermanos, la presión por dar nietos a sus padres y continuar así la genealogía familiar es menor. No obstante, asegura: “Quiero tener hijos solo para que papá y tú me queráis más –la frase denota una trayectoria implícita de más de quince años en el diván feminista–. No sé, como si hasta el momento en que no tenga un bebé, no fuera a ser una hija completa...” (19). De tal manera, al procrear estaría cumpliendo con sus obligaciones sociales de reproducción de un orden, lo cual, según Imaz, puede explicarse con los conceptos de integración y pertenencia: “Tener descendencia es restituir la vida que nos fue dada, es hacer lo mismo que hicieron nuestros padres, es integrarnos en la cadena de dones” (136).¹³⁴

Vemos cómo la meticulosa planificación de la gestación se opone a la falta de racionalidad en la decisión de tener hijos, si bien para que esta se materialice, debe existir un

¹³⁴ “No transmitir la vida es cortar una cadena de la que nadie es el último eslabón, y por otra parte es negarse a sí mismo el acceso al estatuto de ancestro” (Héritier en Imaz 136).

deseo previo. De tal modo, el deseo de reproducción funciona como detonante de un proceso paradójico y en el que intervienen fuerzas dispares. No obstante, la racionalidad y cálculo de la reproducción —esto es, decidir si se quiere o no tener hijos y cuándo es el momento adecuado para ello— no explica cabalmente ni el deseo ni la opción de ser madre. A lo largo de la narración, la protagonista trata de discernir críticamente por qué las mujeres quieren tener hijos, sin ocultar la posible vinculación con razones instrumentales que normalmente son censuradas: “Para que las cuiden en la vejez” o “procurar dar un sentido a la existencia de los padres o mitigar la soledad o el vacío” (Imaz 128).

Ahora bien, en la sociedad occidental presente, la maternidad es aceptada como una opción más y no la vocación femenina por excelencia, como la propia narradora del texto reafirma: “Puede que la maternidad no sea el proyecto más importante de mi vida” (Nanclares 201). Asimismo, diversos estudios han puesto de manifiesto las desventajas económicas y profesionales que supone ser madre para muchas mujeres jóvenes, lo cual ha conducido a un retraso deliberado (pero no siempre al abandono) de la decisión de tener hijos.¹³⁵ De este modo, ser madre ha pasado a considerarse no sólo como algo accesorio en la vida de muchas mujeres, sino en determinados sectores sociales, como ya he indicado, un privilegio, si bien hay que recordar que, en otros contextos, sigue siendo una forma de opresión. Como recoge *Quién quiere ser madre*, la creciente industria de los tratamientos de fertilidad y reproducción asistida permite tener descendencia a las personas que disponen de suficientes recursos económicos, pero la protagonista, sin tanto poder adquisitivo, apuesta, en cambio, por intentar “tener un hijo gratis,”

¹³⁵ “But it was actually in the 1970s that Gary Becker, a University of Chicago economist, first made the then radical suggestion that ‘mother love’ is not priceless; the earlier in her carrier a mother has children, the greater the cost in terms of her lifetime earnings [...]. Now the notion of the opportunity cost of a mother’s time [...] has become one of those seemingly self-evident truths that has infiltrated all aspects of the debate around women, careers, and mothering” (Pridmore-Brown 26).

es decir, por el viejo método conceptivo dentro de una relación heterosexual: “Desde la última vez que fuimos a ver a la doctora Alegre –relata Nanclares–, ya no pienso en una concepción natural, pienso en un embarazo gratuito. Y a fuego lento” (160).

No obstante, la novela también señala nuevas posibilidades que, gracias a las nuevas técnicas de reproducción, ponen en tela de juicio la manera tradicional de entender la procreación: mujeres que optan por criar hijos fuera del modelo heteronormativo, ya sea dentro de una relación de pareja homosexual, de estricta amistad o sin necesidad de dueto alguno. En este sentido, los procesos de reproducción asistida han sido celebrados por varios sectores del feminismo al dinamitar el confinamiento de la maternidad dentro de la pareja heterosexual y la previa disparidad de la edad de las mujeres con la de los hombres para convertirse en progenitores. Por ello, en la novela, aparecen otros personajes significativos que ofrecen diferentes alternativas al deseo de reproducción: Mara, una de las amigas de la protagonista que se queda embarazada (y tiene un hijo) sometiéndose a un tratamiento de fertilización *in vitro* en la sanidad pública acompañada de su pareja homosexual; Estrella, que, a pesar de ser la más escéptica en la cuestión materna, decide tener hijos con un amigo en un proyecto de crianza compartida más allá de la relación de pareja romántica; Rafa –padre separado–, y Marina –periodista que trabaja en la redacción del periódico con la narradora– que ha decidido pagar varios procedimientos de reproducción asistida (inseminación y ovodonación) por cuenta propia. De este modo, Nanclares va recogiendo en su narración otras opciones de maternidad alejadas de la visión normativa de la pareja estable heterosexual y que vienen a servir de contrapunto a su decisión tradicional (y conservadora) del proyecto materno, similar a lo que realiza en *Nueve lunas* Gabriela Wiener como veremos en el cuarto capítulo.

Si bien todavía existe distancia respecto a la edad para procrear entre hombres y mujeres, ésta se ha acortado al aportar la posibilidad antes impensada de diferir la maternidad hasta la edad en que antes las mujeres se convertían en abuelas.¹³⁶ Hoy en día, de hecho, se ha extendido tanto el dígito que ser madre a los cuarenta está mejor aceptado que serlo a los diecisiete, con artículos y estudios que avalan dicha tendencia y hablan de los supuestos beneficios que tal aplazamiento comporta.¹³⁷ Sin embargo, como Nanclares apunta, estos cambios todavía están por llegar:

Quizá las generaciones posteriores a las nuestras [...] contribuirán a que el imaginario social cambie respecto de cuál es la edad idónea para tener un hijo, a que haya un reajuste entre el momento en que percibimos que una mujer es apta para ser madre y su capacidad biológica para ello. Dejarán de venerar la maternidad, y harán de una vez la revolución.

(188)

Y su texto participa activamente de ese cambio en el imaginario respecto al deseo de ser madre y su realización, dándonos pistas para entenderlo mejor dentro de los parámetros donde se ha naturalizado, como analizo a continuación.

2.4: Amor y duelo.

La duda sobre su fecundidad hace entrar en crisis a la protagonista de *Quién quiere ser madre*, la cual, a su vez, ya había sido desencadenada por la enfermedad y muerte de su padre. El poder de su cuerpo y, con ello, su propia subjetividad se ven comprometidos y escribe un texto para discernir lo que le está sucediendo (al igual que veremos en Gabriela Wiener): es una escritura

¹³⁶ Otra de las consecuencias de este retraso es que, por la diferencia de edad, cierra a muchos la posibilidad de ser abuelos, experiencia también valiosa que quizás puede acabar perdiéndose para algunas personas.

¹³⁷ Ver por ejemplo Kluger, Tejada o Hill.

coetánea a los acontecimientos que refiere desde el comienzo del relato, con dos analepsis muy significativas que tienen que ver con la muerte de su padre y el inicio de su relación con su pareja, Gabi. Así, encontramos los dos asuntos principales del texto: “La decadencia o el amor, las dos fuerzas antagónicas que dirigen mi vida últimamente” (41). Dos impulsos que tienen que ver tanto con la vejez (la infertilidad que experimenta su cuerpo y la enfermedad y muerte del padre) como con el deseo sexual y de reproducción. Dos maneras de entender el cuerpo y su alcance que marcan, en mi opinión, las tres líneas narrativas principales de la novela, las cuales analizo a continuación: vejez, muerte y amor.¹³⁸

La primera línea, claramente temporal, es la que estructura la narración y que he examinado anteriormente: la edad de la protagonista es decisiva para la trama del relato pues cumplir cuarenta supone un momento clave en cuanto a su proyecto de maternidad que había mantenido en un estado de hibernación y que despierta con una potencia desmedida, convirtiendo a su propio cuerpo en una suerte de estorbo para la satisfacción de su deseo en vez de ser el canal que lo facilite. De tal modo, Silvia expone el movimiento de su deseo dentro del campo social cuestionando los condicionantes que constriñen y orientan el anhelo de tener hijos: “¿Dónde estaba nuestra estabilidad económica, emocional, qué sería de nuestra trayectoria laboral, de nuestro disfrutar de la vida? Y por otra parte, ¿dónde estaban los hombres jóvenes que quisieran tener y cuidar hijos?” (191). La infertilidad, por tanto, se entiende en el texto como una cuestión temporal que está relacionada con la decadencia del cuerpo femenino y, a su vez, con el sistema social que problematiza ese cuerpo:

¹³⁸ “Pues sí, todo se cruza: el amor, la crisis de los cuarenta, el deseo de ser madre” (Nanclares, *Quién* 136).

Estábamos programadas para apurar y estirar nuestra juventud, para dejar la maternidad para ese momento en que la estabilidad laboral (qué quimera) y afectiva –otra quimera– creara un suelo sobre el que soltar los huevos maduros [...] «Hasta que no tengamos todo aquello –y aquello incluía sobre todo un rosario de experiencias– para lo que nos educaron, ¿quién querría tener un hijo?» (191)

Rich proponía que las mujeres debían realizarse como personas antes que realizar a otro (42), por lo que cualquier proyecto personal se antepondría a la búsqueda de los hijos lo cual, en las sociedades occidentales actuales ha dado lugar, como ya he señalado, a una prolongación de la etapa de la juventud y un retraso consecuente de la maternidad.¹³⁹ Pero Nanclares pone en evidencia las implicaciones del deseo de tener hijos dentro de una sociedad que acepta tal aplazamiento sin tener en cuenta la temporalidad fértil del cuerpo, al cual se asimila al cuerpo normativo y se obvian sus particularidades y vulnerabilidades. Y es precisamente ahí, como explica Irusta, donde hay que buscar las claves para comprender la situación:

Uno de los principales rasgos de los cuerpos vulnerables es que son cuerpos definidos, esto es: escritos y leídos, desde los cuerpos que mandan y regulan (cuerpos normativos). Estos últimos establecen la norma y en torno a ella generan políticas: la política de los cuerpos. La norma es invisible, funciona como la última capa sumergida de un iceberg. La normalidad es lo que creemos ver. Lo abyecto, lo vulnerable es lo que permanece oculto. (*Diario* 165-169)

¹³⁹ “Según los datos de la encuesta *Prioridades antes de ser madre*, realizada por la compañía farmacéutica HRA Pharma, las españolas en edad fértil sitúan la idea de tener hijos (26%) muy por debajo de otras cuestiones, como ahorrar dinero (61%), el progreso profesional (57%) o viajar (48%). De hecho, al 78% de las entrevistadas les preocupa mucho quedarse embarazadas, ya que consideran que esto afectaría negativamente en su trabajo” (Abundancia).

Esta realidad incongruente donde los cuerpos que mantienen la norma son a su vez los que están fuera de ella es igualmente resaltada en el texto. Y en relación a esta paradoja, está la segunda línea narrativa del texto: la enfermedad y subsiguiente fallecimiento del padre de la protagonista que sucede de manera simultánea a la acentuación de su deseo de tener hijos.

El relato enlaza así la mengua de la fertilidad de la protagonista con la pérdida de su padre, tratando de prolongar en otro cuerpo la vida que se ha extinguido, y completar así el círculo en que se siente pieza intermedia.¹⁴⁰ Por ello, al contrario que en *Tiempo de espera y Nueve lunas*, como veremos, aquí la creación literaria no va a confluir con la procreación sino con su opuesto, dando lugar a una original conexión entre el trabajo de duelo y el reproductivo: “¿Por qué quiero ser madre? ¿Por qué ahora? ¿Será solo porque no me queda mucho tiempo? No sé, desde lo de papá no pienso en otra cosa” (Nanclares, *Quién* 85). De igual modo, su aflicción ante los sucesivos intentos de concepción fallidos tiene –a diferencia de Yerma– una vía de escape: el cuerpo inanimado de su padre actúa en este caso como soporte para el doble trabajo de duelo que está viviendo por el hijo o hija que no llega y por el padre que se ha ido.¹⁴¹

La muerte del padre de la protagonista precedida del declive corporal es vinculada, por su irreversibilidad, a la maternidad: tener o no un hijo es, al igual que perder la vida, un hecho invariable: “Así nos golpea la falta de un cuerpo. Una historia clausurada. Algo inexorable en nuestro mundo de opciones aparentemente reversibles” (Nanclares 16). Y es, quizá, debido a esa permanencia que comporta la elección de maternidad que ésta se haya postergado hasta el límite

¹⁴⁰ Es significativo que antes de confirmar su embarazo (lo cual no llega a suceder en el relato), ya piensa en el nombre que dará a sus futuros hijos: Valentín o Valentina, en recuerdo al padre muerto.

¹⁴¹ Cabe señalar que aquí aparece un claro paralelismo entre maternidad y paternidad, al igual que en el texto de Wiener, pues el final de uno implica el deseo del comienzo de la otra: es interesante notar que, a pesar de ser estudiadas por separado, maternidad y paternidad no son sino dos caras de la misma moneda y la evolución y concepción de una están vinculadas a la evolución y concepción de la otra.

fértil: después de haber vivido durante cierto tiempo con la opción opuesta (alterable), la protagonista decide tener hijos (permanente). Asimismo, la enfermedad crónica de su padre sirve para denunciar el problema social que existe en la actualidad española en cuanto a la política de cuidados en situaciones de dependencia, donde se incluye la labor de crianza asociada a la maternidad. La cultura de cuidados para con los vulnerables en la sociedad española –ya sean a infantes o a adultos con diversidad funcional– es ineficiente: recae en la mano del entorno familiar, normalmente mujeres, o bien, se deriva a contrataciones privadas si el poder adquisitivo es alto.¹⁴² Criar sola desaparece, por tanto, del horizonte de la protagonista: “La conclusión es clara: incluso estando en pareja y teniendo buenas condiciones laborales y redes afectivas, la crianza era un oficio duro” (53). En este sentido, Nanclares, se une a la propuesta de Olmo y Merino, entre otras, de politizar o “re-socializar la maternidad, socializarla en otras condiciones más favorables, es lo contrario tanto de la reclusión neorromántica como de la externalización del cuidado. Es conseguir que los cuidados pasen a ocupar el centro de la vida política y económica” (Olmo 219).

El sacrificio y abnegación que exige la maternidad entendida de manera tradicional no es lo que busca la protagonista de *Quién quiere ser madre* y, por ello, entra en el panorama una pieza indispensable para que su deseo de reproducción pueda realizarse: el compañero, Gabi, que, significativamente, comparte nombre con el Arcángel anunciador del embarazo de la virgen María.¹⁴³ Aquí también viene a comunicar buenas noticias: “Y agradezco, aturdida, a la vida por

¹⁴² Según Olmo, “desde la óptica de los cuidados la economía de mercado es una forma inempeorable de organizar la reproducción social. Para empezar, es incapaz de establecer una jerarquía de ocupaciones razonable. Una enorme masa de personas –entre ellas las madres– que se ocupan de nuestra subsistencia material son económicamente invisibles, lo que significa que también lo son políticamente” (219).

¹⁴³ Llama la atención también que este nombre es en un sentido “género neutro” ya que tanto personas llamadas Gabriela como Gabriel pueden optar por el diminutivo Gabi.

regalarme a una persona mientras me sustrae la fuerza de otra” (37); Silvia tendrá alguien con quien formar una familia en términos igualitarios y un cuerpo que reemplace la ausencia paterna. Por ello, la línea narrativa central de la novela es el relato de la historia de amor de los protagonistas, Silvia y Gabi, puesto que sin ella, el texto no funcionaría y el deseo de maternidad de la protagonista quizá no hubiera salido del letargo donde se hallaba. Si el tema que la novela quiere visibilizar es la dificultad de la procreación en el momento histórico actual de la sociedad española debido al retraso de la edad reproductiva por razones políticas, culturales y económicas, el texto es una celebración del amor de pareja en términos “igualitarios” (como en varias ocasiones subraya la narradora) mientras vive el duelo por la muerte de su padre y por el hijo o hija que su cuerpo no produce.

Su formación como feminista atraviesa la relación amorosa, dándonos detalles sobre la dinámica de la pareja igualitaria, contraponiéndola a otras que mantienen personajes secundarios de la novela: por ejemplo, la de Marina, la cual acaba inmersa en la búsqueda reproductiva alejada de su compañero. O está el ejemplo de todas las amigas que vieron cómo la crianza dinamitó su vida social y laboral mientras que mantuvo intacta y hasta floreciente la de sus parejas: “Los novios de tus amigas, de repente, te caían mal. A ellas la crianza les había desbaratado con la fuerza de un rayo rutinas y actividades, mientras que ellos seguían con su vida pública a flote” (210). De tal modo, la narradora reitera a lo largo de la novela la falta de atención crítica que tiene la maternidad en cuanto a coexistencia con la libertad de movimiento y tiempo en la mayor parte de las mujeres de la sociedad contemporánea.¹⁴⁴ En este sentido, la decisión de tener hijos –conociendo su carácter desestabilizador– se ha visto amenazada de tal

¹⁴⁴ “Within a conceptual apparatus that emphasizes personal choice and responsibility while absolving the state of the responsibility of supporting work-life balance, women's voluntary participation in caregiving activities becomes essential” (Bettaglio, “(Post)Feminist” 230).

modo que el índice de natalidad ha seguido “un crecimiento vegetativo negativo donde el conjunto de nacimientos es menor al de los fallecimientos” (Imaz 119) desde la llegada de la democracia a España, coincidiendo con el auge de los métodos anticonceptivos, la despenalización del aborto, la ley del divorcio y, sobre todo, con la fuerte presencia de las mujeres en el mercado laboral.¹⁴⁵

Como he señalado anteriormente, el actual mandato de género ha colocado la reproducción como el último eslabón para acceder completamente a la (simbólica) edad adulta, acarreado con ello un desequilibrio entre la edad idónea para tener descendencia según las circunstancias vitales de cada mujer y la que determina el cuerpo: “A mi edad, ¿qué soy? ¿Una superviviente de la criba de la natalidad o una desclasada? Pertenezco a esa franja gris de los que aún coqueteamos con la idea de ser padres” (Nanclares, *Quién* 169). Y para determinar ese flirteo con la reproducción la narradora presenta un compañero –aliado feminista– que comparte intereses y responsabilidades para con tal deseo. Está al tanto del ciclo y de los días fértiles de Silvia (los dos se descargan la aplicación en sus teléfonos móviles que les advierte de los días adecuados para concebir), se somete a pruebas de fertilidad y conteo de espermatozoides, pacta y acude a todas las citas médicas (ginecóloga, nutricionista, expertos en reproducción asistida...) y participa de la ansiedad de la búsqueda reproductiva y el abatimiento tras las puntuales llegadas de la menstruación confirmando que no se ha producido, nuevamente, la codiciada concepción,

¹⁴⁵ Si hay o ha habido un despunte en las gráficas se ha debido al aumento del número de nacimientos entre la población inmigrante cuyos usos reproductivos son, en parte, diferentes: “Los indicadores de crecimiento de la población sugieren que el saldo vegetativo sigue reduciéndose, mientras que el saldo migratorio ha frenado los pronunciados descensos de años previos” (Ver INE, “España”).

ejerciendo, asimismo, de contrapunto a la inseguridad y tendencia a autoculparse de Silvia.¹⁴⁶ La narradora, en definitiva, acentúa la complementariedad de la relación amorosa y sexual que busca conjuntamente la reproducción.

Ahora bien, si el deseo es productivo y generador –lo que según Deleuze amenaza el orden– ¿el amor sería lo opuesto, lo que garantiza y reproduce un orden? ¿O el amor es lo que canaliza y en definitiva hace posible la aceptación de tal deseo? Es decir, ¿hubiera decidido ser madre sin la entrada en escena de Gabi? Posiblemente no, de hecho, la misma narradora, se plantea si el movimiento de su deseo habría trazado otros itinerarios si hubiera sabido de la dificultad de quedarse embarazada:

¿Habríamos hecho algo diferente en nuestra vida si hubiéramos podido mirar el hoy por un agujero del tiempo? Probablemente. O no. ¿Habría buscado con más ahínco un compañero ideal, una forma distinta de organizar la maternidad más allá de la pareja? ¿Me habría quedado alegremente preñada de cualquier amante? ¿Habría crionizado mis óvulos? (129)

A pesar de que Nanclares sitúa el origen de su deseo en la infancia y asegura en varias ocasiones que “siempre h[a] querido tener hijos,” el personaje de Gabi es quien hace posible su ejecución y, por tanto, es la pieza clave del texto. En consecuencia, el amor y lo que promete no se aleja mucho de lo que espera conseguir al cumplir su deseo: “Si algún día crezco –indica Silvia– quiero hablar en plural” (45). Si bien el relato profundiza en los antecedentes de cómo fue madurando su idea de convertirse en madre (y desechándola) durante la década anterior, la

¹⁴⁶ Este punto es un tanto problemático en la novela pues, si bien enfatiza la igualdad en la relación, no deja de resultar desconcertante que el personaje masculino sea el que aporte seguridad y consuelo al femenino, temeroso y angustiado, repitiendo roles muy estereotipados.

búsqueda activa del embarazo no tiene lugar hasta que Gabi entra en la trama. Un personaje que, en última instancia, se convierte en el eje de la narración ya que la relación que mantiene con él acaba por anteponerse a su deseo devenido obsesión por ser madre. Este tránsito es lo que indago en la siguiente sección, así como los mecanismos que operan en la creación de la identidad mistificada por el deseo de reproducción con el propósito de analizar críticamente tal ideal y lograr un mejor entendimiento del mismo.

2.5: Deseo y obsesión

En las primeras páginas del texto, la narradora confiesa que siente el “acuciante *Kinderwunsch* – sólo la lengua alemana podía tener la palabra perfecta: *Kinderwunsch*, deseo de tener hijos, búsqueda de bebé–” (Nanclares 14).¹⁴⁷ Para Imaz, hay que diferenciar este “deseo del hijo” –algo concreto y que procura su materialización– del “deseo de maternidad” –el cual se sitúa en un plano impreciso: “Difuso, no objetivado, variable, vinculado a imaginarios y valores, pero que no necesariamente va a buscar su realización” (118).¹⁴⁸ Tales “imaginarios y valores” asociados al oscuro deseo de maternidad podrían ser considerados como parte del *habitus*, el cual, para Bourdieu, se inscribe en el cuerpo y no pasa por la conciencia pues el inconsciente “no es nunca otra cosa que el olvido de la historia que la historia misma produce al realizar las estructuras objetivas que ella engendra en esas cuasi naturalezas que son los *habitus*” (*Sentido* 91). Y el

¹⁴⁷ La fotógrafa mexicano-española Ana Casas Broda tiene un proyecto fotográfico que se llama así justamente, *Kinderwunsch* (2013), donde explora la maternidad y la relación con sus hijos.

¹⁴⁸ Tubert también realiza esta distinción entre el deseo de hijo y deseo de maternidad, el cual “resulta de la exigencia de la fusión con el ideal narcisista, y en tanto se trata de un deseo alienado al goce del Otro, define una posición de desubjetivación y representa un intento de recuperar la posición de sujeto deseante;” aunque matiza que las mujeres que se someten a técnicas reproductivas “oscilan entre una y otra posición (deseo de hijo-deseo de maternidad)” (“Maternidad” 132).

relato de Nanclares expone precisamente la trayectoria de tal deseo, del supuestamente indeterminado deseo de maternidad a la “fiebre” del hijo.

Si bien su deseo de ser madre se ubica en un campo social (y, por tanto, relacional), también busca explicaciones subjetivas para comprender los factores que influyen en él: “El deseo se materializó en casa de mis padres igual que el bebé que salía del cuerpo de la madre del parto televisado. A partir de ese recuerdo, durante años deduje que lo que quería era ser matrona. Errónea conclusión. No, lo que quería era un bebé” (Nanclares 12). Así, la narradora manifiesta cómo desde la infancia incorporó inconscientemente el deseo de ser madre: un proceso de naturalización específico de su clase social de una práctica determinada que opera como el motor de la reproducción. La narración, en consecuencia, expone el movimiento que va de lo que permanecía oculto (deseo de maternidad) a lo que acaba siendo aceptado (deseo del hijo), del *habitus* al *sentido del juego* que, según indica Bourdieu,

es lo que hace que el juego tenga un sentido subjetivo, es decir una significación y una razón de ser, pero también una dirección, una orientación, un porvenir, para aquellos que participan en él [...]. Y también un sentido objetivo, por el hecho de que el sentido del porvenir probable que da el dominio práctico de las regularidades específicas que son constitutivas de la economía de un campo es el principio de prácticas *sensatas*. (*Sentido* 107)

El deseo de tener hijos, en consecuencia, podría ser entendido como el sentido del juego, el cual “da una idea bastante exacta del cruce cuasi milagroso entre el *habitus* y un campo, entre la historia incorporada y la historia objetivada, que hace posible la anticipación cuasi perfecta del porvenir inscrito en todas las configuraciones concretas de un espacio de juego” (Bourdieu, *Sentido* 107). La protagonista relata así la relación equívoca que durante toda su vida ha

mantenido con su deseo: si bien veía aceptado socialmente su velado anhelo de ser madre a favor de su realización personal y profesional durante la extendida etapa de juventud, encuentra que, al dar rienda suelta a su voluntad y buscar el embarazo a toda costa en la edad madura – convirtiendo ese deseo en un objetivo claro que alcanzar a corto plazo–, su entorno ve este interés por participar en el juego como algo sospechoso, una obsesión que, al igual que le sucede a Yerma, puede acabar destruyéndolo todo. Esa parece ser entonces la fuerza del deseo cuando no se contiene: haría peligrar su –por otra parte precaria– estabilidad.

Sin embargo, el deseo de Silvia, desafía esa noción pues, como señala Bourdieu, cuando alguien tiene interés por un determinado juego social, en este caso el de la reproducción, “todo lo que ocurre en él parece sensato, es decir, dotado de sentido y objetivamente orientado en una dirección juiciosa” pese a que el juego es “una construcción social arbitraria y artificial” (*Sentido* 108): depende de la relación con las reglas y su aceptación o la creación de las propias reglas del juego, lo cual aquí parece ser lo ilusorio. Y paradójicamente, esa misma sociedad que recela de la obsesión por procrear de las mujeres que no lo consiguen (y lo expresan) ha desarrollado tecnologías específicas para poder hacerlo incluso cuando el propio cuerpo supone una limitación para ello. Desde este pensamiento es, entonces, donde tener un hijo sin tener todo resuelto, oponiéndose a la norma y exponiéndose a la vulnerabilidad, puede llegar a adquirir el rango de acto político que cuestiona un orden social asumido.

Al final del texto, la protagonista parece darse cuenta de la ilusión del juego en que había caído y por ello frena la tracción, destruyendo –no a su pareja sino– todos los aparatos de monitorización y de control conceptivo, lo cual, a su vez, denotaría cierta aceptación de la contención de su deseo, pues vuelve al culturalmente admitido deseo de maternidad. Quiere ser madre pero abandona la búsqueda activa de la gestación para evitar que la obsesión gobierne su

vida. Así, la novela presenta un movimiento elíptico de su deseo cuya fuerza ha sacado a la protagonista de la ignorancia acerca de la relación que establece con su cuerpo y el campo de la maternidad. Y la aserción acerca de su opción de querer tener hijos, esto es, la posición de autonomía y poder que le da el hecho de decidir cuándo y de qué manera quiere ser madre, todavía causa recelo, debido quizá al peso aún vigente de la concepción tradicional de la maternidad como destino en vez de opción.¹⁴⁹ Al mismo tiempo, muestra la transformación que atraviesa su subjetividad durante (el relato de) dicho movimiento:

Pero ¿qué hay del momento de silencio y oscuridad antes de que comience la historia, el período previo a la fecundación, ese momento en que has decidido, sola o con alguien, que quieres ser madre y te pones a intentarlo? ¿Cómo se llama esa fase de búsqueda? ¿Qué eres? ¿Qué identidad tomas? ¿En qué te conviertes? (Nanclares, *Quién* 142)

Según Tubert, la identidad que se adquiere cuando una mujer quiere convertirse en madre es “ilusoria”, pues se equipara a un ideal materno que “proporciona una imagen falsamente unitaria y totalizadora que nos confiere seguridad ante nuestras incertidumbres y angustias en tanto parece ser la respuesta definitiva a todas las preguntas” (Introducción 10). La mujer que decide no ser madre viene a ser el reverso de la que decide serlo: la maternidad entendida como *elección* viene a desmoronar ese ideal de la madre desde una posición de poder puesto que retoma dicha figura para desmontarla y dotarla de nuevas acepciones.

Además, al poder diferirse, la maternidad participa de nuevas estrategias y modelos familiares, a la vez que implica también la posibilidad de no ser madre, contradiciendo así el mandato de género: ser madre hoy sería entonces simplemente *una* alternativa más. “Mother by

¹⁴⁹ De este modo, podría decirse que la narradora logra un empoderamiento como consecuencia de esa decisión.

choice” sugiere autonomía y un derecho equivalente a su lado opuesto, y cierta insubordinación contra esa otra forma de maternidad extendida y controladora del cuerpo femenino que refuerza las diferencias sociales.

El texto nos da información acerca de los momentos determinantes acerca del deseo de ser madre: claves para entender cómo lo que podría pasar por una elección únicamente personal obedece en realidad a un conjunto de factores de diversa índole. En otras palabras, *Quién quiere ser madre* pone en evidencia que las explicaciones psicoanalíticas sobre el deseo de los hijos no dan cuenta de la compleja construcción social del mismo: querer ser madre no es únicamente un deseo íntimo, sino un conglomerado de causas donde lo personal juega un papel más, puesto que no hay que desestimar los condicionantes sociales, laborales, familiares, culturales y económicos al decidir ser madre y cuándo.

A diferencia de la doble tipificación de la mujer que desea tener hijos y no puede¹⁵⁰ polarizados en cualidades extremas –paciencia y desesperación–, Nanclares nos da un retrato menos maniqueo de dicha figura: sin aceptar la espera con indiferencia, el movimiento de su deseo no llega a la perturbación que devasta todo a su paso.¹⁵¹ Si bien retoma el asunto principal de *Yerma*, exhibe también el contexto histórico que lo motiva, junto a los tratamientos conceptivos que quedan ahora al alcance de las mujeres que, por diferentes razones, no pueden reproducirse. Como advierte Bordo,

in our present cultural context, the New Reproductive Technologies *do* cater to women’s desires (that is, to the desires of women who can afford them), but only when they are the

¹⁵⁰ Boggs considera que, además de “the biblical Sarah, patient and accepting and stoic,” ha surgido un “newer stereotype that has accompanied medically sophisticated infertility treatments: the desperate, uptight woman who blindly pursues conception at all costs, destroying her relationships and her dignity in the process” (43).

¹⁵¹ Y es que el deseo del hijo se ha vuelto según Tubert una “consigna mágica que parece legitimarlo todo” (“Maternidad” 126).

right desires, desires that will subordinate all else (even in the face of technological success rates which continue to be very discouraging) to the project of producing a child.

(87)

Por eso es significativo en la trama de la novela el giro final: en vez de tratar de ser madre a toda costa sometándose a tratamientos de fertilidad de manera mecánica y supeditando todo lo demás al proyecto reproductivo como se esperaría de ella, reconoce que no hay una falta o carencia, y que no se va a perder nada si no es madre. Al contrario que Yerma, Silvia no asesina a su pareja por no fecundarla sino que “estrangula” el deseo de ser madre y se queda, en cambio, con su pareja; es decir, la narración termina con el reconocimiento de que no ser madre es una posibilidad igual de válida que serlo, reforzando el mensaje de posibilidad más que de destino.

Si el acto de desear se da en función a una necesidad que se quiere saciar (independientemente de su cumplimiento), el deseo de maternidad se daría en torno tanto a la ausencia de un aspecto identitario en la construcción de la subjetividad como a la inexistencia del otro que lo forma, esto es, los hijos o hijas propios. Por ello, el deseo de maternidad comportaría una doble necesidad de satisfacer un anhelo relacional, el cual tiene que ver con lo subjetivo (*ser* madre) y lo social (*tener* hijos). Sin embargo, mi propuesta es entender el deseo de gestación como lo que Bourdieu denomina sentido del juego, un sentimiento por la necesidad y lógica del juego. Así, la mujer que quiere “ganar” (quedarse embarazada y tener hijos propios, esto es, ser madre) ha de aceptar las regularidades del campo de la maternidad y participar de las relaciones de fuerza que tratan de controlar su capital simbólico, ya sea para continuarlas, ya para subvertirlas.

En la novela de Nanclares, este sentido del juego no sólo se presenta como el deseo de concepción, sino que también evidencia un claro sentimiento por la necesidad y lógica de la

maternidad, que no comparte y pretende dismantelar, entrando así también en el juego de los discursos reproductivos. De tal modo, su concreto deseo de gestación es configurado en el texto como un deseo por entrar en (y cambiar) el campo cultural de la procreación. Por ello, el texto se nos presenta desde el comienzo como un sustituto –sino de lo real– del deseo no satisfecho de gestación: al no poder generar vida (todavía) en su útero, sí puede en cambio gestar (y alumbrar) un nuevo sujeto en un texto de papel:

Quiero creer ahora en este rosario de posibilidades, más que en la ciencia y en la tecnología reproductiva. Más que en el fatalismo edadista del ginecólogo que me mira de soslayo por encima de la receta. Ahora. Rezo. Y lo hago de la única manera que sé: escribiendo. (14)

En este sentido, sería una escritura terapéutica pues viene a cumplir un papel curativo: sana una “enfermedad,” en este caso, la *obsesión* por ser madre. Y es que a lo largo del relato, la narración se articula en torno a este término y, al igual que en la obra de Lorca, plantea su alcance político. “No te obsesiones” le dicen todos a Silvia cuando por fin saca del armario su deseo de ser madre y, afirma: “Una vez más, lo que me salvará de todas las obsesiones será la escritura” (93). Una escritura que, además, no sólo tiene que ver con el texto que leemos (y el blog en el diario en que trabaja la narradora y va presentando su personal búsqueda reproductiva), sino también con todo el recuento y monitoreo de su ciclo, los intentos, las visitas médicas, los cálculos económicos, la dieta y las renovadas conversaciones que mantiene con su familia y amigos, quienes al final del relato participan de manera activa para que logre satisfacer su deseo: le regalan una hucha llena de dinero para así poder financiar el tratamiento de reproducción asistida que, no obstante, en el texto no llega a realizar.

De tal manera, la protagonista utiliza el relato sobre su deseo de gestación como antídoto del mismo. Su escritura toma la vieja función –junto a la de pharmakos– de luchar contra el paso del tiempo y la muerte, esto es, de reproducción. “Tienes una vocación” –le recuerda al inicio del relato su madre, a lo que ella misma responde: “No sé si se refiere a la maternidad o a la escritura” (24). Al igual que veremos con Riera y Wiener, retoma la metáfora creativa de “gestar una obra” para hablar del otro tipo de gestación la cual, en este caso, se halla frustrada pero que, de todas formas, cumplen el mismo cometido: maternidad y escritura son dos maneras de reproducción, o mejor, dos caras de un discurso que ahora encontramos reagrupadas. De tal modo, podemos decir que la infertilidad del cuerpo de Silvia se contrapone a su proliferación textual, la cual, se produce al hablar precisamente de la incógnita de su capacidad reproductiva. En consecuencia, su vocación (la escritura) encuentra un territorio fructífero en su deseo (la gestación). De ahí que su deseo sea ambivalente: escribir sobre su anhelo por ser madre incita ese mismo deseo de tal modo que deviene obsesión. A diferencia de Yerma que es simplemente escrita, Nanclares se escribe a sí misma en (y contra) su problemática. Así, vemos cómo compone un nuevo discurso sobre la procreación desde la posición de deseo de un sujeto narrativo hasta ahora desconocido.

2.6: Conclusión

Si ser madre supone –como advierte Derrida– borrarse y pasar a un segundo plano, esto es, *dejar de ser* para crear un lugar y sentido *para otros* (“Ears” 245), es lógico que, ante tal perspectiva, las mujeres prefieran no serlo, o retrasarlo pero, ¿por qué tener hijos entonces? ¿Por qué elegir esa losa que supone la maternidad? ¿Por qué desear, en palabras de Mona Simpson, “the complete annihilation of life as you know it” (244)? Aquí, como Nanclares pone de manifiesto,

las respuestas contradicen la racionalidad del retraso de la maternidad: si postergarla es una decisión profundamente racional, desear ser madre parece trascender cualquier reflexión argumentada. Es un deseo que se explica habitualmente por razones atávicas y que se justificaría más por un anhelo de pertenencia a la comunidad y de conexión, a la vez que involucra una lógica de interés, pese a que por lo general permanece silenciada pues los hijos son, en definitiva, los próximos contribuyentes.¹⁵² En este punto, Nanclares recuerda que “un hijo podría cuidar de nosotras cuando la jubilación no exista” (43), apuntando a una realidad que no parece estar muy lejos de cumplirse en la sociedad española actual.

El deseo de Silvia que articula todo el texto es, en definitiva, un deseo de no ser otra Yerma: una mujer que al no ser madre se desvanece en la nada.¹⁵³ De ahí, su impaciencia; de ahí, la reiteración a lo largo de la novela al tabú de la obsesión. Pero ella no busca los hijos para darle sentido a su vida insatisfecha sino que su deseo se entiende más como una retribución, en sintonía con la teoría de los dones que señala Imaz, de pertenencia, de continuación familiar, de no interrumpir la reproducción del orden social, un movimiento que, no obstante, tiene el potencial de cuestionar la sociedad si se asume como acto político. De tal modo, aquí no se piensa la maternidad como una exigencia que cumplir por ser mujer, sino como un añadido. El deseo de gestación como sentido del juego es la respuesta a cómo la maternidad se inserta en lo sociocultural.

¹⁵² Como Pridmore-Brown sugiere, “in many ways, women appear to opt for a child as a bid for connection and some kind of permanence. Most women cite quasi-existencial imperatives: a child as the creation of meaning and the setting of a stake in the future. Many claim that the desire to have a child at forty is about ‘authenticity,’ about a return in fact to ‘nature,’ to the ‘real,’ to the imperatives of the flesh” (27).

¹⁵³ Según Tubert, “si el sujeto no logra una inscripción como madre, tampoco encuentra un lugar como sujeto deseante. Si no puede encarnar el ideal imaginario, deja un lugar vacío, abandonando su cuerpo al Otro, como resto despojado de sentido” (“Maternidad” 131).

Al no conseguir procrear, decide cambiar la idea de la infertilidad como castigo: sin culpa, abandona la insistente búsqueda activa del embarazo y se replantea su vida sin hijos; no son el complemento necesario ni la cúspide de la felicidad, sino un agregado que vendría a acompañar su ya completa vida. Sin embargo, al no quedarse encinta se siente, en cierto modo, sancionada por haber retrasado la maternidad, por haber antepuesto su vida de mujer emancipada al mandato de género; en este sentido, la novela muestra el giro peligroso que puede implicar la no maternidad: una reprobación por la independencia y derecho logrados.

Querer ser madre siempre había sido considerado el único propósito vital para las mujeres a pesar de que desde los años setenta el feminismo clásico lo atacó por considerar la maternidad una forma de esclavitud. Así, por medio de un cuestionamiento crítico de tal deseo, la novela de Nanclares pretende desestabilizar las relaciones de fuerza en el campo cultural y politizar unos sujetos que habían permanecido excluidos. Las nociones están cambiando, las relaciones están en continuo movimiento y se producen nuevos encuentros que si bien parten de lugares considerados conservadores (como la pareja heterosexual) tienen el potencial de transformación y de crear efectos subversivos. Tal es el poder de la escritura respecto a la maternidad que nos ofrece el relato: el proceso de búsqueda del embarazo es tanto corporal como textual y el sujeto reproductivo en este caso también sale transformado al atravesarlo, es decir, su subjetividad cambia al pasar por el apremiante deseo de gestación como por la escritura del mismo.

La novela, por tanto, ofrece pistas para entender de qué manera puede ser subversivo el deseo de ser madre. Puede serlo en cuanto desvela la oscuridad que siempre lo ha rodeado confundiéndolo con el deseo sexual de la mujer, infiltrándose en el cuerpo de manera que lo ha condicionado a buscar la reproducción para legitimar una institución de la maternidad y unas

circulaciones de poder que han mantenido subordinado al cuerpo de la mujer, categoría que debería de estar más alejada de lo que está de la de madre. Nanclares no ataca el llamado instinto maternal *per se* sino la manera en que la sociedad ejerce presión para que la maternidad siga siendo una opción que no se cuestiona. El texto evidencia que antes de tomar la decisión definitiva de tener hijos, las mujeres tienen que plantearse si es de verdad lo que quieren y no algo más que cumplir al entrar en la simbólica edad adulta, un pasaporte seguro para escapar de la incertidumbre vital y cumplir con su supuesta vocación: el Amor. De tal modo, se ha asociado la maternidad con el único espacio donde las mujeres pueden ejercer algo de poder y recibir aprobación social, motivo por el cual todavía quedan vinculadas a la función materna tengan hijos propios o no. De ahí que muchas personas “dese[e]n ser madres porque es difícil imaginar otra forma de ser mujer, porque ese espacio es personalmente empoderante y porque cura en parte la herida que las mujeres intentamos siempre llenar con el amor” (Gimeno, “Nuevo” 17). Un amor que, como veremos en el siguiente capítulo, también ha buscado la manera de poder ser subversivo dentro de los discursos reproductivos.

Capítulo 3. Amor y maternidad en *Tiempo de espera*

Logic excludes love

Margaret Atwood

3.1: Introducción

El amor es uno de los sentimientos que mayor atención ha recibido por parte de la creación literaria: diversos paradigmas de relaciones amorosas han sido examinados desde la Antigüedad clásica, incluyendo el sentimiento afectivo de la madre hacia sus hijos y viceversa. Sin embargo, la relación entre mujeres, más si una ha habitado dentro del útero de la otra, ha ocupado una posición marginal en la cultura occidental: ha permanecido prácticamente inexplorada y al margen de los círculos editoriales como han confrontado, entre otras, Rich, Irigaray, Kristeva o M. Walker. Por ejemplo, Irigaray recuerda en *Yo, tú, nosotras* (1992) que la naturaleza ambivalente y compleja de esta relación continúa estando escasamente representada en las tradiciones filosóficas, mitológicas y literarias, siendo por ello “el espacio menos cultivado de nuestras sociedades” (44).¹⁵⁴ En lengua española, desde los años setenta del siglo pasado, empezaron a emerger textos que sondan la unión que se da entre madre e hija, mirándola desde distintos ángulos, si bien la obra que analizo en este capítulo se ocupa de indagar ese lazo desde una posición todavía más anómala: la de la madre embarazada.¹⁵⁵ Y es que *Tiempo de espera* de

¹⁵⁴ Aquí cabría matizar que en el caso hispánico, en la lírica popular medieval –jarchas, cantigas, villancicos– en voz de mujer, la relación madre-hija adquiere un papel relevante, a veces incluso, en oposición al poder masculino represor, donde la madre es la confidente de la hija enamorada. Esta función, seguirá apareciendo en las repopularizaciones de esos géneros del Siglo de Oro, como en el romance de Góngora “Hermana Marica,” “no me aprovecharon, madre, las hierbas” (esto es, no surgieron el efecto deseado de abortar). No obstante, por lo general, predomina la representación negativa de tal relación: madres que intentan aprovecharse de las hijas para conseguir dinero, tópico de la mujer pedigrüña que se prolonga hasta el siglo XIX, con personajes como doña Irene en *El sí de las niñas* (1806).

¹⁵⁵ Escritoras de la generación de Riera, como Esther Tusquets, Montserrat Roig, Rosa Montero o Concha Alós, participan de la misma tendencia de “recuperate close ties between mother and daughter” (Ordoñez 47). En años

Riera trata precisamente de la formación de la subjetividad a partir de la relación afectiva que establece la narradora de este diario con su futura hija durante el tiempo de gestación.¹⁵⁶

Este texto cuenta, en principio, una historia simple: los meses que abarca el segundo embarazo de Riera. Es un diario que recoge los cambios corporales que experimenta, así como el afecto y las reflexiones que el proceso va provocando en la protagonista y narradora a lo largo de su transcurso. El título hace referencia a la manera tradicional de considerar la gestación como un período en que la futura madre se considera aletargada y excluida de la vida social, cuya única función es la de estar aguardando en silencio su verdadero destino y que el texto de Riera se propone desarticular. Sin embargo, como sostengo en este capítulo, Riera se queda atrapada dentro del mismo discurso que pretende cuestionar, pues si bien refuta la pasividad y mutismo asociados a la mujer embarazada, renueva el concepto de “dulce espera” por medio de un retrato idílico de la misma que, además, sigue incorporando dentro del canon aceptado.

Si el embarazo se ha concebido como un estado que detiene y por ello dificulta la vida de las mujeres en un feminismo clásico heredero del *Segundo sexo* de Beauvoir, el texto de Riera reemplaza tal significado de obstáculo o traba por uno de oportunidad de crecimiento y transformación, esto es, elabora un discurso afectivo en que el sujeto gestante se desliza desde una situación considerada socialmente “embarazosa” a otra gozosa. En consonancia con los planteamientos del feminismo de la diferencia que “apuestan por una revalorización de la capacidad reproductora femenina desvinculada de la retórica tradicional” (Bettaglio, “Escribir”

más recientes, han aparecido dos colecciones, ambas tituladas *Madres e hijas* (Freixas 1996 y Priego 2005), que recogen relatos que exploran la misma temática. Igualmente, están las novelas *La mitad del alma* de Riera (2003), *Historia de un abrigo* de Soledad Puértolas (2005), *Música blanca* de Cristina Cerezales Laforet (2009), o *También esto pasará* (2015) de Milena Tusquets, por citar solo algunas, que se centran en rescatar y comprender la vida de la madre, siendo estas últimas, además, reconocidas escritoras de la posguerra.

¹⁵⁶ Los lectores sabemos desde la dedicatoria y el prólogo del libro que se trata de una niña, aunque en el diario no se lo confirman hasta el tercer mes de embarazo.

105), para la autora mallorquina la procreación no supone un impedimento para la realización personal sino, por el contrario, un momento privilegiado en la construcción de la subjetividad femenina ya que modifica sus relaciones y, en consecuencia, su manera de estar en el mundo. De este modo, Riera participa del movimiento literario que desde los años ochenta ha sacado la figura de la madre de la marginalidad en que se hallaba para situarla en un lugar central (Ordoñez 47) y, al reelaborar el concepto de amor dentro de la relación madre-hija, Riera comparte la propuesta de Rich, Irigaray y Kristeva, entre otras, de utilizar el afecto materno como mecanismo para combatir la falta de conexión entre mujeres promovida por la sociedad patriarcal: “Until a strong line of love, confirmation, and example stretches from mother to daughter, from woman to woman across generations, women will still be wandering in the wilderness” (Rich 246). En *Tiempo de espera* el amor es asimismo la base sobre la que se construyen todas las relaciones: ocupa un lugar central en la agenda política que Riera comparte con el feminismo de su época, fomentando la sororidad frente a la tradicional rivalidad entre mujeres,¹⁵⁷ lo cual, como veremos, conlleva, no obstante, el peligro de perpetuar “la trampa del Amor” que promueve el discurso patriarcal.¹⁵⁸

Carme Riera ya tiene un hijo de trece años –al cual tuvo con “veintipocos” (*Tiempo* 15)– y aunque este segundo embarazo no va a modificar su posición social de la misma manera que lo hizo el primero, comporta, a su vez, una metamorfosis:

¹⁵⁷ En *Tiempo de espera*, Riera relata que durante un viaje a Albacete para una conferencia con otra escritora, ambas realizan un pacto de no agresión: “Ninguna de las dos hablará nunca mal de la otra; al menos en público no manifestaremos ningún tipo de rivalidad. No añadiremos leña al morbo de las escritoras enfrentadas, espectáculo que, al parecer, resulta tan atractivo” (55).

¹⁵⁸ Gimeno indica que “las características del amor maternal estarán presentes en prácticamente todas las relaciones sociales que las mujeres emprendan. El Amor será lo principal para ellas, dar amor será su vocación” (“Nuevo” 15).

Te confieso que cuando estaba embarazada por primera vez sentía una cierta predisposición hacia un niño. Que mi hijo mayor fuera hombre, me afirmaba delante de mi padre, delante de mi suegro, que buscaban prolongarse en el futuro, hacia el siglo XXI mediante un semejante. Era como si el regalo que debía ofrecerles, y que se estaba gestando dentro de mí, fuera más perfecto si llevaba como lazo unos órganos genitales masculinos. (Riera 84)

Al convertirse en madre por primera vez, al igual que desea Nanclares, se ve en el primogénito esa perpetuación de la cadena de la vida y, de tal modo, siente “saldada su deuda” para con su linaje y la sociedad –y cabe notar la misoginia interiorizada pues siente que es “más perfecto” ese saldo por ser un varón (Riera 84).¹⁵⁹ Este segundo embarazo, como veremos, lo vive de manera distinta: la primera prueba de ello es la redacción del diario que estamos analizando. Habiendo ya vivido la experiencia, resuelve narrar su embarazo simultáneamente a su transcurso con la perspectiva que le aporta la madurez y el conocimiento previo de primera mano: “Me siento ahora mucho más fuerte, más segura, y hasta más responsable” (15).

Si bien escribe el texto como diario privado manteniendo un diálogo incesante con la criatura que lleva en su vientre, la narración lleva latente su destino infinito, pues intuye que algún día será finalmente publicado.¹⁶⁰ Como asegura Álvaro Luque Amo, “una vez que alguien decide transformar su pensamiento en palabras, está firmando en cierta medida un contrato según el cual ese texto puede ser leído por cualquiera que entienda el idioma en que está escrito” (275). Con dicha conciencia, Riera nos narra sólo una parte de ese tiempo entre septiembre de 1986 y mayo de 1987, descartando todo lo que no considera ligado a su estado: “A veces tengo

¹⁵⁹ Una pervivencia de la mentalidad tradicional española que estaba materializada en el Mayorazgo.

¹⁶⁰ *Tiempo de espera* fue publicado trece años después de ser escrito sin “cambiar ninguno de mis planteamientos de entonces” (10), como la misma Riera indica en el “Prólogo.”

tentaciones de anotar en ese cuaderno otras vivencias ajenas a ti –confiesa–, hechos que sólo a mí me afectan, pero procuro evitarlas” (Riera 48). La relación entre lo público y lo privado (exterior e interior) tiene aquí, en consecuencia, una doble naturaleza: por una parte, el feto dentro del cuerpo materno está “esperando” salir, esto es, convertirse en una persona legal y, por otro, el texto íntimo también está a la espera de hacerse un diálogo público. El diario, así, pone de relieve la relación que se da entre reproducción y creación literaria. Pero si para Nanclares, como vimos, la escritura servía en cierto modo de sustituto al embarazo, para Riera, en cambio, la gestación va a ser lo que acompaña y estimula la escritura.

En su diario representa el embarazo como proceso a la vez físico y subjetivo donde surge la relación afectiva que da lugar a la formación no sólo de la hija sino también del sujeto materno.¹⁶¹ La gestación supone un momento de cambio en cuanto a las relaciones que la mujer gestante entabla con todo su entorno, “a fundamental challenge to identity” (M. Walker 146), como la propia Riera advierte: “Relación sexual. Relación heterosexual. Relación entre un espermatozoide y un óvulo. Relación entre un embrión y la matriz... El feto y la placenta. El no nacido y la madre que le espera. Gestación: diálogo de relaciones” (118). De tal manera, en *Tiempo de espera* se explora, en palabras de Marina Bettaglio, “la relación entre el embarazo y la formación de la identidad” (“Escribir” 106) pues, la mujer no sólo está gestando otro ser, sino también, de otra manera, a sí misma.¹⁶²

¹⁶¹ El diario es una forma que, como analizo en el primer capítulo, se ha relacionado tradicionalmente con lo anecdótico y privado, y por ello se ha considerado poco relevante. Es un género con género (o marcado), una de las pocas formas literarias que han podido explorar libremente las mujeres (al igual que el epistolar) y sobre lo que todavía pesa, como vimos, la connotación de “baja” literatura.

¹⁶² Riera forma parte de un movimiento literario dentro de la cultura occidental que exploraba por aquellos años los modos en que las mujeres “give birth to themselves,” como señala M. Walker: “A number of contemporary women writers entwine the themes of creativity, birth and myth. Rachel Du Plessis, Adrienne Rich, Muriel Rukeyser, Margaret Atwood and Hélène Cixous” (161). Asimismo, cabe recordar que el verbo *alumbrar* tiene doble sentido en español (dar a luz y dar luz): un precedente clásico en la literatura española es el *Lazarillo* donde ya aparece este

La conexión que se establece entre espacio y tiempo –el cuerpo embarazado y los meses de gestación– se ve reflejada en la relación madre-hija en un texto que, a su vez, trata de plasmar el diálogo que se da entre ellas, con la tradición artística relativa a la maternidad y la teoría feminista contemporánea. La relación madre-hija es, según Irigaray, un “núcleo explosivo” porque simplemente pensar en ella es equivalente a agitar las bases del orden patriarcal (“Women” 50).¹⁶³ En este capítulo, por tanto, demuestro cómo la construcción del yo materno que se lleva a cabo por medio de la narración del embarazo cuestiona nociones normativas de la maternidad coetáneas a Riera y subvierte la visión de la gestación como periodo estático. La hija que se convierte en madre de otra hace que la supuesta diferenciación entre ellas desaparezca, lo cual “provides an intense and often harrowing model of continuity in the face of a detached and autonomous self” (M. Walker 162). Del mismo modo, Riera presenta un texto donde emerge un sujeto gestante que al hablar en primera persona sobre su cuerpo y la criatura que lo habita perturba la ideología de la individualidad predominante en el pensamiento occidental: la percepción que tiene de su división corporal quebranta la ilusión de una identidad estática y singular. Considero por ello que *Tiempo de espera* desmantela la idea de individuo como base de la sociedad y pone en evidencia que, como asegura Michel De Certeau en *The Practice of Everyday Life* (1984), son las relaciones lo que nos determina y que “each individual is a locus in which an incoherent (and often contradictory) plurality of such relational determinations interact” (xi).

juego metafórico en el episodio del ciego, el cual alumbró a Lázaro –a pesar de que su madre fue quien le dio a luz– y, por tanto, es su padre putativo.

¹⁶³ Para Irigaray, la falta de simbolización de tal relación entre madres e hijas en las sociedades patriarcales ha conllevado a su vez que no haya una genealogía materna que represente a las mujeres (*Yo* 18).

En consecuencia, este capítulo se organiza en cuatro secciones correspondientes a las principales relaciones y prácticas que establece el sujeto durante el tiempo de gestación, las cuales forman una identidad dinámica y fragmentada debido a la inherente inestabilidad y evidentes contradicciones que contiene. Así, en la primera sección, analizo el debate que Riera entabla con los discursos reproductivos existentes en su momento con la intención de rescribirlos como parte de una nueva tradición propia; en la segunda, exploro cómo lleva a cabo esa (re)escritura en la creación del diario epistolar y los desafíos que asume para encontrar una forma discursiva que se adapte a sus necesidades textuales y vitales; en la tercera, la relación con el propio cuerpo en metamorfosis; y, por último, la representación de esa unión madre-hija fundada en el amor y goce y no en la hostilidad y abnegación.

3.1: La revisión de los discursos reproductivos

Carme Riera escribe un diario-carta en el que no sólo mantiene una conversación con la hija que crece en su vientre, sino que también repasa los textos precedentes que han abordado de una manera u otra el tema de la procreación. De tal modo, presenta un diálogo con los discursos de la reproducción y una reflexión sobre la figura de la madre en la historia occidental: “Busco entre mis libros alguno que trate de la maternidad. Me apetece saber cómo otras mujeres han vivido esta maravillosa y a la vez terrible metamorfosis” (Riera 17). Su intención forma parte de ese impulso generacional “toward displacement and replacement” que indica Ordoñez, el cual “is often satisfied by reinscriptions of myth, history, and legend, by an emphasis on an alternate mythology of maternal relations, and by an increased emphasis on the supplemental discursive properties of the female body” (49). Riera pretende dar a conocer a su futura hija –y a los posibles lectores anónimos– una tradición que respalde su escritura pues, como afirma Umberto

Eco, “los libros siempre hablan de otros libros y cada historia cuenta una historia ya contada” (10).

Así, indaga los referentes que ya hayan representado su experiencia, los textos y obras de arte que de alguna manera hayan contado esta vieja historia de la humanidad que es el nacimiento: “Compro un montón de libros sobre embarazos y embarazadas. Todo lo que encuentro. Me dispongo a nutrirme de bibliografía *ad hoc*” (23). Pero, para su sorpresa –y la nuestra–, son escasos y casi ninguno en primera persona ya que, como reconoce Riera “quienes escriben, en general, son hombres” (112) y han ofrecido una visión que ratifica y perpetúa su dominio. Para Gimeno, “la maternidad tiene una historia completamente desconocida y que solo nos llega velada por el anacronismo. La historia de la maternidad es, más bien, la historia de la resistencia de las mujeres a serlo a costa de sí mismas” (“Nuevo” 16). Lo que Riera encuentra, no obstante, son numerosos manuales para embarazadas que reiteran una visión idealizada de la maternidad en la que no cabe ningún tipo de fractura: “Después de dos horas de leer, me doy cuenta de que todo lo que he podido conseguir no es otra cosa que una especie de guías dirigidas a futuras madres, sospechosas de ser un poco cortas de alcances, o quizá de andar sobradas de ingenuidad” (23). Por ello, rastrea *otros* relatos sobre la figura de la madre que nos han llegado a través de la historia, la mitología y el arte, al igual que recoge teorías de escritoras contemporáneas que revisan los argumentos históricos a favor de hipótesis novedosas que tratan de romper con esa visión negativa que pesa sobre las mujeres: “Marija Gimbutas, en su libro *The Goddesses and Gods of Old Europe*, asegura que Europa estuvo habitada durante 25.000 años por pueblos pacíficos, matrilineales, que rendían culto a las diosas, se dedicaban a la agricultura y a la artesanía y cuya cultura se basaba en el matriarcado” (Riera 95-96). Es decir, ante la evidente carencia de una tradición positiva sobre la procreación, Riera ofrece en su diario una

colección heterogénea sobre la maternidad que reescribe en sintonía con el proyecto feminista de su época de revelar una lectura alternativa de la historia donde las mujeres tengan un papel activo.¹⁶⁴

Jean Shinoda Bolen, en su libro *Goddess in Every Woman*, observa que el hecho de que algunas mujeres hayan conseguido a finales del siglo XX unas cotas de integración socioeconómica parecidas a las de los hombres –eso significa ejercer la inteligencia en público y detentar el poder– tiene que ver con la liberación del arquetipo de Atenea. (105)

Asimismo, relea los relatos bíblicos y mitológicos bajo una nueva mirada que rompe con la concepción de lo femenino como apéndice o mero receptor pasivo, rehabilitando, por ejemplo, “el papel partenogenético femenino, presente en remotas culturas ancestrales” (86).¹⁶⁵ Así, el relato sobre la concepción de Jesús, al excluir la intervención paterna, es reinterpretado como un erotismo completo en sí mismo: “Aunque el Evangelio siempre deja claro que la Virgen María concibe por obra del Espíritu Santo, me parece que la situación de la Virgen cristiana guarda cierta relación con el mito de la generatividad femenina” (Riera 86). Pero, pese a su intento de escapar del discurso patriarcal dominante rescatando una genealogía femenina, queda atrapada dentro de esa misma tradición canónica proveniente de la mitología clásica, los relatos religiosos y la lírica tradicional desde Fray Luis de León a Goytisolo, sin apenas referencias a textos escritos por mujeres que no pertenezcan a teóricas feministas.

Su deseo de entablar una tradición en torno a la maternidad le conduce también a cotejar los planteamientos feministas relativos a la figura de la madre; en una entrada fechada el 23 de

¹⁶⁴ “Of supreme importance to the writing of this new history is an attempt to recuperate close ties between mother and daughter, or more broadly, with woman’s matrilineal heritage” (Ordoñez 47).

¹⁶⁵ Hera, esposa de Zeus, consigue engendrar por sí sola gracias a un filtro que le da Flora; y Venus –diosa mitológica del amor– nace también sola a partir de los genitales de Urano, cortados por su hijo Saturno y tirados al mar.

enero declara: “Definitivamente he dejado de lado las guías de embarazo y partos felices. En general, tiene un tacto de copos de algodón y me saben a cursilería de lazos que no soporto y las he cambiado por los viejos libros feministas” (Riera 108). Examina, por ello, las propuestas de Beauvoir y Rich como parte de su apuesta por romper con el dolor y pesadumbre asociados a la maternidad. Según relata Lucía Etxebarría en *Un milagro en equilibrio* (2004), esta es la causa por la que Riera haya obviado también las referencias a los malestares y dolencias asociadas al embarazo en su texto, reforzando así el mensaje de deleite que quiere transmitir (y que tiene como consecuencia la renovación de la imagen de la mujer absorta en la felicidad que le aporta tal estado). La protagonista de la novela de Etxebarría escribe a Riera reprochándole tal silencio cuando lee *Tiempo de espera*: “Me ha encantado tu libro, pero lo que describes no se parece en nada a mi vivencia del embarazo...,” a lo cual, la escritora mallorquina responde

que sí, que claro que había vomitado durante el embarazo y que lo había pasado tan mal como cualquiera, pero que, como el libro estaba destinado a su hija, quiso insistir en la parte más amable del proceso para que la niña pensara que ella había nacido como resultado de un acto de amor y no de una simple crisis de vómitos. (Etxebarría 41)

Tal eliminación de la parte menos “amable” del embarazo dentro de su texto es afín a su intención explícita de cambiar la concepción aflictiva que se tiene de él por otra dichosa: “Ha llegado la hora de transgredir ese dolor y transformarlo, de pasar de la casi inconsciente gestación a la experiencia de una maternidad consciente, asumida desde la inteligencia” (Riera 61-62). Aunque tal supresión no deja de ser significativa: la creación de su discurso, de tal modo, participa de las mismas estrategias de ocultamiento y falsificación de un proceso que, sin embargo, busca reparar el daño infringido debido a dicha mistificación.

Riera entra así en el campo cultural de la maternidad, manteniendo un diálogo con los discursos reproductivos y las representaciones culturales de la figura de la madre que conformarían lo que Bourdieu denomina la doxa de un campo (*Sentido* 109). Si bien reconoce la importancia de Beauvoir para su generación, declara su discrepancia con la filósofa francesa debido a la visión negativa que tiene de la procreación:

Ve la maternidad con cólera. En la figura de la *mater dolorosa*, en parte abominable, puesto que está obsesionada por culpabilizar a su prole –los hijos, y en especial las hijas, son siempre culpables y desagradecidos–, basa su matrofobia. Pero Beauvoir es incapaz de ir más allá. (Riera 109).

Por el contrario, coincide con los nuevos planteamientos de Rich opuestos a la visión patriarcal de la maternidad: “Propugna, por encima de cualquier otro, el derecho de ser mujeres, personas del sexo femenino, y, en consecuencia, también la posibilidad de ser madres, sin trabas ni coacciones. Sin modelos preconcebidos impuestos por la tradición patriarcal” (109). Algo que en su diario también intenta realizar: crear una nueva subjetividad a partir de la experiencia materna alejada de los discursos normativos.

Bettaglio ha indicado que los personajes de las novelas y cuentos de Riera, al igual que la narradora de *Tiempo de espera*, suelen indagar su “identidad como mujeres y como madres en busca de su lugar dentro de una sociedad cambiante” (“Escribir” 104) para lo cual se aleja de la *mater dolorosa* así como de la figura de la madre castrante que tenía un estilo seco y autoritario: “Es necesario que el sufrimiento y la carga sean superadas por el gozo y el placer de la maternidad. Llevamos demasiados siglos pariendo con dolor” (Riera 61). Por tanto, su obra participa de ese movimiento que da cuenta de un “cambio de actitud en cuanto al papel maternal, desde su invisibilidad a su exuberante presencia” (Bettaglio, “Escribir” 105) que se estaba

produciendo en esos primeros años posteriores a la dictadura franquista. La narradora de *Tiempo de espera* plantea, por ello, que la función reproductiva ha sido lo que ha otorgado a las mujeres su gran capacidad creativa, un enfoque esencialista que une feminidad con maternidad, acorde a la ideología del feminismo de la diferencia en auge durante esos años:

Sigo pasando muchas horas pensándote, como todas las madres del mundo, y me parece que la imaginación femenina debió de consolidarse durante las largas etapas de embarazo. Tal vez, de estos nueve meses, elevados por el número de hijos, dimane buena parte de nuestro poder creador, de nuestra fuerza fantasiosa, minimizado por otro, solo reproductor. (153)

A pesar de que *Tiempo de espera* pretende configurar una visión positiva de la maternidad, en consonancia con la propuesta de Rich contraria a “la perpetuación de nuestro destino de sufrimiento maternal, como característica de la condición femenina” (Riera 109), es un texto que termina reproduciendo la misma experiencia dóxica, la cual, según Bourdieu, aprehende el mundo social y sus divisiones arbitrarias –empezando por la sexual– como naturales, y por ello se reconoce como legítimo, pero falla en ver la profundidad del enraizamiento de la acción de los mecanismos que fundan la conformidad entre las estructuras cognitivas y las sociales (*Dominación* 9). De ahí que la autora mallorquina critique en algunas partes la glorificación de la maternidad: “No pienso ni por asomo, sin embargo, que las mujeres con hijos sean más mujeres, como el discurso patriarcal ha pretendido hacernos creer, repudiando a la estéril y compadeciendo a la soltera, degradada a menudo socialmente” (123); y, en otras, encontremos una identificación entre feminidad y maternidad, lo cual le conduce a expresar el deseo de que su hija nonata, por el hecho de ser mujer, sea también madre:

espero que tú, como yo (que vivo esta etapa en plenitud sin dejar de ser lo que soy, consciente de lo que me está sucediendo, encantada con la metamorfosis que se opera dentro de mí) puedas disfrutar del embarazo sin dejar de ser tú. Tú y yo somos, hay que reconocerlo, unas privilegiadas. (147)

Así, en su texto se nota una tensión tácita entre la concepción esencialista de la maternidad y el intento por combatirla. Asimila su identidad con el rol reproductivo (“la ventaja biológica se la llevamos nosotras y se basa en el hecho de gestar, parir” [179]), mientras reconoce que forma parte de un momento histórico preciso: “La situación de la mujer ha mejorado bastante en nuestro país, no hay duda [...] La diferencia biológica no puede ser solo una carga. No debe serlo. Hay que luchar por un mundo más junto, más honesto. El feminismo es una cuestión moral” (172).

¿Por qué resulta tan difícil combatir este imaginario? ¿Tiene que ver con la naturaleza corporal de la gestación, el parto y la lactancia? ¿Cómo ha llegado a verse tan natural este proceso, incluso para Riera, una mujer con tal bagaje cultural y capacidad para la (auto)crítica? La reproducción, cabe recordar, es necesaria para la existencia y no puede representar únicamente un espacio de opresión por razones obvias: la maternidad ha de ser apetecible y, por ello, se ha configurado simbólicamente como un espacio “compensatorio” frente a la dominación masculina.¹⁶⁶ Así, como señala Gimeno, se ha convertido en un lugar donde las mujeres nos podemos sentir valoradas y reconocidas siempre y cuando cumplamos con las pautas que han ido estableciendo los discursos de poder (“Nuevo” 11). En consecuencia, se ha creado una maternidad esencial –la institución que denunciaba Rich– la cual crea la ilusión de ser un espacio

¹⁶⁶ Gimeno indica que deben existir espacios que compensen subjetivamente la dominación masculina para que esta funcione sin recurrir de manera asidua a la violencia física (“Nuevo” 11).

de poder y prestigio social –siempre y cuando sea respetada la normativa cultural que la moldea en cada momento histórico.

Tiempo de espera se hace eco de la asociación de la maternidad al sufrimiento que predominaba en su época (“Rich está en contra –como yo misma, como la inmensa mayoría de mujeres hoy en día– de la perpetuación de nuestro destino de sufrimiento maternal, como característica de la condición femenina” [Riera 109]) y de la cual pretende desvincularse por medio de una neorromantización del amor materno que estaría en consonancia con “la reideologización maternal” que la reproducción ha sufrido dentro del discurso neoliberal (Gimeno “Nuevo” 19). Tras las importantes y necesarias conquistas en la esfera pública que consiguieron las mujeres dentro de las luchas del feminismo clásico (o de la Segunda Ola), la cultura neoliberal ha favorecido “un repliegue sobre aquellos espacios mistificados, especialmente el de la maternidad, que son más acordes con las expectativas culturales de las mujeres y que ofrecen mayores satisfacciones subjetivas” (Gimeno “Nuevo” 20), puesto que no se consiguió una libertad igualitaria y las mujeres siguen siendo identificadas con la función de cuidadoras. Riera, por ello, si bien forma parte de la lucha “por un mundo más justo, más honesto” (*Tiempo* 172) en que las mujeres estaban consiguiendo importantes conquistas en la España posfranquista, también colabora en la creación de lo que Gimeno denomina “maternidad romantizada” o “una manera de vivir la maternidad por parte de algunas mujeres, que podría entenderse como un sustituto del amor romántico” (“Nuevo” 21).

Tiempo de espera, por tanto, ofrece un discurso fluctuante respecto a la procreación, lo cual, cabe notar, hace que el texto sea más interesante “literariamente” que una pura novela de tesis que solo sea refuerzo o confirmación de una única forma de pensar. Por una parte, se inclina igual que el feminismo de la diferencia hacia cierto determinismo natural y biológico que

refuerza la división de sexos y la vocación femenina hacia el Amor: “La posibilidad recreadora, la posibilidad maternal está escrita en nuestro código genético. Estériles o prolíficas, todas las mujeres nacemos con ovarios y con útero. Deberíamos aprender a reivindicar y valorar mucho más nuestra condición. A mirar el mundo con ojos maternos” (62). Pero, por otra parte, Riera reconoce que “la maternidad es sólo una parte, la otra, la que nos hace personas, y en la que se basa nuestra dignidad de tales, es independiente de las posibilidades que nos ofrece nuestra condición biológica” (124). De tal modo, encontramos una paradoja implícita en su concepción de la identidad femenina: aparece asociada en varias ocasiones a la labor reproductiva (“concebir y parir proporcionan una experiencia extraordinaria, que solamente las mujeres podemos llegar a alcanzar” [104]), mientras es consciente de que tal función ha sido usada para subordinar a las mujeres al silencio del espacio doméstico y, sobre todo, a los cuidados:

Las profesiones femeninas aceptadas de buen grado por el común de los mortales, al menos en la civilización occidental, enfermera, comadrona, maestra, cocinera, no son otra cosa que formas vicarias de la maternidad, o al menos así las consideran los que las encuentran propias de nuestra condición. (Riera 111)

A través de la narración de su embarazo, Riera reclama cierta agencia contra ese silencio impuesto: toma la palabra rompiendo con el sigilo y pasividad propias del imaginario occidental relativo a la figura de la mujer-madre sin cuestionarse, no obstante, el amor incondicional que la buena madre (patriarcal) ha de profesar. Por ello su intención discursiva es configurar un sujeto en el que la función reproductiva sea el núcleo a partir del cual se articulan los demás aspectos,

en consonancia con un feminismo reivindicativo de la dimensión biosocial que posee la maternidad y que suele pasarse por alto:¹⁶⁷

De esa capacidad de dar, dándonos, surgen muchas otras capacidades también positivas que han sido, muy a menudo, olvidadas o menospreciadas. La maternidad ha constituido, básicamente, un lugar de reclusión en vez de ser un lugar de creación expansiva. A veces hemos abdicado de nuestras prerrogativas, y otras las hemos cedido estúpidamente.

(Riera 178)

Familiarizada con los planteamientos de teorías feministas de ese momento, Riera propone una lectura del cuerpo de las mujeres como el lugar donde se inscribe la diferencia, lo cual, como indica DiQuinzio, implica una serie de riesgos en la agenda política feminista ya que puede afianzar la ideología misógina basada en la división sexual, además de presentar una visión de las mujeres totalizante “thus denying differences among women and misrepresenting the needs, interests, situations, and experiences of at least some women” (25). Tal perspectiva, por tanto, peligra envolver un determinismo biológico que idealiza la reproducción alejándola de la historia (Ordoñez 47).¹⁶⁸

Riera, acorde a tales teorías feministas, se da a la tarea de buscar una genealogía de la maternidad así como nuevas formas de escritura que den cuenta de sus afirmaciones ideológicas y, al igual que en sus obras anteriores, trabaja con los retos implícitos de la reescritura. En la

¹⁶⁷ Merino señala al respecto que “desdeñar el hecho biológico ineludible existente tras la práctica sociocultural es el artificio mediante el cual la reproducción de la especie (biológica) se convierte en reproducción social (cultural); pero no olvidemos que este tipo de ocultaciones suelen esconder relaciones de poder, y en este caso, el parentesco biológico de una mujer con su criatura, y las posibilidades de que este se convierta o no en un parentesco social es un asunto cargado de implicaciones políticas y socioeconómicas que son las que articulan las jerarquías y canalizan la subordinación de las mujeres; son, en suma, las bases del patriarcado” (32).

¹⁶⁸ Para evitar caer en tal esencialismo, DiQuinzio señala la importancia de anclar el análisis de las representaciones maternas a las circunstancias específicas donde surgen y determinan que las experiencias de la maternidad sean variadas –e incluso contradictorias– según su contexto material, social e ideológico; así, la teoría feminista “will have to accept that its analyses of mothering will be partial and fragmentary” (28).

siguiente sección analizo la problemática que entraña la exploración de una forma que se adapte no sólo a la particularidad de su narración sino también al curso de su vida: el diario epistolar.

3.2: La conexión entre narración y embarazo. El diario epistolar

Al gestar, el cuerpo mantiene una relación con el transcurso de los días y las noches de manera peculiar puesto que la regularidad temporal no es dada en este caso por el ritmo menstrual sino por el que marca el crecimiento embrionario dentro del útero. A diferencia de Nanclares, donde el ciclo ovulatorio marcaba la cadencia textual y cada menstruación suponía una vuelta a empezar, Riera y Wiener, por su parte, representan una temporalidad progresiva, paralela al avance de la narración. *Tiempo de espera* delibera –como su mismo título sugiere– sobre el período supuestamente estático que abarca los nueve meses de gestación, desde la confirmación de la preñez hasta la despedida antes del nacimiento de su hija. Las cuarenta semanas que dura un embarazo, los doscientos ochenta días con sus noches, las seis mil setecientas y pico horas que el cuerpo es habitado por otro cuerpo que va agrandándose y ocupando un espacio que sobrepasa los límites físicos que lo contienen, ¿cómo pueden ser representados textualmente? ¿De qué manera la palabra puede dar cuenta de esas coordenadas espacio-temporales que el cuerpo embarazado conforma? En esta sección examino la forma literaria que utiliza Riera –el diario epistolar– género tradicionalmente elástico que, en este caso, como el útero, se acomoda al desarrollo gestacional y a la narración afectiva que crea la subjetividad materna.

El diario ha sido el espacio textual donde el yo ha podido construirse y abstraerse con libertad, escapando al tiempo y, a la vez, supeditándose a él: una forma abierta con una única cláusula, la del calendario, que condiciona al presente los fragmentos narrativos que lo conforman. Si bien tiene convenciones genéricas, como la pretensión de veracidad dentro de ese

juego de descubrimiento (de uno mismo) y ocultación (a los demás), así como ciertos límites espaciales, es un género que se considera sin limitaciones –a excepción de la temporal y las que el mismo autor se impone– y que, a su vez, ha estado asociado a la escritura femenina. Freixas recuerda que las mujeres han utilizado la forma diarística debido a sus circunstancias vitales particulares, “la escasa educación y la dificultad para publicar las han empujado a elegir ciertos géneros, como el epistolario, el diario íntimo o la poesía lírica” (*Silencio* 23). Por tanto, la preferencia de Riera por este diario epistolar –forma que a diferencia de las cartas no había explorado en sus anteriores publicaciones–¹⁶⁹ tiene que ver, en parte, con la herencia literaria (la cual, como vimos, ella misma trata de encontrar)¹⁷⁰ y, a su vez, con el mismo propósito de componer “un cuaderno de anotar la vida interior, la más íntima, la nuestra. Vida intestina, que escribiría C. B. Un espacio en el que las dos nos cobijamos. *Un útero de papel*” (Riera 123, énfasis mío). Así, configura un género textual que se adapta igual que su matriz a su creación: contenedor flexible del discurso materno donde todo cabe.

La narradora, en primera persona, se va presentando a lo largo del texto: sabemos que se llama Carme Riera, es mallorquina residente en Barcelona, madre de un hijo de catorce años, está casada y trabaja como profesora de Literatura española. Ha publicado otros libros y en el momento en que comienza a escribir este diario está terminando su tesis doctoral sobre poesía española contemporánea. Por medio del nombre propio, en el texto se confunden los niveles del personaje (intradiegético), de la autora empírica (diegético) y del sujeto escribiente

¹⁶⁹ Por ejemplo, uno de sus primeros cuentos “Te deix, amor, la mar com a penyora” (1975) es una carta que la narradora –embarazada– escribe a su amada antes del parto (y su muerte). La similitud entre este relato y *Tiempo de espera* es evidente a pesar de que en el cuento el tema principal es otro (tabú de la homosexualidad) y en el diario, la amada, si bien sigue siendo una mujer, es también su hija.

¹⁷⁰ En cuanto a la herencia literaria, hay similitudes con la carta de relación –la cual no es técnicamente un diario– y con la memoria notarial (considerada la primera autobiografía en castellano, la cual, como he señalado antes, fue escrita por una mujer y estuvo muy condicionada a sus circunstancias vitales).

(extradiegético) –“el que materialmente traza los caracteres en el papel” (Calvino 199). Con el juego de equivalencias el lector cree en la veracidad de una historia real que es imposible escribir. En este caso, se nos pide creer en la autenticidad de lo relatado en los distintos niveles de la narración, ratificado por una foto de Riera embarazada en la solapa del volumen.¹⁷¹ El diario así pone de manifiesto los confusos límites entre autobiografía y ficción pues, si bien está relatando un acontecimiento verificable, la narración está (des)figurando el mismo; Paul de Man asegura que tal distinción está basada en una falsa premisa –la supuesta referencialidad de la autobiografía– puesto que tanto ésta como la ficción son creaciones que se sirven de las mismas herramientas discursivas que configuran realidades textuales por sí mismas, a pesar de que los lectores encontremos correspondencias entre el universo creado en el papel y el que percibimos más allá de él (114).

Como indica Bettaglio, “su diario se convierte, por tanto, en el lugar de articulación de su doble creación, corpórea y literaria, un útero de papel que contiene a la madre literaria y su creación textual” (“Escribir” 107). Por ello, *Tiempo de espera* inicia con el momento en que se corrobora su embarazo: “El Predictor acaba de confirmar lo que ya suponía: estoy embarazada. Hoy es martes 23 de septiembre de 1986” (Riera 13). De tal manera comienza el discurso de la (pro)creación, tanto de su hija como de su subjetividad, que se va articulando de manera simultánea hasta llegar al previsible desenlace: el nacimiento de la niña y, con éste, el fin de la narración. Sin embargo, pese a presentar paralelamente escritura y procreación, la publicación de su diario no sucedió hasta una década después, lo cual me parece relevante pues exige a los lectores a creer en la autenticidad de dicha concomitancia textual y corporal (un pacto de verdad

¹⁷¹ Bettaglio sugiere que la confusión entre autora y personaje que se observa en las obras sobre la maternidad “permite a estas mujeres interpretar su papel de madres al tiempo que «dan a luz» sus textos” (“Escribir” 106).

que llevaría todavía más allá el que se asume en todo texto autobiográfico). Mientras Nanclares publica al tiempo que opera su deseo y realiza su proceso de búsqueda del embarazo (el cual, como ya he comentado, culmina con el anuncio de la llegada de su primer hijo en agosto de 2018, más de un año después de la publicación de *Quién quiere ser madre*), Riera y Wiener, en cambio, nos presentan su escritura paralela a la gestación pero publican sus libros tiempo después del nacimiento de sus hijas.¹⁷² En el caso de Riera, además, el libro no ve la luz hasta que ésta no puede entablar un diálogo verbal con su hija (hasta que sea un sujeto capaz de leerlo y decidir si quiere o no que otros lo lean [*Tiempo* 10]) lo cual, por una parte, añade otra “espera” implícita en la estructura del libro y, por otra, pone en entredicho el diálogo textual mantenido con ella en el útero que recoge *Tiempo de espera*: cuando la hija nace, una espera termina, si bien todavía no puede sostener un diálogo verdadero con la madre, el cual es producido en y por el lenguaje (en parte, el del propio libro), es decir, no puede ser parte de la conversación hasta que no aprenda a hablar y/o leer, obligándola a seguir esperando.

Riera representa una figuración por medio de la cual, según pasan las semanas, el espacio anatómico se va agrandando al igual que las páginas del cuaderno: el cómputo cotidiano tiene un correlato físico tal que el tiempo –intangible– se hace materia y, como la misma Riera interpreta, esa materialidad del cuerpo se duplica en el texto: “Existe un espacio acotado femenino, vinculado sin duda a nuestras cavidades oscuras, a la boca ciega que nos conecta, a través del sexo, con la profundidad telúrica, ancestral [...] Sabes, *ninona*, ese espacio, ahora se ensancha e impregna mi escritura” (105). O dicho de otro modo: la inmaterialidad de las horas encuentra un

¹⁷² Para Riera, transcurrieron “once años largos, desde que empe[zó] el diario hasta la fecha” de publicación (10) y para Wiener tres, desde el nacimiento de su hija Lena en 2006 hasta la publicación de *Nueve lunas* en 2009. No obstante, la crónica de la peruana es presentada en retrospectiva sólo haciendo coincidir, como veremos, el presente narrativo con el momento del parto.

espacio doble –corporal y textual– que se va dilatando y, al hacerlo, evidencia que el cuerpo hace el tiempo. Un tiempo que, en este caso, marcha hacia un punto concreto: el final del embarazo, la expulsión del otro cuerpo que ahora contiene, la apertura de un nuevo acto.

Si *Tiempo de espera* cuestiona, como ya he mencionado, la manera tradicional de concebir el embarazo como un momento en que la marcha de los relojes parece cesar y la mujer se ha de retraer para aguardar callada la llegada del ser que le dotará de su auténtico y definitivo rol de madre, también remite a la facultad humana de poder pausar y reflexionar sobre lo que acontece.¹⁷³ La elección de la forma diarística se ajusta a esa manera de concebir la espera: un lapso trascendente de calma e introspección donde se configura la subjetividad de la narradora pues, como recuerda Bettaglio, “las narraciones en primera persona en forma de diarios y novelas epistolares ofrecen la posibilidad de una mayor introspección y autoanálisis” (“Escribir” 112).

La imagen de la cubierta del libro en la edición en castellano es, en cuanto a este punto, sugerente.¹⁷⁴ La ilustración se titula “Woman with Child” y pertenece al pintor galés Michael Mortimer Robinson. En ella, una mujer embarazada de mirada serena está recostada con un libro abierto del que ha apartado la vista y parece contemplarnos, dejando así de ser simplemente un objeto a disposición de la mirada masculina para convertirse en agente que interpela al que mira. A su lado hay un plato con dos piezas de fruta, y bajo su brazo, un cojín oscuro. La figura se integra en su entorno de tal manera que es y no es el centro del cuadro: el vientre, ligeramente abultado es junto al brazo que lo rodea el eje que dispone la composición, la cual aparece

¹⁷³ Esto, también requiere ocio y tiempo de calidad, para lo que es necesario tener medios o pertenecer a determinadas clases sociales, por lo que el mero acto de escritura se convierte en un acto sociopolítico. O en otras palabras, lo social, frente a lo puramente identitario, es decisivo en la experiencia.

¹⁷⁴ La versión en catalán utiliza otras portadas distintas por lo que cabe recordar que muchas veces es el editor y no el autor quien las elige con vistas a promover las ventas.

dividida en cuatro partes con distintas tonalidades que realzan la centralidad del cuerpo gestante. La mujer nos mira y se sabe observada, no está ausente sino que tiene una presencia consciente, posando con seguridad ante la mirada de los que observan. Su posición abstraída, en vez de sugerir el estado pasivo normalmente asociado al embarazo, parece confirmar la, al menos, doble naturaleza de éste –subjetiva y corporal–, cuestionando, como el mismo diario, la ideología que entiende la gestación como un periodo de reposo con meros cambios físicos que no reconoce su ilimitado potencial intelectual.¹⁷⁵

Del mismo modo, el relato de Riera pone en evidencia cómo su vientre en crecimiento va adquiriendo tal protagonismo que acaba siendo el núcleo a partir del cual no sólo se articula su narración sino toda su práctica social y cultural. Es el cuerpo de la mujer embarazada el que marca el tiempo, a otro ritmo, a pesar de querer atraparlo textualmente con la precisión de los relojes. Su diario, así, constata el paso de los días, de los meses, de las estaciones, con el propósito de “preservar la cotidianidad de la devastación temporal, para expandir hacia fuera tu vivir intrauterino” (Riera 30). Y como la propia narradora confiesa, la relación que experimenta con el tiempo durante el embarazo es distinta:

Percibo el tiempo de otro modo. El tiempo se demora en tus ojos, redondea tus uñas, perfila tu óvalo, conforma los delicados lóbulos de tus orejas. El tiempo cumple con sus obligaciones de perfeccionarte. Sirven los días para acabar lo comenzado. Para conseguir tu plenitud de criatura a punto de nacer. No son cíclicos –días que suceden a la noche– sino lineales, días que apuntan a la vida. (129)

¹⁷⁵ No obstante, mientras la imagen de la portada nos presenta a una mujer (aparentemente) leyendo, Riera se presenta a sí misma escribiendo, lo cual es significativo ya que ese retrato ha sido realizado por un hombre (pintando a una mujer como objeto y sujeto), a diferencia del autorretrato que nos presenta Riera en su libro.

Riera nos ofrece así un texto sobre el amor maternal que crece a ritmo corporal, día a día, impulsado por “el deseo de regalarle algún día a mi hijo o hija las horas que vivimos y los espacios que cruzamos juntos” (Riera 13). Su deseo de ser madre de nuevo y de constatar el proceso por medio de la escritura es sugerente: insinúa que esa “creatividad expansiva” que, según ella, vive la mujer embarazada ha sido poco, o nada, explorada y por medio de esta narración quiere paliar dicho silencio con un relato *ad hoc* sobre la experiencia de la maternidad vivida desde el cuerpo, espacio a su vez delimitado por un tiempo preciso, cuarenta semanas. Nanclares y Wiener también utilizan la temporalidad precisa que marca la gestación para sus narraciones aunque, en su caso, será para subvertirla: Nanclares no gesta un ser humano sino simplemente un texto durante esos nueve meses tradicionalmente destinados a la reproducción corporal y Wiener, si bien da a luz a una hija, sus *Nueve lunas* no sólo remiten a la gestación, como veremos, sino sobre todo a la sexualidad y metamorfosis del cuerpo embarazado, asuntos que Riera silencia en su diario o toca sólo superficialmente.

El tiempo es, como vemos, una preocupación constante desde el inicio del diario que se confirma por el hecho de estar escribiendo un texto fechado meticulosamente, con entradas asiduas y puntuales, salvo escasas omisiones. Si la forma diarística se caracteriza por la libertad, tiene que cumplir, no obstante, unos condicionamientos mínimos como la periodicidad y la inmediatez narrativas pues, según Enric Bou, “el diario es una crónica cotidiana, escrita desde el presente, de una experiencia personal” (124). Esta es, precisamente, la voluntad de Riera: “Las secuencias cotidianas encapsulan la vida. Ofrecen, como en las casas de muñecas, espacios minúsculos, compartimentos a escala que es necesario hacer habitables. En las cuadrículas de este cuaderno se almacenan provisiones de vida en común” (122). De esta manera, la obligación

periódica, si bien choca con la supuesta libertad de la escritura del diario, es también la única regulación de la misma. Como sugiere Maurice Blanchot en *El libro que vendrá* (1979),

El diario íntimo, que parece tan desprendido de las formas, tan dócil ante los movimientos de la vida y capaz de todas las libertades, ya que pensamientos, sueños, ficciones, comentarios de sí mismo, acontecimientos importantes, insignificantes, todo le conviene, en el orden y el desorden que se quiera, está sometido a una cláusula de apariencia liviana pero temible: debe respetar el calendario. Este es el pacto que sella.
(207)

El cómputo del progreso de un embarazo ha sido, por su parte, una práctica habitual. Desde la prehistoria, las mujeres han contado los días de sus ciclos,¹⁷⁶ dejando constancia de sus cálculos en las paredes de muchas grutas: “The mysterious carved notches found on many cave panoramas are now understood to be a recording of the menstrual cycle and the lunar months of pregnancy” (Thurer 9). Dos temporalidades corpóreas, menstrual y gestacional, que son las que encontramos en *Quién quiere ser madre*, *Tiempo de espera* y *Nueve lunas*.

La naturaleza formal del diario, un espacio donde anotar en fragmentos irregulares el día a día, se adapta a la narración de la gestación de tal manera que, como la misma Riera sugiere, parece ser el correlato textual del acontecer intrauterino. Sin embargo, los diarios que dan cuenta del desarrollo embrionario han estado alejados de los círculos editoriales y del interés cultural: una vez que el embarazo se convirtió en tabú a causa de la Contrarreforma (Visa y Crespo 86), su representación ha sido exigua y ha estado íntimamente ligada, sobre todo, desde el siglo

¹⁷⁶ *Diario de un cuerpo* (2016) de Erika Irusta es el ejemplo literario más reciente del registro menstrual.

XVIII, al campo de la medicina, el cual desautorizó paulatinamente el conocimiento y poder que las mujeres ejercían en él, como vimos en el primer capítulo.¹⁷⁷

Hoy en día, los blogs han continuado esa tradición del cuaderno de bitácoras que escolta textualmente las trayectorias vitales de tantas personas y, también, aplicaciones electrónicas que registran todos los cambios asociados a las distintas fases del embarazo, muchas de ellas, previo pago.¹⁷⁸ Ahora bien, a diferencia de los blogs, los diarios íntimos no presuponen, en principio, la existencia de un lector inmediato salvo, claro está, el mismo autor que lo redacta el cual es, como sabemos, un sujeto dividido en escritor y lector. No obstante, recuerda Luque Amo, “la escritura del diario, por muy personal que esta sea, no está dirigida exclusivamente al autor que la escribe, sino que en el horizonte textual siempre hay un tercero, otro” (275). *Tiempo de espera* es, en este punto, una anomalía puesto que la conciencia de la existencia de ese otro, su hija, es lo que guía la narración: “Escribo pensando en que tú leerás algún día estas páginas” (118). Tal representación de su hija como destinataria silenciosa facilita tanto la creación de la “fantasía materna” como dar expresión a una voz propia; según Bettaglio, en *Tiempo de espera* “por medio de la estratagema de crear un interlocutor permite la articulación de la posición materna. El sujeto dividido se constituye a través de la narración de la madre que, a su vez, contiene y registra el discurso filial” (“Escribir” 113). La relación afectiva madre-hija que el texto

¹⁷⁷ “The medical profession was actively engaged in the elimination of female healers –their exclusion from the universities, for example– long before the witch-hunts began... The establishment of medicine as a profession, requiring university training, made it easy to bar women legally from practice” (Ehrenreich y English 16). “Men had gradually annexed the role of birth-attendant and thus assumed authority over the very sphere which had originally been one source of female power and charisma” (Rich 129).

¹⁷⁸ Cabe destacar la importancia de los blogs para las madres primerizas como evidencia el estudio *Madres en red: del lavadero a la blogosfera* (2014) de Visa y Crespo. En los blogs, indican las autoras, no hay nada nuevo: “Se trata de lo que las mujeres habían hecho siempre, pero en círculos muy reducidos y fuera de la luz pública: hablar y compartir experiencias personales” (22).

representa es lo que determina el discurso de la (pro)creación donde surge la subjetividad materna que había estado silenciada.

Al igual que las cartas, el diario pertenece a “los textos que se encuadran en los géneros literarios menos codificados y menos prestigiosos [...], poco apreciados pero por eso mismo con gran capacidad de innovación” –asegura Laura Freixas (*Silencio* 31). La misma Riera reflexiona en varios momentos sobre el hecho de estar componiendo un diario –forma que según confiesa no había explorado desde la adolescencia– y su significado:

Diario: espacio de libertad. Sin ataduras, sin límite, sin estilo, sin censura. Y no obstante, en el espejo de la nada, del sin, del papel en blanco, necesitamos también una imagen gratificante. Nos autocensuramos sin querer. Buscamos nuestro lado más favorecido.

Absurdo. Lo que me interesa ahora es lo que sucede dentro de mí. (25)

De este modo, si bien reconoce la libertad que le ofrece la escritura diarística, ésta aparece, no obstante, constreñida debido a una autocensura particular: ceñir su texto a la experiencia corporal del embarazo y, especialmente, a la relación de amor que establece con su futura hija: “Me gusta la idea de preservar este espacio en exclusiva para nuestras cosas, conjugando en primera persona del plural, o del dual mejor, si fuera posible, cuanto nos pasa” (48). Su discurso, en consecuencia, está condicionado por la particularidad del receptor, adaptando su narración a las circunstancias específicas de su mudo destinatario –su hija nonata. En consonancia con los planteamientos de Irigaray en “When Our Lips Speak Together,” Riera presenta un texto cuya narración pretende dar cuenta de la duplicidad que rompe con la individualidad por medio de un lenguaje diferente que no evita reproducir la misma historia: “For one is never separable from the other. You/I are always several at the same time” (Irigaray “Lips” 72).

El tiempo es una creación humana, puesto que en la naturaleza no se dan sino ciclos; por ello, se dice que el tiempo sólo existe en los relojes –invención nuestra. Para Bourdieu, el tiempo se crea al realizar acciones o pensar en ellas como parte del ahora, del antes o el después de su realización (*Invitación* 202). De tal manera, la representación del embarazo que lleva a cabo Riera puede ser entendida como un acto que se presentifica durante nueve meses en la escritura – fechada– del diario, haciendo así el tiempo de la maternidad, un tiempo siempre presente que implica una separación entre el pasado y el futuro de la mujer gestante, lo cual hace que Riera reflexione no sólo sobre las historias de su infancia en Mallorca, sino también las que pertenecen a sus antepasados familiares, las cuales conectan a su hija –su futuro– con su pasado, convirtiéndose así en el cuerpo histórico que opera de enlace entre esos dos puntos temporales distantes y que de otro modo permanecerían desconectados entre sí: “La experiencia del embarazo no sólo nos acerca al hijo o a la hija, nos aboca a su nacimiento de manera inexorable, sino que también nos hace entroncar con nuestros orígenes olvidados e ignorados, nos devuelve a nuestro propio nacimiento, del que todavía no habíamos tomado conciencia” (Riera 80). El antes y el después del embarazo suponen, como sabemos, dos momentos muy diferenciados en el orden social. Como propone Imaz, “llegar a ser madre es un proceso íntimamente imbricado con llegar a identificar a alguien como hijo o hija propia, y esta constatación no se produce de forma terminante sino que requiere de una *evolución*” (176, énfasis mío).¹⁷⁹ Y es precisamente esa evolución –un movimiento, un cambio de forma– tanto corpórea como temporal de la evidencia de estar gestando un ser humano de lo que da cuenta *Tiempo de espera*.

¹⁷⁹ Lo que me parece interesante aquí es el hecho de que Riera está usando la escritura para hacerlo; otras madres, en cambio, usan solo la comunicación oral con el nonato como forma de reconocimiento.

La preocupación temporal, por su parte, es consustancial al acto de escribir puesto que es una actividad que, entre otras cosas, juega con el tiempo. En palabras de la misma Riera, “la escritura es sobre todo un intento desesperado de ganar tiempo al tiempo, de detenerlo en otra coordenada. De cambiar tiempo en espacio. De materializarlo” (103). Del mismo modo, Ronald Blythe recuerda en *The Pleasures of Diaries* (1989) que “the diary-keeper is an interventionist, the transmuter of what would be normally perishable into what must last. Without a diary, almost everything we do or say or think or feel slips very quickly into oblivion” (1). Y es que la escritura es, junto a la procreación, la manera en que los seres humanos luchamos contra la tiranía del tiempo y pretendemos escapar a él prolongándonos en palabras y en cuerpos que nos salven de la nada, como vimos en Nanclares.¹⁸⁰

Así, vemos cómo en el texto esta batalla contra el tiempo se articula doblemente en el cuerpo y en la narración, esto es, en un relato de amor sobre la temporalidad del cuerpo: “Nunca había llevado un diario durante tantos meses. Ahora me siento con la obligación, sólo porque te lo he prometido. El tiempo parece menos huidizo cuando dejas constancia escrita de su transcurso” (Riera 103-104). Un compromiso que, a su vez, tiene que ver con el oficio de escribir, esto es, un deber para con la producción literaria que utiliza las experiencias vitales como materia prima narrativa y que, en este caso, emplea su actual gravidez como causa y efecto de la creación artística.¹⁸¹ Escribir es, antes que nada, una actividad corporal y, en esta obra, además, el objeto de la misma escritura es el cuerpo que escribe durante la mutación que el embarazo comporta: “Hace más de un mes que mi cuerpo vive sólo pendiente de otro cuerpo en

¹⁸⁰ Esta función de prórroga personal de la reproducción no pasa desapercibida para Riera, la cual reflexiona sobre ello en varios momentos: “Si me ocurriera algo todavía no sobrevivirías fuera de mi útero, y tu vida, como la de tu hermano, es lo que más me importa. *Vosotros sois mi mejor garantía de futuro*” (80, énfasis mío).

¹⁸¹ Según Laura Freixas, experiencia y tradición son las fuentes de las que bebe toda producción literaria (*Silencio* 147).

estricta sintonía interior y se va transformando al mismo tiempo que aquel se transforma” (Riera 20).

La narradora, al inicio de su texto, nos declara una exigencia corpórea de escribir y entender la mutación que transita su cuerpo a lo largo de los nueve meses de gravidez: “Siento una necesidad de dejar constancia escrita de los cambios que irán operándose en mi cuerpo, condicionado por el de otro ser que está dentro de mí” (13). De tal manera, el cuerpo es pensado a través de la escritura, siendo a su vez agente, vehículo y receptor. Como indica Merleau-Ponty, el cuerpo puede ser sujeto y objeto a la vez, es “capaz de ‘ver’ y de ‘sufrir’” (102), si bien Riera omite el padecimiento y presenta, en cambio, un cuerpo embarazado capaz de ver y gozar. Su narración nos sitúa ante una relación circular entre sujeto y objeto, narrador y narratario, agente y receptor, donde, además, el medio –como aseguró Marshall McLuhan– es el mensaje.¹⁸² Esto es, la misma narración del proceso de gestación pone de manifiesto cómo la subjetividad se construye por medio de la escritura: “A punto de llegar al siglo XXI –señala Riera– las mujeres hemos conseguido la capacidad de observarnos como objetos, siendo a la vez sujetos. Hemos dejado de ser anónimas, hemos conseguido manifestar nuestra identidad” (14). Y, en esta obra, esa identidad se presenta a partir de la transformación que la gestación comprende, una subjetividad en que la maternidad es una parte más y no el único aspecto que la define como mujer.

El género elegido, por tanto, no es arbitrario puesto que le permite configurar al sujeto materno al igual que representar todo lo que pasa durante el embarazo. El diario, en definitiva “es un texto donde cabe todo, hasta el punto de que cuando una novela pretende imitar su forma

¹⁸² En 1962, McLuhan propuso en su obra *The Gutenberg Galaxy* que todos los medios son “extensiones” de nuestros sentidos, cuerpo y mente (4).

busca, justamente, esta incoherencia textual que la habilite como modalidad diarística” (Luque Amo 276). Puede anotar regularmente, sin una extensión fija, las reflexiones y palabras que considera oportunas en cada momento, las cuales pueden incluir, como vimos arriba, una revisión de los discursos reproductivos, datos relacionados con las visitas ginecológicas, las conversaciones mantenidas con familiares o amigos, los sueños que perturbaron algunas noches y, como analizo en las siguientes secciones, la relación que entabla con el propio cuerpo y la hija que lo habita.

Riera quiere restituir potencial creativo al embarazo, como declara en varias ocasiones (“No entiendo por qué las mujeres no hemos reivindicado mucho más esa facultad maravillosa, ese don impagable que supone dar vida y no hemos transformado esa prerrogativa en un arma – ahora sí, bien cargada de futuro para poder cambiar el mundo” [178]), pero, sin embargo, apenas altera la manera en que se ha simbolizado, empleando un lenguaje y un tono que participa del mismo proceso de purificación. Por ello, su estilo narrativo reitera la representación tradicional del embarazo como algo sagrado, a diferencia de Nanclares y Wiener que tratan de dismantelar ese lugar común de la gestación y restituir su alcance político por medio de un estilo que arremete contra la supuesta sacralidad del mismo. Así, si bien el propósito de Riera es cuestionar las nociones de la maternidad pasiva, dolorosa y abnegada naturalizada por el discurso patriarcal con un texto sobre un sujeto activo que se relaciona con su hija desbordando amor y dicha en todas sus páginas, reproduce el estilo depurado y considerado el único capacitado para referirse a ella: una prosa poética que evoca el sigilo con que siempre se ha hablado de la gestación y la mujer embarazada, en especial, la circunspección relacionada con la sexualidad del cuerpo gestante, como analizo en el siguiente apartado.

La narradora, por tanto, focaliza los acontecimientos desde adentro, dando su punto de vista y haciendo comentarios directos sobre lo relatado. Toma agencia en un papel que siempre se ha considerado pasivo¹⁸³ y es donde la escritura de la maternidad deviene subversiva. Según Bourdieu, durante la espera experimentamos el tiempo de otra manera, puesto que éste parece estar dotado de autonomía propia y escapar a nuestro control (*Invitación* 204). Del mismo modo, el embarazo nos pone ante una situación en la que no sólo el tiempo como entidad abstracta sino el propio cuerpo se siente como un organismo libre de nuestro dominio: “The power of the body to act, without needing direction from a woman’s conscious plan, is made dramatically manifest during pregnancy” (Mullin 39). Por ello, Riera persigue regular –siquiera textualmente– esa pérdida de gestión que supone un embarazo; un deseo de control a través de la escritura. El cuerpo de la embarazada como algo desconocido y fantaseado como poderoso y oscuro remite, a su vez, a un imaginario masculino sobre el cuerpo de la mujer (Rich 162). Como indica Grosz, no podemos pensar en el cuerpo como un organismo puro, precultural o presocial, sino como un objeto del discurso y de la sociedad, ligado al orden del deseo, la significación y el poder: “Far from being an inert, passive, noncultural and ahistorical term, the body may be seen as the crucial term, the site of contestation, in a series of economic, political, sexual, and intellectual struggles” (*Volatile* 19). El cuerpo es, sin duda, un espacio clave en el discurso procreativo: a continuación, investigo la relación que el sujeto narrativo establece con su cuerpo en transformación durante los meses de embarazo.

¹⁸³ Reflexiona, por ejemplo, que quizá los diseñadores de ropa prenatal, “consideran, todavía, que sólo servimos de estuche, de cavidad o receptáculo para el desarrollo del futuro niño” (Riera 32).

3.3: La relación con el cuerpo

El yo gestante que configura Riera, como he indicado, quiere ser sujeto y objeto a la vez, lo cual nos ofrece una visión paradójica del cuerpo embarazado, la cual fluctúa entre la agencia y la alienación. Según Young, esta situación contradictoria es precisamente la realidad de la mujer embarazada pues se siente a un tiempo conectada y desligada, separada y doble, cabeza y vientre:

The pregnant subject, I suggest, is decentered, split, or doubled in several ways. She experiences her body as herself and not herself. Its inner movements belong to another being, yet they are not other, because her body boundaries shift and because her bodily self-location is focused on her trunk in addition to her head. (46)

Y es que la alienación que nos presenta Riera respecto a su embarazo tiene que ver, por un lado, con el crecimiento fetal que su cuerpo realiza sin su control mental y que transforma radicalmente la imagen corporal que tiene de sí misma (perdiendo atractivo) y, por otro, con la posición que los discursos que construyen su cuerpo, en concreto la jerarquía médica, le hacen tomar, disminuyendo aún más su autoridad en el proceso: ¿es agente de la procreación o aparece alienado respecto a ella?¹⁸⁴ Tal paradoja la encontramos en las tres obras respecto a la posición infantilizada e invisible que tienen las protagonistas frente al discurso médico; en *Tiempo de espera*, por ejemplo, es evidente cuando se somete a la amniocentesis:

No me hacían ningún caso, ni siquiera contestaban a mis preguntas sobre qué pasaba. Por fin me han asegurado que el peligro había pasado y me he quedado de piedra. Nadie me

¹⁸⁴ Bordo examina en “Are Mothers Persons?” (2003) esta paradoja de las mujeres respecto a la reproducción pues, si por una parte su cuerpo es el protagonista de la reproducción, su subjetividad es ignorada e invalidada.

había avisado de que la amniocentesis, en ocasiones, resulta peligrosa para el feto y hasta puede provocar el aborto. (51)

Asimismo, toda la información médica que forma parte del contexto del embarazo enfatiza tal extrañamiento corporal: oxitocina, toxoplasmosis, amniocentesis, episiotomía..., términos científicos que se vuelven familiares para las mujeres embarazadas. Hasta el tiempo gestacional se mide diferente, no ya por días o meses como usualmente se computa en el ámbito hispanico, sino por semanas por influencia del lenguaje clínico: “Parece ser que desde la quinta semana has desarrollado un montón de reflejos. Desde la octava mueves la cabeza, el tronco y las extremidades. Tus movimientos traducen tus intereses, pero yo soy todavía *profana* en tu lengua” (Riera 24, énfasis mío). De tal manera, el embarazo puede suponer una disociación de la vida previa y, a su vez, es el tránsito que prepara para una nueva forma de estar en el mundo, la cual implica, como vemos, aprender un nuevo lenguaje: estos textos sobre la reproducción muestran esa transformación que se está operando y el poder del lenguaje y los textos literarios, así como la construcción discursiva de la identidad.

El embarazo, a su vez, realiza una asociación de cuerpos que, no obstante, ha sido sustituida por el protagonismo del embrión como ser independiente que crece a su propio ritmo y que no la madre que lo contiene sino la medicina sólo puede interpretar (Bordo 79): ecografías, análisis, dopplers... Algunos de los mecanismos que la tecnología ha desarrollado con el propósito de restar misterio a la creación más enigmática que se conoce –la reproducción del cuerpo humano–, al tiempo que ratifica la autoridad científica: “En ese papel de intérpretes absolutos de la ciencia –reflexiona Riera sobre la anulación que experimenta ante los médicos– recae una de sus principales prerrogativas, como los curas con la divinidad. No en vano cumplen funciones parecidas” (27). Así, recrimina que la ciencia se haya convertido en una nueva religión

cuyos dogmas son indiscutibles, los cuales invisibilizan y minimizan el conocimiento femenino.¹⁸⁵ La presencia del discurso científico es notoria en los tres textos que estudio, un discurso que, si bien es alienador, ha sido el único aceptado para hablar del cuerpo de la mujer embarazada (antes de que las mujeres escribieran sobre su propio cuerpo reproductor). Es un discurso que no deja de ser patriarcal y masculino, el cual es asumido por estas escritoras aunque, a diferencia de Nanclares y Wiener quienes lo usan como manera de reivindicar otras opciones, en *Tiempo de espera* hay una interiorización y aceptación pasiva del mismo pese a reparar, como he señalado, en su función enajenante.¹⁸⁶

La devaluación llevada a cabo por el discurso médico de la relación privilegiada que tiene la mujer embarazada con el feto y con su propio cuerpo ha sido criticada, entre otras, por Young. Esta autora sostiene que dentro del contexto médico de autoridad y dependencia que ya de por sí existe en la actualidad en la relación entre doctor y paciente, en el proceso de embarazo y parto, además se les priva con frecuencia de autonomía debido a la instrumentalización y medicación a la que son sometidas las mujeres gestantes (46). Sin embargo, la gestación crea nuevas relaciones. Abre el cuerpo a la otredad de manera que hace de la experiencia algo permeable, tanto física como mentalmente, una porosidad que puede servir de modelo a relaciones más abiertas con los demás y a una noción nueva de la subjetividad: “Pregnancy reveals a paradigm of bodily experience in which the transparent unity of self dissolves” (Young 46). De manera análoga, Riera entiende el proceso corporal de la gestación como una ruptura con la concepción

¹⁸⁵ Como demuestran Ehrenreich y England, el control masculino por la ciencia y la medicina y la consecuente desaparición de las mujeres del campo no tiene una justificación histórica consistente, fue una batalla política que forma parte de la historia de la lucha sexual; por ello, “professionalism in medicine is nothing more than the institutionalization of a male upper class monopoly” (42).

¹⁸⁶ Si bien, como vimos en el primer capítulo, el acto radical sería no sólo rechazar el discurso sino el tratamiento médico en sí, lo cual abre otro debate ético de hasta qué punto el individuo tiene control y libertad total –o debe tenerla– sobre su cuerpo (y el de su feto).

de individuo –unitario e independiente– propia de la filosofía occidental y disuelve el binarismo implícito de la misma ya que las nociones de dentro/fuera, yo/otro, se complican:

Íntimo viene de *timor*, temor en latín. Íntimo, aplicado a aquello que es lo más interior de cualquier cosa. Intimar: introducirse en los cuerpos a través de los poros o espacios vacíos. También introducir temor. Intimidad tiene que ver con interioridad, con aquello que se guarda en el interior, en consecuencia, contigo, que estás dentro de mí. Tú eres mi mejor intimidad. (Riera 25)

Una ruptura con los binarismos propios de la mentalidad occidental que evoca la interconexión y los lazos que se extienden entre los seres humanos más allá de las fronteras que nuestro pensamiento crea. En este mismo sentido, Irigaray indica que en la experiencia reproductiva “you/I become two to please them. But once we are divided in two –one outside, the other inside– you are no longer embrace yourself or me” (“Lips” 73).

Ahora bien, a pesar del tono afirmativo que Riera mantiene en su diario respecto a la maternidad y la positividad que quiere transmitir, muestra una preocupación constante por la transformación corporal que implica el embarazo. En su caso, no sólo es el avance del tiempo y la cercanía de la vejez¹⁸⁷ sino que, sobre todo, el mayor volumen corporal aparece asociado a la pérdida del atractivo físico: “Imposible gustar a nadie con ese aspecto cada vez más panzudo” (20), indica al inicio de su embarazo y, pocos días antes del parto, reitera que “el cuerpo de una embarazada hacia el noveno mes es épico, lírico y dramático, enorme y glorioso, pero nada atractivo. Por eso, quizás, casi no existen retratos de desnudos de embarazadas” (185).¹⁸⁸

¹⁸⁷ Al sexto mes escribe: “Más bien soy una madre-abuela” (Riera 139).

¹⁸⁸ Hay en la actualidad proyectos que precisamente muestran los cuerpos embarazados y del posparto de una manera directa, auténtica (e incluso cruda), lo cual ha sido importante para la historia del arte occidental. Por ejemplo, en el ámbito hispánico, destacan las fotografías ya mencionadas Álvarez-Errecalde y Casas Broda.

Como recuerda Mullin, para la sociedad occidental “pregnant women are often seen as unfit subjects for sexual interest, or at least inappropriate objects for a sexual gaze” (32). Del mismo modo, *Tiempo de espera* reproduce esa concepción asexual del cuerpo embarazado y un ideal de belleza misógino donde no tienen cabida la mayoría de los cuerpos de las mujeres que son madres: “Tener tripa ahora es normal, pero soportarla luego una lata antiestética, que no estoy dispuesta a permitir” (Riera 139).¹⁸⁹ La narradora de *Tiempo de espera* parece por ello sufrir “the obscure bodily self-hatred peculiar to women who view themselves through the eyes of men” (Rich 220). Tal visión de las embarazadas, no obstante, puede tener implicaciones positivas pues, como sugiere Young, la separación que la cultura occidental hace de la sexualidad y la gestación posibilita que las mujeres se liberen de esa mirada masculina que las aliena y convierte en objetos sexuales. Así, durante el embarazo, el yo puede verse por primera vez libre de ser mirado como mujer y sentirse, en cambio, visto con aprobación: tal es el aura de la gestación (Young 53). Sin embargo, esa mirada aprobatoria que sugiere Young es cuestionable pues implica otorgar valor a la mujer únicamente en cuanto a su función materna (ya que sólo recibe el reconocimiento por su inminente rol de madre) lo cual vendría a conservar y legitimar la identificación de feminidad y maternidad limitando y restringiendo por ello tanto la subjetividad como las oportunidades femeninas.

¹⁸⁹ En esta idea del cuerpo embarazado como repulsivo evoca la estética de lo grotesco planteada por Bajtin que con su protuberancia retaba los cánones de belleza aceptados: “El cuerpo grotesco no está separado del resto del mundo, no está aislado o acabado ni es perfecto, sino que sale fuera de sí, franquea sus propios límites [...]. En actos tales como el coito, el embarazo, el alumbramiento, la agonía, la comida, la bebida y la satisfacción de las necesidades naturales, el cuerpo revela su esencia como principio en crecimiento que traspasa sus propios límites. Es un cuerpo eternamente incompleto, eternamente creado y creador, un eslabón en la cadena de la evolución de la especie, o, más exactamente, dos eslabones observados en su punto de unión, donde el uno entra en el otro” (25).

Además, tal asexualidad ligada al cuerpo embarazado se ha confrontado desde los años noventa con una nueva tendencia que ha dotado de erotismo al cuerpo femenino durante el proceso de gestación, lo cual analizo en el capítulo siguiente ya que *Nueve lunas* nos presenta un sujeto embarazado que expone su sexualidad sin reservas en un juego que cuestiona no sólo su construcción como entidad muda y pasiva sino también apolítica y asexual. Esta nueva situación que sexualiza el cuerpo gestante, como recuerdan Visa y Crespo, sucedió a partir de que actrices y cantantes famosas comenzaran a exhibir ese cuerpo sin reservas:

la representación del embarazado toma un nuevo rumbo a raíz de la aparición en portada de Demi Moore embarazada de siete meses y desnuda, en la revista *Vanity Fair* en 1991. Moore posó desnuda para la fotógrafa Annie Leibovitz con una actitud hasta entonces poco visible en los medios, segura de sí misma y sexy. El retorno a lo público del embarazo no se hizo pues desde unas supuestas buenas formas o revistiendo la mujer como la dulce portadora del porvenir, eliminando las connotaciones sexuales de la gestación. No, al contrario, estas aparecen potenciadas. Los grandes pechos y la enorme barriga se muestran en las portadas en avanzados estados de la gestación, y son los atributos que más se resaltan. (92)

En febrero de 2017, la aparición de la cantante Beyoncé durante la gala de los premios Grammy marcó también un hito en cuanto a la representación del cuerpo embarazado: por primera vez, el cuerpo de una mujer negra aparecía en los medios como diosa de la maternidad, con claras referencias a la iconografía mariana (eminentemente blanca) y a la de otras diosas relacionadas con la fertilidad, orientales y africanas (“Beyoncé”). Sin embargo, cabe recordar que, a pesar de haber una mayor exposición del cuerpo embarazado, éste sigue estando condicionado por la mirada masculina: los pechos abultados y la barriga encinta se aceptan voluminosos (y

atractivos) porque se presupone que volverán, tras el parto, a su firmeza habitual. Y es que los mandatos de belleza durante el embarazo son todavía más opresivos ya que las mujeres viven la expansión de su volumen de manera contradictoria puesto que, por un lado, el crecimiento corporal asegura que el desarrollo embrionario se está produciendo con normalidad pero, por otro, temen la permanencia de esa nueva redondez. Riera recoge así dicha inquietud, la cual tiene que ver, sobre todo, con la aceptación social del cuerpo de las madres:

Desnuda frente al espejo: el vientre empieza a destacarse como la proa redondeada de un *bou*. Los pechos han aumentado considerablemente de volumen. A veces me duelen. Se transparentan las venas, azuladas, de una coloración más intensa, jeroglifos tatuados debajo de la piel. Es posible que este embarazo acabe con mi *body* definitivamente. No es que no me importe, me importa y mucho. Soy demasiado joven para que me consideren vieja, pero tal vez demasiado vieja para ser considerada joven. (118-119)

La preocupación por la belleza corporal es, como vemos, una constante en la narración de Riera (la cual, en menor medida, continuará estando presente en Wiener). De hecho, la fricción con su propia madre recuerda a la rivalidad entre mujeres fomentada por los cuentos populares, la cual, confiesa, quiere reparar en la relación con su hija: “Por desgracia para mí, tu abuela era infinitamente más bella, elegante y atractiva que yo. ¡Qué lástima no haber salido físicamente a ella! No sabes cómo me gustaría que tú te le parecieras. Pero, sobre todo, lo que más me gustaría es enviarte a ti tanto como la envidié a ella” (166). La experiencia que ya tiene de la maternidad, no obstante, le hace vivir de manera diferente esta nueva duplicidad corporal. Libre de la ansiedad que el temor a lo desconocido le infundió su primera gestación, desea representar su estado alejado del estigma de dolor que tradicionalmente se le impone a la maternidad, como ya he indicado.

Sin embargo, Riera nos va informando a lo largo de los nueve meses de cierto temor, no ya al parto sino a concebir un ser humano que no se adapte a sus expectativas de *normalidad*: “El hecho de que pueda ser anormal me quita el sueño” (19) afirma tras la primera visita al ginecólogo. No obstante, si parece que esos miedos se van disipando tras los resultados positivos de la amniocentesis, al final del embarazo nos confiesa de nuevo su recelo: “A medida que el día se acerca no puedo dejar de sentir un cierto temor, pero mucho menos que cuando esperaba a F. porque entonces sin ningún tipo de experiencia, me enfrentaba a algo desconocido” (145). La aprensión hacia el parto, asegura, es en este caso diferente: “No me da miedo. Tal vez porque toda la dosis de miedo posible me la tomé la primera vez. Entonces –en las últimas semanas, escribí *Te deix amor, la mar, com a penyora*, una especie de testamento sui generis– verdaderamente me veía morir al dar a luz” (170). Ahora, no obstante, se siente confiada: “Todo saldrá bien. Te lo aseguro” (171). Este cambio de perspectiva que viene dado por la experiencia ya vivida de un parto previo choca, como veremos en el siguiente capítulo, con el pánico que Wiener confiesa sentir, sobre todo, con la intensidad de las primeras contracciones. Riera, por su parte, conoce esos “dolores espasmódicos tan sincronizados y esplendorosos. Tanto que los [tiene] clavados aún en la memoria. Pero esos dolores no matan” (171). El desasosiego, sin embargo, es hacia lo que vendrá después: “Constato que el embarazo dura lo que un curso escolar, nueve meses. Pero después del desalojo de úteros y aulas, viene lo *más duro*, lo maduro. A eso sí que le tengo miedo. Ahora es formidable llevarte conmigo a todas partes” (104, énfasis mío). Es un miedo que tiene que ver con la persistente identificación de mujer y cuidadora pues, como la misma Riera refiere, si bien el feto necesita “una vez fuera, de la atención del padre y de la madre para sobrevivir,” sigue siendo “sobre todo la madre quien se encarga de casi todo” (102). Así, vemos que la lucha feminista no tiene aquí que ver tanto con la diferencia del cuerpo

biológico sino con la política desigual de cuidados existente todavía en la sociedad pues, como asegura Joan Tronto, “cuidar no es más natural para las mujeres, lo hacen por el privilegio de los hombres,” un privilegio que no están dispuestos a perder.

El cuerpo embarazado atraviesa un proceso que, como muestra el texto de Riera, no sólo tiene que ver con un desarrollo embrionario sino también con el ámbito de la imaginación. Se crea un ser a la par real e imaginario, puesto que una madre crea *antes* con su mente al hijo o hija que su cuerpo procrea. Así, escribir sobre la creación de una criatura al tiempo que se está gestando podemos considerarlo una paradoja ya que se lleva a cabo un intento por controlar con la mente lo que el cuerpo realiza por sí mismo. La palabra, por tanto, se hace carne:

Mi cuerpo se acopla al tuyo, ajeno a mi voluntad. En cambio, mi pensamiento, mi imaginación, mi memoria, en suma mi espíritu, vive pendiente de ti, conscientemente.

Mientras te creo –adquieres peso y volumen en mi interior–, te recreo. Me pregunto hasta qué punto esta recreación consciente, intencionada, enamorada, va a influir en tu desarrollo. Y también, cuál de las dos será más importante en el futuro: tú, mi hija imaginada, o tú, la desconocida instalada en mi interior. (91)

Su diario, en consecuencia, va dirigido a un lector específico: la criatura que crece en su vientre, un receptor textual que va formando con su organismo y, a la vez, proyectando con su imaginación.¹⁹⁰ Es un destinatario doble que engendra simultáneamente con sangre y tinta, con gonadotropinas y con vocablos:

Escribo sobre ti, a veces en tu nombre, otras sobre mí pero siempre mis palabras te buscan [...]. También te doy vida con mis palabras, entre las páginas de este cuaderno,

¹⁹⁰ “Te lo cuento y me lo cuento” (Riera 81).

niña hecha de letras y de papel. Aunque quizá me engaño al pretender escribir desde ti y para ti, tal vez eres sólo la excusa que necesito para sentirme obligada a dejar constancia de los días embarazados. (117, énfasis mío)

En *Tiempo de espera* aparece una conexión entre el placer del embarazo con el que provoca la escritura: la página en blanco se asemeja a esa nueva vida que está gestando, ambas todavía por escribir y tanto una como otra creadas por un sujeto femenino: “Enhebro palabras para coserte al vestido de la vida. Un tambor de luna, un folio en blanco. Cuaderno para bordar la ropa que aún no necesitas. Palabras muletas, puntales de la casa de la memoria” (30). El espacio de creación es el cuerpo de la madre, el cual deviene “útero de papel” al tratar de realizar con palabras lo que su cuerpo está creando con hormonas: otro ser, un doble en el cual verse reflejada y perfeccionada. Crea una relación madre-hija por partida doble, consciente de lo que implica tal creación: “Tú la que ahora estás dentro de mí, ¿serás la misma cuando salgas? [...] ¿O, por el contrario, habré imaginado sólo lo que tú eres, y tu realidad me hará comprobar la diferencia?” (154). Así, mientras su cuerpo elabora a su hija de manera prácticamente hermética y sin poder intervenir en su curso, en su diario la realiza *a conciencia* de modo que pone de manifiesto una necesidad por el control de la creación de la que tradicionalmente las mujeres habían estado desterradas:

Concebir, generar, producir, gestar, dar a luz, parir. Palabras que se aplican también a la creación literaria considerada como un parto. No deja de ser curioso que la actividad intelectual haya estado vetada durante tantos años a la mujer. Pero eso era cuando nos minusvaloraban. Ahora ya no. (Riera 184)

Su hija es, por tanto, un interlocutor que existe, antes de nacer, como ficción.¹⁹¹ De tal modo, pone en evidencia que las mujeres participan tanto de la procreación como de la creación literaria, puesto que ambas se confunden en su narración de tal manera que no sabemos cuál precede: si su hija de carne dio pie a la narración o si ésta originó a la otra, igual que los discursos que lo conforman y lo crean, preceden también a este. Es una cadena sin origen claro. Su deseo de tener una hija precede al diario, el cual parece haber sido concebido antes que el embrión: “Hace un par de años, cuando sólo habitabas en mi deseo, quizás a consecuencia de mi predisposición, comencé a recopilar nanas con la intención de publicar una antología” (74). Así, apuntala la relación textual con su hija en un deseo de gestación previo, el cual, a diferencia de Nanclares, no fue el motor de esta producción literaria pese a haber incitado, igualmente, la actividad artística.

En resumen, su diario corporal está vinculado también al género epistolar ya que su narración está configurada como una serie de cartas sucesivas dirigidas a su hija.¹⁹² Un receptor que sería, a la vez, causa y efecto de la narración y que, a pesar del volumen físico que ocupa, es antes que nada, como toda creación literaria, una ficción. Para Marina Bettaglio, en *Tiempo de espera* “la división del cuerpo materno se expresa textualmente mediante la figura del destinatario, el receptor de la narración materna, que permanece en silencio” (107). Es decir, el desdoblamiento que vive físicamente se traduce en una *escritura dialógica* que se propone paliar la elipsis relativa a la procreación. Riera de tal manera crea un nuevo discurso que explora la relación entre lo material, el cuerpo reproductivo, y lo inmaterial o textual, al tiempo que sirve para reparar la relación afectiva entre madre e hija, como examino en la siguiente sección.

¹⁹¹ En este sentido, esta idea de la ficción conformando la realidad y últimamente confundiéndolas es también una vuelta a *El Quijote*, al origen de la novela moderna.

¹⁹² Según Camí-Vela, “el eje discursivo es la carta en forma de diario que le escribe a su futura hija” (18).

3.4: La recuperación de la relación madre-hija

El nudo madre-hija es, como ya he mencionado, una de las grandes elipsis de la literatura occidental. Como indica Rich, “this cathexis between mother and daughter –essential, distorted, misused– is the great unwritten story” (225). Varias escritoras de la generación de Riera, sin embargo, empezaron a rescatar en sus textos dicha historia no escrita afrontando el desafío de articular el hasta entonces desatendido vínculo madre-hija. Las escasas ocasiones en que tal relación ha sido representada se ha basado especialmente en la rivalidad y animadversión pues, por un lado, el conflicto está en la base de la misma literatura (también la relación de padre-hijo se ha representado en estos términos de enfrentamiento desde *Edipo* a Kafka) y, por otro, como toda amistad femenina, “has been profoundly threatening to men” (Rich 226). Riera junto a Tusquets, Montero o Roig, entre otras, participan del mismo movimiento que busca rehabilitar unos lazos que han permanecido por mucho tiempo ignorados y mistificados. Ordoñez indica que “the quest for maternal relations and matrilineal roots often becomes crucial” en el intento que llevan a cabo las autoras de los ochenta por reescribir historias desde una perspectiva propia y alternativa al discurso patriarcal en conexión con las teorías de la diferencia y *l’écriture féminine* propuestas por el feminismo francés coetáneo (52). En este mismo sentido, Irigaray sostiene en “Women-Mothers, the Silent Substratum of the Social Order” que el amor entre una madre y su hija es el texto reprimido de la cultura patriarcal (50).

La propia Riera subraya que “apenas hay en la literatura textos que hagan referencia a la relación madre-hija” (*Tiempo* 112) y, en consecuencia, propone con su diario, de manera similar

a lo que ha hecho en textos anteriores, atajar dicha elipsis.¹⁹³ Compone, por tanto, una narración que asienta una comunicación diferente con su hija nonata, basada en el amor y la confianza, una sororidad que viene dada no sólo por vínculos atávicos sino, sobre todo, por la analogía corporal, lo cual parece retomar los planteamientos formulados por Irigaray en “When Our Lips Speak Together”: “If we don’t invent a language, if we don’t find our body’s language, its gesture will be too few to accompany our story” (76). En palabras de Riera: “Teresa de Jesús escribe que mejor se entienden en el lenguaje unas mujeres con otras, y quizá tenga razón. Nuestra complicidad proviene no solo de tener la misma sangre, sino de la coincidencia de género” (Riera 104). En el texto encontramos numerosos pasajes donde la autora subraya la unión para ella incomparable que se establece entre madre e hija por el simple hecho de ser mujeres: “Si fueras un niño todo sería distinto, por mucho que te quisiera, no podría establecer contigo el mismo tipo de conexión. Nuestra relación se basaría en la diferencia, no en la semejanza” (Riera 84). De tal modo, Riera compone una narración que acentúa la interconexión, la afiliación y la comunidad entre madre e hija, configurando así una unión sin distinción clara puesto que la relación que se establece entre los personajes, la que estos tienen con la autora y la que entablan autora y lector se confunden, lo cual, como indica Hirsch, no son sino estrategias textuales que pretenden subvertir la lógica del discurso patriarcal (“Discourse” 73).

Si al principio del diario la narradora escribe sin todavía saber que tendrá una hija, confiesa que tiene “la impresión de que [es] una niña” (73), algo que celebra con júbilo cuando los resultados de la amniocentesis se lo confirman (“¡Eres una niña, una niña!” [83]), pues ésta se

¹⁹³ En *Palabra de mujer* (1980) y *Una primavera para Domenico Guarini* (1981) aparecen protagonistas que mantienen relaciones subversivas para ese momento histórico: por ejemplo, la mujer joven embarazada que mantiene una relación con otra mujer, o la que espera un hijo sin estar casada.

representa como la imagen en la que se ve reflejada en el espejo de su narración, la que continuará su legado:

Ahora que sé que eres una niña, un dulce proyecto de niña, me parece que estas notas cobran un sentido mayor [...]. A partir de ahora no sólo escribo a la búsqueda de una *destinataria implicada* en los acontecimientos de modo directo, sino también de una *cómplice* que comparte conmigo el género y la historia. (84, énfasis mío)

Y es que el momento histórico del que participa Riera, como ella misma expone en una conferencia, supone una nueva etapa en la que las escritoras “dejando de ser habladas comencemos a hablar” (citado en Ordoñez 48), voces nuevas que dan una importancia central a la relación madre e hija y subvierten la ideología dominante “to become the subjects of their own discourse” (Ordoñez 53).

Si bien Riera declara que “ser mujer no implica ser madre” (90), al descubrir que tendrá efectivamente una hija, concibe a ésta no sólo como una compañera con la que entabla una alianza especial, sino también como madre, como si ese fuera su destino inevitable por nacer con útero, como ya he señalado: “Cuando pases por la misma experiencia que yo ahora, cuando también esperes otra vida, quizá te venga bien contar con unos antecedentes propios, ofrecidos por la memoria de tu madre” (84). Sin embargo, tal contradicción de la maternidad entendida a la vez como parte indisoluble de la feminidad e independiente a esta viene disuelta al afirmar que “el mundo está lleno de espacios para poder ser mujer sin ser madre, pero no entre las páginas de este cuaderno” (90). Utiliza este ámbito textual para imaginar una madre en su hija, la madre que no ha tenido: la que en parte quiere ser para su hija y la que desea para sí (a pesar de que ya es madre de un niño): “Ahora a solas, con tinta azul, levanto la pluma y brindo por ti, mi otro yo, la hija que me hace ser madre, mi madre también puesto que me impulsa hacia la luz, me da vida,

me hace sentir en plenitud” (91). Esta identificación de su hija con la figura de la madre aparece reiterada a lo largo de la narración, como si ese nuevo ser viniese a suplir una carencia de amor maternal que su primer hijo no ha saciado.

De igual manera, es significativo que el nombre que elige para su hija sea, finalmente, el de María como cuenta que su marido había propuesto: “María es el nombre más sencillo, el nombre de mujer por antonomasia, el nombre de la Virgen, de quien yo, cuando era niña, estaba enamorada. No me parece mal. Me gusta” (127). Su hija aparece en consecuencia como esa mujer-madre que la misma Riera está configurando en su doble creación y que sería la evidencia de ese poder creativo de las mujeres que está reivindicando. Sin embargo, con su propia madre confiesa mantener un trato frío y distante:

Me gustaría saber qué sentía mi madre cuando me esperaba a mí. Sé que deseaba un niño porque me lo confesó la abuela, y debió de sentirse decepcionada cuando nací. Pero antes, ¿cómo debió de vivir su embarazo? Nunca me ha hablado de eso... No sé nada del primer embarazo de mi madre, ni si quería tener niños enseguida o prefería esperar. A veces me pregunto a qué pudo deberse mi concepción, si aparecí a acusa de un descuido o fruto del deseo de perpetuarse. Es posible que nunca llegue a saberlo. De mi madre no sé nada y ella parece poco propicia a las confidencias. (37-38)

Debido a esa carencia afectiva con la propia madre (“el tormento de su despego” [133]), Riera persigue construir una relación radicalmente opuesta con su propia hija, siendo este diario la primera muestra de esa conexión: “Quiero evitarte lo que me sucedió a mí” (166).¹⁹⁴ Un deseo de comunicación y afecto con su hija distinto a la envidia y rivalidad que ha sentido por su madre,

¹⁹⁴ “There is no indifference or cruelty we can tolerate less, than the indifference or cruelty of our mothers” (Rich 231).

lo cual puede entenderse en un doble anhelo de soslayar tanto ese modelo de madre como de hija. De ahí que la matrofobia que puede observarse en el texto –“uno de los rasgos que caracterizan con más frecuencia las representaciones maternas en las novelas de autoría femenina” (Concha y Osborne 14)– esté más relacionada con el miedo a convertirse en la propia madre que con el odio hacia ella: “Thousands of daughters see their mothers as having taught a compromise and self-hatred they are struggling to win free of, the one through whom the restrictions and degradations of a female existence were perforce transmitted” –indica Rich (235).

Como refiere en *Tiempo de espera*, la madre de Riera pertenecía a la clase alta mallorquina y aunque a diferencia de la mayoría de las mujeres de esa generación pudo realizar estudios universitarios, su vida quedó circunscrita al matrimonio y la familia. Su madre, confiesa la narradora, “era infinitamente más bella, elegante y atractiva” (166) además de “una mujer inteligente, culta y viajada” (134) y, sin embargo, “ella, que es licenciada en filología semítica, pero que jamás ha ejercido su carrera, suele reñir[le] por [su] escasa disposición para las tareas del hogar” (145). De tal modo, encontramos un retrato ambivalente sobre “esa desconocida antes de convertirse en [su] madre” (39): una mujer a la que admira por su belleza física y de la que se aleja pues, como indica Irigaray, la hija teme identificarse con la madre afónica de la ley patriarcal (*Yo* 47).

Por tanto, a diferencia de la relación distante y llena de reservas con su madre, configura una vinculación diferente con su hija, basada ya desde antes de saber que será niña en el entusiasmo y el amor incondicional: “Yo, excepto un antojo de felicidad absoluta, de felicidad total, de felicidad para siempre, no tengo ningún otro” (59). Ahora bien, es llamativa la ausencia del primer hijo varón en el texto, al cual solo menciona de pasada en contadas ocasiones (a las

cuales me he referido) y, por tanto, también es sugestivo el intenso deseo maternal que sigue presente. Desea, a diferencia de su esposo, repetir la experiencia reproductiva: “Fr. está mucho más preocupado que yo. A él no le apetece demasiado ser padre otra vez. Eso de empezar de nuevo le parece un latazo. A mí, en cambio, no me importa, al contrario” (15). Un deseo que aparece reiterado a lo largo de la narración, en concreto, al describir encuentros con amigos que se sorprenden de su estado (pues en los años en que redacta el diario era anómalo para una mujer de cuarenta años quedarse embarazada de nuevo) y les asegura que ha sido “absolutamente buscado” (36). En este sentido, está construyendo una narrativa sobre la gestación que sólo ahora al esperar una hija toma ese giro tan “femenino,” lo cual corre el riesgo de ser otra manera de encerrar a la propia hija dentro de un discurso que ha sido enfatizado por la lógica patriarcal que identifica a todas las mujeres con la función materna. El deseo de ser madre se presenta como no colmado del todo a pesar de tener ya un hijo, por lo que cabe preguntar si esto es debido al sexo o a la edad de éste –ya un adolescente– y a que la relación entre ambos ha tomado otro rumbo.

A su vez, es notoria la ausencia del esposo en el texto, el cual solamente aparece en determinados momentos para destacar su papel de aliado y padre amoroso en consonancia con el retrato de amor familiar que quiere configurar. Y es que la “Madre-función-del-Padre,” en palabras de Sau (14), era el modelo maternal predominante del que Riera, como muchas escritoras de su época, se quiere desvincular. Según Sau, tal asimilación de la función materna por parte del padre significó que la madre quedara “rebajada a pura metonimia, a la realidad coyuntural no trascendente del fenómeno visible del embarazo y el parto, la maternidad «natural» objeto de manipulación del padre” (17). Por ello, dentro de esta nueva unión madre-hija el padre no tiene tanto protagonismo sino que aparece en una posición descentralizada: sin

estar completamente ausente, no ejerce su poder paterno, negocia las decisiones y apoya a la madre sin imponer su voluntad.

La omisión parcial de los personajes masculinos de su familia –su hijo, su esposo, su hermano, su padre, su abuelo y bisabuelo– a quienes únicamente alude en términos positivos y celebratorios, por un lado, puede contribuir a fortalecerlos como personajes ausentes del texto y, por otro, responde al deseo de dar protagonismo a una genealogía femenina que a partir de la nueva relación amorosa con su hija quiere restablecer. De tal manera, Riera retoma la propuesta de Kristeva, Irigaray y Rich de utilizar el afecto como base de la relación entre madres e hijas:

What do we mean by the nurture of daughters? What is it we wish we had, or could have, as daughters; could give as mothers? Deeply and primarily, we need trust and tenderness; surely this will always be true of every human being, but women growing into a world so hostile to us need a very profound kind of loving in order to learn to love ourselves. (Rich 246)

El amor hacia su hija es así un sentimiento nuevo sobre el que se cimienta la relación revelando un anhelo por restituir una intimidad comunicativa y una alianza deteriorada en el caso español por el franquismo:

Frente a los que predicán la educación espartana, la que estaba de moda cuando era pequeña, bajo el pretexto de que la vida es dura y hace falta estar preparados para enfrentarse a ella, creo que solo una infancia feliz puede salvarnos de su crueldad y darnos el enraizamiento necesario para poder soportarla. (Riera 178)

Riera se crió durante la dictadura, etapa histórica en que las mujeres tuvieron restringidos sus movimientos dentro del espacio social y cultural, donde, asimismo, como vimos en el primer capítulo, se ensalzó un tipo de feminidad centrado en la figura del “ángel del hogar,” al tiempo

que una educación basada en la intimidación violenta.¹⁹⁵ La misma Riera, por ello, propone contrarrestar tal insensibilidad y despotismo con afecto y respeto: “Me pregunto si percibes que mi tacto te busca desde fuera, aunque también te acaricio desde dentro, íntimamente. Toda yo deseo acariciarte. Dime, ¿te llega mi absoluta voluntad de ternura?” (Riera 152). Según Bettaglio, la conversación que mantiene Riera con su hija, por tanto, “responde al deseo de enmendar el daño infligido [...] por una educación patriarcal tradicional que censuraba los lazos entre madre e hija” (“Escribir” 111). Toma distancia de esa madre represiva que, como retrató Lorca en la figura de Bernarda Alba, no sólo se encargaba de salvaguardar el honor de las hijas y de su familia, sino también censuraba cualquier comportamiento que no se atuviese a los altos estándares católicos de prudencia y castidad, por medio de una relación fría y contenida, llena de secretos y verdades a medias. Y es que ahí radica, como recuerda Rich, “the essential female tragedy” pues no solo la hija se queda sin madre, sino que ésta a su vez pierde a su hija (237).

Para alejarse de esa imagen de la madre castradora que había dominado el imaginario hispánico previo y se había convertido en el símbolo del conservadurismo español (Bettaglio 104), Riera elabora un texto poético sobre el gozo que le produce el amor hacia su hija y encarna un sujeto que encuentra felicidad durante la gestación: “Vivo esta etapa en plenitud sin dejar de ser lo que soy, consciente de lo que me está sucediendo, encantada con la metamorfosis que se opera dentro de mí” (147). Por medio de la representación de la relación con su hija, Riera quiere alterar la noción del amor materno basado en el sacrificio y la infelicidad, para lo cual, emplea, subvirtiendo, los elementos con los que se ha concebido el amor romántico heredero de la lírica tradicional como la confusión entre hija y amante o las frecuentes alusiones al deseo de

¹⁹⁵ Para más sobre el comportamiento femenino ver el clásico ensayo de Martín Gaité *Usos amorosos de la posguerra española*; y sobre la educación autoritaria durante la época de Franco, *El árbol del bien y del mal* (1998) de José Manuel Esteve.

encontrarse con el ser amado: “Apoyo con dulzura las manos sobre la barriga, acaricio mi piel, pero es a ti a quien quisiera que llegara esta caricia. Quisiera que mis manos pudieran traspasar, matriz y placenta, y llegar hasta ti” (152).

Así, nos presenta una nueva noción de la maternidad romantizada que, según Gimeno, “ha pasado a ocupar un lugar muy positivo en el imaginario cultural y se ha convertido en un espacio libre de cualquier posibilidad de crítica” (“Nuevo” 25). Los estudios que avalan la conexión madre-criatura han contribuido a dotar de un nuevo naturalismo científico a tal amor que ha resultado ser el nuevo complemento necesario para la vida de cualquier mujer: el amor por el hombre así ha sido sustituido por el de la criatura, “lo importante es preservar la centralidad del Amor en la vida de las mujeres y seguir construyendo sujetos (femeninos) dispuestos a entregarse al amor” (Gimeno “Nuevo” 24). Una lógica romántica que a pesar de querer subvertirla, Riera todavía parece quedar atrapada dentro de ella.

De tal manera, repasa los mitos sobre el amor provenientes de la tradición occidental y los reescribe en relación a la gestación, la cual es, para ella, la relación amorosa primordial: “Gestación: interlocución sin palabras. Tacto sin voz. Amor en plenitud. Diálogo entre mi yo y el de mis antepasados en cuyo código genético ha quedado grabada toda la memoria de su historia remota y lejana” (111). Al reflexionar sobre el mito platónico de la media naranja, por ejemplo, explica que esa separación en dos del ser andrógino, para ella tiene que ver con la procreación: “A estas alturas pienso que nuestra auténtica mitad es el ser que nos gestó” (165). Una experiencia amorosa que, sin embargo, ella no llegó a experimentar con su propia madre ni con su primer embarazo, sino que ahora, al escribir sobre el segundo, plantea por primera vez, lo cual lleva a la confusión entre hija, madre y amada: “Mi hija, pero también mi madre, mi hermana, mi amiga, mi incestuosa amante” (104). Para Irigaray en “When Our Lips Speak Together,” tal

unificación madre-hija-amante hace que la identidad se viva como una fusión con el otro más que una confusión (77). De la misma manera, Riera representa esa conexión por medio de “an erotic language beyond the rigour of phallic thought” (M. Walker 174), puesto que el erotismo entre los cuerpos femeninos sería precursor del encuentro sexual:

Ahora que tú y yo somos la misma persona, fundidos, confundidos, me doy cuenta de que no hay unión más poderosa, simbiosis más perfecta que la de madre e hijo o hija. Quizá el deseo de fusionarnos con el amante, amada en el amado transformada, no es más que el deseo de volver a estar dentro del cuerpo que nos cobijó, búsqueda de un pasado feliz, de sintonía absoluta. (Riera 48)

De este modo, la identidad se presenta como una subversión de la lógica individual puesto que no es algo fijo y estable sino “a sensuous and ongoing process;” por ello, encontramos a lo largo del texto de Riera frecuentes imágenes relacionadas con la fluidez del cuerpo y del lenguaje, ya que “movement and flux remain the focus of this relationship” (M. Walker 174):

El mar es plenitud, efusión, abandono, compenetración. ¿Qué voy a contarte que tú no sepas, que no percibas ahora? En mi-tu fluido amniótico, en las diminutas olas que provocas debe de haber una intuición oceánica. El mar desmemoriado, mutable, inconstante, campo yermo, sólo agua. (Riera 106-7)

Asimismo, la carta-diario en que está escrita *Tiempo de espera* se vincula con la (escasa) tradición sobre la relación madre-hija que la narradora confiesa estar buscando (y, a su vez, reinventando). Cuando reflexiona sobre los textos de Madame de Sévigné –precedentes literarios de la relación entre una madre y su hija simulando el estilo propio del amor cortés–, Riera reconoce que “el aspecto fundamental de estas cartas es la complicidad que se establece entre las dos mujeres, que además de ser madre e hija, tiene una historia genérica en común y atraviesa un

mismo espacio compartido a lo largo de los siglos” (129), una alianza femenina que *Tiempo de espera* trata de restaurar configurando, como ya he mencionado, una nueva forma de entender el amor y el deseo relativos a la maternidad. La marquesa de Sévigné dirigió durante años cartas de amor a su hija utilizando el estilo y lenguaje propios de la lírica amorosa: “Amarte, pensar en ti, enternecerme en todo momento más de lo que querría, ocuparme de tus asuntos, imaginar lo que piensas; sentir tus contratiempos y tus penas, querer sufrirlos por ti si eso fuera posible [...]. En una palabra, querida, comprender profundamente qué es amar a alguien más que a uno mismo; así es como estoy” (en Freixas, *Silencio* 188).

La concepción que elabora textualmente Sévigné bebe de la tradición lírica occidental, la cual Riera estudia como investigadora académica. Una poesía que, a raíz de la experiencia del embarazo, adquiere un nuevo sentido para ella: “No sé por qué me vienen a la memoria unos versos de fray Luis de León, que algunos consideran místicos, y que a mí me parecen, ahora, producto de una navegación intrauterina” (41). De una forma similar, Riera relata los sentimientos que la relación con su hija provoca en ella, con un lenguaje poético que recoge versos, por ejemplo, de Pedro Salinas¹⁹⁶ (poeta del amor romántico por excelencia de su generación):

A medida que tu tamaño aumenta, a medida que creces, eres más tú y te vuelves más ajena. Nuestra historia en común, nuestra vida dual, se encamina a su fin. *Vivir es desde el principio separarse*. Pocas veces me he sentido tan cerca de alguien como ahora. Pocas he tenido conciencia de una compenetración mayor y, no obstante, no puedo saber qué te

¹⁹⁶ En el poemario *Razón de amor* (1936) –título que alude a un poema del siglo XIII de la lírica popular relativa al amor cortés (“Razón de amor con los denuetos del agua y del vino”)–, Salinas reflexiona sobre la fuerza transformativa del amor: “¿Serás, amor / un largo adiós que no se acaba? / Vivir, desde el principio, es separarse” (54-56), un descubrimiento que Riera traslada a la relación amorosa madre-hija.

pasa a ti. Sólo intuirlo. Intuirlo y suponer que la redoma está llena de mar, una marecita cálida y acuñadora en la que tú te sientes en plenitud. (Riera 159, énfasis mío)

Laura Freixas señala que debido a la falta de referentes literarios, las mujeres que escriben sobre el amor maternal establecen un paralelismo con esa tradición amorosa occidental:

Una literatura mayoritariamente masculina ha explorado a lo largo de los siglos, como uno de sus principales temas, el amor y el deseo amoroso (o más específicamente del hombre hacia la mujer; no a la inversa), forjando una sólida tradición y un lenguaje ad hoc que carecen de equivalente en lo que a la maternidad –y especialmente, a la relación madre-hija– se refiere. (*Libro 21*)

Ahora bien, el amor maternal es uno de los axiomas de la maternidad que rara vez se cuestionan: se da por hecho que una madre ama incondicionalmente a sus hijos. No obstante, como Badinter ha examinado y Riera recuerda en su diario, este amor, como cualquier otro sentimiento, es frágil, imperfecto y no está exento de vacilaciones. No es innato, ni forma parte de los “instintos” de las madres: “La tesis de Badinter está muy clara. No existe un instinto maternal como tal instinto, sino una construcción elaborada a posteriori y no inscrita en la naturaleza femenina” (Riera 149). El sentimiento que experimentan las madres hacia sus hijos tiene que ver, en muchas ocasiones, más con algo aprehendido en sociedad que con el efecto real que la maternidad tiene sobre ellas. Es contradictorio e inabarcable, otorga poder al tiempo que lo consume, tan inestable y caprichoso que fluctúa entre extremos tan distantes –ternura desbordante y animadversión homicida– que son capaces de desquiciar hasta a las personas más cuerdas.

Riera, a pesar de conocer y coincidir con los planteamientos de Badinter, en su narración, por el contrario, persigue realzar un amor maternal sólido y sin fisuras: “El primer amor, el

fervor absoluto, el no poder estar el uno sin el otro, es el de la criatura por su madre y el de la madre por la criatura. Ése es el primer amor, lo demás imitaciones” (143). Está formando, como ya he señalado, una “maternidad romantizada” sucesora del amor romántico como ideal clave en la formación de la subjetividad femenina. Sin embargo, la representación del amor materno que encontramos en *Tiempo de espera* no comparte la condición de sufrimiento y sacrificio que según Gimeno sería necesaria en tal construcción: debido al predominio de la concepción intensiva que propuso Hays, la maternidad “viene acompañada del mandato femenino del sacrificio, necesario en todo amor que valga la pena. Si no se está dispuesta a sufrir parece que se ama menos. La posibilidad de desear ser madre y aún así pretender escapar del sacrificio conduce directamente a la maternidad perversa” (“Nuevo” 27). El amor maternal que Riera representa, si bien retoma los tópicos del amor romántico de la lírica tradicional y, de ese modo, lo dota de algunas características nucleares como la incondicionalidad, la complementariedad y la incuestionabilidad, también lo dota de placer y una aspiración a la estabilidad;¹⁹⁷ además, el hecho de que sea un amor entre dos mujeres lo hace subversivo ya que obliga a revisar y replantear las nociones subyacentes a la idea del amor romántico.

La narradora, en consecuencia, procura apartarse de la figura de la madre dolorosa y represiva por un lado y, por otro, encontrar una tradición positiva relativa a la mujer-madre y su hija, lo cual no es tarea fácil puesto que la historia de la maternidad, en su mayoría, ha sido escrita (y, en ocasiones, falseada) por manos masculinas. De esta manera, recopila en el texto relatos míticos, religiosos e históricos que bajo su nueva mirada darían cuenta del poder creativo de la mujer y del lazo íntimo que la une con la hija que está gestando. Lo cual, en palabras de

¹⁹⁷ Gimeno recuerda que “es un amor que imaginamos seguro, un amor que depende enteramente de nosotras, no como el amor romántico, tan inseguro” (“Nuevo” 17-18).

Ordoñez, formaría parte de esa tendencia literaria “to demythify patriarchal or phallic myths that have bound or deprived women of being and autonomy, and a desire to free female discourse, and by extension female existence, from their historical constrictions” (49). Ahora bien, esta creación de una tradición propia dentro del canon aceptado no deja de ser una herramienta cultural tradicionalmente masculina –un utensilio que funciona con y como una jerarquía, con un orden de aparición y de importancia, a la vez que con muchas exclusiones y voces silenciadas.

Al representar en su diario sólo lo que considera relativo a su embarazo y dejar fuera todo aquello que, según ella misma, no tiene que ver con su estado, no hace sino renovar los símbolos que sostienen tal estado de las cosas: según Bourdieu, “el orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya” (*Dominación* 22). Nos presenta así la imagen sublimada de la embarazada que sólo piensa en su futuro hijo durante esa espera –en este caso mayor pues su destinataria no podrá leer el diario hasta pasados los años–, a pesar de que ella trata de no interrumpir su ritmo social habitual: es profesora de literatura y está escribiendo su tesis doctoral al tiempo que gesta a su hija y redacta el diario. Por tanto, encontramos una contradicción entre lo que pretende y lo que realiza, entre sus afirmaciones de “preservar este espacio para nuestras cosas, las más íntimas” y lo que esa esfera privada termina siendo al publicarse doce años después: la primera obra sobre un embarazo en la literatura hispánica que desmantela la asunción de intimidad e inefabilidad del proceso de gestación. Y al hacerlo, configura una nueva posible relación afectiva entre madre e hija basada, como he indicado, en la complicidad y el respeto mutuo.

3.5: Conclusión

Riera configura una visión de la gestación alternativa a la espera como lapso estático y pasivo al configurar el tiempo dinámico de un sujeto embarazado que hace y participa en el proceso (pro)creativo:

Es tanta la fuerza de la tradición que nos vincula a la procreación y no a la creación, que resulta difícil disociarlo [...] Los hombres *son*, tanto si tienen hijos, como si no los tienen. Nosotras todavía existimos condicionadas por la biología, aunque incluso eso está cambiando también, afortunadamente. (90)

Cuando en 1986 Riera empezó a escribir su diario no conocía publicaciones literarias en español escritas por mujeres referentes a la procreación: “¿Por qué las mujeres no hemos escrito diarios de gestación? –se pregunta la narradora al inicio del suyo– Tal vez porque este hecho extraordinario ha sido considerado como el más ordinario de la vida femenina, ya que nuestra misión primordial consistía en la reproducción” (14), concluye. Y es que las mujeres han estado alejadas de todas las esferas de poder (del capital simbólico como lo denomina Bourdieu), incluido el campo –el cual irónicamente sucede en su cuerpo– de la procreación. Por ello, la obra de Riera se propone dejar atrás la pasividad asociada al sujeto gestante y tomar agencia por medio de un texto que subvierte los modelos en cuanto a los temas adecuados para ser literarios y la manera en que son representados: la relación entre el cuerpo femenino y el tiempo de gravidez con el texto literario, la relación de amor entre madre e hija y una maternidad positiva alejada del estigma del sacrificio. Así, nos ofrece una obra sobre el tiempo de gestación llena de optimismo y afirmación que irrumpe de manera sugestiva en el campo literario de la maternidad en lengua española.

El espacio que habitamos es el cuerpo y dentro de él comienza nuestra vida, pero ¿cómo es esa primera existencia intrauterina? ¿De qué manera la vida dentro de otro cuerpo determina nuestro propio ser y estar en el mundo? ¿Por qué no hay apenas reflexiones culturales acerca de la importancia de esa primera relación y cómo afecta a la subjetividad? Como he analizado, *Tiempo de espera* trata, precisamente, de dar respuesta a estas cuestiones y, por ello, revisa la relación con su propia madre así como el modelo social de maternidad naturalizado en su momento histórico, al tiempo que está formando la identidad de la narradora como madre: una escritura que construye una nueva subjetividad fragmentada. Es un texto sobre el amor maternal que critica la maternidad dentro del discurso patriarcal reapropiándose del lenguaje que la ha institucionalizado. El tema que afronta, una maternidad activa y placentera, es en sí inquietante y novedoso para la historia de la literatura que tan bien conoce, conformando un “útero de papel” para reivindicar desde ahí otra noción de maternidad. La forma literaria que emplea es, en consecuencia, un diario epistolar que se adapta a las exigencias de esta nueva narración afectiva: un género flexible que da cuenta del crecimiento embrionario que acontece a la par que la transformación de la subjetividad.

Es una escritura que, si bien toma como asunto central la metamorfosis corporal, no entra en detalles sobre los cambios físicos, salvo mínimas notas relativas a la pesadez y cansancio progresivos que va sintiendo y el temor que le produce la pérdida del atractivo físico para la mirada heteronormativa. A diferencia de Nanclares y Wiener, como veremos a continuación, para Riera el cuerpo materno es el vehículo que permite la aparición del discurso (pro)creativo, de ahí que su narración sea celebratoria y no se cuestione la naturalización de la reproductibilidad física. O en otras palabras, su escritura participa de la glorificación del cuerpo

materno por sus habilidades reproductivas y trata de profundizar en la relación positiva que estas establecen con la creación literaria sin entrar en la problemática que tal construcción conlleva.

Su maternidad, al ser representada románticamente, exalta de tal modo el amor maternal que viene a funcionar como un espejo que distorsiona la imagen de la madre que quiere configurar: una imagen positiva amplificadas al grado que corre el peligro de parecer un ideal más de la buena madre. La frialdad y falta de complicidad que deja entrever en el trato con su propia madre hace que en la nueva relación que está emprendiendo con su hija desaparezca todo atisbo de zonas oscuras.

Si para Riera la lucha social existente relativa al ejercicio de la maternidad, concretamente a la crianza, se da en una arena pública, ella está preservando un área personal de reflexión –el diario– con el que, no obstante, sabe que está entrando en un campo de fuerzas contradictorias que pugnan por el dominio del mismo. Esa lucha, además, tiene lugar antes que nada en el cuerpo procreativo que, como sigo analizando en el siguiente capítulo, es el terreno histórico donde se ejercen esas fuerzas antagónicas de control y resistencia.

Capítulo 4. Juego y reproducción en *Nueve lunas*

Todo juego significa algo

Johan Huizinga

4.1: Introducción

Los juegos forman una parte clave en nuestra vida a pesar de ser tildados de actividades banales y superfluas.¹⁹⁸ Desde la infancia, por medio de los juegos aprendemos las normas básicas de la vida en sociedad, los comportamientos aceptables y aquellos que deben ser descartados. Los niños y niñas aprenden jugando a ser niños y niñas, esto es, asimilan los condicionamientos básicos que nos determinan genéricamente, entre los cuales se encuentra la maternidad. Según Bourdieu en *In Other Words*, las estrategias o herramientas de las que disponemos para jugar en cualquiera de los campos en los que se participa en el mundo social son producto del sentido práctico, como el sentido del juego, que se adquiere en la niñez al participar en actividades sociales y, sin lugar a duda, en los juegos infantiles (62).

El juego a ser madres, por tanto, ha sido la manera en que se ha limitado a las mujeres a dicho rol en la vida adulta por el simple hecho de haber nacido con vulva. La fisiología humana ha sido el factor determinante para la división sexual de la vida, tanto la familiar como la social; y los juegos, debido precisamente a esa supuesta índole trivial, han contribuido a dar forma a lo que es ser hombre y mujer –la cual ha quedado íntimamente ligada a la función de madre. El

¹⁹⁸ Johan Huizinga y Roger Caillois han estudiado las implicaciones del juego en la cultura humana, destacando en primer lugar la libertad y distracción que supone. Huizinga indica que el juego es, además, “superabundans” (14) y Caillois reitera su carácter improductivo (5). Igualmente, han subrayado la separación del mundo que el juego involucra, retrayendo a los participantes a unas coordenadas espaciotemporales determinadas y a un estado incierto sobre su desenlace. En cambio, Bourdieu asegura que la metáfora del juego es la menos inadecuada para hablar de los fenómenos sociales a pesar de no tener un inventor o “legislador” el cual formula las reglas y establece el contrato social (*Other* 64). Sin embargo, cabe recordar que el primero que puso el juego en el centro de la reflexión seria, fue Nietzsche, al considerarlo la más alta forma de actividad humana (ver *La gaya ciencia*).

juego, en definitiva, tiene un poder notable pues facilita la adquisición de saber práctico (*habitus*) al mantener a los participantes en un estado disoluto que, en principio, los aleja de la responsabilidad y la rutina diaria, al tiempo que los *distrae* (precisamente de que dicha adquisición de saber está teniendo lugar). Si bien pueden crear *otro* mundo ajeno como indica Huizinga (34), no obstante, se aprende a cómo se debe ser en éste, es decir, se adquiere el *habitus*; de ahí el valor del juego y también su peligro: nos educa sin esfuerzo, nos moldea sin coacciones. El juego se ejecuta bajo una serie de convenciones y con la conciencia de saber que se está jugando. El buen jugador, advierte Bourdieu, encarna el juego y realiza lo que éste requiere en cada momento, lo cual implica una capacidad permanente de adaptación e invención debido a la cantidad indefinida de situaciones variadas y nunca idénticas que se dan en él (*Other* 63); por ello, su acción es libre y está restringida al mismo tiempo. Aunque al ser por naturaleza una actividad libre, el juego encierra también la semilla de la subversión: el jugador puede no acatar las reglas establecidas y crear un juego propio diferente.

En este capítulo estudio la importancia del juego en el libro *Nueve lunas* de Gabriela Wiener, tanto en la creación de la novela y la gestación de la protagonista como madre, como en el desmantelamiento de la maternidad normativa. Como se demuestra en esta tesis, el campo de la maternidad se ha convertido en una institución llena de preceptos y normas que no hacen sino oprimir a las mujeres que son y no son madres, si bien también puede ser el lugar de (una posible) subversión. Argumento en este capítulo que al vincular procreación y juego, *Nueve lunas* distancia la maternidad de los procesos naturales y expone su carácter construido,

restituyendo al proceso de gestación independencia y autonomía.¹⁹⁹ Según Gimeno y Pérez (1989) a través del juego el individuo puede expresar lo que de otro modo permanecería oculto, por medio de un lenguaje simbólico que hace eco de sus deseos y emociones, dentro de una libertad que posibilita su surgimiento, lo cual, a su vez, confluye con el humor, otro elemento clave en la novela (56-57). Al participar en el juego de la reproducción, por tanto, se le quiere devolver cierta libertad de la que ha sido privada. Para Bourdieu, todas las relaciones de dominación –material o simbólica– operan activando una *resistencia*: “Los dominados, en cualquier universo social, pueden ejercer siempre una cierta fuerza, en tanto que pertenecer a un campo significa por definición ser capaz de producir efectos en él” (*Invitación* 128). Mi propósito es, por tanto, analizar las estrategias y los efectos (de subversión o de resistencia al material simbólico establecido socialmente sobre la madre) que este texto, de acuerdo con mi lectura, quiere producir.

Por medio del juego, la novela construye el relato sobre el embarazo de Gabriela Wiener, cuya concepción individual del yo y de todo lo que se relaciona con él se trastoca íntegramente durante el proceso reproductivo: la relación con sus padres, con su profesión, con su cuerpo y, en definitiva, con ella misma. Es la historia del primer embarazo que la narradora consume y con humor afilado e inteligente usurpa subversivamente todos los mitos relativos al cuerpo gestante y los códigos que lo representan: desde el repulsivo descubrimiento de su fertilización hasta el desgarró y decepción que le supone parir dentro del sistema médico, pasando por el asumido amor maternal, la relación con la propia madre, o las concepciones inmaculadas de la mujer embarazada: “Por lo pronto, –advierte Wiener– el embarazo te convierte en un saco de gases. No

¹⁹⁹ Huizinga considera que el juego, por su carácter libre, se sitúa por encima de los procesos naturales, “se les adhiere y adapta como un vestido hermoso” (20).

hay ni pizca de poesía en ello, puedo asegurarlo” (*Nueve* 24). De este modo, adopta un perspicaz enfoque femenino (y feminista) propio que va desarmando los engranajes que favorecen una visión mistificada de la procreación en nueve actos dedicados a los asuntos relativos al mundo de la gestación y las madres primerizas. Es un texto-cuerpo que la narradora interpreta como juego a partir del mismo acto de escritura, la cual deviene lectura de su cuerpo en gestación a través de la narración de dicho proceso. El embarazo, como el juego, tiene lugar en “a restricted, closed, protected universe: a pure space” (Caillois 7) puesto que todo sucede en un lapso de tiempo preciso –nueve meses– y en un terreno precintado: su cuerpo.

Nueve lunas es una crónica mordaz sobre el tiempo de gestación que busca incomodar todos los postulados sobre la madre que nuestra sociedad ha convertido en dogmas; una escritura kafkiana en clave femenina que expone las confidencias más íntimas y abyectas de su metamorfosis, desmontando uno por uno los mitos y asunciones populares relacionados con el proceso reproductivo, empezando por la supuesta sacralidad del mismo. Una acción sagrada, recuerda Huizinga, es un juego “en cuanto que traspone a los participantes en otro mundo” (34). Gabriela, de tal modo, nos traslada a un universo particular, el que crea en el texto-cuerpo de *Nueve lunas*. La maternidad, como ya he indicado, es una posición social que no conforma la identidad única y monolítica de la mujer que se convierte en madre.²⁰⁰ ¿Qué es ser madre? ¿Qué clases de madres hay? ¿Cómo es el proceso por el que una mujer se convierte en madre? Estas preguntas son las que *Nueve lunas* plantea, buscando no tanto dar una definición concluyente como desarticular las nociones sobre el proceso, significado y límites de la maternidad normativa (el mito de la “buena madre”), rompiendo con ciertos tabúes acerca del cuerpo y la sexualidad de

²⁰⁰ Según mi lectura, la novela arremete contra la noción de la maternidad como destino definitivo para la mujer pues, al ser un juego, se vuelve, como éste “una actividad provisional” (Huizinga 21).

las mujeres gestantes, así como subvirtiendo algunos de los temas y el lenguaje adecuados para representarla. En palabras de Joaquín María Aguirre, “el juego no es una cuestión de edad, sino una forma de relacionarse con el mundo, la fabricación de un modelo con el que operamos sobre ella y sobre nosotros mismos. Jugar es una forma de asumir la existencia creando nuestro propio azar.” Del mismo modo, Wiener construye su propio juego a partir de la experiencia reproductiva para así poder relacionarse con su mundo.

Como vimos en el primer capítulo, el modelo dominante de maternidad ha impuesto un ideal imposible de seguir por las mujeres que son madres en el que se funden atributos de la tradición mariana (madres abnegadas) y del neoliberalismo económico (exitosas profesionalmente sin desatender las tareas domésticas). Diversas teorías feministas proponen *otras* maternidades que, por definición, no serían sino contrarias a dichos modelos impuestos. O’Reilly indica que “feminist mothering functions as an oppositional discourse and thus defies definition;” no obstante, observa que hay una serie de temas comunes que conformaría una teoría feminista de la maternidad, entre los que se encuentra “a position for agency, authority, authenticity, and autonomy,” al tiempo que la mujer tendría “a purpose and identity outside and beyond motherhood.” En definitiva, una maternidad feminista destaca el poder y valor de la maternidad, puesto que “redefines motherwork as a social and political act” (11). En *Nueve lunas*, por medio del juego, se quiere liberar a la maternidad de las supuestas reglas que la dirigen para que otras maternidades tengan cabida y puedan ejercerse con autonomía, para que los discursos reproductivos se pluralicen de modo que cada mujer pueda elegir ser o no madre libre de culpas.

Ahora bien, el juego que configura la novela tiene también las mismas limitaciones que todo juego puesto que, como indica Bourdieu, al jugar bien se hace conforme a la idea de que

deben existir reglas, bien para aumentar o conservar su capital, o bien para transformarlas y cambiar el valor relativo del capital con estrategias que desacrediten su forma y aprecien otras especies del mismo (*Invitación* 153). En mi análisis de *Nueve lunas*, he subrayado la influencia del juego en diferentes aspectos: (1) en la construcción del relato y la escritura, (2) en la formación de la identidad de la narradora como madre, (3) en la profanación del cuerpo reproductivo y (4) en el cuestionamiento de la institución de la maternidad.

4.2: Juego y escritura. La gestación del texto

Freixas afirma que hay una suerte de alianza tácita entre maternidad y cultura subalterna que escapa al cuestionamiento (*Silencio* 148), algo que *Nueve lunas*, en cambio, refuta. Es una *novela* en la que Wiener utiliza su propia experiencia vital como punto de partida –al igual que en *Quién quiere ser madre* y *Tiempo de espera*–, si bien aquí lo autobiográfico será un elemento literario más que contribuye a crear la ilusión de estar leyendo una narración “real” sobre sus meses de embarazo. Es un juego textual que motiva la confusión entre realidad y ficción: leemos una historia que, como el diario de Riera, crece a ritmo fetal, creando la ilusión de estar gestando el texto al mismo tiempo que a su hija.

La novela, por tanto, comienza (igual que *Tiempo de espera*) cuando Gabriela confirma su embarazo. Acaba de cumplir los treinta y se encuentra en un momento de su trayectoria vital que, por lo pronto, podemos considerar complicado. Su cuerpo ha sido mutilado en una operación quirúrgica, a su padre le han descubierto un cáncer de colon, una buena amiga se ha suicidado y la revista donde trabajaba ha cerrado: “Mi padre con pronóstico reservado. Mi amiga lanzándose al vacío. Mis glándulas mamarias arrancadas de cuajo. Y ahora había perdido mi empleo” (Wiener 12). Esta serie de hitos son el punto de partida de su historia y, aunque no

incluye su embarazo entre ellos, la misma narración nos desvela que es el último responsable de la metamorfosis que su novela rememora.²⁰¹ *Nueve lunas* es un relato retrospectivo sobre la gestación contado en primera persona, lo cual ya aparece señalado desde la primera frase del texto: “En estos últimos meses, nueve para ser exactos, he llegado a pensar que el placer y el dolor tienen que ver con cosas que entran o salen de tu cuerpo” (Wiener 11). Así, da inicio a una escritura lúdica vinculada al cuerpo durante la transformación que experimenta a lo largo de las cuarenta semanas de embarazo.

La narradora de *Nueve lunas* –homodiegética e intradiegética– que deviene protagonista está controlada por una autora implícita que empíricamente tiene su mismo nombre, Gabriela Wiener, quien parece desdoblarse en cada uno de los tres niveles de la narración (autor implícito-narrador-personaje), la cual construye al lector como en las novelas policiacas, pues queda atrapado en el contrato de lectura siguiendo las pistas que gradualmente le va ofreciendo. La sutileza del juego metaléptico hace que este desdoblamiento sea impreciso y los saltos de nivel imperceptibles por obra de la igualdad nominal, contribuyendo al desconcierto en el juego entre realidad y ficción con el lector.²⁰² Pero, como explica Italo Calvino,

lo que lees sucede en un universo especial que es el de la palabra escrita. Puede ser que entre el universo de la palabra escrita y otros universos de la experiencia se establezcan correspondencias de distinto tipo y que tú hayas de intervenir con tu juicio sobre dichas correspondencias, pero tu juicio sería siempre erróneo si leyendo creyeras entrar en

²⁰¹ Los hitos serían según Del Valle, “aquellas decisiones, vivencias que al recordarlas se constituyen en una referencia significativa [...] son catárticas en cuanto que desencadenan otras muchas situaciones y decisiones” (en Imaz 157).

²⁰² La metalepsis narrativa fue un concepto que introdujo Gerard Genette y que consiste en traspasar las fronteras del nivel del narrador y de lo narrado.

relación directa con la experiencia de otros universos que no sean el de la palabra escrita.

(339)

Este recurso literario del personaje que cuenta la historia del relato en primera persona produce intencionadamente la confusión entre vida y literatura, a la vez que dota de independencia al narrador para no dar la impresión de que lo está controlando. Sin embargo, la narradora de *Nueve lunas* no es omnisciente, no adopta una posición privilegiada frente a los acontecimientos que relata pese a hacerlo en retrospectiva, sino que los va completando progresivamente según avanza la novela, a través de elipsis, analepsis y prolepsis. Lo que resulta es una manera de presentar los hechos que exige una constante actualización de la obra por parte del lector, a quien, de este modo, lo hace partícipe del juego que el texto configura.

Como personaje, a su vez, se describe de manera triple (periodista-poeta-investigadora) en un afán por abarcarlo todo en la escritura de ese periodo transformacional de su historia vital en que adopta la identidad temporal de “chica embarazada” (26). No obstante, se distancia de los sucesos que refiere como parte de un pretérito indefinido que se organiza en nueve capítulos correspondientes a los nueve meses que dura su embarazo. Wiener, autora implícita, conocedora de todos los datos, se esconde tras la supuesta naturalidad de esta narradora-personaje que al contar hechos sobre su propia experiencia vital trata de borrar todo poso de incredulidad sobre la autenticidad de lo relatado debido, sobre todo, a la coincidencia nominal arriba mencionada. Por ello, la estructura de la novela se compone externamente de nueve capítulos, que muestran en la superficie la división en los meses que comporta un embarazo estándar. Sin embargo, internamente el relato presenta una configuración circular: el enigma que se presenta sobre qué es ser madre y cómo se forma una madre concluye al remitir a la misma narración que empieza con la novela que el lector tiene en las manos. La gestación, por tanto, no solo reestructura la

vida de la narradora cambiando su posición social (*from maiden to mother*), sino que también organiza la narración sobre ese cambio. Así, *Nueve lunas* se articula como un juego: de igual forma que el juego “crea orden, es orden. Lleva al mundo imperfecto y a la vida confusa una perfección provisional y limitada” (Huizinga 24), aquí es el embarazo o, mejor, la narración del embarazo lo que estructura el relato.

El periodo transitivo de la gestación dispone de tal modo la escritura que el texto se nos presenta como el proceso mismo de formación –igual que en *Tiempo de espera*–, tanto de la narración como de su hija y de la propia Gabriela como madre. “La maternidad –en palabras de Gutiérrez– no es lo que le otorga su identidad, es la palabra, contar su historia y la historia de su cuerpo, lo que le proporciona la revelación que ha ido a buscar” (416). Así, nos encontramos ante una escritura de autoconocimiento, es decir, la identidad subjetiva de la narradora va conformándose al tiempo que narra la creación de su hija en su cuerpo-texto, lo cual dista mucho de la idea fija y estable de la identidad. La escritura es, así, esa marca derridiana por la que pasa todo, la que ordena y explica la experiencia corporal. “No podemos evitar pasar por un texto escrito” ni siquiera al estar dentro del vientre materno.²⁰³ Es una narración que, asimismo, indaga en lo que podríamos denominar el doble desdoblamiento que el embarazo produce: se duplica su cuerpo y, a su vez, provoca por un lado, un delirante rechazo y, por otro, un fuerte deseo de encontrar respuestas. Por ello, su pesquisa parte del alumbramiento de su hija para tratar de hallarlas e indaga en el pasado inmediato, el tiempo que va de la concepción al parto. El juego, recuerda Amanda Holmes, es una actividad que estimula la exploración y permite sobrepasar los límites que demarcan la identidad habitual (70). No obstante, como indica Bughardt, ha de darse

²⁰³ Derrida indica que “no podemos evitar pasar por un texto escrito, ordenamos sobre el desarreglo que se produce en él” (“Diferencia” 40).

bajo condiciones sin estrés y cuando la supervivencia no esté en riesgo (16); por ello, Gabriela inicia su relato y el juego que éste configura cuando el peligro ya ha pasado.²⁰⁴

Wiener necesita escribirse para (re)construir una identidad quebrantada por la transformación que su cuerpo ha sufrido, fractura que, al mismo tiempo, le ha conducido a una revelación (Gutiérrez 416). Por ello, su narración no inicia sino a partir del nacimiento de su hija: descubrimos llegando al final del texto que Wiener sitúa el origen de su relato en un momento de gran transcendencia, en el paritorio, cuando está a punto de nacer su hija: “*Ahora* estoy sobre la camilla en la sala de parto. Creo que ese es J vestido de verde como uno más del ejército de parteros que pueblan la habitación. Hay una media de diez personas ahí metidas. Que yo sepa, ninguno ha pagado entrada para ver el espectáculo. Me animan todos a la vez” (151, énfasis mío). El presente de la enunciación –“ahora estoy sobre la camilla”– crea la ilusión de que su narración surge en esa misma sala, donde su trabajo de parto se ha paralizado por la anestesia y la narradora, aliviada del dolor de las contracciones, se ha sumido en un juego (el cual dará lugar a una reflexión sobre su pasado inmediato, una confidencia sobre los nueve meses de embarazo y de las horas previas al nacimiento de su hija):

Fue un alivio –comenta tras la epidural–. Nos relajamos tanto que J empezó a hacerme fotos y vídeos en los que yo fingía dolor. Posaba dando alaridos falsos. Quién diría. Sería el fake de mi auténtico sufrimiento. Estaba en un limbo, en la Disneylandia del trabajo de parto. Me dio tanta risa sentirme bien que me meé y como estaba anestesiada nunca lo supe. Hasta que la enfermera vino y me secó. (Wiener 149)

²⁰⁴ A diferencia de Riera, que tiene tiempo para escribir mientras está embarazada, Wiener ha de esperar al nacimiento para no estar en riesgo, lo cual, a su vez, da a la memoria un papel de filtro que de lo contrario quizás no tuviera el texto de Riera (si aceptamos que no haya hecho retoques ni cambiado sus planteamientos como indica en el prólogo).

Si bien el cuerpo es el que mediatiza toda la información que recibe, la escritura que pasa por ese cuerpo es lo que le permite re-crearse. Como sugiere Gutiérrez, “Gabriela abandona su momento presente en pos de la revelación que necesita para reconstruir la unidad de una vida y de un cuerpo que se han visto revolucionados” (413). Y es en el momento culminante, el parto, cuando la alcanza: “Me sentía como la primera vez que tomé ayahuasca. De qué me había servido tanta incredulidad, tanto cinismo si tenía ahora que rendirme ante la evidencia. Todo era cierto. El temor, el dolor, la verdad de uno mismo. Era tiempo de iluminaciones, por eso se llamaría dar a luz” (Wiener 140). Por ello, describe el nacimiento sin escatimar detalles en el último capítulo que significativamente titula no ya con el mes sino con la fecha exacta, 29 de julio. Si el embarazo desencadena el proceso de transformación corporal y una crisis de identidad, es el parto, un partir y partirse, de donde parte la narración. *Nueve lunas* conforma así una digresión gestacional que se sumerge en lo más procaz y corpóreo de la experiencia reproductiva que había permanecido al margen de la Literatura.

Al mismo tiempo, hay una necesidad de mediar la experiencia vital por la palabra escrita, de entenderse por la narración que el mismo texto corrobora: requiere de la palabra para discernir lo que le está pasando.²⁰⁵ Y según evidencia la misma novela, esa necesidad de narrar para comprender lo que su cuerpo experimenta, no es algo nuevo. Ha utilizado la palabra escrita para comprender sus vivencias, desde el poema sobre su primer aborto cuando era adolescente (39) hasta la carta que –al igual que su propia madre– redacta a su futura hija (91), pasando por las vicisitudes del embarazo actual que paralelamente recoge en sus entradas de blog: “Al volver a casa, escribí en mi blog: «Su corazón late como los samplers de un dj enfermo de la mente, su

²⁰⁵ “La literatura es una verbalización estética del pensamiento y, como tal, la figura materna y su problemática no pueden estar ausentes de sus representaciones” (Concha y Osborne 13).

corazón es electrónica pura mientras que el mío es una vieja canción de rock progresivo» (21). Así, Wiener, narradora y personaje, al igual que vimos en Riera y Nanclares, toma plena conciencia literaria de estarse siendo en el texto, esto es, de estar (re)creándose por medio de la novela que tenemos en las manos, al igual que crea a su hija en la misma narración. De este modo, la escritura disidente de Wiener puede interpretarse como un juego con la voluntad de sexuar la lengua referente a la gestación y así desautorizar la Ley del padre. Como sugiere Irigaray, la dificultad radica en que el lenguaje con el que trata de comprenderse supone una limitación ya que es código creado por y para los hombres:

En efecto, la escritura alfabética se encuentra ligada históricamente a la codificación civil y religiosa de los poderes patriarcales. No contribuir a sexuar la lengua y sus formas escritas significa perpetuar la pseudoneutralidad de las leyes y tradiciones que privilegian las genealogías masculinas y sus códigos lógicos. (*Yo* 51)

Nueve lunas evidencia que debido a la confusión que ha asimilado la producción cultural – eminentemente masculina– a la del capital humano (femenina), pese a estar jerarquizadas a favor de la primera, la maternidad no ha sido considerada una actividad creativa sino meramente procreativa: la madre *reproduce* a la especie sin añadir nada nuevo, repitiendo las propiedades que permiten a su familia mantener su posición y rango social. No obstante, la reproducción no es sino la *producción* de capital humano necesaria para el mantenimiento de la vida, la cual ha estado mistificada de tal manera que ha devenido un juego banal perdiendo su potencial creativo en el que se entra aceptando ciertas reglas que legitiman la dominación masculina.

La cultura, al haber sido dominio del hombre, ha relegado la reproducción a ser una experiencia únicamente femenina ya que tiene lugar en el cuerpo de la mujer: “El mundo de la maternidad era un mundo de mujeres solas” (16) –recuerda Wiener. Por ello, al recurrir a la

estrategia discursiva de hacer confluír su narración con su embarazo pone de relieve la usurpación de la creación (lo real) por parte del lenguaje (lo simbólico). En palabras de Irigaray:

En la apropiación del código lingüístico por parte de los hombres hay, al menos, tres gestos: 1) probar que son padres, 2) probar que son más potentes que las mujeres-madres, 3) probar que son capaces de engendrar el marco de la cultura, como ellos mismos han sido engendrados en el marco natural del óvulo, del vientre, del cuerpo de una mujer. (*Yo* 66)

Wiener, al igual que vimos con Nanclares y Riera, resalta en su texto una metáfora creativa que ha operado por siglos en nuestro lenguaje²⁰⁶ y que, a su vez, subordina la reproducción humana a la producción cultural: “Parir” un texto.²⁰⁷ Si bien Wiener retoma el paralelismo entre el nacimiento de un ser humano y de una obra literaria, recurre a él para subvertirlo, dando la vuelta a los tres gestos que menciona Irigaray: 1) prueba que es madre, 2) prueba que es potente como mujer-madre, y 3) prueba que es capaz de engendrar el marco de la cultura *a la vez que* en su cuerpo de mujer. En consecuencia, su texto crea la ficción de gestar y parir simultáneamente a su hija y el libro que tenemos en las manos, en un intento de organizar en la narración el desorden que su embarazo ha venido a provocar.

No obstante, ante la gravedad habitualmente asociada al embarazo, Wiener toma una actitud “irreverente” –como advierte Gutiérrez. Asume el humor como estandarte y todos los temas que permanecen silenciados en torno a las mujeres embarazadas se desnudan por medio de su escritura, como un striptease narrativo con altas dosis de insolencia y desmesura: “¿Cómo demonios soportar este estrés sin una lata de Coca-Cola? ¿Cómo es que hasta ahora no se ha

²⁰⁶ Según Sau, se remonta a la fagocitación de la maternidad por parte del patriarcado (11).

²⁰⁷ Para más información sobre la metáfora reproductiva usada en los discursos literarios y sus diferencias entre sexos, ver Stanford Friedman, “Creativity.”

sintetizado una droga de diseño para embarazadas? Éxtasis prenatal, LSD para gestantes, algo así” (Wiener 15). Precisamente, como sintetiza Wiener, la maternidad posee un carácter lúdico y con su texto pone de manifiesto el juego que desde la infancia representa la maternidad:

Mi hermana y yo teníamos un juego. En voz alta solíamos decir: «Vamos a jugar a la mamá y a la hija» [...] Y cuando la guionista era yo, siempre debía ocurrir una desgracia, un terremoto devastador, por ejemplo, que impregnaba de dramatismo a nuestro papel maternal. Nuestras muñecas lloraban y las llevábamos a un lugar seguro. Era hermoso ser madre cuando corríamos peligro, eso te hacía una mejor madre. (16)

Nueve lunas vendría, por tanto, a ser la actualización de ese juego a ser madre lleno de tensión. La novela –el juego presente donde también ella es la guionista– inicia con el recuento de fatalidades que anteceden al momento de su concepción y que, de este modo, quedarán entrelazadas; así, asume la maternidad como un juego que, como tal, conlleva un riesgo para las madres. Un juego que, además, sólo las hijas aprenden a reproducir puesto que, tradicionalmente, las que han estado encargadas de los cuidados durante el puerperio han sido las mujeres:²⁰⁸ la maternidad, como declara Wiener, “era un juego de mujeres solas” (16). De este modo, pone de manifiesto los *habitus* de la maternidad, las habilidades prácticas respecto a los cuidados y las creencias acerca de los sacrificios personales que deben hacerse para ser una (buena) madre, si bien, en su caso, su pareja participa, a su lado, en el juego.

El embarazo actual que nos presenta Wiener se parece mucho al juego de la maternidad en situaciones límite que realizaba en la infancia: adopta el carácter lúdico propio de los juegos infantiles por medio de una narración que desarticula la gravedad habitual asociada al período de

²⁰⁸ Chodorow asegura que “women come to mother because they have been mothered by women” (211), una situación que ha creado la desigual división sexual en la familia y la sociedad.

gestación y la pasividad atribuida a las mujeres embarazadas. Similar a la propuesta de Cixous de usar la risa como “acto irreverente que interrumpe el orden, el impulso pulsional que se desborda de todo sistema” (Guerra 51), Wiener utiliza el humor descomedido como estrategia desmitificadora ante la trascendencia que la sociedad normalmente relaciona con este período. Al igual que el juego conforma una actividad libre a la que no se obliga a jugar y tampoco a seguir jugando, *Nueve lunas* nos presenta la maternidad como una acción a la que accede por voluntad propia y que, también por libre decisión, no abandona: “Llevábamos algunos meses jugando con la idea, en un coitus interruptus permanente. La verdadera promesa, antes de amarte y respetarte toda la vida, es «Te juro que no me corro dentro». Y es la primera en incumplirse” (12).²⁰⁹ Este es un lugar común muy difundido en las bromas de relaciones, un tipo de intertextualidades de la cultura popular oral que encontramos con frecuencia en su texto.

De tal forma, frente a la visión circunspecta de la maternidad, *Nueve lunas* nos presenta un relato frenético sobre la aventura de convertirse en madre, donde cada hito es interpretado en clave de humor –ácido la mayoría de las veces–, con un agudo hiperrealismo que desmitifica la solemnidad de la gestación y la maternidad asumida como carga, empezando por la cuestión del aborto: “Me pregunté si sería igual de válido escribir mi propia *Carta a un niño que no llegó a nacer*, el libro epistolar de Oriana Fallacci, pero agregándole un «por mi culpa»” (Wiener 24). En resumen, si la maternidad siempre se ha visto rodeada de una aureola ceremonial –como si el asunto de gestar y alumbrar vida fuera lo más maduro y transcendental que una mujer fuera a hacer en su vida–, *Nueve lunas* lo neutraliza (y subvierte) a partir de una escritura atrevida rescatando su carácter lúdico pues, como indica Huizinga, “el juego puede ser muy bien algo

²⁰⁹ Cabe notar que también hay un componente de azar, como en la mayoría de los juegos, y el coitus interruptus parece respaldar esto.

serio” (17). Un juego, no obstante, que, como la ruleta rusa, nos coloca ante el vértigo de perderlo todo, incluida nuestra identidad: “De repente mi historia era la historia de *otro*” (Wiener 89), aspecto que exploro en la siguiente sección.

4.3: Identidad y juego. La gestación de una madre

El texto, como he indicado, se va construyendo por una narradora que entiende su oficio como una manera de buscarse a sí misma y de examinar la memoria, “porque –como observó Ana María Matute– escribir es, qué duda cabe, un modo de la memoria, una forma privilegiada del recuerdo: [...] porque acaso escribir es la búsqueda de una historia remota que yace en lo más profundo de nuestra memoria y a la que pertenecemos inexorablemente” (26-27). Wiener así, explora su subjetividad por medio de la escritura: escribe para buscarse, para, tal vez, no perder del todo aspectos de su identidad, afianzarlos o no confundirlos con el otro, lo cual viene a cuestionar esa versión de la maternidad que presentaba Riera donde madre y criatura se funden en un solo ser.

Como toda *bildungsroman* que presenta la exploración de una nueva identidad subjetiva, en este caso, Wiener personaliza su embarazo como un juego de búsqueda introspectiva de su yo a través del cuerpo-texto gestante, puesto que el juego incita a la indagación identitaria más allá de la que estamos acostumbrados (Holmes 70). Es una ficción, si bien autobiográfica, que rememora los meses de embarazo y las contradicciones que la protagonista ha vivido en primera persona con el propósito de hallar respuestas a su inesperada metamorfosis. Crea por ello una narración que se construye a la par que la vida que su cuerpo produce y es en esa misma escritura reflexiva acerca de su evolución corporal donde va re-creando su identidad, al tiempo, que le

sirve de ejercicio terapéutico en el sentido que rehabilita una subjetividad quebrada, posibilitando el autoconocimiento y la transformación.

A través del juego, lleva a cabo esa “necesidad de representación por identificación compensadora” (Huizinga 29) que implica toda actividad lúdica. Para Martín Gaité, los juegos, como las narraciones y como el amor, brindan la posibilidad de transformación, permiten el acceso a un plano donde el tiempo se desplaza, donde cabe volverse diferente y díscolo a esa imagen estática que los condicionamientos sociales nos exigen componer con uniforme monotonía y que los demás nos adjudican y devuelven a diario. En esto consiste el gozo recóndito de la ficción. (83)

Como personaje, Wiener describe su identidad antes de la crisis. Es periodista y vive en Barcelona en calidad de inmigrante: “No habíamos venido en cayuco pero nuestro estatus de estudiantes extranjeros nos ponía directamente en el más bajo escalafón laboral” (Wiener 16). Escribía reportajes para *Primera Línea*, “una revista que durante los años ochenta había sido uno de los artefactos de la desinhibición cultural” donde trabajaba como “su reportera gonzo favorita, su kamikaze,”²¹⁰ y había “firmado los reportajes más sensacionalistas de cada número” hasta el punto que “escribir sobre sexo se había vuelto rentable. Sin ir muy lejos, por los días en que descubrí que esperaba un bebé, estaba poniendo punto final a un libro” (22). Era, en definitiva, una ocupación que estaba ayudando a construir su carrera profesional como escritora.

No obstante, su embarazo es percibido como el último eslabón de la serie de eventualidades desafortunadas con que da inicio la novela que viene a frenar su avance

²¹⁰ Se denomina a sí misma periodista kamikaze ya que interviene como protagonista en los reportajes que realiza; por ejemplo, participa como donante de óvulos para escribir un artículo sobre las nuevas técnicas de fertilización, o forma parte en sesiones sexuales en grupo y en cambios de pareja con su marido para cumplir un encargo sobre el mundo de los *swingers* (Wiener 23).

profesional: “Lo que algunos veían como una bien encaminada carrera periodística se truncaba y no había manera de detener la mala racha” (30). Esto es, la identidad que se había formado como escritora y figura pública se ve intimidada por la incursión de esa nueva criatura que gesta en su cuerpo: “Barcelona parecía un buen lugar para dos periodistas ingenuos con aspiraciones literarias que creían en las posibilidades de sus currículums pero no para dos periodistas aspirantes con un hijo” (16).²¹¹ Esa incertidumbre es otro de los elementos característicos del juego (y de la vida). Según Huizinga, en el juego se da un estado de ánimo que es, “por naturaleza, inestable” ya que en cualquier “momento la vida ordinaria puede reclamar sus derechos, ya sea por un golpe venido de fuera, que perturba el juego, o por una infracción de las reglas o, más de dentro, por una extinción de la conciencia lúdica debido a desilusión y desencanto” (Huizinga 37). Como en el juego, el estado de Gabriela es incierto y se mantiene bajo sospecha hasta el final. La incertidumbre, consustancial a toda actividad lúdica, es el *leitmotiv* de *Nueve lunas*: duda de su embarazo, de su evolución, de su cuerpo, de su capacidad para ser madre, de la maternidad y del mismo juego de la procreación en que está involucrada. No sabe si el amor hacia su hija será “a prueba de monstruos” (33) ni el tipo de crianza que elegirá, o si su parto saldrá según lo planeado.

Si cada juego implica cierto riesgo para todo el que participa, Gabriela confiesa el peligro que su fecundación le procura, desde el inicio amenazando con interrumpir fatalmente su carrera profesional hasta el parto donde teme por su propia vida. Nos sitúa así en un momento en el cual la reproducción vendría a negar o poner en asalto al yo que había sido hasta ese momento.

²¹¹ De este modo, Gabriela también desafía la concepción de la llegada de los hijos como cúspide de la felicidad pues, para ella, en ese momento de su trayectoria vital sólo supone una amenaza: “¿Quién querría contratar a una embarazada cada vez más gorda y cansada, que muy pronto tendría que dejar de trabajar por exceso de peso?” (*Nueve* 30).

Aunque la vacilación viene dada, como Gabriela exterioriza, por las contradicciones que el sometimiento a ciertas normas de la maternidad implica para las mujeres que son madres:

En el mundo de absoluta incertidumbre en que vivimos las mujeres fertilizadas cualquier cosa es un tema de Estado. Somos tan manipulables que damos asco. Escuchamos a nuestra madre, a nuestra suegra, a nuestra prima, a nuestras amigas, todas dicen cosas distintas y a todas les creemos. En general tenemos la cabeza como un ovillo. Yo intentaba escuchar sólo a algunas. (86)

De este modo, su narración expone la lucha que se da en el campo de la procreación, la cual, al suceder en el cuerpo con útero, éste se convierte en el mismo campo de poder. Para Bourdieu, un campo de poder

se trata de un espacio de juego y competencia donde los agentes e instituciones sociales que poseen la suficiente cantidad de capital específico (económico y cultural en particular) para ocupar las posiciones dominantes dentro de sus respectivos campos [el campo económico, el campo de la administración pública superior o el Estado, el campo universitario y el campo intelectual] se enfrentan entre sí en estrategias que apuntan a preservar o transformar este balance de fuerzas (*Invitación* 124).

Así, mientras su identidad de escritora se desmorona –“ya no podría producir al mismo ritmo los mismos osados reportajes. Y en determinado momento, lo admití, ya no podría producir nada. Sólo, probablemente, leche” (Wiener 30)–, su frágil condición de inmigrante gana terreno.²¹²

“¿Qué haríamos con un hijo fuera del Perú?” –se pregunta la narradora al poco tiempo de

²¹² Como puso de manifiesto Kimberlé Williams Crenshaw (1989) hay que tener en cuenta la interseccionalidad de las identidades sociales: la raza, el género, la clase, la nacionalidad, etc., son categorías que se solapan y se dan de manera simultánea y, por lo tanto, no pueden estudiarse de manera independiente ya que están fuertemente interconectadas con la opresión y discriminación que conllevan.

confirmar su embarazo, poniendo de relieve la situación económica inestable en la que se encuentra: “Hijo mío: Europa es el mejor lugar para que un latinoamericano se muera de hambre y beba buen vino. Bienvenido” (18). Esta ambivalencia sobre su identidad –en tanto que escritora de cierto éxito pero con un estatus legal inseguro– se realza con el embarazo, el cual ha llegado para trastocar todo. Su condición de inmigrante aporta una circunstancialidad remarcable a la historia al ser lo que en gran parte condiciona su inestabilidad: el problema parece no ser tanto la reproducción como el hecho de convertirse en madre en España.

Si la estabilidad económica y emocional son los prerequisites para tener hijos en las clases medias occidentales, ella se encuentra desempleada, convaleciente y afligida cuando corrobora su embarazo, además de ser inmigrante de “precaria legalidad” (18) debida a la reciente pérdida de su empleo.²¹³ Gabriela, por tanto, se nos presenta fuera de la normativa reproductiva desde el mismo descubrimiento de su fecundación: “En el primer mundo – recuerda– la mayoría de la gente se embaraza cuando ya tiene elegido el colegio para los niños, no cuando se ha quedado sin nada” (93). *Nueve lunas* desmonta así el apartamiento social al que se someten las embarazadas,²¹⁴ pues la gestación, al haber sido entendida como un rito de iniciación, supone, al igual que estos, “situaciones artificialmente aisladoras” (Huizinga 35). Ahora bien, en la novela dicho aislamiento no viene determinado por la gravidez sino que es una situación impuesta por la pérdida del trabajo, lo cual la protagonista trata de cambiar a toda costa: “Mientras todas mis hermanas embarazadas que ya superan los siete meses estaban buscando la manera de largarse de sus trabajos, yo paradójicamente estaba buscando uno. No

²¹³ Como Imaz puntualiza, “la maternidad se encuentra al final de una trayectoria a lo largo de la cual se va logrando equilibrio emocional, una se siente segura y preparada, logra una pareja adecuada y comprometida” (184).

²¹⁴ De igual modo, también desmantela, como veremos, el aislamiento al que son sometidas las embarazadas en cuanto a la sexualidad y se introduce en un juego sexual.

intenten comprenderlo. Solo tenía que hacerlo. Mi futuro dependía de ello” (Wiener 111). El juego sustrae a los participantes del resto de la vida, pero Gabriela reitera su deseo de no estar aislada: no es su estado de “dulce espera” el que la mantiene al margen del mundo corriente en un “útero de papel” como vimos en Riera, sino que su repliegue viene dado porque la revista donde trabajaba había cerrado. Este acontecimiento la obliga a tener mayor tiempo de ocio, por lo que se entrega de lleno al juego en que acaba de entrar: participa como “chica embarazada” pero se convierte en una aguafiestas que se sale del reglamento y señala lo absurdo del mismo, empezando por la sacralidad del cuerpo (desde la legislación sobre el aborto a la sexualidad). Su cuerpo no será recinto sagrado (como para Riera) sino para ser profanado.

Gabriela, al jugar al embarazo, no se atiene a las normas sociales sino que, en cambio, crea su propio estatuto: romper con todas las que pueda. Es, por ello, lo que Huizinga describe como “el jugador que infringe las reglas de juego o se sustrae a ellas.” Igualmente, es la jugadora tramposa en el juego propio que inventa: “Hace como que juega y reconoce, por lo menos en apariencia, el círculo mágico del juego” (Huizinga 25). Como lectores, somos sus compañeros de juego y le perdonamos las trampas; sin embargo, “al sustraerse al juego revela la relatividad y fragilidad del mundo lúdico en el que se había encerrado con otros por un tiempo. Arrebató al juego la ilusión [...] por eso tiene que ser expulsado, porque amenaza la existencia del equipo” (Huizinga 25). Esto es, Wiener se instala fuera de la normativa de la reproducción al exhibir su incoherencia y carácter construido. Se aleja por ello del lenguaje y la tradición que han establecido el código apropiado para hablar del embarazo y el cuerpo de la madre, gesto que instaure desde el mismo título: las nueve lunas que, a diferencia de lo que parecen sugerir, designan la pornografía sobre embarazadas en Internet (Wiener 80). En este sentido, Huizinga recuerda que los aguafiestas, tanto como “el proscrito, el revolucionario, el hereje, suelen ser

extraordinariamente activos para la formación de grupos y lo hacen, casi siempre con un alto grado de elemento lúdico” (Huizinga 26). Y será, por tanto, en ese “mundo de mujeres solas” que conforma la maternidad donde Gabriela va a instituir sus propias reglas, como será la transgresión a cada uno de los preceptos sociales que se asumen como norma sobre la gestación y la figura de la madre. Aunque Gabriela no será una jugadora seria, por lo que hará trampas y seguirá algunas reglas y otras no: por ejemplo, cumple con los mandatos médicos, las visitas obstétricas donde se vuelve invisible, asiste al curso psicoprofiláctico, y se somete a toda la normativa médica referente al parto.

A su vez, la gestación será lo que dota a la protagonista de una nueva identidad temporal como embarazada, la cual asume, como he indicado, al final del primer capítulo; una subjetividad que, como el mismo embarazo, es más un proceso que un resultado, esto es, su novela da voz a un yo en formación. Como explica Ruddick, las voces de las madres están en un continuo proceso de elaboración debido a la profunda mistificación de la que han sido objeto:

Maternal voices have been drowned by professional theory, ideologies of motherhood, sexist arrogance and child fantasy. Voices that have been distorted and censored can only be *developing* voices. Alternatively silenced and edging toward speech, mothers’ voices are not voices as they are but as they are becoming. (40, énfasis en el original)

De este modo, al adjudicarse esta nueva forma de estar en el mundo como “chica embarazada,” Wiener ha de renunciar por una parte a la visión individualista del yo –deja de ser– y, por otra, entra en un proceso de redefinición de su propia subjetividad –va hilando el tejido de su propio ser– en relación al otro que su cuerpo está gestando. Como consecuencia, su identidad en el texto es, al igual que su estado, transitoria y su condición de madre, por ahora, incierta:

A lo mejor había terminado por sentir cierto grado de identificación, a pesar de mí misma, con las embarazadas de los foros o verme reflejada en aquellas historias del feto mes a mes, pero no me sentía mamá, lo que es peor, no tenía ni idea de cómo se hacía aquello. (Wiener 115)

El texto, entonces, subraya que la subjetividad en formación de la narradora dista mucho de estar finalizada y es, más bien, la narración del nacimiento de Gabriela como madre: el relato de un proceso que expone las intimidades y paradojas de una embarazada que busca hallar respuestas a qué significa ser madre y qué tipo de madre va a ser.

La crisis corporal provoca un cambio en la concepción de sí misma y del mundo que la rodea: el juego de la maternidad con sus propias reglas y obstáculos que vencer dota de nuevos papeles a sus participantes. Gabriela ahora será *también* madre, una faceta más de su personalidad no exclusiva ni excluyente como el mismo relato de su metamorfosis confirma (no deja de ser escritora, ni de dedicarse a sus asuntos al convertirse en madre). Y el día de su parto, finalmente, nos comenta –con un ya habitual procedimiento narrativo que desarticula cualquier conato de gravedad– que el momento culminante ha llegado: “El día en que la vida que hasta ese momento conocía empezaría a cambiar para siempre me levanté con la idea de comprar la bolsa de compresas” (Wiener 137). La novela nos ha preparado, a los lectores y a la misma Gabriela, para ese momento sin vuelta atrás, el cual, como era de esperar, concluye con ese contrapunto de lirismo y humor irreverente familiar para el lector: “La siento llegar, la veo, alzada por los aires, embarrada de mis entrañas, tibia, decolorada, con rostro de boxeadora, me la enseñan como un camarero te enseña una botella de vino, *como si pudiera decir que no la quiero*, la tienden sobre mí, *ya no es una extensión de mí, es otra*” (152, énfasis mío). Gabriela, de esta manera, pone punto final al relato del juego como chica embarazada cuando nace la hija que, en definitiva, la

convierte en madre, *una* nueva parte de su identidad que está todavía por hacerse y de la que sólo nos deja entrever pequeñas escenas en el breve epílogo con que termina el texto.²¹⁵ Concluye con euforia, miedo, placer, incredulidad y, finalmente, como todo en la novela, juego:

Lena prepara un plato de hojas secas, ramas y fideos crudos. Ahora ella me alimenta a mí. Levanta su pequeña cuchara y me da bocados invisibles que saben delicioso. Me dice que su bebé se ha hecho caca y le pone uno de sus propios pañales. Después lo coloca en un cochecito, cuelga un bolso de su hombro y me dice adiós con la mano. (156)

Y así, con una despedida literal, cierra la narración: su hija jugando a ser madre.

Imaz indica que el *deseo de ser madre* es difuso y ambivalente incluso durante los primeros meses de gestación, hasta que la relación con el feto se vuelve más tangible y el reconocimiento del hijo o hija patente: el hecho de convertirse en madre no sucede –según la creencia popular– en un momento puntual (el parto) sino que supone más un *proceso* intrincado donde interfieren distintos factores que pueden llegar a ser contradictorios (123). Wiener nos presenta la reflexión sobre la procreación como un juego que se produce en un período transitivo en el que el impreciso deseo de tener descendencia es puesto en duda constantemente, refutando incluso la existencia misma de dicho deseo: “Y yo simplemente era una chica embarazada. No porque lo hubiera deseado con mucha fuerza. Para usar un cliché: tal como está el mundo ya uno no puede darse el lujo de desear demasiado algo” (Wiener 26).

De tal modo, convertirse en madre tiene que ver más con la identificación de otro ser humano como hijo o hija propios, “un proceso no unívoco ni necesariamente lineal, en el que simultáneamente se gesta no sólo un nuevo ser humano sino también una madre” (Imaz 176).

²¹⁵ En palabras de Rich, “motherhood, in the sense of an intense, reciprocal relationship with a particular child, or children, is *one part* of the female process; it is not an identity for all time” (37, énfasis en el original).

Igualmente, como hemos visto, *Nueve lunas* presenta el nacimiento de la narradora como madre a través del proceso de gestación que relata, por medio del cual empieza a autoidentificarse con una nueva categoría social al tiempo que va reconociendo paulatinamente al feto como su hija. En consecuencia, el texto puede considerarse una novela de formación –en doble sentido– en la cual la protagonista va desarrollando una nueva identidad a causa de su embarazo –catalizador del cambio– a la vez que engendra a su hija.²¹⁶

El cuerpo, por tanto, experimenta una transformación radical a causa del embarazo y Wiener relata a modo de confesión la crisis que su cuerpo sobrelleva y que afecta su mundo en todos los sentidos, empezando por su posición social en España. Y al presentar el embarazo como juego, la novela realza tanto su carácter efímero como excepcional pues, como indica Huizinga, el juego consiste en una acción temporal y fuera de lo habitual: “No es la «vida corriente» [...] más bien consiste en escaparse de ella a una esfera temporera de actividad que posee su tendencia propia” (Huizinga 21). De tal manera, la gestación, al igual que el juego sería “como un *intermezzo* en la vida cotidiana” (Huizinga 22), un intervalo que, como el juego, “agota su curso y su sentido dentro de sí” (23) y, a su vez, como analizo en el siguiente apartado, aparece perfectamente delimitado en el tiempo –nueve meses– y en el espacio –el cuerpo reproductivo y el texto.

²¹⁶ Imaz nos recuerda que la gestación “es el periodo en el que «se adquiere» la consideración de madre por primera vez y para siempre [...], un periodo de transformación en el que las mujeres cambian su situación social tanto respecto a la sociedad en general, como respecto a su identidad subjetiva. Hay en todo ello además una dimensión física que no puede ser soslayada, pues los cambios fisiológicos de la gestación se impregnan de sentido, de forma que el proceso físico adquiere, simultáneamente, el carácter de un cambio social” (13).

4.4: Espacio y juego. El cuerpo en gestación

El cuerpo embarazado es, como he indicado, el que limita el tiempo y el espacio de la acción de la novela de Wiener, explícito desde la primera frase. Así, Gabriela establece al inicio de su narración el perímetro y las reglas del juego: “Ella-embarazada es el espacio sagrado y es ella también quien está dispuesta a profanarlo sin ninguna piedad” (Gutiérrez 411). Un espacio corporal que ha sido sacralizado de tal forma por nuestra cultura que se ha vuelto intangible pese a su notoria materialidad. Como recuerda Bordo, la dinámica actual de la gestación ha provocado un doble efecto en la subjetividad de las mujeres ya que para despojarlas del control de su vida reproductiva las han privado de su integridad y autonomía personales, y las han tratado “merely as pregnant *res extensa*, material incubator of fetal subjectivity” (94). De tal modo, el fenómeno reproductivo se ha vuelto, a su vez, inenarrable salvo por el discurso médico oficial que, con su terminología aséptica y especializada, contribuye a su enajenamiento. El de Wiener será, en cambio, un cuerpo que deviene sujeto de la acción sagrada convertida ya en puro juego.²¹⁷

El catolicismo que impregna la cultura hispánica, como vimos en el primer capítulo, ha sacralizado el cuerpo de la mujer embarazada de tal forma que la visión mariana ha dominado el discurso sobre las madres: “Se les pide –señala Molina– que sean ellas también madres purísimas, madres dolorosas, siervas humildísimas” (67). Según esta concepción, el cuerpo de la mujer sólo podría redimirse de su culpa consustancial a través de la maternidad: la gestación, por tanto, será la acción sagrada a la que está destinada toda mujer por el simple hecho de serlo y, su cuerpo, el espacio consagrado a ello. Como expone Huizinga, “la demarcación de un lugar

²¹⁷ Asimismo, se podría leer como transgresión literaria de la metáfora tradicional que, desde el petrarquismo, ha representado el cuerpo de la mujer como templo. Y, por otro lado, la maternidad se usó de forma invertida para acentuar la culpa: por ejemplo, con las mujeres acusadas de brujas para justificar sus relaciones con el diablo, lo cual pudo ayudar a conceptualizar esa visión agresiva del feto como cuerpo extraño que devora o vampiriza.

sagrado es el distintivo primero de toda acción sacra,” lo cual no difiere de la esfera del juego, pues “se demarca, material o idealmente, un espacio cerrado, separado del ambiente cotidiano. En ese espacio se desarrolla el juego y en él valen las reglas” (35). De igual forma, la novela establece desde el inicio el recinto de la acción: el cuerpo reproductivo. Y mediante esta asimilación entre embarazo y juego, pone en evidencia la artificialidad de un proceso donde “lo natural” ha ocupado una zona que va más allá de lo biológico: un terreno político.

Por definición, Gallop indica que el cuerpo es ese enigma en el cual habitamos, hecho que toma una magnitud desproporcionada durante el embarazo: el cuerpo se transforma y crea vida de una manera prácticamente hermética para la madre que gesta como hemos visto en los capítulos previos. El cuerpo se convierte así en un ser foráneo que acoge a otro ser que no llega a formar parte de uno ni es totalmente otro. Por ello, la experiencia del embarazo, traspasa las barreras de la racionalidad lógica creada por los hombres pues si bien todo sucede en el útero, a su vez, lo desborda. La gestación no es la división del cuerpo en dos seres humanos sino un proceso por el cual uno se va desprendiendo de otro debido a su misma creación. Rich lo describe como “something inside and of me, yet becoming hourly and daily more separate, on its way to becoming separate from me and of-itself” (63). Es, por tanto, una relación de dependencia y disociación para la que se usan popularmente metáforas de simbiosis, invasión y escisión (Imaz 234), aunque en la mayoría de las ocasiones son sensaciones que se experimentan simultáneamente.

Wiener, a diferencia de la “simbiosis perfecta” de Riera (48), lo considera como una intrusión, la cual va mermando su propia salud a costa de su crecimiento:

Mi pequeño habitante era en ese instante lo más parecido a un tumor. Sus células crecían y se multiplicaban rápidamente, penetrando en mis tejidos y erosionando mis vasos

sanguíneos. Era un parásito que vivía a expensas de mí, extrayendo su fuerza y alimento de mi cuerpo. Respiraba de mi oxígeno. Y yo resoplaba. (29)

Su cuerpo, de esta manera, crece sin ningún control y Gabriela sólo se dedica a registrar, con detalle, los cambios que observa:

La mañana de mi primera ecografía [...] me miré desnuda y de perfil en el espejo.

Constaté que ahí seguía. En los últimos días había notado por fin un esbozo de panza que empezaba en la zona alta del vientre, separándolo en dos. No era una panza de cerveza, tampoco una panza de embarazada, propiamente, pero ahí estaba, buscando su lugar. En líneas generales *seguía siendo yo ante mi cuerpo*. (50, énfasis mío)

La metamorfosis que sufre, si bien no sucede en el transcurso de una noche como la de Gregorio Samsa, es, en cierto modo, como ya he indicado, kafkiana: su cuerpo se transforma a lo largo de cuarenta semanas por su cuenta. Gabriela ve sin poder apenas intervenir cómo no sólo su cuerpo sino también su entorno se modifica a causa de dicha mutación: “Todos parecen preocupados por una preguntando si será niño o niña, y cuánto nos queda para el gran momento. Es como ser famosa. No existe privacidad alguna para una barrigona” (Wiener 122). Todos participan en el juego de la maternidad y aceptan sus reglas: conocen de antemano a esa figura materna de la que se esperan ciertas actitudes y comportamientos y de quien se asume que no infringirá las reglas y acepte los dictámenes de lo que la sociedad considera ser (buena) madre,²¹⁸ la cual ha de ponerse el disfraz adecuado, un traje que Gabriela, literalmente, rechaza al ser “ropa que nunca más volvería a usar en la vida” (Wiener 83). Las propiedades activas que legitiman a una mujer para entrar en el campo de la maternidad si bien son obvias (tener un hijo o una hija propios), al

²¹⁸ “La gente –indica Bourdieu– es al mismo tiempo fundamentada y legitimada para entrar al campo por su posesión de una determinada configuración de propiedades” (*Invitación* 163).

mismo tiempo son las que las han mantenido excluidas del juego del capital simbólico debido a la dominación sexual, la cual, señaló Bourdieu, “constituye el paradigma de toda dominación y es quizá su forma más persistente” (*Invitación* 197). Por ello, Gabriela las resiste en *Nueve lunas* pues, como hemos visto, sus prácticas y estrategias van orientadas a modificar la lógica admitida del campo de la maternidad.

Durante las primeras semanas de embarazo, las sensaciones corporales que experimenta están todavía lejos del reconocimiento del otro y tiene que ver más con angustia y mareos: “Estaba destrozada con las náuseas. Dicen que las náuseas son una respuesta al agujero negro emocional que supone saber que serás madre” (Wiener 30). Por ello, hasta la misma realidad de su fecundación es puesta en duda: sólo una prueba casera corrobora un estado que, por lo pronto, parece imaginario pues, a pesar de conocer el origen de la misma (“dos gametos forman un cigoto. Me gusta cómo suena la fórmula de la fecundación” [14]), todo sucede, por el momento, en un plano abstracto:

Las sensaciones más poderosas al descubrir que estás embarazada tienen que ver con la irrealidad de las matemáticas. Te han dicho que está ahí, que irá multiplicando su tamaño, que ahora tiene la forma de un cacahuete, después la de una cereza y así, *pero no lo ves ni lo sientes*. (14, énfasis mío).

El cuerpo, de esa manera, se convierte en un ser autónomo y desligado de la conciencia, un desconocido que opera por cuenta ajena creando vida sin la dirección (ni consentimiento) de su propietaria.

Al no tener todavía entidad independiente, el feto es, por tanto, antes que realidad material, un producto de la imaginación de la madre, quien lo va creando y moldeando según va adquiriendo más información sobre esa vida intrauterina, como vimos también en Riera. Por ello,

al principio no reconoce al otro que la habita como ser humano sino como una creación ficticia o, a lo sumo, una forma poética: “Decidí escribir mi propia figura literaria zoológica: «A las cuatro semanas un hijo es como el fantasma de un caballito de mar»” (14); o “el bebé de cuatro semanas no es un ser humano, es cientos de especies al mismo tiempo” (15). Aunque tal tendencia del discurso procreativo hacia el lirismo que veíamos en Riera es, en cambio, cuestionada por Wiener: “¿Por qué la maternidad nos llama de inmediato a la divagación lírica y nos sitúa al borde de la estupidez? ¿Será la sola posibilidad de tener a nuestro lado a un bebé con cara de monito asustado lo que dispara esa ternura desbocada?” (14). Un cuestionamiento que lleva al extremo en su narración al confesar que “hacia la noche los pensamientos más oscuros me dominaban” (30) y no sólo esa sensibilidad poética llena de un afecto sincero: dos polos o pulsaciones de vida y muerte entre las que fluctúa durante el proceso reproductivo.

Debido a que la transformación corporal todavía no es muy evidente en las primeras semanas de gestación, Wiener necesita una corroboración oficial de lo que le está sucediendo: “Para cerrar ese círculo vicioso de incredulidad tenía que ver antes aquel rostro, como me estaba viendo yo ahora. Por eso era un día tan importante” (51). En el momento de su primera ecografía, no obstante, mantiene el recelo hasta el final: “Mientras ella [la ecógrafa] removía su vara en mi interior buscando vestigios humanos, pensé [...] que diría que allí no había nada, es un error, lo siento, señora, usted está hueca como un coco” (54). Ahora bien, la desconfianza no desaparece al confirmar la existencia del embrión y su buen desarrollo en las ecografías, sino que va a seguir recelando de ese crecimiento pues, al ser ingobernable, la sitúa ante un cuerpo que cambia gradualmente sin poder apenas intervenir para modificar su curso. Ese feto, que ha adquirido ya estatuto de “super-sujeto” (Bordo 88), se convierte en el relato de Wiener en un participante del juego que impone sus propias reglas y se apropia del curso del mismo para

favorecer su victoria: así, el juego no sólo es externo sino también interno, esto es, se diluye la división dentro/fuera, un espectro que, como en las novelas góticas, es quien establece el reglamento, pero nunca puede salir del lugar impuesto –la casa–, o en este caso, el vientre.

Por ello, en diversas ocasiones Wiener expone su terror a que la metamorfosis corporal que está viviendo no pueda revertirse: “Todas las embarazadas albergamos la esperanza de recuperar nuestro peso original y volver a ponernos todo lo que en ese instante descansaba en el armario” (84). Y es que la supuesta cuestión frívola de la imagen corporal es, durante los meses de gestación, un dilema que comparte con Riera (y muchas embarazadas como ha demostrado Imaz).²¹⁹ La vestimenta destinada a las mujeres gestantes es otro reflejo más de la asunción popular de las embarazadas como seres asexuados y enajenados. Por ello, Gabriela subraya que “había decidido que no usaría nunca ropa XXL, y menos aquella tan *cursi* hecha especialmente para embarazadas” (83, énfasis mío), un gesto que denota la toma de agencia ante la pasividad vinculada al embarazo. El miedo ante los cambios físicos va, sin embargo, más allá de la cuestión sobre la moda. Por un lado, ver su panza abultada a causa del crecimiento embrionario altera la relación que ha mantenido con su propio cuerpo, asumiendo su vientre redondo con cierta satisfacción: “Era la primera vez que no me sentía barrigona. Una contradicción, dado el curvado vientre que ya ostentaba [...] ahora ya no era una chica panzona: era una chica embarazada: mi guata real se había disimulado tras mi guata virtual” (62-63). Pero, según va aumentando de tamaño, la relación con el propio cuerpo deja de ser privada: “Nos dan asientos en el metro y en el autobús, nos dejan pasar directamente a la ventanilla del banco e incluso ir a

²¹⁹ Jordi Corominas i Julián señala en su reseña sobre *Nueve lunas* que “quizá sea más útil leer un volumen científico que explique al pormenor los pasos que siguen las madres del mañana en sus 300 jornadas de convivencia interna con el feto sin necesidad de profundizar en la frivolidad del vestido que no cabe al tercer mes e impide ir a una fiesta literaria.”

votar en las elecciones sin hacer cola” (122). De esta manera, la supuesta intimidad del embarazo es puesta en duda al poner de manifiesto cómo el cuerpo de la mujer gestante se convierte en un asunto público: un juego entre interior/exterior que, una vez más, la novela disuelve pues “because for us (women) the two are continuous, not polar” (Rich 64). Al crecer el feto, el interior se hace perceptible de modo que para la mujer embarazada dentro/fuera dejan de ser opuestos como el pensamiento racional –esencialmente binario– ha determinado.

Asimismo, Wiener comparte el miedo de Riera por la permanencia del grosor extra que conlleva la gestación: la perspectiva ante una panza subsecuente llena de grietas irreversibles le produce, al ver la tripa de su amiga en Lima, consternación: “Me da miedo que nadie pueda amarme con esta barriga” –le confiesa Violeta a Gabriela (63). Si bien los cambios físicos durante el embarazo parecen transitorios, pueden llegar a modificar el cuerpo de la mujer embarazada de forma considerable. Este cuerpo posparto no encaja en el canon de belleza occidental: un vientre blando, pechos abultados y caídos, caderas anchas y piel llena de estrías, no es ya ese cuerpo grotesco bajtiniano sino un cuerpo que la sociedad repele:

Su barriga se había estirado de tal modo que hacia el octavo o noveno mes de embarazo la piel se había roto. Su barriga se había corrido como una media. Estaba tan veteadada como la piel de un tigre, o peor aún, parecía que una pareja de tigres hubiera peleado sobre su estómago. (63)

La narradora, por tanto, confiesa su preocupación por volver al cuerpo anterior, sin marcas del embarazo que recuerden al mundo su existencia, no sin su acostumbrada ironía: “Esa misma noche empecé a untar mi panza con crema de baba de caracol. En la tele dijeron que funcionaría” (63). Una preocupación que tiene que ver con esa identidad previa que, debido al embarazo, está en proceso de transformación.

No obstante, el verdadero terror físico se presenta ante la posibilidad de ver su cuerpo seccionado en el parto: “Si había algo en el mundo a lo que yo realmente le temiera –más que a la idea de que un ser de esas dimensiones saliera de ahí, más que a la misma idea de la maternidad, más que a los terremotos y a los aviones–, era a la episiotomía” (52). Ese pánico se traduce en el deseo de tener un parto natural, esto es, “parir ahí sin anestesia, como una señora en medio del campo” (51). Aunque, ese plan de parto se frustra y Gabriela acaba, como le advirtió una matrona con cierta saña, pidiendo la epidural a gritos. Así, si en un principio la protagonista parece asumir las reglas del campo de la maternidad, al nombrarlas, por medio del juego las cuestiona: otorga existencia a lo que de otro modo no la tendría y sería irrefutable (puesto que no puede cuestionarse lo que no tiene existencia). Ante la aparente frivolidad de un asunto meramente estético, *Nueve lunas* realiza una profunda denuncia a las prácticas de una lógica que condena a las mujeres: creemos desear una estética determinada, volver al cuerpo no marcado por la procreación por decisión propia, lo cual no es sino una imposición arbitraria de un canon de belleza imposible de mantener a lo largo de la vida. Se quieren borrar las huellas reproductivas a toda costa porque nos sitúa delante de nuestros orígenes, ante la vulnerabilidad y esa indisoluble interconexión humana, y desmantela así la falacia del individualismo hedonista del capitalismo actual. El cuerpo reproductivo no forma parte del ideal de belleza occidental sino como “placeres extraños” como expone *Nueve lunas*, “justo al lado de zoofilia, gordas y tercera edad. Al parecer, las embarazadas éramos una especie pornográfica en sí misma, llamada «nueve lunas»” (80). El cuerpo embarazado en la novela, por tanto, está haciendo visible lo que de otro modo permanecería velado: lo absurdo de la norma social en este momento histórico por la que el cuerpo de la mujer (sea madre o no) debe ser eternamente joven, terso, delgado y, cabe recordar, blanco; de lo contrario, es un cuerpo impropio.

Las madres permanecen invisibles como mujeres pues la mujer parece diluirse en la madre; de ahí la frecuente confusión entre mujer y madre. Nuestra sociedad ha construido a la mujer en cuanto a esa sola función, como vimos en el primer capítulo, y se ha dejado sus opuestos –la bruja, la prostituta, la madrastra– para conglomerar todo lo que la mujer-madre no puede ser: sensual, atrevida, dueña de su placer, mala, frívola, desapegada, egoísta... *Nueve lunas* quiere superar dicha polarización y confirmar la existencia de madres que no dejan de ser mujeres. Significativamente llama a su hija, Magdalena, la mujer que, aun estando “desviada” de la norma, según la Biblia, encontró la salvación, lo cual, en cierto modo, encarnaría los dos polos en los que se ha dividido a la mujer. Gabriela, al ser madre de dicha niña, sería la creadora de una mujer nueva, ni santa ni bruja: Lena.²²⁰

Así, *Nueve lunas* muestra que durante la gestación no desaparecen las características que tradicionalmente se desestiman. Al inicio de la novela, se nos presenta antes que como futura madre con sus aparentes antagónicos: significativamente le han extirpado unas mamas excedentes, las cuales para su madre “podían tener poderes sobrenaturales” y le recuerda que “en otras épocas a las mujeres con mamas supernumerarias las quemaban por brujas” (12). Y se nos despliega como una mujer que no esconde su sexualidad sino que, por el contrario, la exhibe. Lo que cuenta es, en definitiva, la historia de su cuerpo, el cual, lejos de la visión masculina del

²²⁰ También puede ser significativo que el nombre Lena signifique “proxeneta” (vieja que protegía y aconsejaba a la “puella,” amante y joven cortesana). Era un personaje de la poesía elegíaca latina (Tibulo) y del teatro; tiene connotaciones negativas y está entre los antecedentes de Celestina, la brujería, etc. Wiener, sin embargo, discute sobre el nombre elegido para su hija con el enfermero de turno en la sala de parto y llega a esta conclusión: “Esto era surrealista. El enfermero amante del santoral nos estaba contando que íbamos a ponerle a nuestra hija un nombre equivocado. Marta es la hermana hacendosa, la que se queja de todos, la que se compara y va a decirle a Jesús que María Magdalena es una pérfida que vaga todo el día y le deja todo el trabajo a ella. Jesús, sin embargo, elige a Magdalena, a la puta llorona, como modelo de las almas contemplativas por encima de Marta, y cuestiona el desasosiego de esta última. Lo curioso es que la chivata de Marta es la santa, la patrona de los hoteleros, y no Magdalena. ¡Cómo iba a llamarla Marta!” (147-148).

cuerpo femenino,²²¹ no es objeto sino agente sexual que decide cómo y con quién (o qué) satisfacer su deseo: “En realidad, por distraída más que por cualquier otra cosa, descubrí el clítoris bastante tarde y me pasé la mitad de mi niñez metiéndome cosas al coño” (37). Por mucho tiempo, el coito se había considerado el estándar “natural” de la sexualidad debido a su función básicamente reproductiva.²²² Sin embargo, el placer sexual de una mujer va más allá de la cópula heterosexual como pusieron de manifiesto las teorías feministas que desde los años setenta y ochenta reivindicaron el clítoris y la masturbación para, por un lado, controlar su propia estimulación y, por otro, recuperar el poder usurpado a su cuerpo (Gallop 74). *Nueve lunas*, a su vez, reclama que esa sexualidad femenina no siempre se suspende durante la gestación sino que, por el contrario, “el deseo se dispara” y que “a veces, el problema no es la embarazada sino su marido” (Wiener 81). De este modo, desmitifica esa visión mariana de las embarazadas como seres asexuales en estado de espera cuya vida y erotismo se paralizan por obra y gracia de la gestación –y que reitera Riera, como vimos en el capítulo anterior.

Al contrario, el texto de Wiener penetra en la actividad sexual que rodea al embarazo, con testimonios de chats y foros donde “las futuras madres éramos vistas literalmente como bombas sexuales” (80). Como reportera “gonzo” de reportajes acerca de las prácticas sexuales de la sociedad contemporánea, Gabriela no iba a dejar pasar la indagación en carne propia de la subcultura relativa a la sexualidad durante la gestación. Por ello, no sólo relata su propia voluptuosidad sino que también pregunta a sus amigas y, sobre todo, explora en la Red, donde va descubriendo distintas perspectivas acerca del sexo con embarazadas: “En el imaginario del

²²¹ Como recuerda Gallop “in the ideology of our culture women are objects described, not speaking subjects” (71).

²²² Cabe mencionar que tradicionalmente la gran carga represiva textual fue contra la masturbación masculina – alrededor de la figura bíblica de Onán–, incluida entre los pecados nefandos por el desperdicio procreativo que suponía.

hombre dado a las embarazadas, éstas eran seres desamparados y fogosos con unos senos muy grandes; en suma: la mujer ideal” (80). Si bien asegura que hay algunas mujeres que prefieren mantenerse al margen debido a la inestabilidad física que el embarazo puede conllevar, otras sienten un deseo sexual que en muchas ocasiones es silenciado y hasta ignorado por sus parejas heterosexuales: “Entré en un chat y ahí había una a la que su esposo no le hacía el amor por miedo a dañar al bebé: «Pero mis hormonas no entienden eso y me masturbo todos los días varias veces al día y trato de estar con mi amante todas las veces que pueda para saciar mis deseos»” (81-82). Los hombres muchas veces son los que evitan las relaciones sexuales con embarazadas debido al miedo que les produce dañar al feto, lo cual conduce a sus parejas a satisfacer sus deseos por otros lados, como evidencia el texto.

En el cuarto mes de embarazo, Gabriela y su pareja, J, van de viaje a su ciudad natal, Lima, a visitar a su familia y amigos. Y es ahí en su cama de la infancia donde se le despierta el hasta ese momento escaso deseo sexual: “Ese amanecer en mi habitación de niña era la primera vez en muchos días que sentíamos auténtico apetito y ganas de llegar hasta el final” (59). La asociación que se establece entre el nido materno y la sexualidad es sugestiva ya que es donde, por una parte, dio comienzo su actividad sexual y, por otra, asume su nueva maternidad. Es el lugar del juego por antonomasia, donde empezó a jugar a ser madre y a conocer su erotismo: “Mis muñecas, ositos, patos, barbies y demás monigotes, fueron mi verdadera escuela del horror” (69). Como sugiere Cixous en *La risa de la Medusa* (1995),

las mujeres tienen casi todo por escribir acerca de la feminidad: de su sexualidad, es decir, de la infinita y móvil complejidad de su erotización, las igniciones fulgurantes de esa ínfima-inmensa región de sus cuerpos, no del destino sino de la aventura de esa

pulsión, viajes, travesías, recorridos, bruscos y lentos despertares, descubrimientos de una zona antaño tímida y hace poco emergente. (57-58)

Y es que uno de los mayores tabús acerca de las mujeres gestantes es, precisamente, su sexualidad. Por ello, su deseo sexual forma parte de los “placeres extraños” al ser una sensualidad que resulta inverosímil para esa concepción asumida popularmente de las embarazadas sin erotismo y plenamente aletargadas por el amor a sus criaturas.

Sin embargo, la protagonista contradice este tópico y da cuenta de todo lo que descubre respecto a la pornografía relacionada con el embarazo y su propio deseo sexual: “No es mentira lo que dicen –comenta. Algunas embarazadas [...] sólo pensamos en sexo” (79). De tal modo que este deseo le lleva a buscar otras mujeres gestantes con las que compartir sesiones sexuales en línea y satisfacerlo a toda costa:

Cogí mi camarita digital y me fotografiaba en poses ginecológicas. Me volqué a la caza de fotos de otras embarazadas. Pensé que sólo a mí y a otras gorditas podría darnos curiosidad otras embarazadas. Me equivocaba. Descubrí un submundo alrededor de las llamadas «panzoncitas». (80)

El cuerpo y su erotismo ha sido el tema de indagación de las publicaciones anteriores de Wiener, además de haber reunido varios relatos en *Sexografías*, donde explora en carne propia diversas prácticas sexuales, entre las que incluye su reciente embarazo.²²³ De tal modo, los dos textos establecen un diálogo o, más bien, una continuación pues *Nueve lunas* prolonga la exploración iniciada en su libro anterior aunque realizando un movimiento inverso: “Si antes iba como una periodista que se metía en historias de otra gente para acabar hablando de mí, ahora soy yo

²²³ El quinto capítulo de *Nueve lunas*, dedicado a la sexualidad durante el embarazo, apareció primero en *Sexografías* titulado “While you were sleeping.”

misma ante mi reflejo, aunque finalmente he acabado escribiendo también sobre otras maternidades” (“Embarazo”). Y es que, como explica Rich, “the body has been made so problematic for women that it has often seemed easier to shrug it off and travel as disembodied spirit” (40). Por ello, cuando una mujer escribe sobre su cuerpo sigue pareciendo subversivo y, más todavía, durante el embarazo pues el frágil control adquirido sobre el cuerpo se descontrola con el proceso reproductivo: como *Nueve lunas* representa, puede significar una revolución en todos los sentidos.

Esa pérdida de control, como vimos en el primer capítulo, conllevó que las mujeres perdieran protagonismo en cuanto a intérpretes de los cambios corporales durante el embarazo a favor de la tecnología científica, la única encargada de descifrar y nombrar la transformación que sufre el cuerpo. Este giro, a su vez, ha sido favorecido por la metáfora dominante en la gestación que escinde al feto de su madre, convirtiéndolo en un ser ajeno y autónomo a pesar de la obvia dependencia física que existe entre ambos.²²⁴ Como indica Imaz, “la individualización y toma de protagonismo del feto se realiza a costa de la invisibilización de la mujer gestante, ya que ahora el diálogo médico-feto se establece sin necesidad de mediación” (245). Wiener nos cuenta precisamente esa exclusión del diálogo de su propio cuerpo cuando ha de someterse a una ecografía en el quinto mes de embarazo:

Una vez más me sorprendía cómo los médicos podían vivir al margen completamente de las personas y sus historias, hablando todo el tiempo de órganos y pedazos de cuerpo,

²²⁴ Según Helen Rouch, “la relativa autonomía de la placenta, sus funciones reguladoras que aseguran el crecimiento de un cuerpo dentro de otro, no pueden reducirse a mecanismos ya sea de fusión (mezcla inefable de los cuerpos o de las sangres materno y fetal), ya sea de agresión (el feto como cuerpo extraño que devora el interior, que vampiriza el cuerpo de la madre). Estas representaciones son producto de la imaginación, y resultan bastante pobres –y sin duda muy determinadas culturalmente– cuando observamos la complejidad de la realidad biológica” (en Irigaray, *Yo* 37).

siempre en su propio y complejo idioma, interactuado sólo con sus iguales y haciéndote sentir un convidado de piedra en una escena de tu vida. (89)

El especialista, en consecuencia, es quien mediatiza los datos que recibe de los aparatos técnicos e informa a la embarazada –la cual permanece a la vez ignorante e ignorada– sobre su propio cuerpo, lo cual “promueve la escisión entre subjetividad de la mujer y su cuerpo” (Imaz 245). Por ello, el movimiento feminista ha tratado de reeducar a las mujeres en cuanto al conocimiento de su cuerpo: como Wiener recoge, “tenía mucho sentido no depender de los profesionales de la salud para todos nuestros asuntos internos, sobre todo sexuales y reproductivos” (90).²²⁵ La medicina, como he indicado en el primer capítulo y vemos en *Nueve lunas*, ha adquirido una posición privilegiada sobre el cuerpo de la mujer, ejerciendo un fuerte control y frenando incluso los movimientos emancipatorios en Occidente.

El lenguaje de la maternidad está, igualmente, plagado de terminología médica y datos científicos de forma que esa noción del embarazo en términos clínicos domina no sólo la literatura referente al tema, sino también el lenguaje popular de las embarazadas. Tanto Wiener como Riera y Nanclares se hacen eco de tal jerga y suministran a lo largo de sus narraciones información detallada acerca del proceso reproductivo: para entrar en el discurso de la reproducción y poder jugar dentro del espacio que delimita, se ha de aprender su lenguaje. Sin embargo, a diferencia de cómo vimos en Riera, Wiener nos va informando del estado de su embrión de una manera más procaz:

Los test de embarazo miden la presencia en la orina de una hormona llamada
Gonadotrofina Coriónica Humana. Esta hormona, llamémosla por su nombre de pila,

²²⁵ La apuesta “por la autonomía del conocimiento de nuestros cuerpos y lucha contra la violencia obstétrica” forma parte del movimiento transhackfeminista del que da cuenta Llopis en una entrevista con una de sus representantes (Llopis, *Maternidades* 171).

Gona, llega a la sangre luego de aproximadamente seis días posteriores a la concepción, cuando el huevo fertilizado se implanta en el útero. (13)

Asimismo, si el cuerpo de la mujer siempre es visto bajo el influjo de las hormonas y las emociones,²²⁶ durante la gestación “lo emocional se biologiza totalmente, y se deja de recurrir a elementos externos o a las circunstancias de la vida personal para explicar los estados anímicos” (Imaz 250). *Nueve lunas*, en cambio, lo desmantela al nombrar todos los asuntos que preocupan a la protagonista en relación a su embarazo y la maternidad, mostrando que las emociones que va sintiendo están vinculadas a las circunstancias vitales coetáneas. Así, cuestiona la asumida creencia de que durante el embarazo las hormonas son las responsables últimas de los cambios de ánimo y estrés que sufren las embarazadas: “Las náuseas me atacaban en los momentos y en los lugares menos indicados. Comencé a pensar que revelaban cierta psicología en mi relación con las cosas” (Wiener 15). Los factores externos (como el miedo a afrontar un cambio vital tan significativo, los condicionantes económicos, su condición migratoria y la relación personal con el propio cuerpo) no se tienen en cuenta a la hora de explicar las ambivalencias que experimenta la embarazada: la medicina ha sido considerada la única explicación aceptable.

Si el embarazo y el parto son ritos de paso de la mujer que se convierte en madre, el carácter lúdico que *Nueve lunas* adopta nos aporta una visión que desarticula los discursos normativos de la reproducción. A diferencia del ritual, indica Richard Schechner, el juego es libre, no tiene una estructura predeterminada y si conllevara alguna regla o escollo que vencer se

²²⁶ Martin “destaca la coincidencia en el tiempo entre el repunte de la preocupación por el síndrome premenstrual y la menstruación como causa de la incapacitación de las mujeres en la vida cotidiana y los períodos de crisis económica o de posguerra en los que existe un interés por hacer retornar a las mujeres a los hogares y expulsarlas del mercado laboral reservado a los hombres” (Imaz 249). Por otra parte, también existe el discurso científico contrario, el cual asegura que los procesos corporales femeninos no impiden en absoluto el desarrollo de una vida laboral normal.

crearían *ad hoc* (12). *Nueve lunas* representa la procreación de manera análoga: autónoma, confusa, y con obstáculos que, según aparecen, ha de ir sorteando. Además, en el juego, hay otra concepción temporal y se pueden alterar las reglas introduciéndose nuevas líneas de acción. En este sentido, Wiener recuerda que para las mujeres existe otra temporalidad para jugar a la procreación, lo cual inicia incluso antes de la concepción:

Las mujeres jugamos todo el tiempo con el gran poder que nos ha sido conferido: nos divierte la idea de reproducirnos. O de no hacerlo. O de llevar bajo un vestidito lindo un vientre redondo que luego se convertirá en un bebé para abrazar y mimar. Cuando tienes quince la posibilidad es fascinante, te atrae como un pastel de chocolate. Cuando tienes treinta, la posibilidad te atrae como un abismo. (Wiener 13)

El juego reproductivo establece unas coordenadas temporales y apremia a las mujeres a participar en él, sobre todo, cuando la oportunidad de quedar fuera del juego se aproxima, como vimos en el texto de Nanclares.

El sentido del juego, recuerda Bourdieu, no tiene que ver con alcanzar una meta concreta en el futuro sino que “implica un ajuste anticipado del *habitus* a las necesidades y probabilidades inscriptas en el campo” (*Invitación* 185).²²⁷ Por ello, *Nueve lunas* puede entenderse como la relación que establece Wiener entre su propio *habitus* (los esquemas de pensamiento y percepción) y el campo de la reproducción.²²⁸ La perspectiva de la reproducción tiene significados distintos según la posición y postura de cada agente. Gabriela acaba de cumplir

²²⁷ “La coincidencia entre disposiciones y posiciones, entre el ‘sentido del juego’ y el juego, explica que el agente haga lo que ‘tiene que hacer’ sin plantearlo explícitamente como una meta, por debajo del nivel del cálculo e incluso de la conciencia, por debajo del discurso y la representación” (Bourdieu, *Invitación* 189).

²²⁸ Bourdieu entiende la noción de *habitus* como “a system of acquired dispositions functioning on the practical level as categories of perception and assessment or as classificatory principles as well as being the organizing principles of action meant constituting the social agent in his true role as the practical operator of the construction of objects” (“Other” 13).

treinta y se encuentra en una posición, como hemos visto, espinosa: el juego, por tanto, adquiere matices intensos. De esa forma, nos ofrece una visión apocalíptica de la maternidad –reiterada a lo largo de la narración– con insistentes comparaciones del embarazo como antesala de la muerte: “Enmudecimos por unos segundos mirando el Predictor como quien mira el arma con el que va a suicidarse” (Wiener 13). Este es un tiempo similar al duelo, pero a diferencia de Nanclares, aquí Gabriela se despide de la vida tal y como conocía y se prepara para la que viene (la vida de madre): “Me deseaban suerte como si me fuera de viaje. Conclusión: podía morir” – determina antes de salir al hospital para dar a luz (141). La maternidad, en consecuencia, se presenta como un juego mortal no exento de peligro, y el embarazo, por ello, es visto como una intrusión inapropiada que desafía con destruirlo todo: “En tanto el pequeño renacuajo luchaba por aferrarse a la vida, yo pensaba que nos íbamos directo al descalabro. El futuro de J y el mío pendía de un hilo” (29). Este futuro se refiere, en concreto, a su identidad formada dentro del ámbito profesional, el cual es el que, al inicio, Gabriela percibe más amenazado por la criatura que gesta en su vientre.

De esa manera, la narradora confiesa sus vacilaciones respecto a su gestación, lo cual, si bien es un sentimiento bastante común entre las mujeres embarazadas, existe un tabú social al respecto. Como demuestra Imaz, en general las mujeres asumen la perspectiva de ser madres con ambigüedad e indecisión al

valorar su situación como no suficientemente buena, sea en lo personal, en lo afectivo o en lo económico. Se encuentran así entre, por una parte, la decisión de ser madres y, por otra, la convicción de que esa maternidad debe desarrollarse en condiciones extremadamente exigentes. Pero también influye la decisión sobre qué quieren para sus

vidas y hasta qué punto el embarazo puede contraponerse a sus (otros) proyectos. (Imaz 202)

Tal fuerte contradicción respecto al fenómeno reproductivo se debe en gran parte a la gran división que existe entre la experiencia real del embarazo y la imposición de una visión normativa –la institución de la maternidad–, la cual sólo contempla una cara, azucarada y enajenada, de la gestación.²²⁹ Wiener, como analizo a continuación, controvierte los discursos reproductivos y explora esa otra cara de la maternidad.

4.5: Cuestionamiento de la maternidad normativa

La elipsis a la que ha estado sometida la maternidad en la producción cultural, como ya hemos visto, ha favorecido su mistificación: por una parte, ha habido una falta de razonamiento sobre la experiencia por ser considerada inefable y, por otra, no se ha estimado adecuada para ser narrada por su vínculo a lo corporal. Wiener necesita –al igual que las otras autoras que hemos estudiado aquí– paliar ese silencio y hallar respuestas: “Me había volcado en los libros –declara. Me hacía muy bien leer para intentar comprender lo que me estaba ocurriendo” (47). Por ello, en cada capítulo, va combinando descripciones más o menos científicas sobre el desarrollo paulatino del feto en su vientre con divagaciones filosóficas y culturales que ese mismo crecimiento fetal desata y que no obedecen a una pauta concreta: “Junto a la pila de libros sobre perversiones sexuales se fue situando *espontáneamente* una discreta torre compuesta por manuales de maternidad, guías del embarazo mes a mes y textos de psicología para madres primerizas”

²²⁹ Rich comenta sobre la primera vez que estuvo embarazada que “I was effectively alienated from my real body and my real spirit by the institution –not the fact– of motherhood. This institution –the foundation of human society as we know it– allowed me only certain views, certain expectations, whether embodied in the booklet in my obstetrician’s waiting room, the novels I had read, my mother-in-law’s approval, my memories of my own mother, the Sistine Madonna or she of the Michelangelo *Pietà*, the floating notion that a woman pregnant is a woman calm in her fulfillment or, simply, a woman waiting” (39).

(Wiener 23, énfasis mío). Así crea un juego textual de acumulación de referencias sobre la maternidad sin seguir ningún tipo de método ni filtro que reitera una visión propia e independiente de la reproducción: no hay un discurso único ni una respuesta definitiva que formulen cómo ser madre sino un conjunto de relaciones antagónicas que compiten por instaurar las formas de capital que les favorecen.

De tal manera, esa bibliografía sobre la procreación –la cual se extiende ilimitadamente en los confines de la Red– es puesta en entredicho: “Los libros no te preparan para lo que se viene. Los manuales de embarazadas deben haber sido escritos por madres completamente narcotizadas por el amor de sus hijos, sin una pizca de distancia crítica” (Wiener 15) –algo que, como hemos visto, también fue criticado por Riera a pesar de que ésta acaba renovando ese mismo retrato de la madre hipnotizada por el amor a su hija. Para Wiener, el juego consiste en hacer acopio de todo lo que encuentre sobre maternidad sin descartar nada (desde referencias mitológicas a otras asociadas a la cultura pop contemporánea) y manteniendo un diálogo con otros textos que, desde la crítica feminista, han tratado de desentrañar y desmontar a la figura de la madre pues Gabriela necesita encontrar respuestas culturales a lo que su cuerpo está viviendo. La misma autora así lo expresa en una entrevista: “He intentado hacer un antimanual pop de la experiencia maternal y lo he poblado de *mis* referentes culturales y familiares: el odio a la madre, el asesinato simbólico de Simone de Beauvoir, el aborto adolescente, la ingeniería biológica, etc.” (“Hablemos,” énfasis mío).

De tal modo, como plantea Irigaray, *Nueve lunas* plasmaría un imaginario femenino sin jerarquías ni individualizaciones que quiere adentrarse en la cultura para promover transformaciones en la sociedad y la historia. Busca ofrecer, por tanto, una escritura combativa con una sintaxis en que

there would no longer be either subject or object, ‘oneness’ would no longer be privileged, there would no longer be proper meanings, proper names, ‘proper’ attributes... Instead, that ‘syntax’ would involve nearness, proximity, but in such an extreme form that it would preclude any distinction of identities, any establishment of ownership, thus any form of appropriation. (“Questions” 136)

Así, Gabriela se coloca en una posición alejada de la norma, del terreno sagrado que el catolicismo ha hecho propio de la figura de la madre y la medicina ha terminado por institucionalizar. Como indica Gutiérrez, desde “las nueve lunas que dan nombre a esta novela la sitúan en un lugar impropio, casi en las antípodas de donde se ha instituido que el asunto que trata debería estar” (411). Con su particular (anti)tradición de la maternidad, persigue dar respuesta a la cuestión que plantea al final del primer trimestre, cuando ya ha constatado con la ciencia médica (una ecografía transvaginal) lo que hasta ahora consideraba un evento informe: “¿Qué clase de madre sería yo?” (Wiener 55). Ante la evidencia del feto, Wiener reflexiona acerca de su nuevo papel y los modelos de maternidad que la cultura impone, lo cual configura, a su vez, la intertextualidad del relato.

Realiza, como Nanclares y Riera, su propio repaso de los modelos reproductivos que ha producido la cultura occidental y decide asumir su maternidad *fuera* de esa tradición: la tragedia griega, la historia romana, la mitología y el cine han producido madres asesinadas por sus hijos (Clitemnestra, Agripina), madres invisibles (Atenea), madres abnegadas que dan la vida por sus hijos (*Bailando en la oscuridad*) –todos ejemplos de la matrofobia de nuestra cultura de la que prefiere alejarse. Como ya sugiere Rich,

as soon as a woman knows that a child is growing in her body, she falls under the power of theories, ideals, archetypes, descriptions of her new existence, almost none of which

have come from other women (though other women may transmit it) and all of which have floated invisibly about her since she first perceived herself to be female and therefore potentially a mother. (62)

Frente a esa concepción, Gabriela opta por la insubordinación y pretende crear su propio juego – con sus propias reglas– y así se da a la búsqueda de otras maternidades más acordes a su experiencia, un juego intertextual que pretende pluralizar la ceñida visión normativa de la maternidad. En consecuencia, persigue renegar de una tradición para crear la suya propia – descentralizada, alejada de la norma–, al tiempo que hacerse con un lugar dentro de la misma.

Como ya hemos visto, la práctica tradicional ha configurado a las madres de tal forma que las ha mantenido alejadas de la esfera cultural y que, en la actualidad, dista mucho de haber desaparecido, como recuerda Wiener: “¿Sería una buena madre solo si renunciaba a lo que hasta ahora entendía como placeres de la vida o la maternidad me descubriría otro tipo de placeres?” (117). La maternidad, entonces, se presenta en el texto como un interrogante puesto que ha rehusado someterse a la práctica dominante del juego, una incógnita reiterada por medio del constante cuestionamiento a que somete la figura de la mujer-madre y su alcance:

Hoy una mujer con un cierto toque posfeminista tiene la opción de ser de todo un poco: de usar anticonceptivos y posponer su maternidad, de abortar en caso de descuido o confusión mental. Puede casarse o convivir, ser economista o ama de casa, y ambas cosas a la vez. Pero también puede en lugar de dar a luz en un hospital, hacerlo en su casa y en el agua, con la ayuda de una comadrona y siempre ser coherente. Puede tener un hijo y renunciar a su puesto de alta ejecutiva en una multinacional para pasar más tiempo con él. Una mujer liberada y la madre ideal. ¿Se puede con todo? Yo al menos estaba encontrando problemas para verme como una posfeminista. (Wiener 92)

Como se desprende de la cita, hoy el énfasis se pone a un nivel individual, esto es, en la supuesta capacidad de las mujeres por la autodeterminación y la propia invención creativa. Sin embargo, la revaluación del feminismo dentro del contexto del neoliberalismo de la sociedad capitalista actual no ha estado exenta de contradicciones. En palabras de Adriaens, “although embedded in neo-liberal society, proclaiming individualistic, late-capitalist consumerist values, post feminist discourse can (paradoxically enough) be considered as a form of non-hegemonic resistance against neo-liberalism and its values.” El posfeminismo, así, se inclina hacia la importancia de la opción personal, el placer sexual y la libertad dentro de un momento histórico en que precisamente el individualismo posmoderno y la cultura de consumo son predominantes. Pero, como Wiener pone de manifiesto, este discurso puede también comportar una forma de cuestionamiento (y subversión) por medio de la ironía y el humor de esos valores neoliberales que, a un tiempo, contiene y descarta.

De hecho, en un primer momento contradice la misma idea de ser madre: la ansiedad provocada por la crisis corporal y la desintegración de su identidad la lleva a plantearse tener de nuevo un aborto, esto es, abandonar el juego: “Todos los días le decía a J que si teníamos alguna duda, la más mínima, todavía estábamos a tiempo de acabar con esto” (Wiener 24). Como recuerda Huizinga, “el juego es para el hombre adulto una función que puede abandonar en cualquier momento. Es algo superfluo. Sólo en esta medida nos acucia la necesidad de él, que surge del placer que con él experimentamos” (Huizinga 20). Gabriela, no obstante, no interrumpe su embarazo y continúa jugando, aunque su juego, como sabemos, se regula de manera distinta. Por ello, no sólo empieza desacreditando el presunto sentimiento de felicidad ante la expectativa de ser madre que la sociedad estipula como incuestionable, sino que también confiesa una perturbadora inclinación homicida que el mismo embarazo le despierta: “No sé si era este cóctel

molotov de hormonas, pero aquella «fantástica aventura llamada embarazo», «la más ilusionada espera de tu vida», «los nueve meses inolvidables», habían desatado mi lado más dark” (27).

Wiener en consecuencia adopta una postura que conduce a internarse en páginas web como Rottem.com –donde aparecen todo tipo de horrores macabros relacionados con la muerte.

Su siniestra exploración termina al ver a un hombre devorar a un bebé, “como Saturno” –relata Gabriela– aunque “por su realismo, es aún peor que el de Goya” (28). Tal imagen le hace recordar los míticos orígenes caníbales de nuestra especie y el temor al reemplazo por la descendencia: “Yo empezaba a ser devorada. No cabía la menor duda. De adentro hacia fuera” (29). De tal modo, nos habla de mujeres asesinadas por sus criaturas y, también, de madres asesinas, haciendo recuento tanto de casos que la cultura y la sociedad contemporánea han producido relativos al matricidio como de sus propios abortos: “El ser humano –recuerda– es el único primate que mata deliberadamente a sus hijos. Y las mujeres llevan ventaja sobre los hombres. Somos las responsables de la mayor parte de crímenes de lactantes y niños” (33). Esa repulsa primordial –tanto primera como primitiva– que incita su embarazo es una cuestión que se omite en los manuales y guías de maternidad al uso, aunque forma parte del fuerte sentimiento de poder que la futura madre experimenta:

Sí, podía intuir el tremendo poder que me iba a ser conferido. Dar vida empezaba a producirme auténtico terror, sobre todo porque, para una madre, dar como quitar están demasiado al alcance de la mano. Un ser absolutamente confiado y frágil depende de tu buen humor y mejor juicio. Si lo piensas bien, es enloquecedor. (Wiener 34)

Tal sentimiento infanticida que su embarazo provoca le lleva a recordar las veces anteriores en que jugó a ser madre y abandonó el juego: los tres abortos previos a los que se sometió.

El primero de ellos fue a los dieciséis años, momento en que la narradora emprende su actividad sexual. “No sentí nada”–confiesa. “Lo único que quedó de aquella experiencia fue un poema. Le puse como título «Parto»” (Wiener 38-39).²³⁰ Sin embargo, la actitud frívola de la experiencia choca con el poema mismo –el cual transcribe en *Nueve lunas*– en el que los sentimientos de pérdida y soledad se hacen evidentes: “Sé que tú, tú/exactamente tú/no volverás [...] partes y estoy demasiado sola” (39). Su segundo aborto, en cambio, fue exigido por sus padres. Con la misma pareja que la vez anterior –un joven drogadicto a quien no le permitían ver–, Gabriela vuelve a quedarse embarazada, en esta ocasión por voluntad propia (“lo planeamos meticulosamente [...] Yo sólo quería que mi historia de amor continuara y un bebé podía ayudarme a cumplir ese sueño”) y contrariamente a su primer aborto, esta vez “la succión me produjo un enorme dolor y grité. Pensé que era notorio que el bebé y yo no queríamos separarnos” –nos informa (40). Tras la violenta experiencia, resuelve no repetir la experiencia: “Pero cuatro años después volví a quedar embarazada.” En esta ocasión de una pareja diferente con quien mantiene una relación destructiva sin proyecto de futuro: “Me odiaba y yo lo odiaba a él, para qué íbamos a tener un hijo” (41). De esta manera, nos da tres visiones distintas sobre el aborto que normalizan la decisión soberana de las mujeres sobre su propio cuerpo respecto a la procreación y que contradicen la supuesta sacralidad del embarazo al convertirlo en un juego y por ello en “algo superfluo” (Huizinga 20). Si el jugador se reserva el derecho de continuar o bien finalizar, en el campo de la reproducción salirse del juego implica la desaparición, bien de la madre, bien del embrión. Sin embargo, en la actualidad, el aborto sigue estando regulado por una normativa que penaliza en muchas ocasiones a las mujeres que deciden interrumpir su embarazo.

²³⁰ Cabe notar que “parto” en español clásico también incluye el significado de “aborto” por lo que su poema podría estar jugando con esta doble connotación (por ejemplo, en el *Lazarillo* se dice de su madre que hay rumores que “ha parido” más de tres veces).

Por ello, *Nueve lunas* cuestiona esa necesidad de regir el aborto con leyes que no toman en consideración a las propias mujeres que lo experimentan:

No puedo evitar sentirme una asesina en serie. Sólo una mujer que ha abortado sabe lo que eso significa. La reprimenda puede venir de fuera y de una misma. Siempre hay gente rondando, leyes, curas, preceptos morales, diciéndonos por qué debemos sufrir o por qué no debemos. (Wiener 31)

Quizá por ello Wiener usa un vocabulario deshumanizado, anfibio acaso, respecto a la vida que su cuerpo produce durante las primeras semanas de gestación y relata sus abortos poco después de reconocer esa vida como humana. “A los dos meses de embarazo el bebé está completamente formado”–nos advierte al tiempo que proclama el afecto y compasión que empieza a sentir por la criatura: “Hacia la tarde la piedad por esos bracitos trazados de venas azules y rojas me embargaba por completo, tanto como las ganas de abrazar a aquel pobre embrión y tejerle una bufanda para su inocente colita” (30). Sin embargo, un párrafo después declara que “la gran mayoría de los abortos se realizan en ese momento, en el segundo mes” (31), período en que ella relata sus abortos anteriores y fantasea con la idea de evitar también este embarazo.

El debate antiabortista sobre cuándo inicia la vida no hace sino desviar la atención del derecho de libre determinación de las mujeres sobre su cuerpo y su decisión de ser o no madres.²³¹ Resolución que, como la misma narradora pone de manifiesto, conlleva todo tipo de vacilaciones y contrasentidos. Al representar el embarazo como un juego, ha de haber incertidumbre: como indica Caillois, “doubt must remain until the end, and hinges upon the

²³¹ La ilegalidad en la que se encuentra todavía el aborto en algunos países tiene más que ver –como asegura Marie Blanche Tahon– con la lucha feminista sobre la liberación del cuerpo femenino y el derecho de la reproducción más que con el momento en que inicia la vida humana: “El reconocimiento por la ley del derecho a controlar ellas mismas su fecundidad es un acto político que resulta de las luchas políticas de las mujeres” (ver Imaz 33).

denouement” (7). Por ello, como ya he indicado, durante todo el transcurso de su embarazo, Gabriela confiesa sus dudas acerca de todo y mantiene la intriga hasta el final pues, el parto, según vimos, sale fuera de lo previsto.

“¿Por qué tanta obsesión por ser mamá?” (Wiener 25) –se cuestiona la narradora. Si la respuesta contraria ha sido pródigamente razonada y defendida por el feminismo desde los años setenta, los motivos y fines a favor de la procreación casi siempre se quedan en una zona borrosa, como examiné en el caso del libro de Nanclares. La mayoría de las personas no tienen respuestas definidas, indican más un deseo íntimo, personal o familiar, a lo sumo, y, en ocasiones, simplemente se rigen por la inercia: se tienen hijos porque es el mandato social después de conseguir un empleo y una pareja más o menos estables. Un hábito que lleva a reproducirnos pero que no se asienta en una lógica determinada. El proyecto de los hijos e hijas, por tanto, significa, antes que nada, la adopción de un nuevo rol social: convertirse en progenitores; y la respuesta a los porqués de la descendencia cae en una tautología: se quiere tener hijos o hijas por el deseo casi irracional y difuso de convertirse en padres. *Nueve lunas* nos presenta la reflexión sobre la procreación como un juego que se lleva a cabo durante un período en el que el impreciso deseo de tener descendencia es puesto en duda constantemente, refutando incluso la existencia misma de dicho deseo. “¿Qué lleva a alguien a ansiar convertirse en madre/padre aunque esto suponga ir incluso contra su propia naturaleza, exponiéndose a la incompreensión y al aislamiento social?” –se pregunta Wiener (94). Para contestarse, crea otro juego: distintas identidades en el portal de realidad virtual Second Life, de manera similar a los relatos que introduce Nanclares sobre las diversas elecciones procreativas de sus amigos en *Quién quiere ser madre*: modelos que se alejan de la norma y que ofrecen, de este modo, un contrapunto a su maternidad tradicional dentro de la pareja romántica heterosexual.

Wiener inventa una serie de avatares virtuales: una mujer se somete a tratamientos de fertilidad y ovodonación; otra que va a ser madre sola; una pareja de lesbianas que se convertirán en co-madres; una señora que adopta a sus hijos y otra que los va a dar a luz en prisión; y, por último, una chica que renuncia *a priori* a la idea de ser madre. En todos los casos, los personajes que Wiener nos presenta refuerzan la perspectiva de la reproducción como una opción supeditada a la situación vital de la mujer que la asume, revelando su carácter personal y contingente. La maternidad, pese a ser vista como una *posición* social permanente, es un aspecto más de la subjetividad interpersonal. *Nueve lunas*, por medio del juego, evidencia el carácter libre que posee la maternidad y del que las mujeres han estado privadas. Asimismo, da otra prueba de la relación entre la creación ficcional y física que su propia narración también evidencia por medio de la creación de una serie de ficciones posibles como realidades alternativas. El rol de la escritura sobre la procreación pone de manifiesto la existencia de la relación entre la producción literaria y humana, entre la creación textual y biológica, esto es, muestra el poder del lenguaje y la importancia de la construcción discursiva de la identidad.

Sin embargo, tras aceptar que su embarazo concluirá con el parto de un ser humano – “estaba embarazada, tan real como irreversible. Si yo no quería, era casi seguro que no se iba a ir a ninguna parte. Iba a dedicarse a crecer y crecer hasta salir de su escondrijo y ocupar toda mi vida” (56)–, Wiener, a diferencia de Riera, confiesa su miedo a ser madre de una hija: “Yo quería un niño, un amante incondicional que me salvara del cliché de las relaciones conflictivas entre dos mujeres” (45). Por ello, antes de averiguar el sexo de la criatura, reflexiona acerca de “la posibilidad de generar una mala copia residual de [sí] misma, capaz de odiar[la] aún más de lo que [ella se] odiaba” (45). La relación madre-hija ha sido, como vimos en el capítulo anterior, una elipsis significativa en la literatura occidental, a pesar de que todas las mujeres la mantienen

como hijas y algunas también como madres.²³² Gabriela, ante la inminencia de ese cambio relacional –de ser sólo hija a ser también madre–, explora el tema que es, desde los años setenta, uno de los focos de interés de la crítica feminista: “Unas cuantas feministas aseguran que el patriarcado ha separado a las madres de las hijas, pero la culpa de todo no la puede tener el patriarcado. No puede ser tan simple” (48). La falta de representaciones positivas de la relación madre-hija ha llevado a muchas mujeres a considerar que la relación con la madre ha de ser inevitablemente negativa y contradictoria. El juego es, más que de imitación, de competencia: ser lo menos parecido a la propia madre.

Varias críticas han tratado de examinar esta relación y confrontar los mecanismos que subrepticamente la rigen. Chodorow, entre otras, ha destacado el estado subordinado en que han estado siempre las madres y que las hijas quieren evitar repetir a toda costa. No obstante, la sociedad les ha impuesto un rol que, en caso de convertirse ellas en madres, pueden reproducir la maternidad ejercida por sus progenitores ya que, desde el nacimiento, han sido socializadas para ello. El hecho de que las mujeres hayan sido tradicionalmente las únicas encargadas de criar y educar a los hijos y las hijas ha dado lugar a las diferencias de género que hoy conocemos y que mantienen la desigualdad entre hombres y mujeres. Chodorow asegura que

girls and boys develop different relational capacities and sense of self as a result of growing up in a family in which women mother. These gender personalities are reinforced by differences in the identification processes of boys and girls that also result from women’s mothering. (173)

²³² “Women have *been* both mother and daughters, but have written little on the subject; the vast majority of literary and visual images of motherhood come to us filtered through a collective or individual male consciousness” (Rich 61).

Rich y Sau sitúan en el matricidio efectuado por el Padre la pérdida de poder y autoridad de las madres, las cuales han acabado siendo un hueco o vacío, reproduciendo una función que no hace sino fortalecer la Ley del Padre. Por ello, en la literatura escrita por mujeres ha destacado la simbología de madres ausentes o castradoras, en un intento de acabar con la repetición de tal pernicioso situación.²³³

La animadversión hacia la propia madre dentro de la literatura escrita por mujeres es, en efecto, un rasgo llamativo que ha contribuido a reforzar la visión negativa de la maternidad como estado que mantiene esclavizadas a las mujeres.²³⁴ Las hijas, por ello, han evitado la maternidad, no tanto como experiencia sino como tema literario. ¿Cómo hablar de la maternidad desde un enfoque positivo y antipatriarcal sin una tradición literaria ni un lenguaje propio? La relación madre-hija es, por ello, el primer obstáculo con el que tropiezan las escritoras que deciden abordar el tema de la maternidad. Y a falta de referentes dentro de la ficción literaria, echan mano de toda la literatura respecto al tema, desde los ensayos filosóficos que desde los feminismos han tratado de deconstruir la maternidad, hasta las publicaciones y blogs sobre cómo ser una buena madre que proliferan desde la pediatría o la psicología. Al igual que Riera, Wiener, al buscar su propia tradición, reflexiona sobre la mirada de tal relación materno-filial que ha mantenido la crítica feminista:

Ese veneno destilado me sonaba muy familiar. Éramos una comunidad, una red de odio.

Yo misma había querido negar a mi madre para ser otra persona distinta, con tan poco

²³³ Como ha estudiado Bengoechea, los símbolos que se repiten en la poesía escrita por hijas contemporáneas son “la invisibilidad/ausencia maternas o una presencia inalcanzable de la madre” (81).

²³⁴ Característica que, como expongo en el capítulo previo, también está presente en un texto claramente positivo respecto a la maternidad como *Tiempo de espera*.

éxito que desde hace algún tiempo solía escuchar sobrecogida de boca de algún conocido la temible frase: «Eres igualita a tu mamá». (48)

En *Nueve lunas* nos encontramos otro tipo de relación que, si bien por una parte emula la rivalidad clásica, por otra, reivindica una relación basada en la confianza y el afecto: “Amo a mi madre, pero es mi madre. Se supone que debo odiarla” (44), nos confiesa Gabriela. A pesar de ese “amor pasional” que tiene con su propia madre donde no faltan peleas ni críticas, según avanza el texto va dotando al personaje de características positivas que la van humanizando de tal modo que comprendemos que ese supuesto odio “no era odio, era miedo, apenas miedo a ser un pálido reflejo” (50). La relación que nos describe es, a pesar de todo, afectiva pues las confrontaciones que aparecen en el texto tienen más que ver con el proceso de individuación por el que pasa todo ser humano oponiéndose a sus padres.

Gabriela todavía se encuentra en una fase que podríamos considerar infantil al inicio de la novela y según se va formando su nueva identidad confronta a su propia madre para desarrollarla. Si lo vemos desde el punto de vista psicoanalítico, la novela nos revela el proceso de rechazo a la madre al ir formando su personalidad adulta y asumiendo, a su vez, su propio rol materno. En tal proceso, la renuncia y la aceptación se dan de manera simultánea y asimétrica pues, por una parte, necesita alejarse de su propia madre para encontrar su propia voz y, por otra, es el modelo inmediato donde se ve reflejada. La resistencia a verse en esta imagen estática es, según Irigaray, lo que hace a la hija distanciarse y temer esa identificación con la madre muda y silenciada del orden patriarcal (en M. Walker 172), como ya he analizado en el capítulo anterior. Al igual que su madre, Gabriela escribe una carta a su futura hija donde le advierte del mundo al que va a llegar aunque, en su caso, cambia el optimismo político y los grandes ideales por el escepticismo posmoderno y una resignación cínica: acaba de confirmar que tendrá una hija al

verla en la última ecografía y la noticia no la ha dejado indiferente. A partir de ahora, la relación con el feto se transforma ya que se ha hecho evidente que está gestando una hija, a la cual ha podido ver (“me saludaste con una mano” [92]) y dotar de subjetividad. El siguiente paso será llamarla por el nombre que ya han elegido.

El viaje que realiza a Perú al inicio de su embarazo es significativo para la trama del relato pues la pone en contacto con otras amigas madres y con su propia madre.²³⁵ Estas relaciones entre mujeres, como sugiere Freixas, frecuentemente han sido excluidas de la literatura o representadas en términos de rivalidad y odio. Sin embargo, Wiener –igual que Nanclares y Riera– desbarata esa falsa noción de enemistad entre mujeres y representa la relación de sororidad que mantiene con sus amigas de la universidad, Violeta e Irene. Asimismo, nos da un retrato positivo del resto de amigas que son, en definitiva, quienes le aportan una visión más favorable y realista de la maternidad. A ellas acude –después de haber desmenuzado todos los textos que encuentra sobre el tema– para encontrar las respuestas que desde el principio del texto ha estado buscando: qué es ser madre y qué tipo de madre será ella. Así, el juego de la maternidad que configura la novela no va a ser competitivo sino colaborativo. Como indica Aguirre:

El juego, como el arte, es un equilibrio entre la libertad de creación y las reglas que determinan sus posibilidades. Crear dentro de las reglas, el juego de jugar. No se es jugador sin aceptar los puntos de partida; no se es jugador sin crear dentro de los límites para ampliarlos. En eso consiste el juego. Y el Arte. (3)

²³⁵ Cabe señalar que todo viaje en la literatura suele representar una salida de lo cotidiano, una ruptura con el hábito, por lo que, a pesar de que en España también tiene amigas, resulta significativo el hecho que esa sororidad la encuentre precisamente en el viaje.

Gabriela pone en tela de juicio el juego de la maternidad normativa, puesto que no sólo hace trampa infringiendo algunas reglas sino que también denuncia lo absurdo de las mismas. Caillois indica que para que se pueda jugar, las reglas del juego –precisas y arbitrarias– han de aceptarse. En cambio, *Nueve lunas* nos expone a una jugadora que refuta algunas reglas a pesar de estar jugando.

Los discursos normativos de la reproducción son vistos en *Nueve lunas* como un juego cuyas reglas serían imperativas y absolutas, sin otra razón para que así sean sino porque simplemente son así. Nadie las había cuestionado. No obstante, los feminismos desde la última parte del siglo XX han hecho visibles las razones (ocultas) de que las reglas sean como son. De modo que las feministas que han realizado una crítica radical a la maternidad pueden ser consideradas aquellas jugadoras que han puesto en evidencia el absurdo de las reglas del juego de la maternidad. De igual forma que las autoras a quienes lee y con quienes entabla un diálogo (y que forman la polifonía del texto), Wiener también ha tratado de dismantelar la lógica del juego, algo que todavía no se ha llegado a lograr completamente.

4.6: Conclusión

El embarazo ha sido considerado en la cultura occidental el rito de paso de la mujer que se convierte en madre, proceso en que ésta se percibe como un ser asexuado y bobalición que permanece aletargado a la espera del día, el parto, en que por fin podrá empezar a ejercer su nuevo papel para el que ha sido destinada desde su misma llegada al mundo. Wiener toma esta visión falsa e introduce una división: por medio del juego, la condena y subvierte con el objetivo de liberar a la maternidad de la normativa arbitraria que la rige y limita, poniendo énfasis en la sexualidad del cuerpo reproductivo que no se detiene durante el proceso procreativo, sino, por el

contrario, adquiere nuevas direcciones. Su relato así desmiente la concepción pasiva de las mujeres embarazadas al dar voz a un cuerpo que ha sido tradicionalmente considerado invisible. Toma agencia y narra la gestación en primera persona y así, al nombrar, dota de existencia a lo que de lo contrario no existiría: un sujeto reproductivo que dista mucho de esa imagen de recipiente pasivo que predominaba en el campo cultural.

Nos representa un cuerpo que ha devenido sujeto de la acción sagrada, pero, ahora, ese mismo templo ha sido (auto)profanado al ir desvelando sus secretos más íntimos, lo más recóndito y abyecto del proceso reproductivo que había permanecido en la clandestinidad. Su metamorfosis kafkiana es también una toma de la palabra de manera subversiva: desarticula la gestación normativa poniendo en evidencia a través del juego que no hay una sola manera de ser madre como tampoco un discurso único que dicte cómo serlo. Como indica Bourdieu, el juego social está regulado porque las cosas pasan de manera regular si bien no tiene que haber reglas explícitas. El campo de la reproducción, en consecuencia, tiene ciertas regularidades que han funcionado de manera perjudicial y opresiva para las mujeres a pesar de que también hay otras maneras, como *Nueve lunas* pone de relieve, de pensar y escribir la maternidad.

La novela de formación de Gabriela como madre representa un nuevo sujeto en devenir que, esta vez, con voz propia, se va creando textualmente a la vez que se reproduce corporalmente. El deseo y la decisión de tener hijos aparece aquí bajo una nueva mirada que evalúa y cuestiona todos los axiomas aceptados del discurso reproductivo. Wiener, por tanto, ofrece un juego textual donde procura (re)construir un sujeto que se ha visto amenazado por la misma idea de la reproducción, la cual, no obstante, será al final una fuerza generativa que le va a permitir recuperar el afecto del que su cuerpo (y su palabra) es capaz.

Conclusión

Hay pocas obras en la literatura occidental que hablan de gestación, parto o aborto, actividades que sólo un cuerpo con útero es capaz de experimentar: un cuerpo que en relación a su función reproductiva ha sido subordinado y relegado a un segundo plano; un cuerpo que ha sido observado, explicado, estudiado y objetivado; un cuerpo que ha sido contenido, desfigurado y silenciado; un cuerpo que todavía lucha por deshacer las conexiones que lo han mantenido atado a esta labor y sentido como algo primordial. Un cuerpo, en definitiva, que ha estado padeciendo la opresión y desigualdad por mucho tiempo. Por ello, este trabajo ha examinado el cuerpo y los cambios por los que atraviesa durante el fenómeno reproductivo, quizá el acontecimiento donde se hace más evidente que somos carne, sustancia, materia y, a su vez, un proceso creativo a pesar de no haber sido así representado en la cultura occidental tradicional. He propuesto, por tanto, pensar la escritura de la reproducción desde el cuerpo a partir del análisis de tres ejemplos de la literatura hispánica contemporánea con el propósito de articular la procreación como fase creativa.

La maternidad, si bien desfigurada culturalmente, ha sido objeto artístico durante mucho tiempo: las *Madonnas* con el niño, las *Mariae lactantes*, la Virgen purísima con el retoño en brazos. En el campo literario la maternidad también ha aparecido polarizada: madres abnegadas y castradoras, y mujeres que no consiguen tener descendencia llevadas a la obsesión por una vida estéril fuera de los patrones sociales establecidos. Sin embargo, como he defendido, todas estas representaciones son ideales mistificados que operan sobre el imaginario colectivo naturalizando lo que no son sino modelos culturales arbitrarios. Del mismo modo, en el siglo XXI, se ha impuesto un tipo de madre perfecta que trabaja dentro y fuera de casa, que se encarga de los cuidados de su familia y de su carrera profesional simultáneamente, una mujer que, al igual que

las anteriores, es una representación ficticia creada por la cultura. Las mujeres de clase media en el mundo occidental que fueron educadas por madres feministas a que podían tenerlo “todo” (familia y carrera laboral exitosa), al convertirse en madres se topan con la ansiedad de vivir una triple jornada (profesional, madre y esposa), una imagen fomentada por las revistas de crianza y la cultura pop contemporánea.²³⁶ Y es que desde que nacemos a todas las mujeres nos predisponen a ser madres, lleguemos a serlo o no. El sistema actual nos ha hecho creer la fantasía de que podemos ser lo que queramos en el terreno laboral de acuerdo a nuestras posibilidades, pero todavía no ha dejado de vincularnos de manera natural y absoluta al fenómeno reproductivo y la maternidad. Logren o no materializarse los hijos, las mujeres hemos sido asociadas al rol materno de forma que una mujer que no llega a tener hijos todavía es percibida con sospecha, como un ser incompleto: “Como si los hijos fueran una extensión de su cuerpo, un pedazo de su identidad, el modo de perfeccionar a ese ser informe y deficitario que sería la mujer” –recuerda Meruane (19).

A pesar de haber sido considerada central en la vida de toda mujer, la reproducción ha sido entendida como una experiencia “menor” y, por ello, entre otras razones, se ha mantenido en un papel secundario dentro de la producción cultural. Sin embargo, necesitamos narraciones de experiencias múltiples al ser no sólo fenómenos que forman parte de la cultura sino también actividades políticas. Por ello, en mi trabajo, he considerado inaplazable la representación de la mayor diversidad posible de experiencias reproductivas, pues dan visibilidad a hechos colectivos

²³⁶ Por ejemplo, el análisis de Medina *et al.* concluye señalando la “emergencia tanto en su forma (ensalzamiento de la figura de la mujer-madre) como en su fondo (una manera de ejercer la maternidad que requiere atención exclusiva y unas dotes emocionales que se presentan como exclusivas de las mujeres). De alguna manera, parece haber un resurgimiento del valor inherente al espacio privado (frente a las luchas que se dan en el espacio público) a través de la idealización de una maternidad entendida como «dedicación exclusiva e intransferible», lo que puede derivar en una nueva trampa de culpa sutil para muchas mujeres que quieran desempeñarse en el espacio público profesional, a la vez que quieran ser madres” (500).

que, de lo contrario, permanecerían ocultos. Al silenciar determinadas vivencias y mantenerlas excluidas de la producción cultural, no solo su verdad práctica pasa desapercibida, sino que dejan de existir por completo. No obstante, las nuevas obras que hablan de la procreación en primera persona desafían la falacia de que son acontecimientos íntimos e inenarrables, y contribuyen a transformar el actual estado de cosas que privatiza la reproducción, ya que todo cambio político se inicia cuando es contado por primera vez. Ese es el poder del arte respecto de la maternidad: posibilita la representación de una práctica que ha permanecido por mucho tiempo encubierta –y, por ello, falseada– favoreciendo la creación de otra realidad. Así, el silencio en que se mantenían otras formas de entender la reproducción no lo considero vacío, sino elástico y productivo, el cual se ha ido llenando de preguntas críticas que han ayudado a elaborar un debate necesario.

Con el deseo de contribuir a paliar esa elipsis relativa a los discursos reproductivos desde el punto de vista del sujeto en el contexto literario hispánico, he analizado tres textos en lengua española que se centran específicamente en la procreación y su vínculo con la creatividad. En el siglo XXI, ¿podemos entender la reproducción como hecho liberador y subversivo, y compatible con la actividad creativa? El cuerpo reproductivo, habitado o no, ¿puede ser el lugar desde el que se produce el arte? ¿Puede darse una poética del cuerpo, sin el binarismo mente/cuerpo que favorecía al primer término en detrimento de todo lo corporal? Estos son los asuntos que he tratado de explorar en mi lectura de los textos de Nanclares, Riera y Wiener.

Ciertas mujeres, como ejemplifican las autoras estudiadas, por tanto, han penetrado en los discursos de los que habían estado apartadas para cuestionarlos; discursos que ejercían una influencia radical puesto que la formación y crianza de los futuros agentes de cambio es, según ellos, lo que las madres encarnan y lo que predispone a actuar de cierta manera, a relacionarse y asumir un determinado papel social. La transformación de cualquier campo requiere de agentes

que cambien las normas y presenten alternativas; sin embargo, como recuerda Bourdieu, tiende a mantener cierto tipo de regularidades que son asumidas y aceptadas por los que juegan en él (*Other 64*): por ello las prácticas de la maternidad se han ido modificando históricamente y hoy en día se enfatiza una visión individualizada de la misma que encubre condicionantes simbólicos y políticos que dificultan los cuidados de las criaturas. Como hemos visto, algunas autoras (Olmo, Badinter) han denunciado que muchas prácticas que rescatan un neonaturalismo están promoviendo una maternidad que sigue reproduciendo la dominación masculina, puesto que cuando una mujer se convierte en madre emprende una praxis que, si bien en apariencia se realiza en función a una elección personal, supone decisiones que no se toman tan libremente: los agentes siempre están condicionados por lo que Bourdieu llama *habitus* que, a su vez, determina el campo (es decir, hay una relación recíproca de condicionamiento entre el campo y los hábitos, entre las cosas y los cuerpos).²³⁷

Lo que es incuestionable es que, hasta ahora, todos nacemos de un cuerpo y somos cuerpo hasta que nos desintegramos, reproduciéndolo –a veces– en el camino. Hay cuerpos normativos, cuerpos vulnerables, cuerpos mixtos, pero no hay, hasta hoy, una mente sin cuerpo por mucho que desde la ubicua filosofía occidental nos hayan seducido con la teoría logocéntrica. Nuestra mente es un órgano más que, por ahora, no ha podido desvincularse del cuerpo por muchas figuraciones y conceptos que haya fabricado para hacernos creer que todas sus construcciones son naturales y ajenas a lo corpóreo. Sin embargo, algo habitual en la actividad intelectual predominante judeocristiana era omitir e incluso ignorar el poder de nuestro

²³⁷ La maternidad tiene que encontrar la manera en que las mujeres puedan ejercerla en libertad para lo que se necesita un cambio estructural, el cual, en mi opinión, tiene que entender la igualdad como punto de partida (no de llegada) y los cuidados como el eje de la vida en comunidad, pues todos cuidamos y necesitamos ser cuidados, con independencia de si tenemos o no descendencia.

cuerpo: “It could be argued that philosophy as we know it has established itself as a form of knowing, a form of rationality, only through the disavowal of the body, specifically the male body, and the corresponding elevation of mind as a disembodied term” (Grosz, *Volatile* 4). No se sabe lo que puede un cuerpo, dijo Spinoza hace cuatro siglos... Y todavía seguimos sin saberlo. Pero el poder que está en todas partes, como indica Foucault, “no porque lo englobe todo, sino porque viene de todas partes” (*Historia* 113), está inevitablemente en los cuerpos: se organizan, se jerarquizan y se mantienen agrupados y subordinados de distintas maneras de acuerdo al poder o poderes que están en juego en un momento determinado. Es un orden que busca instaurarse como normal, orientando las relaciones de modo que se mantengan estables y con cierta necesidad.

Igualmente, los discursos de la reproducción regulan las relaciones entre los cuerpos de modo que sus interacciones y encuentros estén dirigidos a mantener un determinado orden (el cual por mucho tiempo fue exclusivamente heterosexual). Cuando nos reproducimos se desencadena un proceso por el que un cuerpo deviene otro, al tiempo que crea uno nuevo. Esto lo hace de modo tan mecánico y regularizado que el poder creativo del cuerpo (su afecto) se desvanece y aparece, por ello, el hábito: “El hábito surge cuando tales encuentros se quedan aparentemente sin potencia, vacíos de intensidad o poder de cambiar o ser cambiados” –resume Beasley-Murray (“Biopolítica” 385). Por ello, ciertos discursos sobre la procreación se han mantenido por largo tiempo acaparando el monopolio del capital simbólico y ordenando a su juicio el cuerpo social, algo que, no obstante, está transformándose: los nuevos discursos de la reproducción, si todavía conservan cierto residuo patriarcal, han ido modificándose en el contexto hispanico a lo largo de las últimas décadas. Por ejemplo, como he demostrado en la lectura de Nanclares, a pesar de que su proceso procreativo tiene lugar dentro de un modelo

heterosexual que contempla pero al final rechaza las nuevas tecnologías, relata otras experiencias de maternidad relacionadas con la reproducción asistida, parejas homosexuales, mujeres solas, o padres separados.

El cuerpo reproductivo y la relación que tiene con el proceso creativo, con su hasta entonces separada mente, es, precisamente, el tema principal de las obras que he escogido para realizar esta investigación. Son textos que también buscan establecer conexiones entre los campos de la reproducción y la literatura, vinculando así lo que hasta ahora eran dos planos distantes y disociados (como, por ejemplo, Yerma de Lorca, quien, a diferencia de la narradora de Nanclares, no se escribe a sí misma sino que está escrita). Asimismo, he explorado las relaciones de fuerza que se dan en el campo de la maternidad: la doxa y su cuestionamiento. Si el cuerpo reproductivo había sido interpretado como un texto susceptible de ser leído no por sí mismo sino por otros, en concreto, por los agentes de los campos de la medicina, la religión y la filosofía, desde estas tres “escrituras del útero” o “histerografías” que he analizado, las escritoras tratan de leerse, en cambio, a sí mismas, interpretando de otro modo ese cuerpo en estado de transformación, tomando agencia en el proceso y creando nuevas escrituras y lecturas corporales. Pues, como ya he señalado, si queremos otras maternidades, hay que empezar primero a contarlas.

En el primer capítulo he investigado la normativa que ha controlado el capital simbólico del campo, naturalizada de tal manera que se había mantenido incuestionable (a pesar de que siempre se escapa algo, existen fisuras dentro de esa visión sólida de la madre que se había querido imponer culturalmente); y, por otro, las teorías que controvierten y cuestionan la igualdad de mujer y madre. Las relaciones entre mujer y madre son complejas y si bien ser mujer no significa ser madre, las correspondencias que se dan entre maternidad y feminidad

necesitan todavía más análisis (Tubert, *Figuras* 11). Los discursos sobre la reproducción, como hemos visto, han construido al cuerpo dejando fuera la subjetividad: se había investigado el oficio de ser madre y sus connotaciones sociales peyorativas relacionadas con la (desigual) política de cuidados que existe en el mundo occidental (donde todavía no hemos conseguido desvincular las nociones de mujer y cuidadora), no obstante, el sujeto reproductivo y su relación con la procreación corporal y la creación artística había sido escasamente explorado. Como sostiene Bettaglio,

tradicionalmente la mujer embarazada ha sido considerada un no-sujeto, una no-entidad carente de capacidad de acción, poder creativo y voz propia. De hecho, la función maternal parece descansar en el centro del proceso silenciador que caracteriza a la subjetividad femenina. (“Escribir” 103)

La perspectiva con que se examina la procreación, donde el hombre ha sido considerado tradicionalmente el agente activo, ha dispuesto que la propia identidad femenina se haya construido a partir del cuerpo como objeto pasivo, hecho que los textos que analizo en esta tesis ponen en tela de juicio al configurar el cuerpo como agente y motor de la creación –tanto literaria como humana. De igual modo, si bien se ha sometido a análisis todo lo relativo al desarrollo embrionario, dando como resultado la creación de un nuevo personaje –el feto–, ha dejado fuera al sujeto materno; prueba de ello es que los embriones pueden llegar a tener más derechos que algunas personas.

Si observamos el discurso que ha prevalecido sobre la reproducción en el campo de la ciencia, se reitera la división sexual a favor de la agencia masculina puesto que se ha divulgado (erróneamente) que el espermatozoide –ente a escala microscópica de la capacidad de acción, rivalidad y competencia entre varones– es el promotor de la fecundación debido a que es el que

se mueve activamente por la cavidad uterina buscando el óvulo a “conquistar” —el cual estaría “esperando” a ser fertilizado. Sin embargo, los avances científicos han demostrado que a diferencia de la asumida creencia de la pasividad del óvulo, éste también tiene un rol activo en la procreación, lo cual nos hace replantearnos aquellas nociones androcéntricas puesto que se da una interacción equivalente entre los dos gametos.²³⁸ Lo que aquí me interesa destacar es la constatación de que el cuerpo donde sucede la reproducción es, a diferencia de la pasividad con que se ha venido declarando, un *agente* que tiene también capacidad de acción y el potencial de producir efectos, entre los que está, en este caso, el de crear otra vida, otro cuerpo. La reproducción, en consecuencia, ha sido considerada tradicionalmente como un período en el que no pasa nada (a excepción, sin duda, de la creación casi invisible de la vida humana), noción que estas autoras subvierten al (re)presentar y explorar su devenir reproductivo como un tiempo y espacio corporales donde, por el contrario, pasan muchas cosas: es donde surge el discurso de la (pro)creación que (trans)forma al sujeto reproductivo.

En las tres obras que he analizado, he observado cómo se ha radicalizado la posición del sujeto reproductivo como un agente activo en formación: la denuncia de Riera respecto a la supresión a la que es sometido su yo en el proceso gestacional se hace más enérgica en Wiener y, sobre todo, en Nanclares, novela que sitúa en el centro narrativo el cuestionamiento de la construcción del cuerpo sin sujeto de los discursos reproductivos. El deseo de ser madre es en algunos casos lo que motiva a las mujeres a quedarse embarazadas o buscar alternativas como la adopción; en otras ocasiones, como sabemos, el embarazo se confirma sin mediar ningún anhelo previo y es, numerosas veces, llevado a término por falta de opciones legales dando lugar a

²³⁸ Siguiendo con esa visión antropomórfica, se podría resumir que el espermatozoide no es quien “infunde” la vida en el cuerpo pasivo de la mujer sino que el óvulo aventajado del ciclo “escoge” la célula con quien desea prolongar la vida (ver Nadeau).

maternidades forzadas y nada deseadas. La maternidad se había interpretado como un rito de paso ya que suponía la entrada en una nueva categoría social, la cual era tanto ser “madre” como “mujer adulta.” Por ello, las protagonistas de *Quién quiere ser madre* y *Nueve lunas* se encuentran en un momento identitario contingente: Nanclares como “mujer que desea ser madre” y Wiener como “chica embarazada,” identidades que en los dos casos denotan un carácter transitorio entre juventud y vida adulta.²³⁹ Riera, en cambio, al ser ya madre cuando escribe *Tiempo de espera*, configura un sujeto materno que no va a entrar en la vida adulta sino en una nueva relación afectiva llena de afirmación y agencia.

Las tres obras siguen una estructura temporal similar haciendo coincidir la escritura con un transcurso de nueve meses, período en que las narradoras van dando cuenta de las vicisitudes que experimentan durante su relación con el fenómeno de la reproducción. *Tiempo de espera* incluye un prólogo donde se explican los motivos que llevaron a la publicación del texto; *Quién quiere ser madre*, en cambio, declara su relación con la escritura del texto en una “Nota de la autora” al final del mismo y *Nueve lunas* añade un epílogo que relata entrecortadamente la nueva vida junto a su hija. Los tres libros, por tanto, presentan una historia corriente y, sin embargo, raramente contada: el proceso reproductivo y cómo se vive en primera persona. Los tres tratan sobre el cuerpo y sus fluctuaciones, así como la condición femenina y la institución de la maternidad en la época coetánea. Los tres son textos autobiográficos que mezclan el testimonio, la confesión, el diario íntimo, la crónica, la novela de formación, y borran los siempre difusos límites entre literatura y vida, haciendo confluír creación y procreación. En los tres, somos testigos de cómo la escritura va creciendo a ritmo corporal ya que es la temporalidad del cuerpo

²³⁹ Los hijos, recuerda Imaz, tienen “la capacidad de otorgar reconocimiento de ser adulto o adulta” (145).

reproductivo –bien el ciclo menstrual, bien la gestación– la que marca la cadencia narrativa. Aunque, contrariamente a lo que podrían sugerir todas estas analogías, tienen más diferencias que similitudes.

El título de los libros, sin ir más lejos, es un claro ejemplo de los enfoques particulares de cada texto. *Tiempo de espera* hace alusión a la manera tradicional de considerar la gestación como un lapso en que la futura madre permanece aletargada y excluida de la vida social, cuya única función es la de estar callada aguardando su nuevo y definitivo rol de madre, si bien el texto desarticula esta concepción estática y naturalizada de las embarazadas. *Nueve lunas*, por su parte, publicada veinte años después de la escritura de *Tiempo de espera*, si parece designar los meses que dura un embarazo, es, como explica Wiener en el quinto capítulo, el nombre bajo el que se agrupan los videos con mujeres embarazadas en la pornografía de Internet, en sintonía con su narración que no reserva (como Riera) sino destapa la sexualidad del sujeto gestante. Y *Quién quiere ser madre* interpela directamente a todas las personas que hoy en día sienten el apremiante deseo de reproducirse y que, como la narración sugiere, se mantienen en la clandestinidad. De tal manera, cada libro plantea, desde el título, cuestiones diferentes sobre la procreación relacionadas, no obstante, con una misma problemática: la formación del sujeto en relación al fenómeno reproductivo, ya sea durante la gestación y el parto, ya desde antes que llegue a producirse un embarazo, por medio de la narración. Por ello, todas estas escrituras pueden ser comprendidas como *bildungsroman*, o novelas de formación, pues en cada texto, sus narradoras presentan la búsqueda de su subjetividad relacionada con la (pro)creación.

Sin embargo, si la agencia es central en estas escrituras, al mismo tiempo aparece cuestionada pues el proceso procreativo pone en evidencia el desconocimiento del propio cuerpo y la imposibilidad de controlarlo por completo: la reproducción confronta a las protagonistas con

su propia corporalidad. Nanclares sitúa esa crisis antes, durante la búsqueda de la deseada concepción. De tal modo, la procreación, en las tres novelas puede entenderse como un mecanismo transformativo de autoconocimiento: ya sea mediante la persecución activa del embarazo, ya durante la gestación y el parto, es lo que suscita en los tres casos la escritura. A diferencia de la creencia popular de que la reproducción restringe las posibilidades artísticas, estos libros desmantelan dicha noción al ponerla al centro de su creación literaria: construyen un relato que desestabiliza las concepciones tóxicas y naturalizadas de la mujer-madre y representan unos sujetos en metamorfosis llenos de vigor creativo.

En los tres textos vemos cómo la maternidad, no obstante, no otorga una identidad definitiva ni monolítica sino que, al contrario, las tres narradoras son conscientes de que la identidad significa no tanto un ser categórico como un estar (y un hacerse) en el mundo de diversas maneras, lo cual implica adoptar ángulos flexibles, mutables, porosos y no exentos de contradicciones. La identidad supone, por tanto, una variante temporal frente a algo que se considera permanente: ser madre. Una categoría que, pese a la manera contundente en que ha sido definida, esconde muchas subjetividades. Ser madre es un modo de relacionarse con los otros y con uno mismo: una praxis que viene dada por una experiencia que puede haberse producido de maneras distintas (reproducción corporal, asistida, adopción, acogida...). Las autoras de las que me ocupó exploran esa relación que surge a partir de la experiencia procreativa por medio de la escritura, es decir, representan la subjetividad que conlleva la relación que se establece entre cuerpo y reproducción, algo que, como he indicado, ha sido escasamente estudiado en primera persona. Si “toda política es política del cuerpo” (Beasley-Murray, “Biopolítica” 383), ¿qué sucede con las relaciones de poder durante la reproducción humana? Mi investigación ha tratado de ahondar en esta problemática a partir del poder de la

creación literaria en cuanto a la construcción de la subjetividad; sin embargo, es una cuestión compleja que seguirá estimulando debates acordes a cada momento histórico. De mi lectura de los textos, se desprende que la respuesta sigue generando controversia: a pesar de la toma de conciencia y el deseo de agencia por medio de la narración del proceso reproductivo, las tres autoras evidencian la falta de control del mismo. El campo científico, cada vez más tecnológico, gestiona la reproducción humana de manera que, si por un lado está arrojando luz a zonas hasta ahora enigmáticas del fenómeno y abriéndolo a nuevas posibilidades, por otro, manifiesta el dominio que sigue ejerciendo en él, el cual, está puesto al servicio de unas estrategias políticas que buscan mantener cierto orden socioeconómico.

Debido a que la reproducción se da en el cuerpo, éste ha sido el mismo terreno de disputa por el dominio del capital simbólico en el campo de la maternidad. Una lucha que, como Preciado afirma,

será la guerra de los 1000 años –la más larga de las guerras puesto que afecta a las políticas de la reproducción y a los procesos a través de los cuales un cuerpo humano se constituye como sujeto soberano. La más importante de las guerras, por tanto, porque lo que nos jugamos no es el territorio o la ciudad, sino el cuerpo, el goce, la vida. (“Carta”)

En definitiva, la reproducción, ante todo, entraña una nueva praxis social y cultural, no una esencia: por tanto, he analizado el relato de *determinadas* experiencias históricas, consciente de ser solo *unos* modos de entender el proceso procreativo ligado a *unas* circunstancias sociales específicas y sus trayectorias vitales particulares. Ahora bien, considero que estudiar estas peculiaridades es, no obstante, necesario en el proceso de transformación del campo de la procreación que se está llevando a cabo en la actualidad: hacen falta nuevas representaciones que

den cuenta de la pluralidad de subjetividades de los cuerpos reproductivos que han sido reducidas a un solo modelo dentro del discurso patriarcal heteronormativo.

Esta tesis es, por ello, acerca de relaciones pues, como indica Bourdieu, siempre que se investiga un campo del universo social se trata de un análisis de las relaciones que se entablan en él (*Invitación* 149). En este caso, he examinado el campo de la (pro)creación, esto es, la relación que se da entre reproducción y escritura literaria, dos esferas que, hasta ahora, se habían mantenido separadas y con lógicas distintas. La biología había sido tomada como prueba de que las mujeres son, antes que nada, un cuerpo que se reproduce sin mente creativa (Oliver 29): el poder generativo ha sido así subordinado al creativo y separados de tal manera que la creación literaria (y cultural en general) se consideró terreno exclusivo de la mente –masculina. No obstante, las nuevas “histerografías” como las que aquí he analizado exploran la relación indisoluble entre el cuerpo que gesta y la mente que crea.

Si el afecto se convierte en hábito al regularizarse, los tres textos que he investigado tratan de resignificar ese afecto devenido hábito en la reproducción humana para así recuperar su poder y su capacidad de cambio: crear nuevos hábitos que contemplen modelos ligados a otras circunstancias sociales específicas. He tratado de demostrar que la procreación, a pesar de haber sido escasamente explorada en la escritura es, como esta, un proceso transformativo. Considero que estos textos, al unir escritura y procreación, abren nuevas posibilidades de comprender el afecto de un modo distinto, como una suerte de sentimiento corporal que va más allá de la racionalidad y la lógica binaria. Todos los seres humanos somos cuerpo con diferentes aparatos reproductores, los cuales, nos han mantenido divididos en dos categorías y de ahí nuestros esquemas y sistemas de pensamiento y percepción han continuado reproduciendo en opuestos todo lo que aprehenden del entorno.

No obstante, las nuevas tecnologías están abriendo la reproducción a nuevas posibilidades y nuevos cuerpos. Por un lado, la unión heterosexual ha dejado de ser la única opción procreativa y, por otro, se han creado combinaciones novedosas del cuerpo reproductivo (por ejemplo, las personas trans* que gestan convirtiendo la fantasía de un hombre embarazado en existencia concreta y sin las connotaciones “monstruosas” que tuvo en el pasado). Los textos que he analizado, en cambio, siguen dentro del modelo heteronormativo: las protagonistas tienen una pareja estable del sexo opuesto con quien procrear, a pesar de que, Nanclares y, sobre todo, Wiener, cuestionan este modelo. Nanclares, a diferencia de la larga relación amorosa que mantienen Wiener y Riera, decide buscar el embarazo al poco tiempo de conocer a su pareja y, a pesar de que la novela termina sin lograr el deseado hijo, en agosto de 2018 ha dado a luz a un niño concebido por medio de la donación de óvulos. Wiener, por otro lado, ya confiesa su dudosa heterosexualidad en *Nueve lunas*, además de relatarnos su búsqueda de placer sexual con otras embarazadas. Esta exploración continuó en sus artículos periodísticos donde ha ido dando cuenta de su unión con otra mujer con quien ha tenido un segundo hijo junto a su primera pareja. Los nuevos discursos reproductivos se orientarán, sin duda, hacia esos sujetos procreativos que cuestionan y complican la normativa heteropatriarcal: narrativas de un yo reproductivo queer, gay o trans* y las nuevas relaciones corporales que desafían aún más los esquemas binarios.

En definitiva, el espacio procreativo ha estado ligado al cuerpo materno: nacemos de su útero, mamamos de su seno, nos cobijamos en sus brazos y nos nutrimos de su tacto y sus palabras, nos vemos reflejados en sus ojos, detestamos su rabia y asimilamos su odio. Se ha visto como nuestro primer contacto, lo que nos determina como seres humanos y, sin embargo, ha sido un cuerpo dominado, objetivado, sublimado y denigrado, un cuerpo que se ha tratado de silenciar y que, teniendo en cuenta los avances tecnológicos que conducen a nuevas posibilidades antes

inimaginadas, sigue estando sometido. Se le ha impuesto en época reciente un modelo físico inalcanzable al que se exige emular. Igualmente, se ha mantenido un ideal moral al que aspirar que no por inverosímil se ha dejado de naturalizar: la imagen de la “buena madre,” sacrificada y perfecta, acecha a cada instante en que sentimos fallar nuestra frágil estabilidad.

¿Cómo crear un ser humano puede dejarnos indiferentes? Nadie podría sostener una afirmación así y, no obstante, pocos son los textos literarios en la tradición hispánica que lo traten como núcleo narrativo. Según Negri, para construir una nueva realidad necesitamos el relato y así poder pensar una nueva posibilidad de ser, desde lo abstracto, desde el arte. Relatos que hagan posible imaginar un futuro distinto es lo que facilitará la liberación (70). Espero que los relatos que aquí he presentado ayuden en esa tarea de imaginar y contar primero una nueva realidad para, entre todos, alcanzarla. Por ello, considero estos libros sobre el proceso procreativo necesarios para pensarnos libres, más cerca de un futuro donde la maternidad pueda vivirse de manera plena y consciente, sin opresión y sin violencia, un futuro donde las mujeres que nos convertimos en madres podamos también pensarnos libres a partir del acontecimiento transformativo que supone la procreación.

Bibliografía

- Abundancia, Rita. “¿Es tener hijos la gran transgresión de la mujer trabajadora en España?” *El País*, Prisa, 30 Oct 2017, smoda.elpais.com/feminismo/es-tener-hijos-la-gran-transgresion-de-la-mujer-trabajadora-en-espana.
- Adriaens, Fien. “Post Feminism in Popular Culture: A Potential for Critical Resistance?” *Politics and Culture*, vol. 4, 9 Nov 2009, www.politicsandculture.org/2009/11/09/post-feminism-in-popular-culture-a-potential-for-critical-resistance.
- Aguinaga Roustán, Josune. “Mujer y fecundidad.” Cruz y Zecchi, pp. 117-132.
- Aguirre, Joaquín María. Presentación. *Espéculo. Revista de estudios literarios*, no. 57, agosto-diciembre 2016, pp. 2-3.
- Alba Rico, Santiago. *Leer con niños*. Caballo de Troya, 2007.
- Alberca, Manuel. “De la autoficción a la antificción. Una reflexión sobre la autobiografía española actual.” Casas, Yo, pp. 149-168.
- . *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Biblioteca Nueva, 2007.
- Alfonso X, el Sabio. *Cantigas de Santa María*, editado por Walter Mettmann, Castalia, 1986.
- Álvarez Moreno, Raúl, *Celestina según su lenguaje*. Pliegos, 2015.
- , editor. *Una embajada española al Egipto de principios del siglo XVI: la Legatio Babilónica de Pedro Mártir de Anglería: estudio y edición trilingüe anotada en latín, español y árabe*. CantArabia Editorial, 2013.
- Amoraga, Carmen. *Lo que no te contarán sobre la maternidad*. Destino, 2009.
- Amorós, Celia. “Hongos hobbesianos, setas venenosas.” *Mientras tanto*, vol. 48, 1992, pp. 69-67.
- Apablaza Claudia. *Diario de quedar embarazada*. Ediciones B, 2017.

- Atwood, Margaret. *The Handmaid's Tale*. McClelland & Stewart, 1985.
- Badenes, José. "Until death do us part: Matrimony, *Casti Connubii*, and the Catholic Church in Federico Garcia Lorca's *Yerma*." *Christianity and Literature*, vol. 65 no. 1, Dec 2015, pp. 51-67.
- Bad Moms*, Directed by Jon Lucas and Scott Moore. Performances by Mila Kunis, Kathryn Hahn and Kristen Bell. STXfilms, 2016.
- Badinter, Elisabeth. *The Conflict: How Modern Motherhood Undermines The Status Of Women*. Translated by Adriana Hunter, Metropolitan Books, 2011.
- Baena, Laura. *Soy buena malamadre: el libro del Club de Malasmadres*. Lunweg, 2015.
- Bailén, Eva. "La moda de desmitificar la maternidad." *El País*, Prisa, 6 Jun 2017, elpais.com/elpais/2017/06/05/mamas_papas/1496661444_921377.html.
- Bajtín, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Alianza, 1987.
- Barthes, Roland. *Mitologías*. Traducido por Héctor Schmucler, Siglo XXI Editores, 1980.
- Bataille, Georges. *Erotism: Death and Sensuality*. Translated by Mary Dalwood, City Lights Books, 1986.
- Beasley-Murray, Jon. *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. University of Minnesota Press, 2010.
- . "Biopolítica bolivariana." *La política encarnada. Biopolítica y cultura en la Venezuela bolivariana*. Editado por Luis Duno-Gottberg, Editorial Equinoccio, 2015, pp. 383-395.
- Beauvoir, Simone de. *El segundo sexo*. 1949. Traducido por Juan García Puente. Debolsillo, 2016.
- bell hooks, *Yearning. Race, Gender And Cultural Politics*. Routledge, 2015.

- Beltrán Muñoz, Carolina. “El saber obstétrico y ginecológico de las mujeres curanderas y de las matronas en los siglos XV y XVI: investigación histórica a través de *La Celestina*.” *Matronas Profesión*, vol. 15, no. 3, 2014, pp. 66-72.
- Bengoechea, Mercedes. “Mi madre es... un hueco en el espacio: discursos poéticos y lingüísticos sobre la insignificancia materna.” Concha y Osborne, pp. 81-110.
- Berger, John. *Ways of Seeing*. Penguin, 1972.
- Bernabé, Mònica. “Italia estudia un permiso de tres días a las mujeres con reglas dolorosas.” *El Mundo*, Unidad Editorial, 31 Mar 2017, www.elmundo.es/sociedad/2017/03/31/58dd4a0fca4741844f8b4594.html.
- Bettaglio, Marina “Escribir la maternidad. Dar a luz un texto: gestación corporal e intelectual en Carme Riera y Lucía Etxebarria.” *Un hispanismo para el siglo XXI*, editado por Rosalía Cornejo Parriego y Alberto Villamandos, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 102-121.
- . “(Post)Feminist Maternal Chronicles and Their Discontents.” *Letras Femeninas*, vol. 41, no. 1, 2015, pp. 228-245.
- Betterton, Rosemary. “Promising Monsters: Pregnant Bodies, Artistic Subjectivity, and Maternal Imagination.” *Hypatia*, vol. 21, no. 1, Winter 2006, pp. 80-100.
- “Beyoncé, una diosa de la maternidad en los Grammy.” *El País*. Prisa, 13 Feb 2017, elpais.com/elpais/2017/02/13/estilo/1486968578_510731.html.
- Blanchot, Maurice. *El libro que vendrá*. Traducido por Pierre De Place, Monte Ávila, 1979.
- Blythe, Ronald. *The Pleasures of Diaries: Four Centuries of Private Writing*. Pantheon Books, 1989.
- Boggs, Belle. *The Art Of Waiting: On Fertility, Medicine, And Motherhood*. Graywolf Press, 2016.

- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Traducido por Joaquín Jordá. Anagrama, 2000.
- . *In Other Words: Essays Toward a Reflexive Sociology*. Translated by Matthew Adamson, Stanford University Press, 1990.
- . *El sentido práctico*. Traducido por Ariel Dilon. Siglo XXI, 2007.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Traducido por Ariel Dilon. Siglo XXI Editores, 2005.
- Bordo, Susan. *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, And The Body*. University of California Press, 1993.
- Bosé, Bimba. *Y de repente soy madre*. Temas de hoy, 2013
- Bou, Enric. “El diario: periferia y literatura.” *Revista de Occidente* 182-183, 1996, pp. 121-136.
- Burghardt, Gordon M. “Defining and Recognizing Play.” En *The Oxford Handbook on the Development of Play*, editado por Anthony D. Pellegrini, Oxford University Press, 2011, pp. 9-18.
- Bustos, Goyo Lucía y Etxebarría. *El club de las malas madres*. Planeta, 2009.
- Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Routledge, 1999.
- . *Sujetos del deseo: Reflexiones hegelianas en la Francia del siglo XX*. Amorrortu, 2012.
- Caillois, Roger. *Man, Play, and Games*. Translated by Meyer Barash. University of Illinois Press, 1961.
- Calvino, Italo. “Los niveles de realidad en la literatura.” 1978. *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, editado por Enric Sullà, Crítica, 2001, pp. 197-201.
- Camí-Vela, María Antonia. *La búsqueda de la identidad en la obra literaria de Carme Riera*. Pliegos, 2000.
- Cánovas Sau, Gemma. *El oficio de ser madre. La construcción de la maternidad*. Paidós, 2010.

- “Carme Riera.” *Wikipedia: The Free Encyclopedia*. Wikimedia Foundation, 31 May 2018, es.wikipedia.org/wiki/Carme_Riera.
- Casas, Ana, compiladora. *La autoficción. Reflexiones teóricas*. Arco/Libros, 2012.
- , editora. *El yo fabulado. Nuevas aproximaciones críticas a la autoficción*. Iberoamericana, 2014.
- Casas Broda, Ana. *Kinderwunsch*. La Fábrica, 2013.
- Castaño, Marga y Esther de la Rosa. *Hardcore Maternity*. Lumen, 2017.
- Chodorow, Nancy. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. University of California Press, 1978.
- Cerezales Laforet, Cristina. *Música blanca*. Destino, 2009.
- Certeau, Michele de. *The Practice of Everyday Life*. Translated by Steven Rendall. University of California Press, 1984.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de La Mancha*. Editada por Francisco Rico. Real Academia Española, 2015.
- “Ciclo sexual femenino.” *Wikipedia: The Free Encyclopedia*. Wikimedia Foundation, 4 Jun 2018, es.wikipedia.org/wiki/Ciclo_sexual_femenino.
- Cixous, Hélène. *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Traducido por Ana María Moix. Anthropos, 1995.
- Club de malasmadres. *Club de malasmadres*. 2018. www.clubdemalasmadres.com.
- Concha, Ángeles de la y Raquel Osborne, coordinadoras. *Las mujeres y los niños primero. Discursos de la maternidad*, Icaria, 2004.
- . Prólogo. Concha y Osborne, pp. 7-22.

Constitución española. Boletín oficial del estado, no. 311, 29 Diciembre 1978, pp. 29313-29424, www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-1978-31229.

Corominas i Julián, Jordi. “Vivir un embarazo en el siglo XXI y no morir en el intento.” *Blog del escritor Jordi Corominas i Julián*, Blogspot, 10 Dic 2009, www.corominasijulian.blogspot.com/2009/12/nueve-lunas-de-gabriela-wiener-en.html.

Cortázar, Julio. “The Art of Fiction No. 83.” Interviewed by Jason Weiss, *The Paris Review*, vol. 93, Fall 1984, www.theparisreview.org/interviews/2955/julio-cortazar-the-art-of-fiction-no-83-julio-cortazar.

Crespo, Cira. *Maternalias. De la historia de la maternidad*. Editorial Ob Stare, 2013.

Cría cuervos. Directed by Carlos Saura. Janus Films; Video Mercury Films, S.A, 1976.

Cruz, Jacqueline y Bárbara Zecchi, editoras. *La mujer en la España actual. ¿Evolución o involución?* Icaria Editorial, 2004.

Davey, Moyra, editor. *Mother reader: Essential Writings on Motherhood*. Seven Stories Press, 2001.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*. University of Minnesota Press, 1983.

---. *Rizoma*. Pre-textos, 2010.

Deleuze, Gilles y Claire Parnet. *Diálogos*. Traducido por José Vázquez, Pre-textos, 1980.

Delgado, Margarita, *et al.* “The Delay of Maternity and its Causes: An Analysis of the Timing of the First Child in Spain.” *Genus*, vol. 65, no. 2, 2009, pp. 79-111.

Derrida, Jacques. “All Ears: Nietzsche’s Ontobiography.” Traducido por Avital Ronell, *Yale French Studies*, vol. 63, 1982, pp. 245-250.

- . "La diferencia." *Márgenes de la filosofía*. Traducido por Carmen González Marín, Cátedra, 1998, pp. 37-61.
- . "Plato's pharmacy," *Literary Theory: An Anthology*, edited by Julie Rivkin and Michael Ryan, Blackwell, 2004, pp. 429-450.
- Díaz, Jenn. "Madrstra: la madre letal." *(H)amor*, pp. 87-101.
- . *Madre e hija*. Destino, 2016.
- . *Mujer sin hijo*. Jot Down Books, 2013.
- DiQuinzio, Patrice. *The impossibility of Motherhood. Feminism, Individualism And The Problem of Mothering*. Routledge, 1999.
- Dinnerstein, Dorothy. *The Mermaid and The Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*. Harper and Row, 1976.
- Donapetry, María. "Cinematernidad." Cruz y Zecchi, pp. 373-396.
- Donath, Orna. *Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. Traducido por Ángeles Leiva Morales, Reservoir books, 2016.
- Eagleton, Mary, editor. *Feminist Literary Theory: A Reader*. Blackwell, 1986.
- Eco, Umberto. "Apostilla a *El nombre de la rosa*." *Análisi*, no. 9, 1984, pp. 5-32.
- Ehrenreich, Barbara and Deirdre English. *Witches, Midwives, and Nurses A History of Women Healers*. Feminist Press, 1973.
- Engels, Federico. *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado*. Editorial Fundamentos, 1970.
- Etxebarria, Lucía. *Un milagro en equilibrio*. Planeta, 2004.
- Esteban, Mari Luz. "Antropología encarnada. Antropología desde una misma." *Papeles del Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva*, vol. 12, Jun 2004, pp. 1- 27.

- . "Identidades de género, feminismo, sexualidad y amor: los cuerpos como agentes." *Política y Sociedad*, vol. 46, no. 1 y 2, 2009, pp. 27-41.
- . *Re-producción del cuerpo femenino*. Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa, 2001.
- Esteve, José Manuel. *El árbol del bien y del mal*. Octaedro, 1998.
- Eurípides, *Medea*. Traducción de Alberto Medina Gonzalez, Gredos, 2010.
- Federici, Silvia. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. 2004. Traducido por Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza, Traficantes de Sueños, 2010.
- Eurostat. "Fertility statistics." Mar 2017, www.ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Fertility_statistics.
- . "La vida de las mujeres y los hombres en Europa. Un retrato estadístico." Edición 2017, www.ec.europa.eu/eurostat/cache/infographs/womenmen/es_es/images/pdf/WomenMenEurope-DigitalPublication-2017_es.pdf?lang=es.
- Fernández, James. "La novela familiar del autobiógrafo: Juan Goytisolo." *Anthropos*, no. 125, 1991, pp. 54-60.
- Fernández-Cifuentes, Luis. "Yerma: Anatomía de una transgresión." *MLN*, vol. 99, no. 2, Hispanic Issue, Mar 1984, pp. 288-307.
- Fernández de Moratín, Leandro. *El sí de las niñas*. Planeta, 1984.
- Folbre, Nancy. *The Invisible Heart: Economics and Family Values*. New Press, 2001.
- Folguera, Pilar. "De la transición política a la democracia. La evolución del feminismo en España durante el periodo 1975-1988." Folguera, *Feminismo*, pp. 111-131.
- , compiladora. *El feminismo en España: dos siglos de historia*. Pablo Iglesias, 1988.

- Fominaya, Carlota. "Así es un parto en casa en España." *ABC*, Diario ABC, 9 Dic 2014, www.abc.es/familia-padres-hijos/20141209/abci-nacer-casa-embarazada-201412051254.html.
- Forbes, Thomas R. *The Midwife And The Witch*. Yale University Press, 1966.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Siglo XXI, 2005
- . *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Traducido por Francisca Perujo. Siglo XXI, 2004.
- Freixas Farré, Anna, editora. *Abuelas, madres, hijas. La transmisión sociocultural del arte de envejecer*. Icaria, 2015.
- Freixas, Laura, editora. *El libro de las madres*. 451 Editores, 2009.
- , editora. *Madres e hijas*. Anagrama, 1996.
- . *El silencio de las madres. Y otras reflexiones sobre las mujeres en la cultura*. Aresta, 2015.
- . *Una vida subterránea: diario 1991-1994*. Errata Naturae, 2013.
- Freud, Sigmund. "33ª conferencia. La feminidad." *Obras completas*, vol. 22, Amorrortu, 1978, pp. 104-125.
- Friedan, Betty. *The Feminine Mystique*. Dell, 1963.
- "Gabriela Wiener." *Wikipedia: The Free Encyclopedia*. Wikimedia Foundation, 1 May 2018, es.wikipedia.org/wiki/Gabriela_Wiener.
- Gallego Méndez, María Teresa. *Mujer, falange y franquismo*. Taurus, 1983.
- Gallop, Jane. *Thinking Through the Body*. Columbia University Press, 1988.
- Garcés Jensen, Jessica. "Writing the Pregnant Body in Marie Darrieussecq's *Le Pays* (2005)." *Neophilologus*, vol 99, no. 1, 2015, pp. 29-45.
- García Abia, Belén. *El cielo oblicuo*. Errata Naturae, 2015.

- García Lorca, Federico. *La casa de Bernarda Alba*. Cátedra, 2004.
- . *Obras Completas III. Prosa*. Galaxia Gutenberg, 2006.
- . *Yerma. Doña Rosita la soltera*. Editado por Pedro Provencio, Edaf, 2002.
- García Robayo, Margarita. “La cruzada de la leche.” *Revista Anfibia*, 2014,
www.revistaanfibia.com/cronica/la-cruzada-de-la-leche.
- García Tierno, Esther. *¿Quiero ser madre? Guía para resolver tus dudas sobre la maternidad*. Debolsillo, 2005.
- García-Zarza, Isabel. *Diario de una madre imperfecta*. Viceversa, 2010.
- Gaskin, Ina May. *Spiritual Midwifery*. Book Publishing Company, 1975.
- Genette, Gerard. *Figuras III*. Lumen, 1989.
- Giménez Bartlett, Alicia. *Secreta Penélope*. Seix Barral, 2003.
- Gimeno, Beatriz. “Construyendo un discurso antimaternal.” *Pikara*, Eme Komunikazioa, 13 Feb 2014, www.pikaramagazine.com/2014/02/construyendo-un-discurso-antimaternal.
- . “Estoy en contra de la lactancia materna.” *Pikara*, Eme Komunikazioa, 4 Oct 2011,
www.pikaramagazine.com/2011/10/estoy-en-contra-de-la-lactancia-materna.
- . “El nuevo amor romántico.” *(H)amor*, pp. 9-30.
- Gimeno et al. *(H)amor de madre*. Continta Me Tienes, 2016.
- Gimeno Sacristán, José y A. Pérez Gómez. *La enseñanza: su teoría y su práctica*. Akal, 1989.
- Gilaberte, Inmaculada. *Equilibristas. Entre la maternidad y la profesión*. Alienta Editorial, 2009.
- Girard, René. *Deceit, Desire and the Novel: Self and Other in Literary Structure*. Translated by Yvonne Freccero, Johns Hopkins University Press, 1965.
- Goldman-Amirav, Anna. “Mira, Yaveh me ha hecho estéril.” Tubert, *Figuras*, pp. 41-52.

- Gómez, María Asunción. *La madre muerta: el mito matricida en la literatura y el cine españoles*. University of North Carolina Press, 2016.
- Góngora, Luis de. *Romances*. Quaderns Crema, 1998.
- González, Carlos. *Comer, amar, mamar*. Planeta, 2011.
- Gould Levine, Linda. "Feminismo y repercusiones sociales: De la Transición a la actualidad." Cruz y Zecchi, pp.59-72.
- Grosz, Elizabeth. *Jacques Lacan. A Feminist Introduction*. Routledge, 1990.
- . *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*. Indiana University Press, 1994.
- Guelar, Diana y Andrea Jáuregui. *Madres perfectamente imperfectas*. Planeta, 2013.
- Guerra, Lucía. *Mujer y escritura: fundamentos teóricos de la crítica feminista*. Cuarto propio, 2008.
- Guerrero, Agustina. *La Volátil, mamma mía*. Lumen, 2015.
- Gutman, Laura. *La maternidad y el encuentro con la propia sombra*. Planeta, 2015.
- Gutiérrez, Anabel. "Maternidad irreverente: una confesión desde el cuerpo en Nueve lunas de Gabriela Wiener." *Este que ves, engaño colorido... Literaturas, culturas y sujetos alternos en América Latina*, editado por Chiara Bolognese, Fernanda Bustamante y Mauricio Zabalgoitia, Icaria, 2012, pp. 409-417.
- Gurton-Wachter, Lily. "The Stranger Guest: The Literature of Pregnancy and New Motherhood." *Los Angeles Review of Books*, 29 July 2016, www.lareviewofbooks.org/article/stranger-guest-literature-pregnancy-new-motherhood.
- Harwicz, Ariana. *Precoz*. Rata, 2017.
- Hays, Sharon. *Cultural contradictions of motherhood*. Yale University Press, 1996.

- Héritier, Françoise. *Diferencia de sexos*. Traducido por Maya González Roux, Capital intelectual, 2016.
- Hill, Amelia. "Worried about being a late mum? Don't, say the experts." *The Guardian*, 28 Oct 2007, www.theguardian.com/society/2007/oct/28/parenthood.
- Hirsch, Marianne. "A Mother's Discourse: Incorporation and Repetition in *La Princesse de Clèves*." *Yale French Studies*, no. 62, 1981, pp. 67-87.
- . *The Mother/Daughter Plot: Narrative, Psychoanalysis, Feminism*. Indiana University Press, 1989.
- Holmes, Amanda. "Playing Woman in María Novaro's *Lola*." *Screening Minors in Latin American Cinema*, editado por Carolina Rocha y Georgia Seminet, Lexington Books, 2014, pp. 69-86.
- Huizinga, Johan. *Homo ludens*. Alianza, 1972.
- Imaz, Elixabete, *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación*. Cátedra, 2010.
- Instituto Nacional de Estadística (INE). *Notas de Prensa*. "Estadísticas del Movimiento Natural de la Población (Nacimientos, Defunciones y Matrimonios)" Primer semestre de 2017, www.ine.es/prensa/mnp_1s2017_p.pdf.
- . "España en cifras 2017," www.ine.es/prodyser/espa_cifras/2017/files/assets/common/downloads/publication.pdf.
- Irigaray, Luce. "The Bodily Encounter with the Mother." *The Irigaray Reader*, edited by Margaret Whitford, Basil Blackwell, 1991, pp. 34-46.
- . *Espéculo de la otra mujer*. Akal, 2007.
- . "Questions." Whitford, *Reader*, pp. 133-139.
- . *Sexes and Genealogies*. Columbia University Press, 1993.

- . "When our Lips speak together." Translated by Carolyn Burke, *Signs*, vol. 6, no. 11, Autumn 1980, pp- 69-79.
- . "Women-Mothers, the Silent Substratum of the Social Order." Whitford, *Reader*, pp. 47-52.
- . *Yo, tú, nosotras*. Cátedra, 1992.
- Irusta, Erika. "El cuento de la mujertez." *El camino rubí*, Safe Creative, 21 Jan 2018, www.elcaminorubi.com/el-blog/cuento-la-mujertez.
- . *Diario de un cuerpo*. Kindle edition, Catedral, 2016.
- Jan, Cecilia. *Cosas que nadie te contó antes de tener hijos*. Planeta, 2014.
- Kafka, Franz. *La metamorfosis*. Traducido por Antonio Hernández García, Alianza, 2011.
- Klein, Melanie. *Love, Hate and Reparation*. Norton, 1964.
- Kluger, Jeffrey. "The Benefits of Being an Older Mother." *Time*, 22 Mar 2017, time.com/4709403/older-mother-benefits.
- Kristeva, Julia. *Historias de amor*. Siglo XXI, 1987.
- . "Reliance, or Maternal Eroticisism." *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 62, no. 1, 2014, pp. 69-85.
- . "Women's Time." Translated by Alice Jardine and Harry Blake, *Signs*, vol. 7, no. 1, Autumn, 1981, pp. 13-35.
- Lasén, Amparo. *A contratiempo. Un estudio de las temporalidades juveniles*. Centro de Investigaciones Sociológicas, 2000.
- Lázaro, Reyes. "Cartografía de la 'Intro-versión.' Rosa Chacel a la luz de Judith Butler." *Sexualidad y escritura (1850-2000)*, editado por Raquel Medina y Bárbara Zecchi, Anthropos, 2002, pp. 181-192.

Le Doeuff, Michèle. "Women and Philosophy." *Radical Philosophy*, vol. 17, Summer 1977, pp. 2-11.

Lejeune, Philippe. *On Autobiography*. University of Minnesota Press, 1989.

León, Luis Ponce de. *La Perfecta Casada*. *Nineteenth Century Collections Online*, The University of Chicago Press, www.tinyurl.galegroup.com/tinyurl/6ZgPq3.

León, Carolina. *Trincheras permanentes. Intersecciones entre política y cuidados*. Pepitas, 2017.

Lindo, Elvira. *Lo que me queda por vivir*. Seix Barral, 2010.

Llopis, Maria. "En respuesta al artículo de Beatriz Gimeno contra la maternidad."

Mariallopidesnuda, 17 Feb. 2014, mariallopidesnuda.com/2014/02/en-respuesta-al-articulo-de-beatriz-gimeno-contra-la-maternidad.

---. *Maternidades subversivas*. Txalaparta, 2015.

---. *El postporno era eso*. Melusina, 2010.

López de Córdoba, Leonor. *Memorias*. Editado por Sandra Álvarez Ledo, Clásicos Hispánicos, 2013.

Luce, Ann *et al.* "'Is it realistic?' the portrayal of pregnancy and childbirth in the media." *BMC Pregnancy and Childbirth*, BioMed Central, 29 Feb 2016, www.bmcpregnancychildbirth.biomedcentral.com/track/pdf/10.1186/s12884-016-0827-x?site=bmcpregnancychildbirth.biomedcentral.com.

Luque Amo, Álvaro. "El diario personal en la literatura: Teoría del diario literario." *Castilla. Estudios de Literatura*, vol. 7, 2016, pp. 273-306.

"Madre." *Diccionario de la lengua española*. Real Academia Española, 2018, www.dle.rae.es/?id=NpxaH7S.

Las madres más viejas del mundo. Dirigida por Amanda Blues, Blast Films Limited, 2009.

- “De mamás y de papás.” *El País*, Prisa, www.elpais.com/agr/mamas_papas/a.
- Man, Paul de. “La autobiografía como des-figuración”, *Anthropos*, vol. 29, 1991, pp. 113-118.
- Marneffe, Daphne de. *Maternal Desire: On Children, Love, and the Inner Life*. Little, Brown, 2004.
- Martin, Emily. *The Woman In The Body: A Cultural Analysis Of Reproduction*. Beacon Press, 1987.
- Martín Gaité, Carmen. *El cuento de nunca acabar*. Anagrama, 1988.
- . *Usos amorosos de la posguerra española*. Anagrama, 1987.
- Massó Guijarro, Esther. “Lactancia materna y revolución, o la teta como insumisión biocultural: calostro, cuerpo y cuidado.” *Dilemata*, vol. 5, no. 11, Jan 2013, pp. 169-206.
- Masotto, Giordana. “¿La maternidad se ha convertido en algo obsceno?” *El doble sí: trabajo y maternidad. Experiencias e innovaciones*, traducido por Lara Mora Cabello de Alba y Dolores Santos Fernández. Horas y Horas, 2010.
- Mataix, Virginia. *Maternidades*. Planeta, 1996.
- Mateos, Sara. “Caída de la natalidad, ¿una tendencia irreversible?” *Eldiario.es*, Diario de Prensa Digital, 9 Sep 2014, www.eldiario.es/zonacritica/Caida-natalidad-tendencia-irreversible_6_279682039.html.
- Matute, Ana María. “En el bosque.” *Real Academia Española*, 18 Ene 1998, www.rae.es/sites/default/files/Discurso_Ingreso_Ana_Maria_Matute.pdf.
- Maushart, Susan. *The Mask of Motherhood*. The New Press, 1999.
- McLuhan, Marshall. *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*. University of Toronto Press, 1962.

- Medina Bravo, Pilar *et al.* “El ideal de madre en el siglo XXI. La representación de la maternidad en las revistas de familia.” *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, Vol. 20, No. 1, 2014, pp. 487-504.
- Merino, Patricia. *Maternidad, igualdad y fraternidad*. Clave intelectual, 2017.
- Merleau-Ponty, Maurice. *Fenomenología de la percepción*. Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Meruane, Lina. *Contra los hijos*. Tumbona, 2015.
- Miguel, Luna. *El arrecife de las sirenas*. La Bella Varsovia, 2017.
- Millet, Kate. *Política sexual*. Aguilar, 1975.
- Molina, Cristina. “Madre inmaculada, virgen dolorosa. Modelos e imágenes de la madre en la tradición católica.” Concha y Osborne, pp, 43-68.
- Molinos. *Cosas que le pasan a... Una madre sin superpoderes*. Esfera de libros, 2013.
- Morcillo, Aurora G. *The Seduction of Modern Spain: The Female Body and the Francoist Body Politic*. Bucknell University Press, 2010.
- Montero Corominas, Justa. “Las aspiraciones del movimiento feminista y la transición política.” *El movimiento feminista en España en los años 70*, editado por Carmen Martínez Ten, Purificación Gutiérrez López y Pilar González Ruiz, Cátedra, 2009, pp. 275-303.
- Mullin, Amy. “Pregnant Bodies, Pregnant Minds.” *Feminist Theory*, vol. 3, no. 1, 2002, pp. 27–44.
- Nadeau, Joseph H. “Do Gametes Woo? Evidence for Their Nonrandom Union at Fertilization.” *Genetics*, vol. 207, no. 2, Oct 2017, pp. 369-387.
- Nanclares, Silvia. *Al final*. Editorial Kókinos, 2010.

- . “Maternidad: última llamada (crónica del aterrizaje en la donación de óvulos).” *Eldiario.es*, Diario de Prensa Digital, 1 Nov 2017, www.eldiario.es/nidos/Maternidad-llamada-Cronica-llegada-ovodonacion_0_700280585.html.
- . *Quién quiere ser madre*. Alfaguara, 2017.
- . “Sacar el embarazo del armario: del miedo al hambre y las contradicciones.” *Eldiario.es*, Diario de Prensa Digital, 5 Jun 2018, www.eldiario.es/nidos/Sacar-embarazo-armario_0_779022476.html.
- . *La siesta*. Editorial Kókinos: 2001.
- . *El Sur: Instrucciones de Uso*. Ediciones Bucólicas, 2011.
- . “Venga, que salgo ya del armario, que estoy de 26 semanas.” Facebook, 17 May 2018, 5:29pm, www.facebook.com/photo.php?fbid=10156521811209916&set=a.83145889915.76345.609869915&type=3&theater.
- Negri, Toni. *Arte y Multitudo. Ocho cartas*. Traducido por Raúl Sánchez, Minima Trotta, 2000.
- Nichols, Geraldine. “El procrear, pro y contra.” *Mujeres novelistas: jóvenes narradoras de los noventa*, coordinado por Alicia Redondo Goicoechea, Narcea, 2003, pp. 191-207.
- “Nidos. Nuevas familias, crianza, conciliación.” *Eldiario.es*, Diario de Prensa Digital, www.eldiario.es/nidos.
- Nietzsche, Friedrich. *La gaya ciencia*. Edaf, 2002.
- . *La genealogía de la moral*. Alianza Editorial, 1972.
- Nieva de la Paz, Pilar. “Identidad femenina, maternidad y moral social: *Yerma* (1935), de Federico García Lorca.” *Anales de la literatura española contemporánea*, vol. 33, no. 2, 2008, pp. 373-394.

Office of the Assistant Secretary for Health. "Menstrual Cycle." *Office on Women's Health*, U.S.

Department of Health and Human Services, 25 Apr 2018,

www.womenshealth.gov/menstrual-cycle.

Oliver, Kelly. *Family Values. Subjects Between Nature and Culture*. Routledge, 1997.

---. "Knock Me Up, Knock Me Down: Images of Pregnancy in Hollywood Films." *Coming to*

Life: Philosophies of Pregnancy, Childbirth and Mothering, edited by Sarah LaChance

Adams and Caroline R. Lundquist, Fordham University Press, 2013, pp. 241-262.

---. "Motherhood, Sexuality, and Pregnant Embodiment: Twenty-Five Years of Gestation."

Hypatia, vol. 25, no. 4, Fall 2010, pp. 760-777.

Olmo, Carolina del. *¿Dónde está mi tribu? Maternidad y crianza en una sociedad individualista*.

Clave intelectual, 2013.

Olza, Ibone. *Parir. El poder del parto*. Ediciones B, 2017.

Ordoñez, Elisabeth J. "Inscribing Difference: 'L'écriture Feminine' and New Narrative by

Women. *Anales de la literatura española contemporánea*, vol. 12, no. 1-2, 1987, pp. 45-

58.

O'Reilly, Andrea. Introduction. O'Reilly, *Feminist*, pp. 1-22.

---, editor. *Feminist Mothering*. State University of New York Press, 2008.

Pardo, Rosa. "El feminismo en España: Breve resumen, 1953-1985." *El feminismo en España:*

dos siglos de historia, compilado por Pilar Folguera, Pablo Iglesias, 1988, pp. 133-140.

Partridge, Emily *et al.* "An extra-uterine system to physiologically support the extreme

premature lamb." *Nature Communications*, vol. 8, 25 Apr 2017,

www.nature.com/articles/ncomms15112.

Parker, Andrew. *The Theorist's Mother*. Duke University Press, 2012.

- Pérez Galdós, Benito. *Fortunata y Jacinta*. Editado por James Whiston, Castalia, 2010.
- Piñeiro, Claudia. *Una suerte pequeña*. Alfaguara, 2015.
- Posadas, Carmen y Sophie Courgeron. *A la sombra de Lilith: en busca de la igualdad perdida*. Planeta, 2004.
- Preciado, Paul B. "Cuerpo abierto." *Ara*, Edició de Premsa Periòdica Ara, 2 May 2018, https://www.ara.cat/es/opinion/paul-b-preciado-cuerpo-abierto_0_2007399421.html.
- , "Carta de un hombre trans al antiguo régimen sexual." *Ara*, Edició de Premsa Periòdica Ara, 28 Ene 2018, www.ara.cat/es/opinion/Paul-B-Preciado-Carta-hombre-trans-antiguo-regimen-sexual_0_1951605023.html.
- Pridmore-Brown, Michele. "Professional Women, Timing, and Reproductive Strategies." O'Reilly, *Feminist*, pp. 25-43.
- Priego, María Teresa. *Madres e hijas*. Cal y arena, 2005.
- Puértolas, Soledad. *Historia de un abrigo*. Anagama, 2005.
- Puleo, Alicia H. "Perfiles filosóficos de la maternidad." Concha y Osborne, pp. 23-42.
- Quevedo Muñoz, Eva. *El libro de blog de madre*. Autor-editor, 2013.
- Regàs, Rosa. *Diario de una abuela de verano*. Planeta, 2004.
- . *Sangre de mi sangre*. Planeta, 1998.
- Rich, Adrienne. *Of woman born: motherhood as experience and institution*. Norton, 1995.
- Riera, Carme. *Contra el amor en compañía y otros relatos*. Destino, 1991.
- . *La mitad del alma*. Alfaguara, 2005.
- . *Palabra de mujer*. Laia, 1982.
- . *Tiempo de espera*. Lumen, 1998.
- . *Una primavera para Domenico Guarini*. Montesinos, 1981.

- Rodoreda, Mercé. *La plaça del diamant*. Club Editor, 1979.
- Rodrigáñez Bustos, Casilda. *La represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente*. Creative Commons, Ediciones Crimentales, 2007.
- Rojas, Fernando de. *La Celestina*. Edición de Humberto Lopez Morales, Planeta, 1980.
- Rousseau, Jean-Jacques. *Emile or On Education*. 1762. Traducido por Allan Bloom, Basic Books, 1979.
- Ruddick, Sarah. *Maternal thinking: Towards a Politics of Peace*. Women's Press, 1989.
- Sáenz de Tejada, Yolanda. *Errores y horrores de una mamá primeriza*. Debolsillo, 2012.
- Salinas, Pedro. *La voz a ti debida. Razón de Amor. Largo Lamento*. Editado por Monserrat Escartín. Cátedra, 1995.
- La Santa Biblia: Nueva Versión Internacional. Bible Gateway*, Biblica, 2005.
- www.biblegateway.com/versions/Nueva-Version-Internacional-Castilian-Biblia-CST.
- Santos, Care. *Supermami. Mil maneras de ser una mamá feliz*. Grijalbo, 2009.
- Sanz, Marta. *Daniela Astor y la caja negra*. Anagrama, 2013.
- Sau, Victoria. *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*. Icaria, 1995.
- Sawicki, Jana. *Disciplining Foucault: Feminism, Power, and the Body*. Routledge, 1991.
- Scanlon, Geraldine M. "Orígenes y evolución del movimiento feminista contemporáneo." Folguera, *Feminismo*, pp. 147-172.
- Schechner, Richard. *Performance Theory*. Routledge, 2003.
- Schoeller, Martin. "Are you Mom Enough?" *Time*, 21 May 2012, content.time.com/time/covers/0,16641,20120521,00.html.
- Schwartz, Alexandra. "Sheila Heti Wrestles with a Big Decision in *Motherhood*. How to Reconcile the Domestic Responsibilities of Parenthood with the Romantic Notion of

- Artistic Vocation?" *The New Yorker*, Condé Nast, May 7, 2018,
www.newyorker.com/magazine/2018/05/07/sheila-heti-wrestles-with-a-big-decision-in-motherhood.
- Scott, Joan W. "Experience." Smith y Watson, *Women*, pp. 57-71.
- Sears, William. "Attachment Parenting Explained." *Ask Dr. Sears*,
www.askdrsears.com/topics/parenting/attachment-parenting/attachment-parenting.
- Sendón de León, Victoria. "El feminismo visto por sus protagonistas." Folguera, *Feminismo*, pp. 141-146.
- Sesar, Gemma. *Vida de madre*. El Patito Editorial, 2013.
- Shua, Ana María. *Todo sobre las mujeres*. Emecé, 2012.
- Sieburth, Stephanie. *Inventing High and Low: Literature, Mass Culture, and Uneven Modernity in Spain*. Duke University Press, 1994.
- "Silvia Nanclares." *Wikipedia: The Free Encyclopedia*. Wikimedia Foundation, 30 Mar 2018,
es.wikipedia.org/wiki/Silvia_Nanclares.
- Simpson, Mona. "Beginning." Davey, *Mother*, pp. 241-246.
- Smith, Sidonie. *A Poetics of Women's Autobiography: Marginality and the Fictions of Self-Representation*. Indiana University Press, 1987.
- Smith, Sidonie and Julia Watson, editors. *Women, Autobiography, Theory: A Reader*. The University of Wisconsin Press, 1998.
- , editors. *Reading Autobiography: A Guide for Interpreting Life Narratives*. University of Minnesota Press, 2001.
- Spinoza, Benedictus de. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Editado por Vidal Peña, Editora Nacional, 1984.

- Standford Friedman, Susan. "Creativity and the Childbirth Metaphor: Gender Difference in Literary Discourse." *Feminist Studies*, vol. 13, no. 1, 1987, pp. 49-82.
- , "Women's Autobiographical Selves: Theory and Practice." Smith and Watson, *Women*, pp. 72-82.
- Stern, Daniel and Nadia Bruscheiler-Stern, *The Birth Of A Mother: How The Motherhood Experience Changes You Forever*. Basic Books, 1998.
- Suárez Briones, Beatriz. "El cuerpo a cuerpo con la madre en la teoría feminista contemporánea." Concha y Osborne, pp. 69-80.
- Suleiman, Susan Robin. "Writing and Motherhood." Davey, *Mother*, pp. 113-137.
- Tejada, Chloe. "Being An Older Mother Comes With Many Benefits, New Research Finds." *The Huffington Post Canada*, Oath, 23 Mar 2017, www.huffingtonpost.ca/2017/03/23/older-mom-benefits_n_15562026.html.
- Tronto, Joan. "Cuidar no es más natural para las mujeres, lo hacen por el privilegio de los hombres." Entrevista de Yeray S. Iborra, *Eldiario.es*, Diario de Prensa Digital, 30 Sep 2016, www.eldiario.es/catalunya/barcelona/Cuidar-natural-mujeres-privilegio-hombres_0_564493953.html.
- Trotman, Tiffany Gagliardi, editor. *The changing Spanish family: essays on new views in literature, cinema and theater*. McFarland, 2011.
- Tubert, Silvia. Introducción. Tubert, *Figuras*, pp. 7-37.
- , editora. *Figuras de la madre*. Cátedra, 1996.
- . "La maternidad en el discurso de las nuevas tecnologías reproductivas." Concha y Osborne, pp. 111-138.
- Thurer, Shary. *The Myths of Motherhood*. Houghton Mifflin, 1994.

- Tusquets, Milena. *También esto pasará*. Anagrama, 2015.
- Tusquets, Esther. *El mismo mar de todos los veranos*. Lumen, 1978.
- Umbral, Francisco. *Mortal y rosa*. Planeta, 1998.
- Vallejo-Nágera, Alejandra. *Todas las tribulaciones de una madre sufridora*. Temas de Hoy, 2006.
- Van Gennepe, Arnold. *Los ritos de paso*. Traducido por Juan Aranzadi, Alianza, 2008
- Vélez de Guevara, Luis. *La serrana de la Vera*. Editado por Enrique Rodríguez Cepeda, Cátedra, 2000.
- La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Alianza, 1980.
- Villaluenga, Yolanda. *La madre imperfecta*. Debolsillo, 2001.
- Villar, Samanta. *Madre hay más que una*. Planeta, 2017.
- Visa, Mariona y Cira Crespo. *Madres en red: del lavadaero a la blogosfera*. Clave Intelectual, 2014.
- Vives, Gloria. *Mamá*. Litera, 2015.
- . *40 semanas. Crónica de un embarazo*. Thule, 2012.
- Vives, Juan Luis. *Obras completas*. M. Aguilar, 1948.
- Walker, Michelle Boulous. *Philosophy And The Maternal Body: Reading Silence*. Routledge, 1998.
- Walker, Rebecca. *Baby love: Choosing Motherhood After a Lifetime of Ambivalence*. Riverhead Books, 2008.
- Wiener, Gabriela. *Dicen de mí*. Estruendomudo, 2017.
- . *Ejercicios para el endurecimiento del espíritu*. La Bella Varsovia, 2014.

---. "El embarazo ha sido la experiencia más 'gonzo' de mi vida." Entrevista de José A. Muñoz. *Revista de Letras*, Lladó comunicació, 31 Oct 2009, www.revistadeletras.net/gabriela-wiener-el-embarazo.

---. "Hablemos realmente de sexo." Entrevista de Álvaro Colomer. *El Mundo*, Unidad Editorial, 25 Jun 2008, www.elmundo.es/yodona/2008/06/25/actualidad/1214386295.html.

---. *Kit de supervivencia para el fin del mundo*. FLASH, 2012.

---. *Llamada perdida*. Malpaso, 2015.

---. *Nueve lunas*. Mondadori, 2009.

---. *Sexografías*. Editorial Melusina, 2008.

Williams Crenshaw, Kimberlé. "Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics." *The University of Chicago Legal Forum*, vol. 140, 1989, pp. 139-167.

Winnicott, Donald. *Playing and Reality*. Routledge, 2005.

Woolf, Virginia. *A Room of One's Own. Three guineas*. Penguin, 1993.

Young, Iris Marion. *On Female Body Experience: "Throwing Like A Girl" And Other Essays*. Oxford University Press, 2005.

Yusta, Mercedes. "La Segunda República: significado para las mujeres." *Historia de las mujeres en España y América latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI*, dirigido por Isabel Morant, Cátedra, 2006, pp. 101-122.

Zecchi, Bárbara. "All about Mothers: Pronatalist Discourses in Contemporary Spanish Cinema." *College Literature*, vol. 32, no. 1, Winter 2005, pp. 146-164.